

ABSTRACT

Title of Document: VIOLENCIA POLÍTICA EN LA NARRATIVA COLOMBIANA.

Chila Beatriz Hidalgo
Doctor of Philosophy, 2015

Directed By: Professor Emeritus Jorge Aguilar Mora
Department of Spanish and Portuguese

Although Colombia has been hailed as a long-standing democracy in Latin America, the country has lived in a State of permanent war for two centuries. In the nineteenth century, Colombia was the scene of eight general civil wars, fourteen local civil wars and three military uprisings. Also, in the twentieth century, it witnessed one of the biggest insurrections in the Western Hemisphere, followed by the longest of its wars that is elusively called “La Violence”. This dissertation addresses precisely the political violence triggered by the rivalry of the two traditional political parties, the Liberals and the Conservatives in the 1940s and 1950s. By using two early representative works of what critics have deemed a genre in its self, “the violence novel in Colombia,” this work traces a systematic political violence that is rooted in a long history but manifest new scenarios and practices. The first novel is Carlos Pareja’s *El Monstruo* (1955), which recounts the details of the assassination of the liberal leader Jorge Eliécer Gaitán on April 9, 1948, and the subsequent wave of

violence that destroyed downtown Bogotá. The second work is Daniel Caicedo's *Viento seco* (1954), which presents the political terror implemented by the conservative governments of Mariano Ospina Pérez (1946-1950) and Laureano Gómez (1950-1953), in order to obliterate the liberal leaning citizens. Through these textual reenactments of violence, the reader can access a history that has been suppressed and censored by the State while gaining an understanding of the methodology behind the rituals of political violence. This study reveals how the State suspends all legal structures becoming a criminal State, a State that is the enemy of its own society and that only can be exposed by the testimony of literature. As a theoretical framework, this dissertation dialogues with fundamental concepts explored by Hannah Arendt, Walter Benjamín, Elias Canetti, Gilles Deleuze and Félix Guattari. Also, it engages the specific anthropological studies of María Victoria Uribe, Donny Meertens and Pierre Clastres, in order to reveal the cultural symbolism of biopolitical rituals that feed on bodies and death. This reevaluation of "La Violencia" can help contextualize for the waves of violence that have subsequently affected Colombia.

VIOLENCIA POLÍTICA EN LA NARRATIVA COLOMBIANA.

By

Chila Beatriz Hidalgo.

Dissertation submitted to the Faculty of the Graduate School of the
University of Maryland, College Park, in partial fulfillment
of the requirements for the degree of
Doctor of Philosophy
2015

Advisory Committee:
Professor Jorge Aguilar Mora, Chair
Professor Carmen Benito Vessels
Professor Eyda Merediz
Professor Saúl Sosnowski
Professor Karin Roseblatt

© Copyright by
Chila Beatriz Hidalgo
2015

El dentista regresó secándose las manos. “Acuéstese –dijo- y haga buches de agua de sal”. El alcalde se puso de pie, se despidió con un displicente saludo militar, y se dirigió a la puerta estirando las piernas, sin abotonarse la guerrera. --Me pasa la cuenta –dijo. --¿A usted o al municipio?? El alcalde no lo miró. Cerró la puerta, y dijo, a través de la red metálica. --Es la misma vaina.

Gabriel García Márquez, “Un día de estos”.

Era una señora guerra en todo el sentido de la palabra, con la angustia, el pánico, el dolor, el llanto. Todos sabían quiénes la ocasionaban pero todos sabían quiénes los protegían.

Gustavo Álvarez Gardeazábal, *La novela colombiana, entre la verdad y la mentira.*

A Sadys Iluminada Pizarro Maldonado:

*Mi madre, maestra, compañera, amiga, guía, protectora...
Conocedora de todo cuánto en mí palpita.*

Agradecimientos

Colmada de júbilo y gratitud, quiero manifestarles mis agradecimientos sinceros a...

Dr. Jorge Aguilar Mora:

Profesor, director, guía, interlocutor. Proveedor de una dosis ilimitada de entereza para que culminara este proyecto. ¡Mi gratitud será eterna!

Miembros del Comité:

Dr. Carmen Benito-Vessels, Dr. Eyda Merediz, Dr. Saúl Sosnowski.
Profesores, dadores de estímulo y de saber.

Dr. Karin Roseblatt:

Representante del Decano. Gracias infinitas por la generosidad de formar parte de mi comité de defensa.

Dr. Laretta Clough:

Portadora gentil de todos mis escritos.

Dr. Francisco Emilio Feíto:

Profesor, amigo incondicional, consejero sabio, suministrador de libros, de conocimientos.

Zuleima Beatríz y Héctor Homero Hidalgo:

Mis retoños, la razón de mi existir. Seres comprensibles y devotos.

Vicente Homero Hidalgo:

Mi esposo, compañero solidario de tantos años.

Antonio María Pertuz Charris:

Mi padre, escultor de mi espíritu aventurero y explorador.

Antonio María, Milene Dolores, Pedro Pablo, Luis Francisco y José Manuel:

Mis hermanos, amigos confidenciales, fieles seguidores.

Mis cuñadas, sobrinos, primos y demás familiares:

Por el amor de siempre.

Mis amigas entrañables:

Por el cariño fraternal que me han profesado.

Índice

Introducción	1
Capítulo 1: Antecedentes	17
1.1 Los Partidos políticos en el siglo XIX	17
1.2 Genealogía de los partidos políticos: coyuntura	20
1.3 Evolución de los partidos políticos: 1820 a 1850	27
1.4 Reformas liberales de 1850 a 1885	34
1.5 La Regeneración	46
1.6 Predominio de la república conservadora: 1886-1930.....	53
1.6.1 Guerra civil de los Mil Días: 1899-1902	56
1.6.2 Consecuencia de la Guerra civil de los Mil Días: Separación de Panamá. 58	
1.7 Hegemonía liberal: 1930-1946	76
1.8 Gobiernos conservadores: Inicios de “La Violencia”	86
Capítulo 2: El Bogotazo.....	94
2.1 Preámbulo del magnicidio	94
2.2. Novena Conferencia Panamericana	103
2.3 El Monstruo: 9 de abril de 1948	111
Capítulo 3: La violencia política.....	172
3.1 Causas políticas.....	172
3.2 Viento seco.....	189
3.3 Elementos estructurales de la violencia política	193
3.3.1 Agentes del terror.....	193
3.3.2 Organizaciones del terror	204
3.3.3 Rituales del terror.....	211
3.3.4 Instrumentos del terror	223
3.3.5 Cronología del terror.....	230
3.4 La violencia como resistencia armada	233
3.5 La violencia como conmoción social.....	243
Conclusiones	258
Notas.....	269
Bibliografía	284

Introducción

James Henderson señala que la rivalidad de los dos partidos políticos tradicionales en Colombia, el liberal y el conservador, originó “la más larga y destructiva guerra civil que haya sobrevenido a nación alguna del Hemisferio Occidental durante el siglo XX” (11). Esta Violencia política que se desencadenó en Colombia de 1946 a 1953 fue un acontecimiento desmesurado y complejo que amenazó con desintegrar el sistema político democrático colombiano. Este período se conoce con el nombre de “violencia clásica” por cuanto se percibe “como violencia sectaria o partidista en su forma más pura y más extendida” (Deas, *Intercambios* 24). Como causa primordial de la contienda se señala la lucha bipartidista por el control del Estado, y las aspiraciones de ambas facciones políticas por establecer hegemonías aun estando en posición minoritaria. Asimismo, se vincula la problemática política con la distribución del botín administrativo del Estado. El número de víctimas ascendió a 200.000, registrándose un considerable descenso poblacional en diversas áreas del país. Además, se calcula que aproximadamente 400.000 personas fueron desplazadas de sus lugares de origen, en su mayoría campesinos. Las cifras mencionadas evidencian la magnitud del suceso que involucró en sus filas “a todos los colombianos, grandes y humildes”.¹

La literatura divulgada por ambos sectores políticos con el intento de señalar el ente propiciatorio del fenómeno generó una polémica que ensombreció aún más las dimensiones del conflicto. En su ensayo “Colombia, or How to Destroy a Democracy”, incorporado en el volumen *The State of Latin America*, Germán Arciniegas, vocero del liberalismo, reveló enfáticamente que Laureano Gómez y su grupo reaccionario de “neofascistas”, haciendo uso del ejército y la policía política, lograron “cometer el crimen de

genocidio” en el campesinado colombiano (155). Este ensayo tuvo una amplia resonancia, siendo materia fundamental para estudiosos de Estados Unidos y de otras latitudes.² En la misma coordenada anti-conservadora pueden situarse los estudios de Antonio García, *Gaitán y el problema de la revolución colombiana*, y el de Carlos Lleras Restrepo titulado *De la república a la dictadura*, ambos publicados en 1955. Lleras emite un discurso acusatorio, proclamando que los presidentes conservadores Mariano Ospina Pérez y Laureano Gómez fueron “solidarios en la atroz empresa que condujo al derrumbe de las instituciones y a la desolación de la república” (279).

La retórica utilizada por los conservadores para incriminar a los liberales no tuvo trascendencia nacional, puesto que tenía tintes de “guerra fría” y vinculaba la ideología liberal con la del comunismo, parecer muy contrario a las evidencias, que revelaban el escaso influjo de esa doctrina en la plataforma política nacional. Los estudios más destacados de esta narrativa fueron *De la revolución al nuevo orden*, de Rafael Azula Barrera, quien hace un recorrido histórico culminando con el “bogotazo”, y acusa al liberalismo de ser el causante directo de la crisis política e institucional que padecía el país en ese entonces. El análisis de Azula Barrera lo complementan *La batalla contra el comunismo en Colombia* de José María Nieto Rojas, y *El materialismo contra la dignidad del hombre* de Roberto Urdaneta Arbeláez, ambos divulgadores de la teoría que recalca la existencia de una coalición estrecha entre liberales y comunistas, los cuales habían conspirado para desencadenar la ola de violencia que consecuentemente aniquiló a la sociedad colombiana.

Pero la monografía que se convirtió en hito para el tratamiento de este tema es *La violencia en Colombia. Estudio de un proceso social*,³ publicada en 1962, y escrita por

Germán Guzmán Campos, con la colaboración de Orlando Fals Borda y Eduardo Umaña Luna. El estudio tiene como cimientos las investigaciones realizadas por la Comisión Nacional Investigadora de las Causas y Situaciones de la Violencia, creada por Decreto Presidencial 0942 de 1958. Esta Comisión Nacional estaba integrada por dos oficiales del Ejército, tres líderes políticos y dos sacerdotes, siendo uno de ellos Guzmán Campos. La publicación de la obra dio inicio en buena medida “a la historia contemporánea de las ciencias sociales en Colombia”,⁴ ya que su lanzamiento se efectuó desde la Universidad Nacional de Colombia, “con una imagen crítica, independiente y laica”, es decir “desde un lugar del *conocimiento*, que en ese entonces reunía, por lo demás, lo mejor del saber en ciencias sociales del país”.⁵

En el ámbito político, la publicación de *La violencia en Colombia* igualmente suscitó un debate entre liberales y conservadores. Los liberales se sintieron complacidos con la revelación del estudio, puesto que el texto reproduce innumerables testimonios de la persecución sufrida por sus seguidores con la implementación de la consigna “sangre y fuego” establecida por el gobierno conservador de Laureano Gómez (1950-1953) con el objetivo de depurar a sus oponentes políticos. Por el contrario, el análisis exaltó los ánimos de los conservadores, quienes lo juzgaron como “una mentira más que se escribía contra el partido conservador” (Guzmán 2: 21). En una sesión del Congreso efectuada en agosto de 1962, el representante Gustavo Salazar García emitió su opinión sobre los autores, argumentando que éstos “se ganaban la vida en forma más indigna que unas cortesanas”. De igual forma, el senador Álvaro Gómez Hurtado pronunció denuestos contra los eruditos y calificó la obra como “un relato mañoso y acomodaticio, respaldado por unos documentos secretos” (Guzmán 2: 21). Sin embargo, el tratado nutre una

vertiente de estudios globales realizados por expertos de diferentes disciplinas, quienes han analizado de manera pormenorizada los orígenes, la evolución y las repercusiones del fenómeno en la sociedad colombiana. Estas investigaciones realizadas por expertos reconocidos han sido fundamentales para el desarrollo del presente análisis.

Enfocando la temática desde otra perspectiva, los interminables episodios ocurridos durante esta época de Violencia política marcaron de manera acentuada el entorno literario, produciéndose así el brote de una literatura que se deriva directamente del hecho histórico, y que lleva por nombre “La novela de violencia en Colombia”, la cual incluye más o menos 74 novelas publicadas desde 1951 a 1972. En referencia a la proliferación de esta narrativa, García Márquez afirmaba que éste era “el primer drama nacional de que éramos conscientes” y los había sorprendido “desarmados”. Por esta razón los escritores sucumbieron a la “retórica de la máquina de escribir. Confundidos con el material de que disponen, se los traga la tierra en descripciones de masacres sin preguntarse si lo más importante, humana y por lo tanto materialmente, eran los muertos o los vivos que debieron sudar hielo en sus escondites, sabiendo que a cada latido del corazón corrían el riesgo de que les sacaran las tripas”.⁶ El mayor desacierto de esta tarea apresurada, según García Márquez, fue el “haber agarrado, por inexperiencia o por voracidad, el rábano por las hojas... No teniendo Colombia una tradición que continuar, tenían que comenzar por el principio, y no se empieza una tradición literaria en 24 horas”.⁷ Según el pensar de Augusto Escobar Mesa, el apremio estribaba en que ésta era la primera vez que los escritores colombianos “se ponían a par con los conflictos y la angustia del hombre colombiano” (132). El drama de la violencia había impregnado la

atmósfera de terror; todos se sentían perseguidos, aterrados. La hecatombe resultaba monumental y compleja, difícil de asimilarla.

Las novelas de la violencia por lo general revelan desde el título la propensión de sus elementos narrativos. Como ejemplos de esta producción se pueden mencionar: *Los olvidados* (1949) de Alberto Lara Santos; *Ciudad enloquecida* (1951) de Pablo Rueda Arciniegas; *El día del odio* (1952) de José Osorio Lizarazo; *Sangre* (1953) de Domingo Almova; *Las memorias del odio* (1953) de Rogerio Velázquez; *Los cuervos tienen hambre* (1954) Carlos Esguerra; *Viento seco* (1954) de Daniel Caicedo; *El Monstruo* (1954) de Carlos Pareja; *Los días del terror* (1955) de Ramón Manrique; *Cadenas de violencia* (1958) de Francisco Gómez Valderrama. Esta fase inicial de la novelística violenta logró evolucionar hasta proyectar una visión más crítica del suceso nacional. Los escritores rescatan el tema de lo anecdótico y documental, “vislumbrando una nueva opción estética y, en consecuencia, una nueva manera de aprehender la realidad” (Escobar 114). Las obras reelaboran y reinventan la Violencia, logrando romper con el esquematismo y el maniqueísmo; los personajes prototípicos y carentes de individualidad, “utilizados para ejemplificar tesis y planteamientos”, se transforman hasta poseer “una subjetividad rica en contenido”. Así, las páginas “plagadas de violaciones y cortes de franela fueron desapareciendo, en tanto que se escribían obras que no necesitaban relatar un solo crimen para captar la ‘Violencia’ en toda su barbarie” (Restrepo 126).

En los textos de esta segunda fase, la violencia no aparece como hecho singular, sino como un fenómeno complejo y diverso. El interés de la trama no reside en el drama del momento, sino en la secuela que deja el cuerpo violentado y en el rencor que se aviva

con el pasar del tiempo. Esta modalidad narrativa la ilustran obras como *El Gran Burundún Burundá ha muerto* (1952) de Jorge Zalamea Borda; *Siervo sin tierra* (1954) de Eduardo Caballero Calderón; *El coronel no tiene quien le escriba* (1958), *Los funerales de la Mamá Grande* (1962), *La mala hora* (1962) y *Cien años de soledad* (1967) de Gabriel García Márquez; *Cóndores no entierran todos los días* (1972) de Gustavo Álvarez Gardeazábal. Estas novelas han sido ampliamente estudiadas, puesto que se convirtieron en ejes de reflexión en los campos de la literatura y de las ciencias sociales.

Pero prescindiendo de las peculiaridades anteriores, la producción de “una y otra novelística muestran, por medios literarios o paraliterarios, el testimonio vivo, la cosmovisión de una comunidad desgarrada y la historia de sus protagonistas” (Escobar 115). De este conjunto prolífico de novelas, y para el desarrollo de este estudio, se han seleccionado dos obras literarias pertenecientes a la primera fase, que permiten analizar detalladamente los dos componentes básicos del período de violencia política: el terror concentrado y la resultante conmoción social. Una de las novelas escogidas es *El Monstruo* de Carlos Pareja, publicada en 1954, la cual narra los pormenores del magnicidio del líder liberal Jorge Eliecer Gaitán, ocurrido el 9 de abril de 1948, considerada como “la fecha más estruendosa de la vida colombiana” (Álvarez, *La novela* 116). Igualmente, se estima que el atentado contra Gaitán desencadenó la “Violencia” generalizada por todo el país. La segunda obra analizada es *Viento seco* de Daniel Caicedo, editada en 1954, cuyas páginas narran la ola de violencia desatada por el gobierno conservador de Laureano Gómez con el fin de suprimir a los ciudadanos de estirpe liberal. En la obra irrumpe la tanatomanía que hace “del crimen colombiano un

caso aparte, insular, casi único en la historia del delito” (Guzmán 1: 226). La investigación minuciosa sobre la temática de la “Violencia” política se presentará en las siguientes páginas dividida en tres capítulos.

Teniendo como fundamento el postulado de Hannah Arendt en *Sobre la violencia*, de que el poder “pertenece a un grupo y sigue existiendo mientras que el grupo se mantenga unido” (60), en el primer capítulo se presenta un estudio de los dos partidos políticos tradicionales que han detentado el poder en Colombia: el liberal y el conservador. Debido a que ambos han sido protagonistas del desarrollo de la violencia política, es necesario revelar los orígenes y la ideología de cada uno de ellos. Esta temática presenta divergencias y analogías, por lo tanto, inicialmente se enfoca la coyuntura sobre la genealogía de estos dos partidos, poniendo énfasis particular en las consideraciones emitidas por tres pensadores políticos decimonónicos: Mariano Ospina Rodríguez, Manuel María Madieto y José María Samper. Estas reflexiones se contrastan con las opiniones de algunos historiadores en el siglo XX, entre los que se encuentran Frank Safford, David Bushnell, Javier Ocampo López y Jaime Jaramillo Uribe. Enlazadas con las ideas de estos pensadores, se hace un recuento de la historia política colombiana comenzando en el siglo XIX con el propósito de apuntar la opinión de algunos historiadores, “de que existe una relación entre las numerosas guerras civiles del siglo XIX en Colombia y la Violencia de los años 40-50” del siglo XX, hipótesis que se ha convertido en un “lugar común” en la historiografía colombiana (Deas, *Interrogantes* 41).

Es preciso destacar, que en el siglo XIX las reincidentes confrontaciones bipartidistas originaron ocho guerras civiles generales, catorce guerras civiles locales y tres cuartelazos. La más sangrienta de estas contiendas fue la guerra de los Mil Días

(1899-1902), la cual tuvo como consecuencia la separación de Panamá. En el siglo XX se produjeron algunos levantamientos locales que no lograron perturbar la atmósfera pacífica que se presentaba en el país; sin embargo, en 1948 estalló una de las insurrecciones contemporáneas más devastadoras del hemisferio occidental provocada por el magnicidio de Gaitán.

El escrutinio de los hechos históricos subraya al mismo tiempo la perdurabilidad de las hegemonías políticas sostenidas por ambos partidos, suceso que también se señala como génesis de los continuos y cruentos conflictos bipartidistas ocurridos en más de una centuria. En el siglo XIX, los liberales gobernaron por 35 años, de 1850 a 1885, fase en que la visión radical promulgada por este partido no se acomodaba a las realidades políticas, sociales y económicas de la época. Las pugnas ideológicas desencadenaron varias olas de violencia, y como consecuencia, las instituciones nacionales sufrieron un debilitamiento. Con el propósito de subsanar el estado de ruina y de anarquía que atravesaba el país, fue necesario emprender un proceso de “Regeneración”, para lo cual se sancionó una nueva Constitución política. A partir de 1886, tomaron el poder los conservadores, logrando preservar su hegemonía hasta 1930; es decir, detentaron el poder por más de cuatro décadas. En 1930, a causa de una escisión del partido conservador, salió electo Enrique Olaya Herrera, el primer presidente de una nueva era liberal que perduró 16 años. En 1946, como resultado de una división en las filas del liberalismo, salió electo el conservador Mariano Ospina Pérez, cuyo gobierno se enfrentó a una rama legislativa con predominio ampliamente liberal. Las aspiraciones de los conservadores de preservar su poderío aun teniendo un respaldo minoritario, los incitó a la implantación de

un sistema de represión altamente estructurado con la finalidad de suprimir a sus adversarios, proyecto que dio origen al período prolongado de violencia política.

El segundo capítulo analiza la novela *El Monstruo* de Carlos Pareja, la cual relata los pormenores de la Novena Conferencia Panamericana, seguida por el magnicidio de Jorge Eliecer Gaitán, líder liberal y aspirante a la presidencia de la República, asesinado el 9 de abril de 1948. El hecho desencadenó una insurrección que destruyó gran parte de la ciudad de Bogotá. A partir de las reflexiones de Elías Canetti en *Masa y poder*, se hace un estudio pormenorizado del comportamiento de la masa, ya que Gaitán era un “Caudillo” que prometía aliviar la situación mísera en la que vivía la mayoría de la población, y su muerte generó un estado de frustración y desenfreno. Muerto Gaitán, el futuro de los oprimidos era incierto; el dolor y el miedo que sintieron se tradujo en fuerza para destruir esa sociedad que los mantenía relegados y excluidos, y a la que tendrían que enfrentarse solos. Mientras se interpretan algunos episodios del acontecimiento, se hace conexión con la obra autobiográfica *Vivir para contarla* de Gabriel García Márquez, puesto que ésta provee información relevante por ser un testimonio de los hechos. Asimismo, se presta atención a las múltiples versiones que se diseminaron con respecto a la autoría del magnicidio. La última parte del capítulo se ocupa de examinar las diversas opiniones que surgieron con respecto a la extinción del movimiento gaitanista después de la muerte de Gaitán.

El último capítulo trata de examinar la violencia política teniendo como punto de partida la propuesta de Hannah Arendt en *Sobre la violencia*, acerca de que “el poder y la violencia son opuestos; donde uno domina absolutamente falta el otro” (77). Así, la violencia política en Colombia provocó una crisis profunda en la que el aparato estatal

llegó a desaparecer en varias regiones del país, produciéndose un “derrumbe parcial del Estado”. Esta ausencia del poder estatal permite pensar en el concepto de Deleuze y Guattari sobre “la máquina de guerra”, que es la extrema exterioridad del Estado, “exterior a su soberanía, previa a su derecho” (360). Este marco teórico se materializa con el análisis de la novela *Viento seco* de Daniel Caicedo, la cual da testimonios de las estrategias de homogenización que el gobierno conservador impuso para aniquilar al pueblo de estirpe liberal. Al mismo tiempo, el estudio revela cómo el estado elimina toda estructura legal y cómo Colombia se presenta como un estado criminal; un estado enemigo de su propia sociedad. La novela se analiza teniendo en consideración los elementos estructurales de la violencia política esbozados por Germán Guzmán Campos en su tratado *La violencia en Colombia. Estudio de un proceso social* y por Gonzalo Sánchez en su estudio *Guerra y política en la sociedad colombiana*. Estos elementos estructurales incluían aspectos tan diferenciales como los siguientes: había unos agentes del terror, unas organizaciones del terror, unos rituales del terror, unos instrumentos del terror, y finalmente, una cronología del terror. Dado que la violencia política se ejerció con prácticas sistematizadas, resultó imprescindible enfocar los estudios antropológicos de María Victoria Uribe, Donny Meertens y Pierre Clastres, como también las investigaciones de la socióloga Elsa Blair, con el fin de develar la simbología cultural que incluía imágenes de la política, del cuerpo, de la muerte, del más allá.

Para finalizar el capítulo, se pone la mirada en la “Violencia como resistencia armada”. El terror que logró infundir la represión sistematizada promovió la necesidad de formar un mecanismo de autodefensa, por lo tanto surgen núcleos armados en diferentes regiones del país, algunos de ellos conformados como verdaderos ejércitos. En las

novelas *El Monstruo* y *Viento seco* asoma el vínculo de la violencia política con los grupos guerrilleros, lo cual permite analizar el nivel de articulación de esta resistencia armada. A manera de cierre, las dos novelas también posibilitan el enfoque de “La violencia como conmoción social”. Este fenómeno generó un desplazamiento abrupto y masivo que dejó secuelas en todos los ámbitos, mayormente en las relaciones sociales, los espacios productivos y la propiedad privada. Como epílogo, se enfoca la pluralidad de pareceres sobre la delimitación del fenómeno, cuestión que permite considerar la problemática de la violencia como un tejido “rizomático”. Según Deleuze y Guattari, un “rizoma no empieza ni acaba, siempre está en el medio, entre las cosas, inter-ser, *intermezzo*.... Tiene como tejido la conjunción ‘y...y...y...’”. El flagelo de la violencia política colombiana se extendió subterráneamente, adquirió una estructura imprevisible; se escindió, se multiplicó, y emergió, creando un estado de anarquía monumental sobre gran parte de la superficie colombiana.

Por último, el entretejido que se presenta a través de esta investigación está vinculado de manera alegórica a ese entrecruce del relato histórico y el relato de ficción, cuestión que discute Hayden White en *El texto histórico como artefacto literario* a través de un análisis topológico del discurso en el que desdibuja la línea divisoria entre la historia y la literatura. De manera similar, en su ensayo “Invención literaria y ‘reconstrucción’ histórica en la nueva narrativa Latinoamericana”, Fernando Ainsa propone que “historia y ficción son relatos que pretenden ‘reconstruir’ y ‘organizar’ la realidad a partir de componentes pre-textuales (acontecimientos reflejados en documentos y otras fuentes históricas). El discurso narrativo resultante está dirigido a un receptor que espera que el pacto de la verdad (historia) o de lo posible y verosímil

(ficción) se cumpla en el marco del *corpus* textual” (112). Ainsa sintetiza que más allá del espacio común del relato, de los mecanismos de construcción discursiva compartidos y de la estructura narrativa en que se traducen, “en algunos casos es la literatura la que mejor sintetiza, cuando no configura, la historia de un pueblo”. De ahí la indisoluble unión con que “aparece muchas veces identificada la historia de un pueblo con las obras literarias que la representan” (112). Las reflexiones de Ainsa tienen su evidencia en la producción literaria de la violencia política colombiana, ya que es la literatura la que se apropia del fenómeno de la Violencia para mostrar por medios literarios o paraliterarios, el testimonio vivo, la cosmovisión de una comunidad desgarrada y la historia de sus protagonistas. En términos de Augusto Escobar Mesa, durante el período de violencia política “la literatura colombiana toma las armas que le pertenecen para reivindicar la historia de un pueblo, sus luchas, agonías, nostalgias y contradicciones” (144). Por consiguiente, es el género novelístico el que pone al descubierto explícitamente los pormenores y los horrores de la contienda desencadenada por la rivalidad bipartidista de los años 40’s y 50’s del siglo XX.

Cabe recalcar que durante la época de la violencia estuvo decretada en Colombia la censura de prensa. Los acontecimientos derivados del enfrentamiento político no se narraban ni se divulgaban de una manera oficial; tampoco se podían difundir a través de medios periodísticos. Debido a esta situación, y según los expertos, las novelas publicadas sobre la violencia servían como un valioso documento testimonial para quienes querían enterarse de lo que acontecían en esa época. Al respecto, el escritor Gustavo Álvarez Gardeazábal comenta que la censura de prensa implantada por los gobiernos de Mariano Ospina Pérez, Laureano Gómez, Roberto Urdaneta Arbeláez y

Gustavo Rojas Pinillas, suscitó en los escritores “el afán de contar entre las tapas de un libro lo que la censura de prensa no dejaba contar”. Prosigue apuntando que la represión y la censura de prensa incitaron a los escritores a cumplir con “el mandato eterno de los novelistas colombianos” a quienes les ha correspondido narrar la historia “que los expertos en la materia no pueden escribir” (115). Algunos de esos escritores se vieron precisados a utilizar otras técnicas narrativas y a “empapelar en metáforas y exageraciones” los estragos causados por la violencia política. Para ejemplificar esta reflexión, Gardeazábal cita *Cien años de soledad*, y asegura que esta novela describe como ninguna otra la imagen de las guerras colombianas. Igualmente comenta que con su estilo “cargado de sátira, rebotante de burla, hiriendo con el verbo y asimilando con la metáfora” logra proyectar como verdadera esa versión “entre caricaturesca y técnica, entre imaginada y verídica de lo que ha sido una guerra en Colombia” (131). Según Gardeazábal, las reincidencias de muchas circunstancias narradas en *Cien años de soledad* sobre los conflictos políticos nacionales, hace más creíble la versión novelada de los hechos que cualquier otra versión oficial, por lo cual, y sin ningún problema, la obra se ha entronizado como la verdad histórica, ya que ha tratado de recobrar la realidad, o en lo mínimo, de imaginarla.

En el caso particular de esta disertación, las evidencias fundamentales provienen de dos obras literarias: *El Monstruo* de Carlos Pareja, la cual narra los pormenores del Bogotazo, y recobra una hipótesis que afirma la complicidad de un “instigador” en el complot del atentado, cuestión que le confiere singularidad a su versión novelada, ya que ninguno de los incontables testimonios revela este dato a pesar de los 30 años de investigación oficial sobre el magnicidio. Los historiadores solo mencionan la posible

participación de un azuzador en el asesinato, pero a la vez descartan esa hipótesis. Como ya se mostró, la versión del instigador que propone Pareja es respaldada por las memorias de García Márquez, quien fue testigo ocular de los sucesos, y declara firmemente que el transcurrir del tiempo no había desvanecido aquella percepción del sujeto instigador. En referencia a la versión de *El Monstruo*, debe mencionarse que en ese entonces, Pareja era profesor de la Universidad Nacional de Colombia, y tuvo la oportunidad de presenciar los eventos del 9 de abril y de los días subsiguientes. Además, en medio de la revuelta generada por el magnicidio, Pareja lideró la formación de la Junta Revolucionaria de Gobierno integrada por notables liberales de izquierda. En el prólogo a la novela, escrito por él mismo, Pareja pretende otorgarle verosimilitud a su versión de los hechos, enfatizando que la novela está cimentada en sus propias experiencias: “Yo viví esa tragedia, fui una de sus primeras víctimas y sufrí en carne viva sus maquinaciones. Este libro que escribo en el exilio no es sino una parte de mis testimonio” (16). Teniendo en cuenta las afirmaciones de Pareja, y habiendo respaldado sus relatos con las versiones oficiales presentadas por algunos historiadores, la novela *El Monstruo*, publicada en 1955, puede considerarse como un antecedente del género testimonial del siglo XX, ya que relata la vivencia de un hecho histórico trascendental.

Como ya se mencionó, la otra novela analizada es *Viento seco*, publicada en 1954, la cual narra dos hechos ocurridos en octubre de 1949, que hubieran quedado en el olvido si no hubiesen sido consignados allí. La novela está considerada por los expertos como “un testimonio de ineludible valor histórico y sociológico”. En palabras de Juan Gustavo Cobo Borda, *Viento seco* es un “crudo testimonio de una realidad intolerable”. Los sucesos detallados en esta obra tienen su único respaldo en las transcripciones

testimoniales que elabora Germán Guzmán Campos en su monografía *La violencia en Colombia. Estudio de un proceso social*, publicada en 1962, y el segundo tomo en 1964. A través de incontables testimonios proporcionados por las víctimas y los actores, Guzmán Campos le confiere legitimidad a los hechos narrados en la novela. En este caso, y retomando los postulados de Fernando Ainsa, “la literatura es capaz de plantear con franqueza y sentido crítico lo que no quiere o no puede hacer la historia que se pretende científica”, así la narrativa da voz “a lo que la historia ha negado, silenciado o perseguido” (115). Este es precisamente el caso de la novela de la violencia en Colombia, la cual pone de manifiesto lo que la historia oficial quiso silenciar. Finalmente, Cobo Borda en sus reflexiones sobre “los desmanes de la historia”, presenta un análisis de la obra de García Márquez, y arguye que a través de la “claridad espectacular de la obra literaria”, García Márquez parece darnos vías de acceso hacia la comprensión de ese país desordenado y en perpetua ebullición. Concluye sus argumentos diciendo que “los desmanes de la historia quedan fijados en ese espejo poliédrico de la novela” (152). Esto revela que García Márquez construyó una vía alterna que nos permite conocer la historia a través de la literatura.

No está demás subrayar, que a diferencia de la Revolución mexicana, de la cual se elaboraron testimonios “oficiales”, hubo reportes de guerra, informes de los consulados, informes de los espías norteamericanos, reportes de los cronistas; en el caso de la Violencia en Colombia, los testimonios de los sucesos proceden de las novelas, por consiguiente, la literatura se convierte en el lugar desde donde se puede (re)construir la historia de la violencia política colombiana. Es entonces la novela un espacio discursivo

único donde confluyen imaginación y realidad para dar cuenta de todo lo silenciado y omitido por la historia oficial colombiana.

Capítulo 1: Antecedentes

La historia de la familia era un engranaje de repeticiones irreparables, una rueda giratoria que hubiera seguido dando vueltas hasta la eternidad de no haber sido por el desgaste progresivo e irremediable del eje.

Gabriel García Márquez, *Cien años de soledad*.

1.1 Los Partidos políticos en el siglo XIX

Se han formulado numerosas preguntas en torno al tema de la violencia política en Colombia, un fenómeno complejo y recurrente que ha sido materia de estudio en diferentes disciplinas, y que ha captado la atención y el enfoque particular de historiadores, sociólogos y antropólogos de todas las latitudes. Las reiteradas indagaciones sobre esta problemática apuntan más que todo al contexto general en el cual se produce la violencia, el carácter de sus protagonistas y las motivaciones que la desencadenaron. En este caso, el análisis de algunos acontecimientos relacionados con la historia política de Colombia ayudaría en parte al esclarecimiento de los interrogantes mencionados.

Teniendo en cuenta la definición de Hannah Arendt de que “el poder no es nunca propiedad de un individuo; pertenece a un grupo y sigue existiendo mientras que el grupo se mantenga unido” (60), es bueno recordar para comenzar que el poder político en Colombia ha sido detentado por dos grupos o partidos tradicionales, el conservador y el liberal, cuyas rivalidades han desencadenado la recurrente violencia política de la cual ha sido escenario el país. A raíz de la importancia y el desempeño de estos dos grupos en el desarrollo de la violencia, es necesario hacer un estudio que revele los orígenes y la

ideología de cada uno de ellos. En referencia a este asunto, inicialmente se podrían formular algunos interrogantes: ¿cuándo surgieron estos partidos políticos en Colombia? ¿Puede hablarse realmente de partidos políticos durante el siglo XIX? ¿Qué era lo que objetivamente dividía a los granadinos a mediados del siglo XIX? ¿Cuáles fueron las tendencias fundamentales de los partidos políticos en el siglo XX?

A manera de preámbulo, se puede vincular con esta temática la explicación figurada que Gabriel García Márquez expresa en *Cien años de soledad* acerca de las diferencias entre liberales y conservadores. “En cierta ocasión, en víspera de las elecciones”, Aureliano tenía confusión en referencia a los ideales de los dos partidos políticos, y su suegro, Apolinar Moscote, enfatizando su afiliación al partido Conservador, “le daba lecciones esquemáticas” con el propósito de esclarecer sus dudas, una de las cuales le explicó de la siguiente manera:

Los liberales, le decía, eran masones; gente de mala índole, partidaria de ahorcar a los curas, de implantar el matrimonio civil y el divorcio, de reconocer iguales derechos a los hijos naturales que a los legítimos, y de despedazar al país en un sistema federal que despojara de poderes a la autoridad suprema. Los conservadores, en cambio, que habían recibido el poder directamente de Dios, propugnaban por la estabilidad del orden público y la moral familiar; eran los defensores de la fe de Cristo, del principio de autoridad, y no estaban dispuestos a permitir que el país fuera descuartizado en entidades autónomas. (148)

La visión novelada de García Márquez en *Cien años de soledad* puede contrastarse con la opinión del historiador norteamericano Robert J. Knowlton, quien desde otro ángulo

considera que “the major sources of conflict between liberals and conservatives in nineteenth-century Latin America was the controversy over the relationship between Church and State and the position of the Church in the newly independent states” (387). El estudio de Knowlton señala las diferencias ideológicas de las dos facciones políticas, tal como ocurrió en México y Colombia, y hace énfasis particular en la tendencia pro-clerical y centralista de los conservadores y la índole anticlerical y federalista de los liberales. Además, Knowlton subraya que los liberales “also believed in legal equality, the sanctity of private property, individualism, *laissez faire*, and the necessity of limiting the Church to a purely spiritual role in society” (387). Las ideas liberales mencionadas predominaron en los primeros años de vida republicana y lograron afianzarse después de la década de los 50s del siglo XIX. Los casos de México y Colombia se asocian con la propagación del liberalismo en esa época, aunque la problemática en cuestión no sólo atañe a esos dos países, sino a toda América Latina.

Las ideas de García Márquez y Knowlton, dos autores que manifiestan sus observaciones desde perspectivas muy diferentes, contemplan conjuntamente la problemática historiográfica que ha venido dándose en Colombia desde el siglo XIX. Los dos confirman una vez más que los motivos que separaban objetivamente a los liberales y conservadores era:

el problema de la política económica, el de las formas de organización estatal y las relaciones entre la Iglesia y el Estado. Quienes defendían el proteccionismo, el régimen centralista y los privilegios del clero eran motejados de conservadores y los que defendían el libre-cambio, el

régimen federal y propugnaban abolir los privilegios al clero eran acusados de liberales. (Mendoza 101)

A su vez, otro factor que subyacía en la alineación a los dos partidos políticos era el componente social. Predominaba la tendencia de asociar a los terratenientes, a los miembros del clero y a los militares con los ideales conservadores, mientras que al partido liberal se afiliaban los comerciantes, artesanos y “el pueblo”, es decir, “la inmensa mayoría de la población que estaba constituido por indígenas, esclavos y mestizos” (Tirado, “Siglo y medio” 106). Estos últimos permanecían relegados debido a las ordenanzas constitucionales que les restringían el derecho al voto, y por consiguiente les negaban la participación en la política. El derecho al sufragio estaba reservado para las personas letradas que gozaban de bienes raíces y fortuna.

1.2 Genealogía de los partidos políticos: coyuntura

En 1848, dentro del período presidencial del general Tomás Cipriano de Mosquera, se publicaron oficialmente las bases ideológicas del partido liberal redactadas por Ezequiel Rojas, y en 1849 se promulgaron los principios del partido conservador escritos por Mariano Ospina Rodríguez y José Eusebio Caro. Aún con las bases programáticas bien definidas, todavía seguía la incógnita sobre la fecha exacta del surgimiento de estas dos corrientes políticas. Muchas habían sido las opiniones sobre la temática, y a manera de esclarecimiento, algunos eruditos emitieron ciertas consideraciones, de las cuales las más congruentes fueron formuladas por los pensadores políticos Mariano Ospina Rodríguez, Manuel María Madieto y José María Samper. Debido a la importancia que representa esta coyuntura en el estudio de la política

colombiana, es necesario hacer un breve análisis que señale las divergencias y analogías en las opiniones de los tres pensadores mencionados.

La exposición de Mariano Ospina Rodríguez en *Los partidos políticos en la Nueva Granada*, publicada en 1859, comienza refutando las creencias expuestas por un colaborador del periódico El Día, que trata de probar que en La República no hay partidos políticos, que todos los hombres están de acuerdo con los principios que rigen al país, y en consecuencia los partidos que gobiernan son partidos personales, a quienes lo único que les interesa es desempeñar un buen cargo público. Ospina impugnó a todos aquellos que creen “que un partido puede ser conocido por el nombre del jefe que lo encabezó alguna vez”. Continúa su argumento afirmando que antes de 1810, lo que dividía los ánimos “era la rivalidad entre europeos y criollos; pero esta ojeriza recíproca no constituía dos partidos”. En 1810, al conseguir la Independencia, “el país se vio por primera vez dividido en dos partidos políticos que merecen con toda propiedad este nombre. El uno quería la independencia y la república; el otro la monarquía y la unión con la metrópoli” (149). Es de suponer que la población también tenía que estar dividida y que en estas fricciones “no pudo haber persona indiferente ni quedar espectador neutral”.

Según Ospina, la fe de los patriotas era grande y tenían innumerables planes para la nación independiente, pero el partido de la independencia cometió el desatino de dividirse cuando más necesitaba la unión, así “la forma de gobierno que debía darse al país fue la causa de la discordia. Quisieron unos la federación, otros el centralismo” (151). Ospina advierte que además de estas rivalidades, hubo elementos exógenos que alimentaron las desavenencias, como fueron la revolución francesa y la norteamericana.

Las ideas emanadas de estos hechos trascendentales no fueron asimiladas racionalmente por la clase dirigente. En estos años se vivió en Colombia la llamada Patria Boba, que fue un período que se caracterizó por las grandes indecisiones económicas, políticas y militares.

Ospina narra algunos hechos pertenecientes a la Patria Boba, en los que menciona el ordenamiento jurídico-político consolidado por el Congreso de Cúcuta en 1821, y cuyo excesivo centralismo no se adaptaba a las desigualdades de los territorios que integraban la Gran Colombia. El hecho agrietó las relaciones entre Bolívar y Santander, y de aquí surgieron los dos bandos abiertamente hostiles: bolivarianos y santanderistas. Ospina Rodríguez afirma que estas fisuras provocaron el surgimiento de los partidos: los partidarios de Bolívar son los conservadores y los de Santander son los liberales. Además, enfatiza que no existía continuidad en los ideales bolivarianos y santandereanos de los años 1810 a 1815, es decir, los años de la Patria Boba, con las creencias de los conservadores y los liberales de los años 30.

La muerte de Bolívar, nos dice Ospina, “debió ser la muerte o la dispersión de su partido.... Muerto éste, el 17 de diciembre de 1830, la idea que unía y animaba al partido quedó destruida” (155). De esta manera, el partido liberal gobernó sin oposición por algunos años. En su estudio, Ospina menciona la división del partido liberal en dos grandes bandos: “tolerantes y exclusivistas, y que nosotros nos tomamos hoy la libertad de llamar: liberales conservadores y liberales rojos” (156). También argumenta que en sus inicios, estos partidos carecían de bases programáticas, y que las diferencias entre los dos bandos radicaban más que todo en los aspectos sociales y no en los ideales políticos.

Del mismo modo, Manuel María Madiedo en su ensayo titulado “Ideas fundamentales de los partidos de la Nueva Granada”, publicado en 1859, reveló su parecer sobre este asunto, y tras comentar algunos pormenores de los enfrentamientos entre Bolívar y Santander, concluyó que en las quimeras sostenidas por los dos líderes no “había ideas de verdadera República”, y que en esa época la aparente existencia del partido civil, llamado también partido liberal, “aunque profundamente aristocrático, oponía sus leyes impotentes y sus tradiciones poderosas, a esa democracia semi-salvaje, sin más brillo que el lustre de sus armas victoriosas” (35). Según lo expuesto por Madiedo, el partido liberal pretendía establecer un gobierno regularizado por leyes constitucionales que estuvieran de acorde a las necesidades del momento, y agregó que después de la muerte del Libertador, “el partido civil quedó sólo en el teatro de sus triunfos, sin enemigos que combatir” y de esa manera pudo mantener las riendas del poder en los años subsiguientes.

En cuanto a los conservadores, Madiedo opina que éstos carecían de “principios fundamentales”, y su ideología no estaba basada en otra cosa más que en “la simple liberación de la vieja Colonia entregada a sus propios instintos de pasadas jerarquías, opresiones y tendencias” (35). Con el afán de respaldar sus afirmaciones de que existían pocas divergencias ideológicas entre las dos corrientes políticas, Madiedo establece un paralelo entre los gobiernos liberales y conservadores que ya se habían dado hasta ese entonces, y después de listar algunos puntos referenciales que se dieron en común, tales como la religión dominante, las facultades extraordinarias del poder ejecutivo y la conspiración contra gobiernos establecidos, llegó a la conclusión de que las similitudes en el manejo de estos aspectos “no prueban otra cosa, sino la falta de criterio y las sobras

de pasiones revolucionarias, engendradas por ambiciones ruines de adquisiciones de sueldos y de empleos” (42).

Madiedo concluye sus argumentos afirmando que “estos dos partidos no son sino dos hijos de unos mismos padres, con unas mismas enseñanzas, con unas mismas ideas, que una vez huérfanos, se han disociado por razón de la herencia, el PODER, y se han dado puñaladas sobre la tumba de sus padres” (42) (El énfasis es suyo). La mención que Madiedo hace de los progenitores alude a Simón Bolívar y Francisco de Paula Santander, ambos precursores de la independencia y organizadores de la Gran Colombia.

El análisis de Madiedo sobre la situación política del país postula que no había diferencias radicales entre las dos facciones políticas, y por consiguiente ninguno de los dos partidos debería de apropiarse de las reformas liberales que se llevaron a cabo en los primeros años de vida republicana, pues ambos bandos abogaban por reformas similares en pro del desarrollo y de las libertades civiles y económicas de la República. En el listado de las reformas que se perseguían con unanimidad se menciona, entre otras, la libertad de imprenta, la abolición de la esclavitud, la instrucción gratuita, la descentralización municipal y la libertad industrial.

En oposición a las observaciones de Mariano Ospina Rodríguez y Manuel María Madiedo sobre la genealogía de los partidos políticos, José María Samper expone sus ideas en un ensayo titulado “Los partidos políticos en Colombia”, publicado en 1869. Samper remonta el surgimiento de los partidos políticos al instante en “que los patriotas del Nuevo Reino alzaron el grito de independencia”, y prosigue afirmando en su ensayo que “ellos, rebeldes y revolucionarios a los ojos de los gobernantes de la Colonia, ... eran entonces los liberales de esta tierra, y llamándose ‘independientes’, formaron pura y

simplemente el partido liberal” (63). Samper asoció con estos ideales liberales a Simón Bolívar, Antonio Nariño, Francisco de Paula Santander y a todos los próceres de la independencia que lucharon con fe y resolución para contrarrestar el despotismo impuesto por el régimen colonial. En contraposición a los liberales, todos los que “se aterraron con la revolución y la combatieron; ... y cuantos a su causa sirvieron voluntariamente, compusieron el partido conservador de entonces” (64). En este grupo, Samper menciona a Pablo Morillo, Juan Sámano, Francisco Tomás Morales, los virreyes, oidores, empleados y militares y a todos aquellos que deseaban conservar el orden establecido combatiendo de manera tenaz a los revolucionarios.

Samper advierte que en el período comprendido entre 1821 a 1826 “no existían partidos políticos en Colombia, sino únicamente republicanos, generalmente unidos por el interés común del triunfo y afianzamiento de las instituciones republicanas en todo el continente americano” (67). Más adelante señala que esta alianza republicana se resquebrajó alrededor de 1826, por el surgimiento de dos elementos divisorios que provocaron la formación de dos partidos políticos opuestos. Los dos elementos eran: el espíritu de predominio militar y el prestigio de Bolívar. El elemento militar se hizo notar por los servicios prestados durante las guerras de independencia, y tomaba como propio el mérito de las victorias logradas bajo la dirección de Simón Bolívar, José Antonio Páez y otros jefes prominentes, mientras que los civiles se atribuían como obra suya la Revolución, organización y dirección de la República.

En este ambiente antagónico se fueron propiciando paulatinamente algunas rivalidades entre los dos grupos y “así fueron formándose dos partidos, uno civil y otro militar, que, sin denominaciones filosóficas ni históricas, derivaban sus nombres de sus

dos jefes principales: Santander y Bolívar” (68). En 1830, días posteriores a la desintegración de la Gran Colombia, surgieron otros elementos que habrían de mantener la tensión entre los dos partidos. Se trataba en este caso del dilema que generaba ciertos interrogantes: ¿cómo conseguir el mayor grado de desarrollo conservando el principio “republicano-democrático”? y ¿qué medios debían adoptarse para consolidar la independencia de la República? Entonces, se contemplaba la posibilidad de darle solución a ciertos problemas que impedían el progreso de una sociedad incipiente. Se ponía mayor énfasis en las resoluciones que otorgaran la libertad para los ciudadanos, la amplitud del poder central, la intervención de las masas populares en el gobierno por medio del sufragio, y el desenvolvimiento de las fuerzas sociales.

Según Samper, no había duda de que el panorama descrito contribuyó grandemente a que se delinearan las bases programáticas de los dos partidos políticos, pero a la vez se hizo evidente el grado de hostilidad que venía gestándose entre las dos facciones políticas, ya fuera por acceder al poder o por mantenerse en él. Para concluir su exposición sobre el tema, Samper señala que los partidos surgieron claramente durante la administración de Santander, pero agrega que no fue durante esta época donde tuvieron su nacimiento, y afirma que sería un gran error considerarlo de esa forma, por la razón de que su verdadera “genealogía filosófica databa desde la época colonial”.

En resumen, los tres ideólogos coinciden en algunos aspectos, como es el hecho de que en los inicios de los partidos había pocas divergencias programáticas entre las dos facciones políticas. En cuanto a la fecha del surgimiento, Ospina Rodríguez señala el año de 1810, fecha en que se inicia el período independentista. De igual manera, Samper señala sus comienzos en el momento mismo del grito de Independencia; sin embargo,

aclara que se perfilaron con nitidez durante el mandato de Santander (1832-1837).

Madiedo difiere argumentando que en esos primeros años no había ideas de verdadera

república y remonta el surgimiento de los partidos a los años 30. Madiedo y Ospina

Rodríguez insisten en que la muerte de Bolívar desintegró el partido conservador y así el

partido liberal quedó solo en la dirección del gobierno.

1.3 Evolución de los partidos políticos: 1820 a 1850

Habiendo expuesto las observaciones de los tres pensadores decimonónicos sobre los orígenes y desarrollo de los partidos políticos, se considera oportuno hacer un estudio de las opiniones de algunos autores en el siglo XX: Frank Safford, David Bushnell, Javier Ocampo López y Jaime Jaramillo Uribe. Enlazados con las ideas de los mencionados historiadores, también se relatarán de forma cronológica los hechos históricos que de alguna manera contribuyeron a la delineación y al surgimiento de los dos partidos políticos tradicionales en las tres primeras décadas de vida republicana. Al llegar a la década de los 50, se hace forzoso hacer un recuento de los acontecimientos sobresalientes de la historia política colombiana, ya que estuvo plagada de confrontaciones bipartidistas que resultaron en innumerables guerras civiles.

Para algunos pensadores recientes los partidos políticos empezaron a gestarse en 1819, fecha en la que se consolidó la independencia de la Gran Colombia⁸, la cual comprendía los territorios de la Nueva Granada, Venezuela y Ecuador. Una vez declarada la ruptura con España, la controversia se centró en la forma de gobierno que debía dárseles a las nuevas naciones emergentes. Algunos dirigentes optaban por el centralismo en defensa de organizar “una república unitaria e indivisible, con un gobierno fuerte,

adaptable a la realidad americana, de carácter díscolo y anárquico”. Otros emitían opiniones contrarias y argumentaban “que para la unión de tres países, con diversidad de provincias, era indispensable el sistema federalista, que se adapta más a la realidad americana” (Ocampo 2: 708). Con la intención de considerar las diferentes propuestas gubernamentales, Simón Bolívar convocó un congreso general en la ciudad de Cúcuta en 1821 con el fin de determinar los principios jurídicos y políticos que regirían a la República de Colombia. Del mencionado congreso se derivó la primera constitución que establecía “una organización acentuadamente centralista y otorgaba fuertes y amplios poderes al Presidente de la República” (Jaramillo, *Etapas* 18). El Libertador Simón Bolívar fue electo por primera vez para desempeñar dicho cargo, y Francisco de Paula Santander adoptó las funciones de Vicepresidente.

Al ratificarse la Constitución de Cúcuta en 1821⁹, Bolívar siguió con la campaña libertadora en otras regiones que aún permanecían bajo el dominio español, en este caso, parte de Ecuador y la totalidad del Perú, y se marchó a esos territorios dejando en el poder al general Santander. En esta época, a pesar de la devastación de la Nueva República provocada por la lucha independentista, la labor de Santander fue considerable por haber establecido reformas económicas, educativas y administrativas. Inició la apertura para los capitales extranjeros y ordenó el establecimiento de escuelas públicas de primaria y a nivel universitario.

En 1826, Bolívar regresó a Santa Fe, capital de la Gran Colombia, después de haber contribuido a la independencia de Perú y a la fundación de la República de Bolivia. Este mismo año y por segunda vez, Bolívar y Santander fueron reelectos para sus cargos de Presidente y Vicepresidente respectivamente. Luego de la reelección, el Libertador

ahondó sus deseos de mantener y solidificar la unión de la Gran Colombia, pero sus anhelos se vieron amenazados por el hecho de que “las economías, las estructuras sociales y los antecedentes históricos de las tres naciones eran muy diferentes” (Jaramillo, *Etapas* 20). La economía neogranadina estaba basada en la minería y en la industria manufacturera. Su población la conformaban mayormente mestizos, muchos de los cuales se habían agrupado en diferentes núcleos urbanos constituyendo una especie de clase dirigente que eventualmente podría reclamar inclusión en los asuntos políticos del Estado. Venezuela era predominantemente agrícola, con alta producción de cacao para la exportación, y por consiguiente abogaba por los beneficios del libre comercio. En Ecuador, un alto índice de la población eran indígenas orientados a la industria artesanal y a la agricultura, razón por la cual reclamaban medidas proteccionistas.

En definitiva, las divergencias económicas y sociales entre las tres regiones imposibilitaban la creación de políticas económicas y fiscales coherentes que se pudieran aplicar a nivel nacional. Otro factor negativo, a pesar de la proximidad geográfica, era el incipiente sistema de comunicaciones que imposibilitaba el desplazamiento rápido entre las tres regiones, por lo tanto el desarrollo de cada una de ellas se dio de manera aislada y desigual. Por último, a las diferencias fundamentales ya citadas se le sumaron algunos acontecimientos políticos, como el llamamiento que le hizo el Congreso al General José Antonio Páez, para que respondiera por algunos cargos que se le imputaban por abusos de autoridad en las provincias de Venezuela.

Páez era un guerrero rebelde con ideales separatistas, y el Libertador, con el fin de persuadirlo, le confirió una amnistía y lo nombró jefe gobernante de Venezuela. Santander y sus partidarios condenaron la resolución de Bolívar por considerarla

“excesivamente conciliatoria” y porque además pensaban que la amnistía “equivalía en realidad a una capitulación”. El poder que adquirió Páez en su nuevo cargo gubernamental imposibilitaba los deseos de Santander, de someterlo “a los procesos constitucionales y a la autoridad del gobierno nacional” (Safford, *País* 257). Finalmente, la oposición de Santander a las disposiciones de Bolívar, crearon una atmósfera política conflictiva que terminó por enfrentar a los dos líderes.

Con la intención de solucionar este conflicto, el Congreso consideró prudente reformar la Constitución, para lo cual convocó a una Asamblea Constituyente en la ciudad de Ocaña en 1828, a la que asistieron los dos bandos marcadamente divididos por sus ideales políticos. Por un lado, los bolivarianos, grupo asociado con el conservatismo, pensaban que la política debía proporcionar estabilidad, eficiencia y orden, para así poder controlar la anarquía de las naciones recién independizadas, sin importar que esta labor significara “la exaltación del poder ejecutivo” (Ocampo 2: 709). Por otro lado, los santanderistas estaban vinculados con las doctrinas liberales, y desaprobaban la Constitución y las imposiciones casi dictatoriales de Bolívar.

Las deliberaciones entre ambos bandos se prolongaron por varios meses y finalmente la Asamblea se clausuró sin ningún acuerdo político. Como resultado, la atmósfera se volvió turbulenta, y ante la gran amenaza que significaban las discordias entre las dos facciones, sumadas a los factores diferenciales entre las regiones y la gran crisis fiscal que reinaba por la carencia de rentas para saldar los gastos, Bolívar decidió tomar el poder de manera dictatorial el 27 de agosto de 1828. Al instaurar la dictadura, de inmediato revocó las funciones que desempeñaba Santander, como vicepresidente, y “dictó decretos económicos de emergencia restituyendo impuestos abolidos y

modificando la tarifa aduanera en un sentido proteccionista; eliminó de la educación la enseñanza de las doctrinas utilitaristas de Jeremías Bentham por considerarlas perversas, y disolvió las organizaciones masónicas con el ánimo de apaciguar la beligerante oposición de los medios católicos” (Jaramillo, *Etapas* 22). La imposición de las normas mencionadas propició algunas inquietudes y rebeliones que con el pasar del tiempo lograron ahondar los deseos separatistas de Venezuela y Ecuador, afán que se consolidó finalmente en 1830. Bolívar, abatido y desilusionado ante el desmoronamiento de sus sueños de mantener unida a la Gran Colombia, renunció a su cargo de Presidente y se dirigió a la ciudad de Santa Marta, en donde murió el 17 de diciembre de 1830.

Con la desintegración de la Gran Colombia, el nuevo Estado independiente tomó el nombre de República de Nueva Granada, y eligió como presidente a Francisco de Paula Santander, quien gobernó hasta 1837, bajo una constitución de corte centralista. En 1836 se convocó a elecciones presidenciales para la sucesión del mando, y Santander apoyó la candidatura del general José María Obando, con quien se congraciaba por ser jefe militar de ideas anti bolivarianas. En las elecciones salió electo José Ignacio de Márquez, quien gobernó durante el período de 1837 a 1841, etapa en la que ocurrió la primera guerra civil del país debido al enfrentamiento de “los supremos” y “los ministeriales”.¹⁰ La finalidad del conflicto era derrocar al presidente Márquez para establecer una forma de gobierno federal, pero la firma de un armisticio fortificó la unidad nacional permitiendo la prolongación de un gobierno centralista. Durante esta época sucedió la primera división del partido liberal en dos grupos: los tolerantes o liberales conservadores y los exclusivistas o liberales rojos.¹¹

Según Javier Ocampo López, “tanto el doctor Márquez como el general Santander imprimieron una identidad de ‘grupo político’ a sus seguidores, quienes participaban en las elecciones como grupos coherentes. Esto nos revela que en los citados años treinta del siglo XIX, y principalmente en el último lustro, ya existían partidos políticos” (2: 712). En la misma línea del pensamiento de Ocampo López, se sitúa el parecer del historiador norteamericano Frank Safford, quien señala que los partidos políticos “se cristalizaron” entre 1836 y 1838 y “la revolución del 40 tuvo el efecto de ahondar, de hacer más fuerte, las identidades de los dos partidos. Pero ya existían como entidades bien marcadas unos años antes de estallar la guerra” (*Aspectos* 158).¹² Según la opinión de Safford, las divisiones partidistas que se pronunciaron antes de estas fechas, los santanderistas por un lado y los bolivarianos por el otro, constituyeron los cimientos fundacionales de los dos partidos políticos tradicionales.

Las opiniones anteriores expuestas por Ocampo López y Safford tienen conexión con las apreciaciones del historiador norteamericano David Bushnell, quien afirma que la Guerra de los Supremos “sirvió de criadero de los partidos políticos tradicionales”, y aclara que para esos días “los conservadores todavía no usaban tal denominativo, pero fue precisamente durante ese conflicto civil que los partidos cuajaron finalmente, con las características que iban a perdurar”. Además del juicio que emite sobre los inicios de los partidos políticos, el estudio de Bushnell presenta algunas observaciones que develan la significación social de estos partidos en la década de los 30 del siglo XIX, y expone que las bases sociales del bolivarismo y santanderismo seguían siendo las mismas de los tiempos de la Gran Colombia. Es decir “el Partido Conservador lucía un poco más aristocrático, inclinándose a él las capas más distinguidas de la oligarquía, en

contraposición a un Partido Liberal cuyos fundadores no eran precisamente hombres del pueblo, pero, con mayor frecuencia que los conservadores, provenían de las capas altas bajas o medias altas”. Por otro lado, Bushnell opina que al hacerse un análisis de los programas e ideologías de los dos partidos “salta a la vista que el único elemento de la sociedad que sí tenía razón contundente para afiliarse con uno sólo era el clero” (35). De lo anterior se deduce que aunque las condiciones sociales jugaban un papel importante en las afiliaciones partidistas, no era éste el único factor que determinaba la asociación a uno de ellos. Según Bushnell, las políticas eclesiásticas también contribuyeron a perfilar la ideología de ambos partidos, y llegaron a convertirse en un elemento preponderante para la adhesión de sus seguidores.

En 1841, terminado el periodo presidencial de José Ignacio de Márquez, fue elegido el general Pedro Alcántara Herrán para gobernar durante el lapso de 1841 a 1845. En 1843, durante la gobernación de Alcántara Herrán, se le dio una nueva Constitución política al país que fortaleció la forma de gobierno centralista muy orientada hacia los principios conservadores, pues se le otorgó mayor potestad a la rama ejecutiva y se redujo el poder de la rama legislativa. Según el parecer de Jaime Jaramillo Uribe, en el transcurso de esta fase, es donde precisamente “comenzaron a dibujarse con mayor nitidez las corrientes políticas que pocos años más tarde darían lugar a la formación de los partidos liberal y conservador y al comienzo del sistema bipartidista, que ha singularizado a la vida política colombiana” (*Etapas* 26). En las elecciones de 1845, triunfó Tomás Cipriano de Mosquera, caudillo de las guerras de Independencia que ejerció el poder de 1845 a 1849. A pesar de que simpatizaba con los ideales conservadores, Mosquera propugnó algunas normas constitucionales provenientes del

pensamiento liberal. Se considera que esta primera administración de Mosquera “was the first consistently to attempt to bring New Granada into the economic and cultural currents prevailing in the Western world of its day” (Delpar 7). Sus ideas reformistas lo impulsaron a reestructurar algunos sistemas que posteriormente le trajeron modernidad y desarrollo a la nación. Esta década en la que ya se percibían ideales liberales con matices transformistas, sirvió de abono para las reformas sociales y económicas de los años venideros.

1.4 Reformas liberales de 1850 a 1885

En la sociedad colombiana de mediados del siglo XIX todavía se proyectaban gran parte de las estructuras del período colonial: se mantenía la esclavitud, existían los monopolios comerciales, las tierras comunales seguían en manos de los indígenas, el patronato de la Iglesia lo ejercía el Estado, y la mayor parte de las legislaciones permanecían inalterables. En la década de los 50s del siglo XIX, empezaron a circular ideas que advertían la proximidad de cambios radicales y revolucionarios. La apertura del país al comercio exterior permitió una relación estrecha con Europa propiciando el influjo de las ideas que emanaban de la Revolución Francesa de 1848. En los círculos de intelectuales empezó a contemplarse el pensamiento de autores como Víctor Hugo, Lamartine, Lamennais, Saint Simon, Proudhon, Fourier, Bastiat y Eugenio Sue. En el ambiente social y político se notaba la urgencia de eliminar los vestigios coloniales para implantar normas que estuvieran de acorde a las nuevas realidades. En este caso, “la revolución del 48 tuvo inmediatas repercusiones políticas y sociales, sobre todo en la juventud universitaria y en la clase artesanal de la capital de la República, y las

influencias del pensamiento radical francés afectaron los diferentes matices de la tradicional política neogranadina” (Jaramillo, *Pensamiento* 174). Para esta fecha, ya los diferentes grupos sociales que poseían una fuerte opinión pública estaban asociados a los dos partidos políticos tradicionales: el liberal y el conservador.

Por primera vez, los comerciantes y artesanos “hacían su aparición en el escenario político y social, exigiendo reformas que los gobiernos anteriores habían aplazado”. Estos dos grupos emergentes se habían afiliado al partido liberal. En el bando opuesto, conformado por los conservadores, se agrupaban “la vieja clase terrateniente, el clero, y las familias de abolengo, de acendrada formación católica” (Jaramillo, “Etapas” 28). A pesar de que los integrantes de los dos partidos provenían de grupos sociales muy diversos, sus discrepancias en cuestiones de política económica eran mínimas. Sin embargo, Jaime Jaramillo Uribe en “Etapas y sentido de la historia de Colombia” señala otros factores que marcaban ciertas diferencias:

Desde los orígenes de la República, hubo en el seno de la clase dirigente discrepancias en materias religiosas y educativas suficientes para alimentar violentos conflictos. Hacia 1850, los liberales colombianos, siguiendo las huellas de los europeos, eran partidarios de la separación de la Iglesia y el Estado, de la libertad de cultos, de la educación laica y de la no intromisión de la Iglesia en la política y de la reducción del poder económico que le daba su carácter de propietaria de tierras y beneficiaria de capitales dados en censo. Los conservadores, por su parte, defendían la unión íntima de las dos potestades, hasta llegar a una posición rectora de la

Iglesia frente al poder civil y en considerar la religión católica como elemento básico del orden social. (28)

En 1849 fue electo a la presidencia el general José Hilario López para gobernar durante el período de 1849 a 1853. En medio de la efervescencia política y social de esa década que demandaba cambios para erradicar completamente el orden colonial, López inició las reformas socio-económicas y políticas que tenían como común denominador la “liberación” en todos los aspectos. Gerardo Molina presenta un listado de las reformas que López patrocinó, entre las que pueden mencionarse:

abolición de la esclavitud; libertad absoluta de imprenta y de palabra; libertad religiosa; libertad de enseñanza; libertad de industria y comercio; desafuero eclesiástico; sufragio universal directo y secreto; supresión de la pena de muerte, y dulcificación de los castigos; abolición de la prisión por deuda; juicio por jurados; disminución de las funciones del ejecutivo; fortalecimiento de las provincias; abolición de los monopolios, de los diezmos y de los censos; libre cambio; impuesto único y directo; abolición del ejército; expulsión de los jesuitas. (26)

Con el propósito de ratificar las innumerables reformas, casi de inmediato se enmendó la Constitución nacional en 1852. Puesta en marcha las enmiendas mencionadas, se presentaron ciertas fricciones entre los grupos emergentes de comerciantes y artesanos, pues los primeros abogaban por el librecambismo como vía segura para el desarrollo del comercio, y los segundos se inclinaban hacia el proteccionismo como arma para resguardar la industria nacional, basada en textiles y tejidos. En medio de esta atmósfera colmada de intereses diversos, de igual forma se desarrollaba la vida intelectual de la

sociedad neogranadina. En el seno de la clase artesanal integrada por sastres, carpinteros, albañiles y plateros, se organizaron las llamadas Sociedades Democráticas, a través de las cuales se difundían las ideas de progreso, y que más tarde surgieron como fuerza política y social.

En este período, el impulso que se le dio a la educación inclinó a muchos granadinos al estudio de la ingeniería en universidades extranjeras, carrera que por esos tiempos gozaba de mucho prestigio entre las clases dirigentes. El historiador Jaime Jaramillo Uribe comenta que Mariano Ospina Rodríguez, conservador que años más tarde ocuparía la presidencia de la república, quiso evitar la predilección de sus hijos por la literatura, y los encauzó hacia el estudio de las ciencias, argumentando que, “hasta donde llegaban sus conocimientos nadie había encontrado minas de oro en el Parnaso” (*Etapas*, 33). También, por esta misma época, como resultado de la orientación cultural, se fundaron las Escuelas Republicanas, las cuales eran voceras del anticolonialismo y anticlericalismo que reinaba entre algunos grupos dirigentes de la Nueva Granada.

Como es de suponer, no todos simpatizaban con las reformas impuestas por el presidente López, y con el ánimo de contrarrestar la proliferación de las ideas revolucionarias auspiciadas por su gobierno, “ciertos sectores superiores de la sociedad estimularon un tipo de contrarrevolución en Colombia y defendieron la continuidad de las estructuras socio-económicas propia de la época colonial, en especial la estructura de la tierra” (Ocampo 2:741). En definitiva, las reformas propuestas por el gobierno de López beneficiaban a vastos sectores populares, pero eran contrarias a los intereses de otros. En este cruce de tendencias se puede citar como paradigma el caso de los terratenientes y esclavistas, para quienes la abolición de la esclavitud resultó un duro golpe, pues la

disposición afectaba sus utilidades económicas; no obstante, la medida convenía a los comerciantes y artesanos, por razones que contribuían a la ampliación del mercado. Por otro lado, la anulación de las tarifas proteccionistas afectaba en forma negativa los intereses de los artesanos; sin embargo, la disposición favorecía a los comerciantes y terratenientes, por brindarles la posibilidad de expandir las exportaciones de ciertos productos agrícolas que ellos mismos producían.

Las fricciones que se dieron por el cruce de intereses diversos provocaron el estallido de una guerra civil en 1851 entre conservadores y liberales, que se extendió de mayo hasta septiembre. En este caso, los conservadores, partido conformado en gran parte por terratenientes y esclavistas, se oponían a la abolición de la esclavitud, ley decretada el 21 de mayo de 1851 por el presidente José Hilario López. Terminada la guerra, el partido liberal se dividió en dos bandos: por un lado estaban los gólgotas o radicales, que agrupaba mayormente a los comerciantes, quienes eran partidarios del librecambismo, y en el otro grupo se congregaron los draconianos o demócratas, que tenían como integrantes a los artesanos, los cuales reclamaban proteccionismo para la industria nacional.¹³ Estos conflictos políticos e ideológicos de los años 50 del siglo XIX se encuentran muy bien representados en la novela *Manuela* (1858) de Eugenio Díaz. En *Evolución de la novela en Colombia*, Antonio Curcio Altamar afirma que “Díaz no hizo otra cosa que presentar en *Manuela* ... la lucha ideológica del país”, y a través de ella “se proponía mostrar lo vicioso de nuestra organización política” (137). Con igual certeza, Raymond Williams sostiene que “*Manuela* es la primera novela de la violencia” en Colombia (29). Para sus afirmaciones, Williams se basa en estudios que sitúan los inicios de la violencia política en Colombia a mediados del siglo XIX.

En las elecciones de 1853, salió electo el general José María Obando, representante del liberalismo draconiano. Obando tuvo el deseo de reivindicar los sectores populares, pero se enfrentó con la oposición de los conservadores y los liberales gólgotas, facciones que contaban con mayoría en el parlamento. Pero después de breve tiempo decidieron, en conjunto, dictar la Constitución política de 1853, que debilitaba el poder ejecutivo, confería libertades absolutas a los ciudadanos, daba inicios al federalismo y sancionaba la separación de la Iglesia y del Estado. El 14 de abril de 1854, el general José María Melo, apoyado por los artesanos, dio un golpe de estado contra el gobierno del presidente Obando. Más tarde, tras una breve guerra civil¹⁴, se logró restablecer las instituciones legítimas del Estado. Melo fue destituido de su cargo y desterrado a México. La alianza lograda por ambos partidos llamada “Unión pro legitimidad”¹⁵, se considera como “el inicio de una práctica reiterada de Frente Nacional expresada en la unión de oligarquías liberales y conservadoras contra las acciones populares” (Tirado, “Siglo y medio” 117). En el transcurso de los años, se efectuaron otras coaliciones con el propósito de frenar las rivalidades partidistas.

Al general Melo lo reemplazó Manuel María Mallarino, para el período presidencial de 1855 a 1857. En el transcurso de su gobierno se fomentaron las disposiciones de la Constitución de 1853, por lo cual se inició el proceso para establecer la forma de gobierno federal. Siguiendo los preceptos de la nueva ley, el país se dividió en 8 estados a los que se otorgó amplios poderes legislativos, y de forma simultánea, más de 30 provincias divulgaron sus propias constituciones, hecho singular que se conoce históricamente con el nombre de “fiebre constitucionalista”. Mallarino fue reemplazado por Mariano Ospina Rodríguez, quien fue elegido para el período de 1857 a 1861. A

Ospina Rodríguez, figura con ideas tradicionalistas y conservadoras, le correspondió ratificar otra Constitución, la de 1858, que estructuró oficialmente el régimen federalista y le asignó al país el nombre de Confederación Granadina.

En el curso de la administración de Ospina Rodríguez surgieron ciertos desacuerdos ocasionados por las discrepancias ideológicas entre el poder central, de orientación conservadora, y los gobiernos regionales marcadamente liberales y federalistas. Las divergencias entre los líderes de ambas partes se fueron ahondando hasta que en 1860 el General Tomás Cipriano de Mosquera, por entonces gobernador del estado del Cauca, tomó la iniciativa de emancipar a su estado de la Confederación Granadina, para lo cual consolidó fuerzas de otros estados y se declaró en guerra contra el gobierno central. Después de intensos combates entre liberales y conservadores, las fuerzas revolucionarias encabezadas por el general Mosquera lograron tomar la ciudad de Bogotá en julio de 1861.¹⁶ A pesar de que el período presidencial de Ospina Rodríguez había concluido el 1 de abril de 1861, el desarrollo de la guerra civil imposibilitó la convocatoria a elecciones, por consiguiente el mando le fue concedido de manera interina al procurador general de la nación, Bartolomé Calvo.

El 20 de julio de 1861, Tomás Cipriano de Mosquera tomó el poder e impuso un gobierno dictatorial en el que de inmediato declaró que “el presidente ejercería el ‘derecho de tuición’ con respecto a todas las religiones; esto significaba que ningún ‘alto ministro’, presumiblemente queriendo decir obispos, podía ejercer sus funciones sin el permiso del presidente” (Safford, *País* 426). En los días siguientes a su declaración, Mosquera expulsó por segunda vez a los jesuitas del territorio nacional.¹⁷ A la vez, inspirado por una reforma mexicana de 1856-1857, decretó la desamortización de los

bienes en manos muertas; en otras palabras, Mosquera proclamó que toda propiedad raíz que estuviera en manos de la Iglesia sería subastada como propiedad de la Nación. El propósito de la desamortización era que las tierras circularan libremente en el mercado para explotarse y así obtener mayores provechos de ellas, aunque el resultado de esta medida fue adverso, pues debido a la escasez de fondos fiscales y a la premura de remediar algunos gastos nacionales, las tierras se vendieron con urgencia a bajos costos, y dicha acción permitió que personas acaudaladas las adquirieran, logrando rápidamente el aumento de sus riquezas, sin beneficio para el Estado.

El general Mosquera gobernó la nación con ideas progresistas. Creía en los avances tecnológicos y en la fundación de instituciones de enseñanza superior. Bajo su mandato se creó el noveno estado de la unión que tomó por nombre Estado del Tolima. En 1863, con la intención de sancionar sus ideas, Mosquera convocó a una asamblea constituyente en la ciudad de Rionegro, departamento de Antioquia, en la cual se aprobó la Constitución de Rionegro, que le asignó al país el nombre de Estados Unidos de Colombia. La nueva Constitución se firmó bajo el lema de “Federación y Libertad”, y con ella se puso en vigencia la gama de principios liberales que disponían, entre otras cosas, “que el poder ejecutivo se redujera a las facultades necesarias para la cumplida ejecución de las leyes y para la conservación del orden público y la defensa del país”. Con igual vigor, los liberales radicales se esforzaron “por establecer, afirmar y preservar las libertades individuales y las garantías sociales” (Ocampo 2: 743). Algunos legisladores que participaron en la convención de Rionegro consideraban a Víctor Hugo padre intelectual de esta asamblea, y el entonces ministro de Colombia en Gran Bretaña, con la intención de homenajearlo, se encargó de darle una copia de la Carta

constitucional, a la cual el poeta llamó “Constitución para ángeles”, dado su carácter libertario y ultra radical. En referencia particular a uno de los estatutos que establecía la nueva Carta, Víctor Hugo exclamó:

Su Constitución ha abolido la pena de muerte y usted tiene la bondad de atribuirme una parte en ese magnífico progreso. Agradezco con profunda emoción a la República de los Estados Unidos de Colombia. Al abolir la pena de muerte, ella da un ejemplo admirable. Hace un doble paso, el uno hacia la felicidad y el otro hacia la gloria. La gran senda está abierta. Que América camine, Europa seguirá.¹⁸

Una vez adoptada la Constitución de Rionegro, de corte federalista y ultra liberal, comenzó en los Estados Unidos de Colombia la era conocida históricamente como el Olimpo Radical. Los gobernantes más sobresalientes de esta generación fueron: Manuel Murillo Toro (1864-1866); Tomás Cipriano de Mosquera (1866-1867); Santos Acosta (1867-1868); Santos Gutiérrez (1868-1870); Eustorgio Salgar (1870-1872); Manuel Murillo Toro (1872-1874); Santiago Pérez (1874-1876); Aquileo Parra (1876-1878); Julián Trujillo (1878-1880); Rafael Núñez (1880-1882); José Eusebio Otálora (1882-1884) y Rafael Núñez (1884-1886).¹⁹

Una ojeada a las reformas impuestas por el liberalismo radical revela que su visión del mundo era fundamentalmente contrapuesta a las de sus oponentes conservadores. Los radicales tenían la mirada puesta en Inglaterra, Francia y Estados Unidos, países de los cuales admiraban “el éxito de la organización económica y política liberal”. Al igual que los liberales de otros países occidentales, los liberales colombianos “creían que con dejar a los individuos seguir libremente sus inclinaciones intelectuales y

materiales se contribuía al progreso de la civilización y al bienestar general de la sociedad” (Bergquist 43). Esta fase del Olimpo Radical se distinguió, entre otras cosas, por las reformas educativas con las cuales pretendían patrocinar nuevas técnicas pedagógicas orientadas a la investigación y la experimentación.

Los radicales deseaban fomentar algunos métodos innovadores con el propósito de eliminar el memorismo, el verbalismo y la dependencia maestro-alumno, pues se consideraba que esas tácticas tradicionales creaban invariablemente en los niños cierta sujeción a los sabios y a los libros. En base a estos ideales reformistas, a las instituciones educativas se les asignó la labor de la instrucción y la administración de una enseñanza que desarrollara armónicamente todas las facultades del ser humano: las espirituales, las sensoriales y las corporales. Siguiendo esta línea de pensamiento, se fundaron las Escuelas Normales y las Escuelas de Agricultura.

El ahínco que mostraban los radicales en promover la reforma educativa procedía del convencimiento de que la educación era un “instrumento supremo del cambio y de la consolidación nacional”. El pensamiento de todos los gobernantes de esta etapa tuvo como común denominador “llevar a Colombia por el camino de la modernización y alcanzar los logros de la revolución industrial y de los adelantos tecnológicos del mundo”. Por esta razón todos apoyaban el desarrollo de obras públicas, especialmente carreteras y ferrocarriles. Igualmente se pensaba en el establecimiento de rutas fluviales que pudieran facilitar y expandir el comercio a nivel nacional y con el extranjero. En conjunto, todos veían la industrialización como el único camino para “eliminar el ocio económico de su gente, que vivían preocupadas por la política partidista y las continuas guerras” (Ocampo 2: 745). Muchos legisladores estimaban que la fortificación de la

industria disminuiría el desempleo, lo cual se percibía como un factor influyente en el estallido de las innumerables contiendas que se dieron en la época. En síntesis, el pensamiento de los radicales revelaba una continua preocupación por la modernización y el progreso económico de la nación; dos factores que, ellos pensaban, podrían contribuir grandemente a la superación de la crisis ocasionada por las incesantes luchas políticas.

Un aspecto fundamental que debe señalarse en el estudio de esta etapa es que la imposición del sistema federal trajo como consecuencia la descentralización de las guerras, y por consiguiente los conflictos se daban en el ámbito regional. Durante la vigencia de la Constitución de Rionegro se desencadenaron 40 revoluciones y levantamientos locales y una sola guerra civil a nivel nacional (1876-1877), la cual se libró durante el gobierno radical del presidente Aquileo Parra (1876-1878).²⁰ El conflicto mencionado tuvo un origen político-religioso que terminó por enfrentar una vez más a conservadores y radicales²¹, y como efecto de la contienda sobrevino la división del liberalismo en radical e independiente. La descentralización de las guerras tuvo como secuela el surgimiento de las oligarquías regionales, las cuales haciendo uso de su poder político y económico, se apropiaron de algunos bienes nacionales y trataron de resolver ciertas disputas agrarias de acuerdo a su conveniencia y a las peculiaridades regionales.²²

En definitiva, la inestabilidad causada por la ausencia de un poder central, y por otro lado, las persistentes luchas de las oligarquías locales incitadas por controlar a su favor el aparato estatal, creó un ambiente de decadencia en el que se vislumbraba la completa desmembración de la nación. En medio de la situación caótica, parecía que la pluralidad de intereses empezaba a actuar como una fuerza centrífuga capaz de desestabilizar al país en todos los aspectos. Para entonces, la economía mostraba un

debilitamiento profundo ocasionado mayormente por el descenso en las exportaciones, el incremento en las importaciones, el alto índice de desempleo, la escasez de moneda circulante y la carencia de fondos fiscales. Estos desastros económicos desataron un malestar social generalizado que alimentaba las continuas y violentas insurrecciones urbanas y regionales. En tales circunstancias, en 1871, un ministro americano exclamó que la Constitución de Rionegro había consagrado la “anarquía organizada” en los Estados Unidos de Colombia. Asimismo, Rafael Núñez expresó en uno de sus escritos políticos que, “A otro ministro americano le hemos oído recientemente estas palabras: En Colombia sólo hay dos cosas organizadas: el ejército y el clero”.²³ Era obvio que los rumores de la desorganización que reinaba en el país, se habían dispersado en todos los medios y la amalgama de dificultades evidenciaba inequívocamente el fracaso del federalismo.

Ante el inminente desmoronamiento de las instituciones nacionales, el poder central del Estado, ya fraccionado y debilitado se mostraba incapaz para solucionar los múltiples problemas reinantes, y por consiguiente le era difícil encaminar a la nación por las vías que la condujeran al “Orden y el Progreso”, fórmula ideológica que predominaba en esos tiempos como recurso para lograr el desarrollo de los países hispanoamericanos. Para esta época, los escritores y dirigentes políticos dejaban entrever en sus escritos el influjo de las tesis positivistas. En todo caso, el sistema federal imperante ya no era el adecuado debido a “las frecuentes rebeliones regionales” provocadas por la lucha de las oligarquías, que pretendían “controlar en su favor el aparato estatal con su secuela burocrática”. En tales circunstancias, para resolver “las necesidades políticas y económicas de una clase dominante que se consolidaba a nivel nacional era preciso otro

proyecto de gobierno” (Tirado, “Siglo y medio” 124). Fue entonces cuando se emprendió la búsqueda de “La Regeneración” como intento para solucionar los desmesurados problemas que estaban desintegrando velozmente todos los organismos de la nación.

1.5 La Regeneración

La empresa de la Regeneración la inició el político e ideólogo liberal Rafael Núñez, quien fue presidente de la nación en los períodos de 1880 a 1882 y de 1884 a 1886, época en la que manifestó sus anhelos de enmendar los males de la nación. Núñez fue tildado de traidor por sus copartidarios, por el hecho de haber pertenecido al movimiento radical y luego haber dado un viraje hacia el conservatismo. En 1885, se desencadenó una guerra civil iniciada por los liberales radicales que se oponían al gobierno de orientación centralista encabezado por Núñez.²⁴ En junio de ese mismo año, las fuerzas del estado derrotaron a los insurrectos, y desde los balcones de la casa presidencial, Núñez anunció el triunfo de las fuerzas legítimas y declaró que “La Constitución de Rionegro ha dejado de existir”. De inmediato trazó una serie de estrategias para cristalizar su proyecto de renovación, y a la vez logró formar una coalición de liberales independientes y conservadores que tomó por nombre Partido Nacional, facción que más tarde tuvo el predominio de los conservadores. Núñez, ya contando con el respaldo de una gran masa a favor de la Reforma, tomó el sendero que supuestamente lo conducía hacia la recuperación del país, y con el deseo de justificar sus intenciones mesiánicas, puso en circulación el lema “Regeneración o catástrofe” seguido de la frase complementaria “Centralización política y descentralización administrativa”.

Antes de proseguir, es esencial incluir un resumen: dentro de los partidos liberal y conservador se dieron ciertos fraccionamientos, siendo el primero de ellos, el que ocurrió durante el gobierno de José Ignacio de Márquez (1837-1841). El liberalismo se dividió en tolerantes o liberales conservadores, liderados por Francisco de Paula Santander, y exclusivistas o liberales rojos, encabezados por Vicente Azuero. En 1853, nuevamente el liberalismo se fraccionó en dos bandos por intereses económicos concretos: los gólgotas, facción integrada mayormente por los comerciantes, eran defensores del libremercado; y los draconianos, grupo constituido por los artesanos, era seguidores del proteccionismo. En 1876, el partido liberal sufre otra división en dos facciones: radicales e independientes. La fragmentación se produjo por desacuerdos religiosos, pues los liberales radicales eran partícipes de la implantación del laicismo en la educación de la juventud, mientras que los liberales independientes eran más tradicionales en el tema religioso. La facción de los liberales independientes formó una coalición con los conservadores que tomó por nombre Partido Nacional, grupo que más tarde tuvo el predominio de los conservadores, y lideró el proyecto de la Regeneración.

Todavía en 1885, el 11 de noviembre, con fines de enmendar la Constitución, se reunió en Bogotá el Consejo Nacional de Delegatorios formado equitativamente por representantes de los dos partidos que respaldaban las ideas de Núñez: el partido liberal independiente y el partido conservador. En el “Discurso ante el Consejo Nacional Constituyente”, recopilado en sus *Escritos Políticos*, Núñez expresó perspicazmente su opinión sobre las prácticas que imperaron durante la vigencia de la constitución de Rionegro, las cuales revelaron el espíritu ilimitado de desorganización de los liberales radicales que los condujo “hasta dividir lo que es necesariamente indivisible”. En esas

dos décadas de gobiernos radicales (1864-1884) se fraccionó la unidad nacional y como consecuencia el país no sólo tenía la frontera exterior que compartía con las naciones vecinas, sino que se crearon “nueve fronteras internas, con nueve Códigos especiales, nueve costosas jerarquías burocráticas, nueve ejércitos, nueve agitaciones de todo género casi remitentes” (77). Ante el Consejo, Núñez propuso las pautas que debía seguir la nueva Carta “para reemplazar la anarquía por el orden”. Núñez declaró que para satisfacer las expectativas generales:

El particularismo enervante debe ser reemplazado por la vigorosa generalidad. Los Códigos que funden y definan el derecho deben ser nacionales; y lo mismo la administración pública encargada de hacerlos efectivos. En lugar de un sufragio vertiginoso y fraudulento, deberá establecerse la elección reflexiva y auténtica; y llamándose, en fin, en auxilio de la cultura social, los sentimientos religiosos, el sistema de educación deberá tener por principio primero la divina enseñanza cristiana, por ser ella el *alma mater* de la civilización del mundo.... Las Repúblicas deben ser autoritarias, so pena de incidir en permanente desorden y de aniquilarse en vez de progresar.... A lo expuesto se agrega la necesidad de mantener, durante algún tiempo, un fuerte ejército, que sirva de apoyo material a la aclimatación de la paz, que no puede ser producida instantáneamente por un sistema de gobierno que habrá de guardar escasa armonía con los defectuosos hábitos adquiridos en tantos años de error.... Pero, gracias a nuestra privilegiada índole, podremos, probablemente, concluir nuestra obligada transición, sin pasar por el

puente oprobioso de la dictadura de un Rosas, de un Santana o de un Carrera, o de la anarquía militar o demagógica llevada a su más ignominioso temperamento, que han soportado algunas repúblicas hermanas. (75-80)

La nueva Constitución política se sancionó el 6 de agosto de 1886, y a partir de esta fecha el país tomó el nombre de República de Colombia. La Carta recién aprobada tenía como pilares centrales la unidad nacional, el autoritarismo y la religiosidad. Núñez cimentó su razonamiento en la idea de que “una organización constitucional basada en un Estado débil, de funciones reducidas, tal como la preconizaba el liberalismo ortodoxo, no hacía sino intensificar la inestabilidad” (Jaramillo, *Pensamiento* 299). Por el contrario, un Estado sólido, fuerte, garantizaba equilibrio y perdurabilidad. En la exposición de sus ideas, Núñez compara la época anárquica del liberalismo radical con el período post independencia, cuando los vínculos imperiales con América se fracturaron, y entonces el resultado fue que “tras una niñez que había sido española, fueron aquellos separados de la nodriza y quedaron como vagabundos al azar” (37).

Núñez, teniendo como prototipo el proceder de la primera generación de Independencia, quiso calcar sus pasos y decidió establecer un poder central, para lo cual “los Estados soberanos fueron convertidos en Departamentos, con gobernadores designados por el Presidente de la república ... y el período presidencial se amplió a seis años.... Se restableció la pena de muerte, se prohibió el comercio y porte de armas de fuego y una serie de leyes restringieron las libertades de prensa y reunión” (Safford, *País* 461). El derecho al voto quedó restringido para los individuos que tuvieran propiedades o renta anual y que supieran leer y escribir. Paralelamente se desarrolló un proyecto

económico bajo el cual se creó el Banco Nacional y se impuso un tipo de moneda a nivel nacional. En este período floreció la industria cafetalera²⁵, “y en los años ‘pico’ de 1895 y 1896, el café representó cerca del 70% del valor de las exportaciones” (Bergquist 56). En esa época definitivamente el café se consagró como principal artículo de exportación. Al mismo tiempo se revisaron las políticas del libre cambio y se optó por imponer las normas proteccionistas con miras a proteger la industria nacional.

Pero uno de los aspectos preponderantes que impuso la Constitución de 1886 a través del artículo 38, fue que “La religión Católica, Apostólica, Romana, es la de la Nación; los Poderes públicos la protegerán y harán que sea respetada como esencial elemento del orden social”. Núñez consideraba que la religión desempeñaba un papel muy importante en la integración cultural, y a la vez podía servir como elemento de cohesión social. Como argumento contundente para justificar la alianza estrecha que pretendía consolidar entre la Iglesia y el Estado, Núñez declaró en sus *Escritos políticos* que “La república espiritual, con su aureola de esperanzas infinitas, debe venir al socorro de la república laica”. Luego prosiguió afirmando que “A principios de este siglo se palpó también en Francia la necesidad de recurrir al sentimiento religioso allí predominante, para dar nueva savia moral a aquella Nación, hondamente turbada por el jacobinismo” (85). En su análisis sobre el federalismo, Núñez cita como paradigma a Suiza, Estados Unidos y Alemania, países donde “se ha marchado continuamente de la dispersión a la unidad”. Prosigue recalcando que “aquellos pueblos, completamente civilizados y vigorosos, han buscado fuerza y luz adicionales en la federación” (77). Núñez enfoca particularmente el caso de los Estados Unidos, donde la federación significaba unidad, y ésta se había robustecido gracias al “sentimiento religioso, que es el

solo compensador eficaz del disolvente egoísmo” (88). La gran admiración de Núñez por los Estados Unidos residía en el hecho de que la unión sólida de la federación norteamericana se había traducido en fuerza y en vigor, elementos que él consideraba indispensable para el progreso y ordenamiento de cualquier nación.

Según Núñez, cosa contraria sucedió en Colombia con la práctica del escepticismo de los gobiernos radicales, que en vez de aunar a todos los Estados, provocó dispersión y debilidad creciente, un hecho que trajo la subsiguiente oleada de ruina y anarquía. De momento se creía que el país había pasado “de la infancia a la decrepitud”, razón por la cual Núñez proclamó: “necesitamos alguna afirmación que penetre y se apodere profundamente de los espíritus, y ponga término al estéril período de las oscilaciones. Sólo así dejarán de cumplirse las fatídicas palabras de Lucano: *Hasta las ruinas perecieron*” (88). La habilidad política que poseía Núñez, adquirida en gran parte por sus labores burocráticas, administrativas y periodísticas, lo ayudó a percibir que el ejército y el clero eran dos fuerzas organizadas en las que podía basar su proyecto administrativo y por tal motivo decidió apoyarse en ellos para concretar sus ideales.

Teniendo ya bien en claro la influencia conciliadora que podía ejercer el “Poder Eclesiástico” para así rescatar al país del caos en el que se hallaba sumergido, se dieron los pasos necesarios para regular las relaciones entre la Iglesia y el Estado a través del Concordato de 1887, y más tarde por el Convenio adicional de 1892. La firma de estos acuerdos le otorgaron a la Iglesia “compensaciones monetarias y fiscales por las expropiaciones de los años de la desamortización y se restauró el fuero eclesiástico”. De esta manera, la Iglesia asumió la responsabilidad de organizar y dirigir el sistema escolar público. Asimismo tomó en sus manos la administración de los cementerios, los registros

de nacimientos, matrimonios y defunciones, al igual que monopolizó el matrimonio católico, con lo cual se afirmaba el privilegio y la validez que tendrían los actos eclesiásticos sobre las prácticas civiles.

Desde todos los ámbitos posibles, ya fuese “desde el aula, los textos escolares, la prensa, el confesionario y el público, el clero católico inculcó valores políticos y sociales que frenaron la incipiente marcha hacia el laicismo”. Seguido a este hecho, se experimentó en el país un flujo inmigratorio de miembros regulares de la Iglesia Católica cuya influencia “fue decisiva en definir los rasgos de la cultura política del país” (Safford, *País* 459). Muchos miembros de estas congregaciones, antes de su arribo a Colombia en 1890, habían padecido los sentimientos anticatólicos que se diseminaron por Alemania, Italia, Francia y Ecuador de 1870 a 1890, por lo tanto su discurso logró penetrar en la mente de muchos conservadores que aún guardaban en la memoria los agravios ocasionados por la afrenta anticatólica de los gobiernos liberales. A partir de aquí, empezó a surgir una corriente nacionalista conservadora con una perspectiva antiliberal, que más tarde desempeñó un papel primordial en el desarrollo de las ideas a comienzo del siglo XX.²⁶

Una vez resuelto el conflicto religioso, el proyecto de la Regeneración trató de encauzar al país hacia la recuperación económica, pero la centralización política trajo como consecuencia la agudización del déficit fiscal y subsiguientemente provocó disputas en cuanto a la distribución de los gastos públicos. Para respaldar la “descentralización administrativa”, se le otorgó a los Departamentos beneficios similares a los que se le concedían a los Estados federales. Más tarde, después de algunas negociaciones, el gobierno central tomó responsabilidad del orden público, el

sostenimiento del ejército nacional, el funcionamiento del poder judicial, el pago de la deuda externa, el compromiso de promover el uso de la navegación y de los ferrocarriles, el sostén del servicio diplomático y consular, y por último, pagar las compensaciones contempladas en el Concordato. Igualmente, la nación se hizo cargo del costo de la educación secundaria y universitaria, dejando la educación primaria en manos de los gobiernos departamentales.

1.6 Predominio de la república conservadora: 1886-1930

Al término del gobierno del presidente Rafael Núñez, cuyo mandato se convirtió en un gobierno puramente conservador, fue electo Carlos Holguín para el período de 1888 a 1892. Desde el primer bienio de su gobierno, la hegemonía conservadora quedó marcada firmemente, y esta orientación causó notables disgregaciones que complicaron el ambiente político de la época. Como consecuencia se produjo una escisión en el partido conservador, entre los nacionalistas y los históricos. Se denominaban nacionalistas aquellos individuos que provenían de la facción liberal independiente y que habían respaldado firmemente las políticas de la Regeneración impuestas por Núñez, y los históricos, que era el grupo que cobijaba a quienes deseaban preservar más puros los principios del conservatismo, y pedían algunas reformas constitucionales o legales, entre ellas, mayor responsabilidad legal para el Presidente, y mayor limitación de las facultades extraordinarias. En esta atmósfera política, la facción conformada por los liberales radicales quedó relegada y casi sin posibilidades de acceder al poder por medios legítimos, por lo cual la guerra civil se convertía cada vez más en una tentación permanente para recobrar territorio dentro del sistema político del país.

Cuando finalizó el gobierno de Holguín, fue electo Miguel Antonio Caro para el lapso gubernamental de 1892 a 1898. Durante esta administración se pronunció aún más la hegemonía conservadora y hubo una continua agitación política provocada por las demandas de los conservadores históricos y los liberales radicales, quienes deseaban algunas modificaciones constitucionales que les permitiera representación de sus respectivos partidos en el gobierno. Para estos días, ya Caro no contaba con el respaldo y prestigio de los líderes del partido dominante; Rafael Núñez y Carlos Holguín habían fallecido el año anterior, en 1894. Entonces, Caro, que no poseía ductilidad política, se mostró inflexible ante las demandas de los bandos opuestos, y como consecuencia tuvo que afrontar una nueva guerra civil en 1895. La duración del conflicto fue breve ya que el país disponía de un fuerte poder central con un ejército bien organizado, factor que hacía casi invencible al gobierno nacional.

La derrota que sufrieron los liberales radicales en la guerra civil de 1895, los condujo a concretar una alianza con la facción llamada histórica del conservatismo, hecho que profundizó la división entre el partido de gobierno o nacionalistas y los conservadores históricos. En 1896, a través de un manifiesto redactado por Carlos Martínez Silva, quien se oponía a las políticas fiscales de la Regeneración, los conservadores históricos y los liberales radicales, en conjunto, le hicieron cargos oficiales al gobierno por la falta de participación de ambas facciones en los empleos públicos del gobierno. Asimismo, Jaramillo Uribe indica que una gran parte de la clase dirigente, que había respaldado enérgicamente el programa de la Regeneración, juzgaba inmorales ciertas determinaciones de Caro, a tal punto, que consideraba que la administración se

había convertido en “dispensadora de favores económicos hasta constituir una verdadera ‘compañía industrial’” (*Etapas* 55).

En referencia a este tema, el análisis que presenta Charles Bergquist en *Café y conflicto en Colombia*, subraya que el meollo de esta situación, “estaba en la implantación del papel moneda no redimible, efectuada por Núñez en 1885 y ampliada y defendida tenazmente por Miguel Antonio Caro como jefe de gobierno de 1892 a 1898” (72). La práctica de esta norma fiscal beneficiaba al gobierno librándolo de la dependencia de los ingresos aduaneros y de los préstamos nacionales y extranjeros; sin embargo, la medida desfavorecía a los comerciantes y banqueros exportadores e importadores, los cuales pertenecían a las filas del liberalismo radical; de aquí que este grupo se convirtiera en crítico y opositor tenaz de las prácticas fiscales de la Regeneración. Como es evidente, el escenario mixto de intereses económicos y políticos representaba una amenaza constante de revueltas, y el gobierno decidió imponer represión a la prensa y censurar las comunicaciones telegráficas como medios para controlar los ánimos agitados que circulaban en la oposición.

Para el período presidencial de 1898 a 1904, salió electo el conservador Manuel Antonio Sanclemente. Debido a que el presidente electo contaba con 84 años de edad y experimentaba serios quebrantos de salud, se le imposibilitó la toma del poder, y en su reemplazo se posesionó el Vicepresidente José Manuel Marroquín, quien también estaba en edad avanzada con 72 años de edad. Los dos titulares poseían una corta trayectoria política y eran considerados inexpertos en el manejo del gobierno en momentos tan difíciles para la nación. Tan pronto estuvo en el ejercicio del poder, Marroquín²⁷ inició un “programa ampliamente conciliador” y promovió las reformas que venían solicitando los

conservadores históricos y los liberales radicales: “cesación de las facultades extraordinarias, garantías para la pureza del sufragio, libertad para la prensa y rígida fiscalización para el manejo de los dineros públicos” (Ramón 336). Altos dirigentes del gobierno simpatizaron con la iniciativa de Marroquín, y pensaron que con una enmienda constitucional se establecería la paz entre las facciones políticas de manera permanente, sin embargo, los conservadores nacionalistas consideraron inconsulta la enmienda. Temerosos de que esta reforma fuera aprobada, el nacionalismo le hizo un llamado al Presidente titular, Manuel Antonio Sanclemente, para que se posesionara ante la Corte Suprema de Justicia, ya que el Congreso, con predominio de la facción histórica, se mostraba renuente de que éste tomara las riendas del poder.

1.6.1 Guerra civil de los Mil Días: 1899-1902

En posesión del mando en noviembre de 1898, Sanclemente detuvo la aprobación de las reformas conciliadoras propuestas por Marroquín, lo cual causó un profundo desagrado entre los sectores políticos opuestos, conservadores históricos y liberales radicales, y con esta actitud de descontento se inició la turbación del orden. Los liberales se sentían excluidos por completo de la arena política nacional²⁸, y este factor de supresión agregado a la decadente situación económica que atravesaba el país, lograron cimentar el terreno para la rebelión. El 17 de octubre de 1899 estalló el conflicto entre liberales y conservadores, al que se le conoce con el nombre de Guerra civil de los Mil Días, la cual se considera la contienda más sangrienta de la historia nacional.²⁹ Esta fue la última guerra que se desencadenó en el siglo XIX y la primera del XX, entre 1899 a 1902. El gobierno central “dio a los gobernadores la investidura de jefes civiles y militares con poder de decretar expropiaciones y empréstitos forzosos”, disposiciones que

en este conflicto “recaían mayormente entre los miembros más adinerados del liberalismo”. Las expropiaciones se efectuaban en las localidades liberales donde estaban los “autores, cómplices, auxiliadores y simpatizadores” de la revolución (Safford, *País* 465). El uso de estas normas en los conflictos civiles usualmente reforzaba la división de los colombianos “por líneas partidistas más que por clases sociales”, sin embargo, a pesar que todos tomaban parte en las contiendas partidistas, el resentimiento se tornaba superlativo entre las clases pudientes debido a la confiscación de sus bienes y rentas por parte de sus contrarios.

En el transcurso de la guerra de los Mil días, se libraron varias batallas, siendo las más importantes, la de Barranquilla, Obispos, Bucaramanga, Peralonso y Palonegro. Esta última fue la más sangrienta y prolongada: duró 15 días y en ella salieron victoriosas las fuerzas conservadoras del gobierno. Aún con este triunfo decisivo por parte del gobierno, la contienda continuó en forma de guerrillas y los revolucionarios lograron reforzar sus operativos con la ayuda de tropas extranjeras procedentes de Venezuela, Ecuador y Nicaragua. Con la esperanza de ver cambios y de que se diera el cese de la revolución, las fuerzas militares y un grupo de dirigentes políticos, entre ellos, Carlos Martínez Silva, José Vicente Concha y Miguel Abadía Méndez, respaldaron al vicepresidente José Manuel Marroquín para que diera un golpe de Estado, el cual se efectuó el 31 de julio de 1900. Con el poder nuevamente en sus manos, Marroquín prosiguió a negociar la paz, para lo cual firmó una serie de tratados, siendo el primero de ellos el de Neerlandia, que se ratificó el 24 de octubre de 1902. Más tarde, el 21 de noviembre de 1902, se firmaron los tratados de Chinácota y Wisconsin, efectuándose este último a bordo del buque de guerra norteamericano que ostentaba el mismo nombre.

Con la firma de los tres tratados, se dio amnistía y garantías a todas las personas involucradas en la revolución. Pero los resultados de la contienda fueron nefastos, pues se paralizaron muchas obras de progreso; se destruyó la agricultura; el comercio sufrió graves quebrantos y el fisco quedó aniquilado. Por otro lado, el gobierno se vio precisado a emitir una cuantiosa cantidad de papel moneda que la desvalorizó con una baja del 25.000%. En resumen, la situación económica se deterioró en todos sus aspectos y la nación entera estaba sumergida en un estado lamentable y funesto. Con el fin de preservar el orden, se mantuvo el estado de sitio por varios meses, lapso que fue aprovechado para adelantar algunas labores, siendo una de ellas, la reglamentación para el uso de la imprenta, la cual suprimió considerablemente la censura impuesta por la Regeneración. Pero el acontecimiento más trascendental ocurrido en los meses posteriores a la guerra de los Mil Días, fue la firma del tratado Herrán-Hay, cuya desaprobación por el congreso precipitó la separación de Panamá. La magnitud de este acontecimiento, el cual fue una consecuencia de la guerra civil de los Mil Días, merece un recuento somero de los hechos.

1.6.2 Consecuencia de la Guerra civil de los Mil Días: Separación de Panamá

En 1870, Estados Unidos le propuso a Colombia la firma de un tratado para la excavación del canal interoceánico, pero la propuesta no fue aceptada por Colombia porque el documento no estipulaba la neutralidad absoluta de la vía. En 1880, se anunció la construcción del canal y comenzó la formación de la Compañía Universal del Canal Interoceánico de Panamá, la cual inició sus operaciones con capital suscrito por inversionistas franceses. La obra estaba dirigida por el constructor del Canal del Suez, Ferdinand de Lesseps, quien poseía un extraordinario entusiasmo por la realización del

proyecto y garantizó que el canal de Panamá “will be easier to make, easier to complete, and easier to keep up than Suez”.³⁰ En 1882 comenzaron las obras, pero desde los inicios, millares de trabajadores murieron víctimas de enfermedades tropicales, en particular, la malaria y la fiebre amarilla.³¹ A la par de estas adversidades imprevistas, estaban los cálculos errados que de Lesseps había hecho, asumiendo que todo el canal se construiría al nivel del mar, tal como lo había efectuado en Suez, pero debido al desnivel y a la irregularidad geográfica del territorio panameño, se requería la construcción de un canal con esclusas. En adición a estos planes equívocos, empezaron a brotar los desaciertos administrativos, la malversación de fondos y los fraudes monetarios que precipitaron la quiebra total de la compañía en 1889, hecho que se conoce históricamente con el nombre de “el escándalo de Panamá”.

Cinco años más tarde, la Nueva Compañía del Canal de Panamá, igualmente francesa, reanudó los trabajos de construcción. En 1900, en plena guerra civil, el presidente Manuel Antonio Sanclemente le concedió a la Nueva Compañía la tercera prórroga de 10 años para concluir la obra, aunque estaba consciente de la imposibilidad que mostraba la compañía francesa para excavar el canal. En todo este proceso, el gobierno americano mostraba un pronunciado interés por el Istmo, y decidió establecer un plazo breve para obtener la concesión del proyecto. Con ciertas vicisitudes, de manera precipitada se firmó el tratado Herrán-Hay en enero de 1903, el cual fue suscrito por el secretario de la legación colombiana Tomás Herrán y el secretario de Estado norteamericano John Hay.

Por medio del convenio, la compañía francesa traspasaba sus derechos al gobierno americano y a éste se le otorgaba la facultad exclusiva de terminar el canal y explotarlo

por 99 años. Asimismo, se declaraba dueño de una franja de 8 kilómetros de ambos lados a lo largo del canal, con excepción de las ciudades de Panamá y Colón. En lo que respecta a Colombia, el tratado Herrán-Hay “estipulaba que los Estados Unidos debería pagar a Colombia \$10 millones de dólares inicialmente y cuotas anuales de \$250.000 dólares” (Bergquist 326).³² La suma acordada debía pagarse hasta la extinción del privilegio, y la aprobación del pacto debería suceder en el término de 8 meses. De no cumplirse las negociaciones dentro del plazo estipulado, el gobierno norteamericano abriría negociaciones con Nicaragua.

Mientras tanto, en el Senado colombiano las opiniones se mostraban divididas. En el grupo de los acérrimos opositores a la propuesta se encontraba Miguel Antonio Caro, para quien el tratado resultaba inconstitucional, por la razón de que “enajenaba un trozo del territorio colombiano”. Caro propuso enmendar el planteamiento inicial con el fin de proteger la soberanía colombiana y resguardar los intereses del país sobre la zona del canal. Su posición antagónica ganó respaldo en el Senado debido a las intransigencias del gobierno americano, que demandaba la ratificación del acuerdo en la forma primitiva y amenazaba con tomar represalias en caso de que no se ratificara el tratado. El convenio se sometió a debate y el Senado colombiano lo rechazó por unanimidad el 12 de agosto de 1903, argumentando que la propuesta ofendía el sentimiento de la dignidad nacional.

Después de la tajante decisión por parte del Senado colombiano, los separatistas panameños optaron por la desmembración del territorio nacional, y después de una conjura organizada en la ciudad de Panamá, los partidarios de la secesión, en complicidad con algunos funcionarios de la Nueva Compañía del Canal y del gobierno de Estados Unidos, salieron victoriosos y declararon la independencia el 3 de noviembre de 1903. De

inmediato, Colombia trató de recuperar el territorio perdido por medios militares y diplomáticos, pero la Marina de Guerra de Estados Unidos brindó su protección a los panameños. Días más tarde, la Casa Blanca emitió su reconocimiento de la nueva República independiente. Uno de los más tenaces defensores de la separación, Phillippe Bunau-Varilla³³, quien era funcionario de la Nueva Compañía del Canal y más tarde desempeñó el cargo de embajador de Panamá ante Estados Unidos, justificó la intervención norteamericana argumentando que “Al extender sus alas protectoras sobre el territorio de nuestra República, el Águila americana la ha santificado, la ha rescatado de la barbarie de guerras civiles innecesarias y devastadoras, para consagrarla al destino que le asignó la Providencia: el servicio de la humanidad y el progreso de la civilización”.³⁴

Seguido a la altisonante declaración, se firmó el tratado Hay-Bunau-Varilla el 18 de noviembre de 1903, con el cual se le concedía a Estados Unidos la zona del canal a “perpetuidad”. El gestor de este tratado, Bunau-Varilla, actuó rápidamente a espaldas de los panameños, para que el convenio se ratificara en el Senado de Estados Unidos. El debate comenzó más pronto de lo previsto y varios senadores se mostraron impresionados ante las estipulaciones tan generosas del pacto. Uno de ellos, el senador Hernando de Soto Money, del estado de Mississippi, reconoció que el tratado “comes to us more liberal in its concessions to us and giving us more than anybody in this Chamber ever dreamed of having ... we have never had a concession so extraordinary in its character as this. In fact, it sounds very much as if we wrote ourselves”.³⁵ El general Omar Torrijos, jefe de gobierno de Panamá de 1968 a 1978, con legítima razón se refería a este acuerdo como “el tratado que nosotros no firmamos”. El acuerdo se ratificó el 23 de febrero de 1904 con una votación de 66 a 14. En relación a este magno acontecimiento a favor del

gobierno norteamericano, el entonces presidente de Estados Unidos, Teodoro Roosevelt, admitió paladinamente su participación en el atropello y declaró con franqueza: “I took Panama”. Según algunos críticos, la acción recién concretada era prácticamente una violación al tratado Mallarino-Bidlack, que firmó Estados Unidos con Colombia en 1846, por medio del cual se estableció, entre otras cosas, la soberanía de la Nueva Granada sobre ese territorio y el libre tránsito de Estados Unidos por el Istmo.

Un análisis minucioso escrito por Charles Bergquist sobre esta situación, señala que la pérdida de Panamá fue “consecuencia de la Guerra de los Mil Días, pues ella debilitó y complicó gravemente la posición negociadora del país y estimuló los sentimientos separatistas del Istmo” (327). La pérdida conmocionó y abrumó a todo el pueblo colombiano, y en respuesta al acto de mutilación, el presidente de Colombia, José Manuel Marroquín, integró una comisión con el propósito de negociar con Panamá y Estados Unidos³⁶, para así salvar el territorio perdido, pero los intentos de rescate resultaron infructuosos. La comisión estaba formada por miembros de ambos partidos políticos³⁷, actitud que sorprendentemente reveló “cómo se había difundido el espíritu de conciliación entre los dirigentes políticos colombianos al unirse para enfrentar las crisis que vivía la nación” (328). Los cuatro miembros pertenecían a las llamadas “fuerzas reformistas”, nombre que les fue dado debido a la tenacidad con la que el grupo había abogado para conseguir reformas en las medidas económicas y políticas impuestas por la Regeneración.

Estas fuerzas reformistas que en alto grado favorecían la reconciliación política de los partidos, ejercieron presión sobre Marroquín con el fin de que convocara una asamblea constituyente con participación de todos los partidos, para así reformar las

instituciones nacionales. Según ellos, una vez se logaran estos cambios, se podía iniciar la tarea de reconstruir al país, que se encontraba en estado de postración por la reciente guerra civil. Marroquín rechazó la idea de convocar la asamblea argumentando que este acto “iba más allá de su autoridad constitucional” (329). Ante la renuencia de Marroquín, las fuerzas reformistas se mostraron pacientes y pusieron sus esperanzas en las próximas elecciones presidenciales que se realizarían en 1904. Finalmente, las facciones políticas aguardaron con una disposición pacífica.

En 1904, al finalizar el período presidencial de José Manuel Marroquín, fue electo el general Rafael Reyes, en unos comicios en los que hubo abstención total por parte de los liberales, facción política que había sido vencida en la Guerra de los Mil Días. Este período gubernamental se conoce históricamente con el nombre del “Quinquenio de Reyes”, y comprende el lapso de 1904 a 1909. Reyes heredó la postración que había dejado la última contienda civil y se enfrentó a la ardua tarea de reconstruir moral y materialmente a la nación. La posesión del mando se realizó bajo los lemas “trabajo, paz y concordia” y “menos política y más administración”; este último hacía eco de los ideales del régimen de Porfirio Díaz en México.

Para darle validez a su consigna, desde el comienzo, Reyes le dio prioridad a la reconciliación política, para lo cual institucionalizó la representación liberal en el gobierno. A la coalición bipartidista organizada por el gobierno de Reyes, se le conoce con el nombre de Concordia Nacional. Reyes, casi de inmediato, nombró a liberales para desempeñar altos cargos ejecutivos y diplomáticos; de igual forma estableció la participación de las minorías en los cuerpos legislativos del país. A continuación, optó

por disolver el Congreso el 13 de diciembre de 1904 y casi de inmediato convocó una Asamblea Nacional constituyente con el fin de ratificar sus decisiones ejecutivas.

Reyes se granjeó la simpatía de los liberales al incluirlos en el gobierno. Luego, con el apoyo del liberalismo y el de un sector del conservatismo, logró tomar las riendas del poder de manera dictatorial. Sin embargo, un círculo de conservadores históricos reprobaba su proceder porque consideraban que esa resolución violaba los principios republicanos. Reyes quiso tomar medidas para controlar el antagonismo de los conservadores intransigentes, y decidió imponer ciertas medidas como fueron el destierro de la oposición y limitaciones a la prensa. Pero pese a este ambiente de desacuerdos que empañaba parcialmente su consigna de paz y concordia nacional, Reyes consiguió un mejoramiento en la economía nacional y logró superar en los primeros cuatro años de su gobierno el desastroso estado en el que se encontraban las finanzas públicas. Sus deseos progresistas también lo incitaron a tomar una serie de iniciativas para resolver las diferencias que aún se mantenían con Estados Unidos originadas por la separación de Panamá.

Las gestiones de Reyes para alcanzar acuerdos con Estados Unidos se iniciaron el 9 de enero de 1909, cuando el embajador de Colombia en Estados Unidos, Enrique Cortés, firmó con el Secretario de Estado norteamericano, Elihu Root, el tratado tripartito Cortés-Root. En el tratado estaban las tres partes involucradas: Colombia, Estados Unidos y Panamá. Con el documento no sólo se pretendía normalizar las relaciones entre Estados Unidos y Colombia, sino que se esperaba que Colombia reconociera oficialmente la independencia de Panamá. El entusiasmo de Reyes por la aprobación del acuerdo lo condujo a convocar una sesión extraordinaria de la Asamblea Nacional, a pesar de que

los términos estipulados en el acuerdo resultaban inaceptables para Colombia. La Asamblea se abstuvo de ratificar los tratados, lo cual significó un duro golpe para la administración de Reyes, ya que pretendía saldar algunas responsabilidades fiscales con la indemnización que Estados Unidos le pagaría por la separación de Panamá.

A raíz de su política conciliatoria con Estados Unidos y de sus imposiciones dictatoriales, Reyes se ganó la antipatía de muchos liberales y conservadores. En las filas de la oposición a su gobierno, militaba un grupo estudiantil que inició el movimiento llamado los “Trecemarcistas”. El movimiento vibraba con las lecturas de los ideales de José Martí y la difusión de su fuerza nacionalista expuesta en “Nuestra América”. Con igual admiración leyeron a Rubén Darío y las ideas modernistas; también sintieron la inquietud y el entusiasmo que despertó la obra *Ariel*, de José Enrique Rodó, publicada en 1900. Finalmente, la campaña enérgica promovida por la oposición y el movimiento estudiantil, tuvo como resultado la renuncia del presidente Reyes el 13 de junio de 1909, quien luego, clandestinamente, partió hacia Inglaterra a bordo de un buque bananero propiedad de la United Fruit Company, empresa que había ayudado a fundar. Con su partida, el poder quedó en manos del primer designado, general Jorge Holguín, hasta que el nuevo Congreso³⁸, formado por miembros bipartidistas, nombró como sucesor al conservador histórico, general Ramón González Valencia, para así completar el período de seis años para el cual había sido elegido Reyes, y que expiraba el 7 de agosto de 1910.

Con la partida de Reyes, se formó la coalición que tomó por nombre Unión Republicana. Esta nueva entidad poseía un espíritu conciliatorio y estaba constituida por líderes liberales y conservadores históricos que habían rechazado las imposiciones de Reyes en los últimos años de su mandato. El propósito primordial de la nueva agrupación

era implantar “un programa de estricto republicanismo, participación bipartidista en el gobierno y *laissez-faire* económico” (Bergquist 367). Con el fin de considerar los cambios que reclamaba la opinión pública, se convocó una nueva Asamblea Nacional, que después de innumerables deliberaciones, introdujo la Reforma Constitucional de 1910, la cual modificó algunos estatutos de la constitución de 1886, por ejemplo: introdujo la elección directa del presidente para períodos de cuatro años, suprimió la pena de muerte, prohibió la emisión del papel moneda de curso forzoso, y garantizó la representación de las minorías.

Pero pese a que la nueva Reforma Constitucional de 1910 decretó la elección del presidente por el voto directo, la Asamblea Nacional no consideró prudente someter a comicios populares la elección del nuevo presidente para el período que comenzaba el 7 de agosto de 1910, por temor de poner en peligro la paz y el control de la política nacional que recién habían conseguido. Así fue que la Asamblea Nacional hizo la excepción para este período en particular y decidió elegir al conservador Carlos E. Restrepo para el lapso de 1910 a 1914. Durante su mandato, el 6 de abril de 1914, se firmó en Bogotá el tratado Urrutia-Thomson, con el fin de negociar las diferencias con Estados Unidos ocasionadas por la separación de Panamá. El tratado estipulaba que Estados Unidos le pagaría a Colombia la suma de veinticinco millones de dólares como indemnización por la pérdida de Panamá y reconocería su “sincero pesar” por los hechos ocurridos. El Congreso de Colombia ratificó el tratado sin ninguna enmienda, pero Estados Unidos lo rechazó por considerar la cláusula del “sincero pesar” como un agravio para el pueblo americano.

En general, en el período presidencial de Restrepo se acrecentó la paz y la concordia entre los partidos políticos, y hubo un aumento considerable en las rentas del Estado, factor que le proporcionó estabilidad económica al país. Pero por otro lado, aunque el régimen de Restrepo trató de garantizar un sistema electoral equitativo para todos los contendientes, no pudo controlar los desmesurados fraudes efectuados por agentes locales y funcionarios electorales que favorecían en gran parte a los conservadores. Según lo explica Jorge Orlando Melo:

Aunque muchos grandes propietarios y buen número de cultivadores de café eran liberales, los propietarios conservadores, con el apoyo de las autoridades locales, se habían convertido en la práctica en dueños y señores del voto de aparceros, peones rurales y pequeños campesinos, entre quienes, por otro lado, tenían gran influencia las prohibiciones de los párrocos de dar el voto por el partido liberal (64).

Este comportamiento entorpeció las aspiraciones de los republicanos de instaurar instituciones que fueran transparentes a los intereses de ambos partidos. De tal modo, perduró la hegemonía conservadora en los períodos subsiguientes. Los liberales, ante tales circunstancias, basaban sus esperanzas en obtener el voto de las zonas urbanas, que en esos años todavía era muy reducido, y al mismo tiempo ponían en práctica la estrategia de alinearse con un candidato conservador que les prometiera un trato más equitativo y les garantizara la participación en el parlamento. Este tipo de maniobras, desarrollaron un patrón de conducta basada en el fraude electoral, que con el pasar del tiempo ocasionaron conflictos internos en la clase dirigente. Como resultado, ocurrieron

frecuentes brotes de violencia debido a que se ejercía la persecución de los militantes de ambos partidos por sus contrarios políticos.

Al término de la presidencia de Carlos E. Restrepo, se disolvió la coalición bipartidista Unión Republicana. El motivo de la desintegración se le atribuye, en gran parte, a la procedencia de sus miembros, los cuales en su mayoría pertenecían a las élites, y por consiguiente, la Unión carecía de la raigambre y de la popularidad que ya gozaban los partidos tradicionales, el liberal y el conservador. Luego de la disolución del republicanism, los partidos siguieron su marcha con nuevas denominaciones. La llamada “Concentración Conservadora” estuvo liderada por Marco Fidel Suárez, y el denominado “Bloque liberal” fue dirigido por el general Rafael Uribe Uribe. Aún después de la separación, los líderes de ambos partidos mantuvieron los ideales políticos y económicos de orientación liberal que había impuesto la Unión Republicana.

El sucesor de Restrepo fue el conservador histórico José Vicente Concha, quien gobernó de 1914 a 1918. En estas elecciones se usó por primera vez el sistema recién aprobado del voto directo de los ciudadanos, cuestión que no ocurría desde 1857. Este cuatrienio coincidió con el desarrollo de la Primera Guerra Mundial, lo cual afectó considerablemente el comercio exterior, y por consiguiente, tuvo un impacto adverso en la economía interna. Concha trabajó a la par de un gabinete bipartidista y le dio continuidad a los proyectos políticos y económicos que había iniciado su predecesor. En octubre de 1914, sucedió el brutal asesinato del líder liberal Rafael Uribe Uribe, quien se identificaba con las ideas socialistas y había respaldado vigorosamente la candidatura de Concha. El asesinato fue perpetrado por dos artesanos en las inmediaciones del Capitolio Nacional en Bogotá. El periódico *El Colombiano* informó que “El asesinato con hacha

del que fue víctima el General Uribe Uribe, por lo sangriento, es uno de los más tenebrosos que conoce la historia de la criminalística en Colombia”.³⁹ Con la muerte del general Uribe Uribe, el liberalismo perdió a uno de sus más respetados ideólogos. Además, en el transcurso de la administración de Concha, ocurrieron algunas movilizaciones campesinas, y en 1916 aconteció un levantamiento indígena liderado por el caudillo Manuel Quintín Lame, que reclamaba mejores condiciones de trabajo para los indígenas y demandaba la devolución de sus tierras que habían sido usurpadas por hacendados y empresarios rurales.

Para el período de 1918 a 1922, fue elegido el conservador Marco Fidel Suárez, quien siguió afianzando la política bipartidista con la organización de un gabinete mixto. El nuevo presidente se enfrentó con algunas dificultades económicas por ser los años posteriores a la Primera Guerra Mundial. Su acceso al mando se dio bajo el lema “Respice Polum”; en otras palabras, había que mirar al norte, hacia “la estrella polar”. Para esta época, en Colombia se habían descubierto pozos petrolíferos y el país se mantenía bajo el lente de empresas multinacionales de Gran Bretaña y Estados Unidos. A Suárez lo dominaba un ferviente deseo de abrir las puertas al capital norteamericano, aunque ya se habían hecho algunas concesiones menores que beneficiaban en gran escala a las petroleras norteamericanas. Atraído por los intereses comerciales, Suárez era partidario de estrechar los vínculos con los Estados Unidos, y con esas intenciones gestionó la aprobación del tratado Urrutia-Thomson, para finalizar el conflicto sobre Panamá.

Aun habiendo pasado casi dos décadas desde la emancipación de Panamá, el Congreso de Estados Unidos se mostraba renuente a aprobar el tratado. Finalmente se

hicieron algunas modificaciones, entre ellas, la eliminación de la cláusula del “sincero pesar” y una ligera reducción de los derechos de Colombia en el uso del canal. Con los nuevos cambios incluidos, el tratado se ratificó en el Congreso de Estados Unidos el 20 de abril de 1921, pero no sucedió así en la Cámara colombiana, donde fue rechazado por una coalición parlamentaria que estaba en contra de los planes del presidente, a quien también se le imputaban cargos por corrupción. Con el fin de obtener la aprobación del convenio, Suárez admitió algunas faltas y decidió renunciar al poder en 1921. Su sucesor, Jorge Holguín, quien también había ocupado interinamente la presidencia ante la renuncia de Rafael Reyes en 1909, finalmente consiguió la ratificación del tratado el 22 de diciembre de 1921. La firma del acuerdo le concedió a Colombia una indemnización de 25 millones de dólares con la finalidad de reparar los daños materiales sufridos por la pérdida de Panamá.

Durante la segunda década del siglo XX, en Colombia, el capital norteamericano comenzó a invertirse en el comercio del café, el banano y la industria petrolera, pero a pesar de la aparente conveniencia recíproca que se daba en la órbita comercial, no dejaron de aflorar en forma generalizada, los sentimientos antiimperialistas motivados por la visible relación asimétrica, siempre a favor del “Coloso del Norte”. El escritor colombiano, José María Vargas Vila (1860-1933), expresó acentuadamente su repudio por el expansionismo norteamericano en su obra titulada *Ante los bárbaros. El Yanki; he ahí el enemigo*, cuya “edición definitiva” se publicó en 1917. Vargas Vila hace uso de una poética modernista para condenar “la diplomacia de cañoneras” y la “política del garrote”, tendencias usadas a comienzos del siglo XX por los Estados Unidos, como

recursos para inclinar la balanza a su favor en las negociaciones que realizaba con otros países.

En uno de los fragmentos de la obra, Vargas Vila ataca desmesuradamente el proceder del país imperial y alude a los americanos como “raza voraz, enemiga y desdeñosa, pueblo inmenso, bastardo y cruel... con una idea monstruosa de superioridad y una invencible idea de conquista.... Ellos han invadido a México, aprisionado a Cuba, a Haití, a Santo Domingo, conquistado a Puerto Rico, y despedazado a Colombia, y, cometido el robo audaz de Panamá...” (107). La cita revela los innumerables triunfos del imperialismo norteamericano en toda Latinoamérica sin que se asomara una resistencia poderosa que lograra impedirlo.

En este clima de estrecha “amistad” con los Estados Unidos, continuó el dominio de los conservadores en la política colombiana. Para el período presidencial de 1922 a 1926 fue elegido Pedro Nel Ospina. El estudio del sociólogo norteamericano, Paul Oquist, revela que los liberales, muy relegados en el escenario político, lanzaron como único candidato al general Benjamín Herrera, pero la campaña presidencial de Ospina fue fraudulenta y violenta, y estuvo fuertemente respaldada “por el favoritismo oficial y el cuerpo eclesiástico” (192). A su gobierno le correspondió recibir la indemnización de los 25 millones de dólares por la pérdida de Panamá. Con los fondos provenientes de la indemnización, más otra suma derivada de empréstitos americanos, Colombia experimentó un auge económico sin precedentes. Gran parte del capital adquirido se destinó a mejorar la infraestructura, los medios de transporte y el sistema de vivienda.

Igualmente, el gobierno contrató varias misiones extranjeras para reestructurar algunas instituciones nacionales. La misión más destacada fue la que lideró el economista

y profesor de la Universidad de Princeton, Edwin W. Kemmerer, quien reorganizó el sistema bancario, la contabilidad nacional y otros organismos fiscales y económicos teniendo en cuenta los principios del liberalismo económico.⁴⁰ Este período de bonanza y desarrollo se conoce históricamente con el nombre de “La Danza de los Millones”. El historiador norteamericano Vernon Lee Fluharty, en su obra titulada *La danza de los millones: régimen militar y revolución social en Colombia*, ofrece un estudio minucioso sobre las transformaciones económicas y sociales que se dieron en Colombia durante la década de los 20, y argumenta que estos cambios de índole económico y social ayudaron a despertar la conciencia de las masas (39-56).

En relación a lo anterior, el historiador Álvaro Tirado Mejía afirma que “como es natural, la nueva situación económica transformó las condiciones sociales de dominación en el campo y en la ciudad y dio lugar al surgimiento político beligerante de obreros y campesinos y a las primeras manifestaciones organizadas del movimiento socialista” (“Siglo y medio” 133). Hay que tener en cuenta que a comienzos del siglo XX ya se había formado una clase proletaria que luchaba por sus intereses, y precisamente en esta época ocurrieron las primeras huelgas con tendencia gremial y política.⁴¹ Las huelgas se dieron en las compañías petroleras, ferroviarias, de transporte y en la zona bananera. Por estos años Colombia estaba atravesando por una fase de industrialización y urbanización, y al mismo tiempo los campesinos, artesanos y proletarios empezaron a identificarse con el pensamiento intelectual de la época, que se alineó con el socialismo, por tener como guía la Revolución Soviética de 1917, la Revolución Mexicana, el pensamiento marxista de José Carlos Mariátegui, la reforma universitaria de Córdoba, Argentina, en 1918 y las ideas del APRA (Alianza Popular Revolucionaria Americana).

En este escenario, era imperioso para los partidos políticos tradicionales conseguir la adhesión de las masas urbanas que se orientaban hacia las organizaciones socialistas. El liberalismo, que no había tenido acceso al poder ejecutivo en casi cuatro décadas, inició un proceso de recuperación y quiso atraer a esos nuevos sectores populares urbanos que se identificaban con el Partido Socialista. Para este propósito, diseñó un programa que incluía algunas reivindicaciones del proletariado, y ganó adeptos logrando establecer una base obrera de gran magnitud que luego fue decisiva para definir el carácter del partido, el cual en algunas ocasiones tuvo tendencias populistas. Más tarde, en la Convención Nacional Liberal de 1922, liderada por el general Benjamín Herrera, los liberales incluyeron oficialmente dentro de sus bases programáticas, las reivindicaciones esbozadas durante esta época.

En 1926 fue electo Miguel Abadía Méndez para el período presidencial de 1926 a 1930. Abadía Méndez fue el último presidente de la hegemonía conservadora y le tocó enfrentar la gran crisis económica mundial de 1929. En el transcurso de la administración de Abadía Méndez, se pronunciaron las disputas entre obreros y patronos por “la ausencia de leyes y de un aparato de justicia laboral para solucionar los inevitables conflictos” (Safford, *País* 519). Uno de los hechos relevantes de estas luchas sociales fue “la masacre de las bananeras” de la United Fruit Company, acaecida el 6 de diciembre de 1928 en el pueblo de Ciénaga, cerca de la ciudad de Santa Marta. Los trabajadores reclamaban aumentos salariales, mejores condiciones de trabajo y mejores servicios médicos. Después de 5 semanas de huelga, la situación se agudizó y el general Carlos Cortés Vargas, jefe civil y militar de la provincia, ordenó a las tropas militares que dispararan contra los huelguistas y todos los simpatizantes del movimiento que se encontraban

reunidos en la plazoleta de la estación del ferrocarril de Ciénaga. La cifra de muertos en la masacre ha sido un asunto muy controversial. Los números revelados en las diferentes versiones oficiales respaldadas por el gobierno oscilan entre cero hasta 1400 muertos.

Los liberales aprovecharon el suceso de las bananeras para desacreditar aún más al gobierno conservador de Abadía Méndez, que se encontraba en decadencia por la ineficacia administrativa. En ese entonces, la aparente prosperidad económica y el desarrollo notorio de los años anteriores se vieron truncados por la baja vertiginosa en la producción agrícola, el incremento de los precios y el aumento en el desempleo. En este acalorado ambiente colmado de agitaciones sociales y de medidas represivas, floreció en 1929 un movimiento estudiantil llamado “Generación de los Nuevos”.⁴² El movimiento surgió como fuerza política y participó en los ataques contra el gobierno conservador por restringir las libertades civiles y por refrenar los movimientos laborales y agrarios que se pronunciaban con frecuencia. El grupo demandaba, entre otras cosas, reformar el sistema universitario, nacionalizar las empresas petroleras y fortalecer los lazos con los países hispanoamericanos. La muerte de un estudiante en las demostraciones callejeras del 6 de junio de 1929, exacerbó los ánimos y como consecuencia aumentó la oposición liberal hacia el gobierno y se dio una división en las filas conservadoras.

El ambiente político se alteró aún más cuando los conservadores nominaron a dos candidatos presidenciales para las elecciones de 1930: Guillermo Valencia y Alfredo Vásquez Cobo. El partido liberal postuló a Enrique Olaya Herrera, político que había desempeñado altos cargos diplomáticos durante la hegemonía conservadora. Su candidatura contó con el respaldo de algunos disidentes conservadores liderados por el expresidente Carlos E. Restrepo. Olaya Herrera dirigió su campaña política con el

nombre de “Concentración Nacional Patriótica”, y salió electo para el período de 1930-1934. El traspaso del poder se efectuó de manera pacífica, en un acto sin precedentes. Con el triunfo de Olaya Herrera, concluyó el predominio de los gobiernos conservadores que se instalaron en el poder desde 1886, gobernando por el lapso de 44 años.

En Colombia, el predominio de la hegemonía conservadora a finales del siglo XIX y comienzos del siglo XX, fue un caso singular muy contrario a la historia de otros países en el continente, “en donde los partidos liberales se tomaron el poder y lo conservan, en muchos casos, a través de dictadores sanguinarios que laicizaron el estado y cumplieron una función favorable para la penetración del capital y los intereses imperialistas”. Por esta circunstancia el proceso de industrialización en el país fue tardío, comenzando en la segunda década del siglo XX. Álvaro Tirado Mejía afirma que la perdurabilidad del conservatismo se debió al implante de “un régimen autoritario, teocrático y centralista cuyos pilares institucionales fueron la Constitución de 1886 y el Concordato de 1887 (“Siglo y medio” 102). Durante el prolongado régimen conservador, el partido liberal, desde la oposición, trató de captar la atención del proletariado y del sector artesanal ofreciendo programas de reivindicación laboral, los cuales se pusieron en vigencia a partir de 1930.

Este inciso señalará los cambios desde comienzos del siglo XX. En las elecciones de 1904 hubo una abstención por parte del liberalismo. Tomó el poder el general Rafael Reyes, y formó una coalición bipartidista que se conoce con el nombre de Concordia Nacional. En 1910, se funda otra alianza bipartidista llamada Unión Republicana, la cual se disuelve en 1914. Con la disolución de la Unión Republicana, los partidos tradicionales continuaron su marcha con nuevas denominaciones: la “Concentración

Conservadora” liderada por Marco Fidel Suárez, y el “Bloque Liberal” dirigido por el general Rafael Uribe Uribe. En las elecciones de 1930, el partido conservador sufrió una división y salió electo el liberal Enrique Olaya Herrera.

1.7 Hegemonía liberal: 1930-1946

Los liberales comenzaron esta nueva etapa en la política colombiana desligados del carácter filosófico y romántico que marcó su ideología en el siglo XIX. Deseaban implantar un liberalismo “que considera beneficiosa la distribución de la renta en el plano social; que considera necesaria las reformas agrarias para los países con estructuras rígidas en la propiedad; que considera necesario un tipo de intervención estatal para que estimule ‘el desarrollo nacional’, pues el desarrollo de las sociedades conduce inevitablemente a la libertad” (Ocampo 3:1010). En la década de los 30, Colombia fue escenario de muchas conmociones sociales que tuvieron como protagonistas a los sectores populares. En medio de este panorama surge una profunda preocupación de la clase dirigente neoliberal por abanderar reformas sociales y solucionar algunos problemas nacionales. Es la década en la que también irrumpen en la escena política otras fuerzas opuestas a los partidos políticos tradicionales. En 1930 se fundó oficialmente el partido comunista de Colombia. En 1933, surgió la UNIR (Unión Nacional Izquierdista Revolucionaria), liderada por Jorge Eliécer Gaitán. El nuevo grupo estaba integrado por intelectuales, estudiantes y miembros pertenecientes a la clase media. La UNIR tuvo la influencia del APRA (Alianza Popular Revolucionaria Americana) del Perú y del PNR (Partido Nacional Revolucionario) de México, actualmente conocido como PRI (Partido

Revolucionario Institucional). En 1935, por falta de respaldo electoral en las elecciones, la UNIR se alió con el partido liberal y se disolvió como grupo independiente.

En el cuatrienio administrativo de Enrique Olaya Herrera, se inició la era de la llamada “Concentración Nacional Patriótica”. El nuevo gabinete administrativo estaba conformado por igual número de liberales y conservadores, pero éstos últimos mantuvieron el control del Congreso, liderado por Laureano Gómez, quien desde adentro ejercía una férrea oposición a la ideología liberal. Olaya Herrera inició la política económica del “Proteccionismo Nacional” con el fin de estimular el desarrollo de la industria con capitales nacionales. Con igual esmero buscó la protección de obreros y campesinos, para lo cual estableció una serie de reformas laborales, como fueron, “la jornada de ocho horas, la jubilación de empleados y obreros ferroviarios, las vacaciones remuneradas para los empleados oficiales y la protección al surgimiento de los sindicatos gremiales” (Ocampo 3: 1015). Sin embargo, su convicción de que la estabilidad de su gobierno dependía de las buenas relaciones con Estados Unidos, lo condujo a concederle en su totalidad la explotación del petróleo a empresas norteamericanas, acto que decepcionó profundamente a los simpatizantes de la izquierda.

En referencia al tema, el historiador David Bushnell en su estudio *Eduardo Santos y la política del buen vecino*, afirma que “la presidencia de Olaya, de 1930 a 1934, produjo la relación política más estrecha que jamás había existido entre los dos países” (38). Su gobierno diseñó una nueva legislación petrolera con miras a satisfacer las demandas de las compañías norteamericanas. Las concesiones extremas que Olaya hizo al imperialismo y, a su vez, el inicio de una intensa campaña anticlerical, le granjearon la oposición de las oligarquías liberal y conservadora, como también de la Iglesia Católica.

En 1932, su gobierno afrontó el conflicto armado con el Perú, en el que salió triunfante Colombia. El 24 de mayo de 1934 se suscribió el Protocolo de Río de Janeiro, mediante el cual el Perú reconoció la soberanía de Colombia sobre Leticia, ciudad portuaria a orillas del río Amazonas. En esta primera fase de dominio liberal, hubo muchas pugnas entre liberales y conservadores por el deseo de alcanzar la exclusividad en el poder, y las elecciones locales de 1932 estuvieron plagadas de violencia y fraude generalizado. Para el año de 1933, la violencia se opacó y la hegemonía liberal se consolidó.

Para las elecciones de 1934, el líder del partido conservador, Laureano Gómez, intuía una derrota abrumadora y decretó una abstención total del conservatismo a la que llamó “abstención purificadora”, por consiguiente los conservadores no participaron en las elecciones de 1934 y 1938. El Partido Comunista le hizo oposición al liberalismo nombrando como candidato presidencial al dirigente indígena Eutiquio Timoté. Finalmente, salió electo para el período de 1934 a 1938 el liberal Alfonso López Pumarejo, quien llegó al poder con el deseo de seguir impulsando el desarrollo nacional. Debido a la renuencia de los conservadores de participar en la administración de López, su gabinete fue homogéneo. Todos los ministros elegidos eran liberales menores de 38 años, lo cual implicaba el distanciamiento de éstos de los vicios administrativos.

Su gobierno tomó el nombre de “Revolución en Marcha”, y asumió las aspiraciones de erradicar los vestigios coloniales y encauzar el país hacia la modernización. La administración de López contemplaba las ideas reformistas que por esa época reinaban en toda Latinoamérica y en Europa. Eran los años en los que gobernaban con ideales nacionalistas Getulio Vargas en el Brasil y Gabriel Terra en Uruguay. En México, el presidente Lázaro Cárdenas impulsaba la reforma agraria y la

nacionalización del petróleo. En el Perú, Víctor Raúl Haya de la Torre encabezaba el APRA (Alianza Popular Revolucionaria Americana), con ambiciones de propiciar una revolución a nivel continental. Para América Latina, Franklin D. Roosevelt fomentaba la “Política del Buen Vecino” y además promovía el “New Deal” en Estados Unidos. El fundamento de todas estas fuerzas reformistas era un nacionalismo con el que pretendían confrontar a los viejos patrones políticos. Teniendo como base estos ideales, López Pumarejo, con la tesis “Colombia para los colombianos”, se opuso a la política de “concesión y estrecha amistad” que su predecesor, Enrique Olaya Herrera, había iniciado con Estados Unidos.

En este contexto colmado de transformaciones y de afanes de progreso, López captó la inconformidad de los intelectuales, obreros y campesinos. Su gobierno se convirtió en árbitro de los conflictos obrero-patronales y a la vez patrocinó el surgimiento del sindicalismo. En conexión con este asunto, el historiador Álvaro Tirado Mejía ha señalado que “los gobiernos liberales, especialmente los de López, trataron de ganarse el respaldo sindical y de constituir a las centrales obreras en uno de los pilares de apoyo del Gobierno” (“Siglo y medio” 153). Es así, que el arbitraje gubernamental en las huelgas fue considerado como “intervencionismo estatal”, pero no con carácter policial sino con fines mediáticos. La misión mediadora del gobierno se facilitaba por la razón de que el incipiente movimiento sindical estaba fundamentalmente integrado por representantes de los servicios públicos municipales y departamentales.

En el transcurso de su administración, López gestionó la Reforma Tributaria, la Reforma Universitaria, la Reforma Judicial y la Reforma de la Política Internacional. En 1936, se creó la CTC (Confederación de Trabajadores de Colombia). Al mismo tiempo se

logró la Reforma Constitucional de 1936, la cual instauró el sufragio universal, declaró la función social de la propiedad, adoptó el intervencionismo del Estado, fortaleció el poder ejecutivo, consagró el derecho de huelga, y estableció la libertad de enseñanza y de cultos. Las reformas liberales establecidas favorecieron a algunos sectores populares, pero afectaron a otros sectores sociales, como los latifundistas, los comerciantes y el clero. La disparidad en el beneficio de las reformas profundizó el distanciamiento entre las masas populares y las élites. No obstante, López se convirtió en el líder de los sectores populares y contaba con su respaldo de manera incondicional.

Conviene aclarar que en el círculo formado por los dirigentes liberales no había opiniones homogéneas con respecto al reformismo de López. Un sector censuraba sus ideas radicales y el otro grupo respaldaba los cambios y abogaba por reformas constitucionales. El partido conservador se inclinaba hacia la preservación del orden ya establecido por la legalidad y manifestó severa oposición a las ideas liberales. Los opositores, liberales y conservadores, tildaban al gobierno de López de subversivo, bolchevique, socialista y ateo. Los conservadores aprovecharon la ocasión para revivir el “problema religioso” y lograron consolidar una alianza estrecha con la jerarquía eclesiástica. Más tarde, esta alianza orquestó una campaña violenta contra la administración de López, que incitaba a la “acción intrépida”, “el atentado personal” y a “hacer invivable la república”.⁴³ Estas consignas generaron mucha violencia y tenían como objetivo frenar el avance del liberalismo.

Hay que tener en cuenta que en Colombia, al igual que en otras latitudes, muchos sectores del conservatismo se identificaron con las ideas de Adolfo Hitler y Benito Mussolini. Laureano Gómez, líder del partido conservador, se declaró partidario del

falangismo de Francisco Franco. Dentro de los grupos de oposición, sobresalió uno conformado por terratenientes, banqueros e industriales de ambos bandos, conservadores y liberales. Este grupo se denominó APEN (Acción Patronal Económica Nacional) y ejerció violencia contra los campesinos que reclamaban reivindicaciones de sus tierras y otros derechos. También se colocaron en las filas de oposición los grupos denominados “Centro de acción conservadora”, cuyos integrantes se declaraban católicos, conservadores, nacionalistas y reaccionarios, y “Los Leopardos”, integrado por intelectuales que ponderaban el pensamiento derechista del francés Charles Maurras.

A pesar del ambiente subversivo instigado por grupos fascistas, por sectores del mismo liberalismo y por conservadores, los liberales siguieron afirmando su hegemonía con la elección de Eduardo Santos para el lapso de 1938 a 1942. En las elecciones de 1938, Santos contó con el minúsculo respaldo del Partido Comunista. Es importante recordar que en estas elecciones, el partido conservador practicó una vez más la táctica de la “abstención purificadora”, lo cual redujo la violencia partidista en el proceso electoral. El gabinete siguió siendo homogéneo por la persistente abstención de los conservadores a participar en la conducción del gobierno. Al período gubernamental de Santos se le conoce históricamente con el nombre de la “Gran Pausa”, por haber puesto en receso las reformas aceleradas que implantó su predecesor Alfonso López Pumarejo. Sin embargo, Santos declaró como lema para su administración “sin prisa pero sin pausa”, lo cual indicaba su propósito de seguir afirmando algunas reformas iniciadas, pero sin la premura que mostró el gobierno anterior. Durante su administración se fomentaron la educación, la cultura y la vivienda. Santos enfrentó la crisis ocasionada por la Segunda Guerra Mundial y la subsecuente recesión económica. Tras el ataque japonés a Pearl Harbor, su

gobierno brindó apoyo a los Estados Unidos y rompió relaciones diplomáticas con los gobiernos del Eje.

Para las elecciones de 1942, una fracción del liberalismo y las masas populares respaldaron la candidatura del expresidente Alfonso López Pumarejo. Otro amplio sector del liberalismo en alianza con los conservadores, se mostraban adversos a la reelección y a las políticas del exmandatario, y decidieron respaldar la candidatura de Carlos Arango Vélez. El líder del partido conservador, Laureano Gómez, continuamente amenazaba a sus contrarios con su consigna de “hacer invivible la república” si López Pumarejo era reelecto. Las elecciones se realizaron dentro de un ambiente turbulento y la oposición las catalogó de fraudulentas. Finalmente, el Consejo Electoral le dio el triunfo a Alfonso López Pumarejo, para cumplir su segundo período presidencial de 1942 a 1946. Esta segunda administración no tuvo el impulso reformista y modernizante de su primer período. López se enfrentó con la crisis económica, generada en parte, por la baja de los precios en los productos de exportación durante los años de la segunda Guerra Mundial. A diferencia del gabinete de su primer gobierno, conformado por intelectuales jóvenes que procedían de la oposición, para su segunda administración nombró para ministros a figuras notables del mundo financiero, lo cual revelaba sus vínculos directos al gran capital. En el transcurso de su mandato, López no logró unificar a sus copartidarios. Desde el sector liberal opuesto, en alianza estrecha con el conservatismo, se desató una encarnizada oposición a su gobierno, que provocó un estado de crisis permanente cercano a la anarquía.

El 10 de julio de 1944, López visitó la ciudad de Pasto, localizada en el departamento de Nariño, para tomar parte en unas operaciones militares. Allí fue

capturado por unidades del ejército al mando del coronel Diógenes Gil, con la intención de dar un golpe de Estado. La maniobra tuvo la colaboración de algunos comandantes conservadores, que más tarde fueron destituidos de sus respectivos cargos. Mientras el Presidente estuvo en prisión, el primer designado de la nación, Darío Echandía, asumió el mando en Bogotá, debeló la conspiración y declaró el estado de sitio en todo el país. El 12 de julio, López fue liberado y se encargó nuevamente del gobierno. De manera simultánea a la insurrección de Pasto, se registraron cuartelazos en las ciudades de Ibagué y Bucaramanga, motivo por el cual se limitaron las libertades civiles. Pero a pesar de la actitud beligerante de la oposición, López logró consolidar la Reforma Constitucional de 1945, la cual le concedió la ciudadanía a la mujer, pero sin derecho al voto; disminuyó a dos las sesiones en las cámaras para la expedición de las leyes, y dispuso la elección de los senadores por el voto popular, tarea que antes estaba reservada para las Asambleas.

López continuó su mandato bajo la continua amenaza de sus opositores, pero la inestabilidad se acrecentó por el surgimiento de algunos problemas personales. Colombia decidió respaldar a los Estados Unidos en la segunda Guerra Mundial y por consiguiente le declaró la guerra a Alemania. Como resultado de este alineamiento, el gobierno colombiano incautó los bienes a los alemanes, que luego, por ciertas manipulaciones, terminaron en manos de algunos capitalistas colombianos. Esta acción irregular se sometió a un debate parlamentario y la familia presidencial se vinculó con dichas negociaciones. El hecho agravó la jefatura de López, y éste, en medio del escándalo y la oposición de los conservadores y los disidentes liberales, decidió renunciar al poder en agosto de 1945, faltándole un año para concluir su período presidencial. En su reemplazo, el Senado eligió al liberal Carlos Lleras Camargo, quien gobernó hasta agosto de 1946.

Lleras Camargo ejerció el poder bajo el lema de “Unión Nacional”, razón por la cual incluyó en su gabinete a tres ministros conservadores. Desde el inicio de su gobierno, gestionó una reconciliación con los grupos opositores con miras a gobernar en una atmósfera de tranquilidad. Otra de sus ideas era buscar nuevas alternativas en las cuales basar el poder, para no continuar con la dependencia del respaldo de las masas y de los sindicatos, tal como lo habían hecho los gobiernos anteriores. Lleras se proponía ejercer el poder con la colaboración de los dirigentes conservadores y con elementos provenientes del sector industrial y de las altas esferas. Por esos días, en el contexto mundial, se preveía la confrontación de Estados Unidos con la Unión Soviética en la denominada guerra fría. Ante estas circunstancias, los liberales consideraban que era necesario delimitar el territorio que habían compartido con los comunistas. En este caso, se trataba de la CTC (Confederación de Trabajadores de Colombia), la cual era una poderosa central obrera, cuya dirección estaba en manos de liberales. Lleras de inmediato se distanció de la organización gremial, determinación que provocó algunos enfrentamientos.

En 1945 y 1946, los obreros de la industria textil y los trabajadores del río Magdalena se declararon en huelga, pero el gobierno de Lleras decidió no intervenir como mediador, como solían hacerlo los gobiernos liberales. Por el contrario, ordenó la militarización de la región y autorizó el despido de los trabajadores y su inmediato reemplazo por esquirols. La decisión del gobierno logró desintegrar el movimiento huelguístico por la falta de consenso entre sus protagonistas. Por un lado, los dirigentes sindicales comunistas eran partidarios de proseguir con la huelga, mientras que los líderes gremiales liberales suspendieron el paro con el objetivo de negociar sus demandas. La

postura que adoptó el gobierno de Lleras en relación con la CTC, tuvo sus repercusiones en el proceso electoral de 1946, para el cual el liberalismo se presentó fragmentado con la postulación de dos candidatos: el oficialista Gabriel Turbay y el disidente Jorge Eliécer Gaitán. El candidato por el partido conservador fue Mariano Ospina Pérez.

En estas jornadas electorales de 1946, la violencia partidista se desbordó y hubo un número elevado de muertos. El candidato Gabriel Turbay contó con el respaldo oficial del partido liberal. La CTC y el partido comunista, que habían sido pilares de apoyo de los gobiernos liberales, exhortaron a sus afiliados a votar por el candidato oficial del liberalismo. Sin embargo, Jorge Eliécer Gaitán, que había sido el líder de la UNIR, pero quien, desde la desintegración de ese movimiento en 1935, se había integrado al liberalismo, logró captar la inconformidad de las masas, que estaban siendo afectadas por el aumento en el costo de vida, y contó con el respaldo de los obreros y las masas populares. Asimismo, el conservatismo cortejó a Gaitán y la prensa conservadora decidió promover su campaña con el fin de dividir y debilitar a sus adversarios. La campaña de Gaitán tuvo un fuerte arraigo popular y se basó en el lema: “Por la restauración moral de la República”, el cual aludía a los escándalos políticos y financieros de la gubernatura de su predecesor, López Pumarejo. También acuñó como lema la lucha “contra las oligarquías” liberales y conservadoras. Finalmente, a pesar de las condiciones minoritarias del conservatismo, salió electo el conservador Mariano Ospina Pérez para el período de 1946 a 1950.

1.8 Gobiernos conservadores: Inicios de “La Violencia”

La elección de Ospina Pérez para la presidencia, significó la transferencia del poder al partido conservador después de 16 años de hegemonía liberal. Ospina continuó con la política bipartidista iniciada por Lleras Camargo, organizando su gabinete bajo el nombre de “Unión Nacional”. La mitad de sus ministros eran liberales y con igual proporción designó a los gobernadores departamentales y a los alcaldes municipales. La fórmula de su gobierno estaba basada en la “colaboración económica y equilibrio social”. Uno de sus primeros logros fue la fundación de la UTC (Unión de Trabajadores de Colombia) en 1946, proyecto que pudo concretar gracias al apoyo del sector clerical y de los círculos económicos conformados por industriales y latifundistas. La fundación de esta nueva agrupación gremial debilitaba el movimiento obrero liderado por la CTC, organización que ya de por sí se desgarraba por su lucha interna entre liberales y comunistas.

En 1946, con la restauración del conservatismo, hubo un despido masivo de empleados liberales que fueron reemplazados por conservadores. Esta era una práctica exclusivista que venían ejecutando los gobiernos de ambos partidos desde tiempos anteriores y llegó a convertirse en la matriz del conflicto bipartidista. Es importante aclarar que desde los años 30, las políticas intervencionistas que ejerció el gobierno en el sector productivo, convirtió al Estado en el mayor empleador del país, y los despidos masivos ocasionados por el cambio de partido en el gobierno, afectaba grandemente al sector trabajador. En esta ocasión, el movimiento obrero hizo frente a la situación y la respuesta fue la violencia ejercida por la clase dominante con el fin de aniquilar el levantamiento de los obreros. El problema residía en que bajo la actual coalición

bipartidista denominada Unión Nacional, el conservatismo ejercía el poder ejecutivo, pero el liberalismo seguía siendo mayoría en el Parlamento, y al mismo tiempo muchos de sus líderes prestaban la colaboración en altos cargos gubernamentales, tales como ministros, gobernadores y embajadores. No obstante, los trabajadores liberales eran despedidos de sus cargos y los militantes eran masacrados en las zonas rurales y urbanas del país.

En las elecciones legislativas de 1947, los liberales gaitanistas obtuvieron la mayoría de votos, lo cual le permitió a Gaitán tomar la jefatura del partido. Con el resultado de los comicios a favor del liberalismo, la violencia oficial se agravó y Gaitán desautorizó la colaboración del partido liberal en el gobierno, así el gabinete, las gobernaciones y demás puestos administrativos pasaron a ser políticamente homogéneos, es decir, estaban bajo el dominio absoluto de los conservadores. La única colaboración que Gaitán autorizó para su partido, fue la participación en la novena Conferencia Panamericana, a realizarse en abril de 1948. La decisión de los liberales de abandonar su participación en el gobierno, más la crisis provocada por los movimientos obreros, agudizó las tensiones entre los dos partidos, y reveló que la violencia de este período era producto de “la disociación entre el campo social y el campo político” (Bejarano 309). En este contexto, la violencia debe considerarse como una prolongación de la crisis política que se exterioriza en manifestaciones partidistas.

En 1948 la violencia política arreció, y ya con el liderazgo del partido liberal en sus manos, Gaitán decidió organizar una manifestación en la Plaza de Bolívar de Bogotá a la que asistieron 100.000 personas. Ese 7 de febrero de 1948, ante la multitud que

tremolaba banderas enlutadas, Gaitán, con una indignada voz, pronunció su célebre “Oración por la Paz” en la cual pedía tranquilidad para la patria:

Señor presidente Mariano Ospina Pérez:

Bajo el peso de una honda emoción me dirijo a vuestra excelencia, interpretando el querer y la voluntad de esta inmensa multitud que esconde su ardiente corazón, lacerado por tanta injusticia, bajo un silencio clamoroso, para pedir que haya paz y piedad para la patria.... Señor presidente: aquí no se oyen aplausos: ¡sólo se ven banderas negras que se agitan!... Ninguna colectividad en el mundo ha dado una demostración superior a la presente.... Señor presidente: en esta ocasión no os reclamamos tesis económicas o políticas. Apenas os pedimos que nuestra patria no transite por caminos que nos avergüencen ante propios y extraños. ¡Os pedimos hechos de paz y de civilización!... Impedid, señor, la violencia. Queremos la defensa de la vida humana, que es lo menos que puede pedir un pueblo. En vez de esta fuerza ciega desatada, debemos aprovechar la capacidad de trabajo del pueblo para beneficio del progreso de Colombia. (*Escritos políticos* 181-183)

Gaitán aprovechó la ocasión para advertir, que de no cesar la represión, el pueblo liberal “podría reaccionar bajo el estímulo de su legítima defensa”. El multitudinario acto que se realizó en la Plaza de Bolívar era una radiografía nítida del ascenso sin precedentes de Gaitán como jefe del liberalismo, al tiempo que se erigía como líder de las masas populares, integradas por pequeños productores, comerciantes y obreros. El historiador Gonzalo Sánchez recalca que Gaitán “desde 1947, aparecía como el candidato invencible

para las elecciones de 1950. La represión fue entonces para los conservadores en el gobierno el único mecanismo para mantener lo que virtualmente no podía ser mantenido por medios electorales” (“La violencia”, 219). El 9 de abril de 1948, el movimiento liberal gaitanista fue decapitado con el asesinato de su máximo líder, Jorge Eliecer Gaitán. Este magnicidio, conocido también con el nombre de “el Bogotazo”, desencadenó la insurrección urbana más grande que hasta esa fecha se había dado en Latinoamérica. Vernoon Lee Fluharty cita el comentario que hizo un observador norteamericano sobre esos hechos: “Ningún evento desde la segunda Guerra Mundial ha revelado tan violentamente el potencial revolucionario que existe entre nuestros vecinos del sur como la abortada revolución del pasado 9 de abril en Colombia” (143). En el próximo capítulo se enfocará detalladamente los acontecimientos del 9 de abril y el subsecuente proceso represivo y sanguinario al que se conoce históricamente con el nombre de la “Violencia”.

Terminado el recuento histórico hasta el nueve de abril de 1948, conviene hacer un balance de las acciones bipartidistas hasta esta fecha. Comenzando en el siglo XIX, un estudio minucioso del historiador colombiano Gonzalo Sánchez, revela que en Colombia “guerra y política son prácticas colectivas simétricas e indisociables en el siglo XIX” (*Guerra* 16). Si tenemos en cuenta los sucesos ya narrados en el transcurso de este estudio, la historia nacional está plagada de guerras y batallas; asimismo está colmada de innumerables Constituciones, las más notables firmadas para ratificar los acuerdos entre las partes involucradas. Por este motivo, algunos estudiosos se han atrevido a hablar de “guerras constitucionales” en Colombia (Valencia 96-119).⁴⁴ Las referencias anteriores conducen a la conclusión de que en este contexto “la guerra se comporta como fundadora del derecho, del orden jurídico- político, de una nueva institucionalidad, y no como

fuerza de anarquía” (Sánchez, *Guerra* 17). Por lo tanto, durante el siglo XIX, en Colombia la guerra fue considerada como una prolongación de las relaciones políticas. De igual manera, la guerra era un mecanismo para definir las relaciones de poder. A través de ella se concretaban las jefaturas políticas, los controles territoriales y se lograba la incorporación de las fuerzas excluidas del aparato institucional.

En el fondo, la perspectiva de toda guerra “no era la victoria total, sino el pacto, el armisticio. La guerra era, si se quiere, el mecanismo profundo de constitución del otro (individuo, colectividad, partido) como interlocutor político” (Sánchez, *Guerra* 23). Dentro de esta dinámica, surgían corrientes y fuerzas civilistas intermedias que lograban coaliciones entre los dos partidos, tras períodos sangrientos de violencia interpartidista. Fernando Guillén Martínez en *El poder político en Colombia*, atribuye a la relación “violencia y coalición” un “movimiento pendular” que sigue pautas definibles y que lleva a los dos partidos tradicionales, “de la alianza estratégica a la lucha armada y de nuevo a la alianza, en un proceso persistente repetido a lo largo de un siglo” (363). Como ejemplo de estas alianzas bipartidistas, se cita, entre otras, la Unión Nacional, la Unión Republicana y el Frente Nacional.

En resumen, en el siglo XIX, en Colombia reinaba una constante continuidad y fluidez entre la guerra y la política. Debido a la persistencia del fenómeno, Gonzalo Sánchez cita la conocida expresión de Carl von Clausewitz: “la guerra es la continuación de la política por otros medios”, pero Sánchez la invierte, y con igual validez afirma que en Colombia “la política era la continuación de la guerra por otros medios”. Pero pese a los resultados de las guerras decimonónicas, ellas no lograron debilitar los cimientos sobre los cuales se erigía la entonces llamada “república señorial”. Éstos eran la

hacienda, la Iglesia y los partidos. Más bien se cree que al término del siglo XIX, esos tres elementos habían reforzado “su papel de ejes articuladores de la vida social, cultural y política de la nación en ciernes” (Sánchez, *Guerra* 25). Ante este escenario, las instituciones estatales permanecían ausentes e incapaces de regular el funcionamiento de la sociedad.

Sin duda, la influencia del trípode dominante, hacienda-Iglesia-partidos, trajo consecuencias duraderas que traspasaron hasta el siglo XX. Una de las más preponderantes, como ya se insinuó, fue el debilitamiento del Estado, que se mostraba incapaz de monopolizar las fuerzas legítimas y de arbitrar los conflictos sociales. Esta era la razón por la cual los problemas políticos y las relaciones de poder se resolvían en el campo de batalla. En conclusión, el carácter semi-ausente del Estado nutría las relaciones amigo-enemigo, que con frecuencia reincidieron durante el siglo XIX entre los partidos políticos tradicionales.

Resumiendo las acciones bipartidistas en el siglo XX, conviene recordar que las primeras tres décadas del siglo, fueron de dominio conservador, y durante estos años surgió un hábito de convivencia política que los conducía a la organización de gabinetes mixtos, lo cual eliminó el temor de que el liberalismo arribara nuevamente al poder. Otro factor que incrementaba la confianza de los conservadores, era que varias de las aspiraciones ideológicas de los liberales, habían sido alcanzadas bajo el quinquenio del general Reyes, y también con las reformas de 1910. Con el ascenso al poder de Carlos E. Restrepo en 1910 y la instauración de la Unión Republicana, hubo más acercamiento entre las dos facciones y se creó un ambiente en el que parecía haberse esfumado algunas de las fronteras entre los dos partidos políticos. La desintegración del movimiento

republicano no trajo mayores consecuencias, por lo que los líderes de ambos grupos decidieron colaborar con los gobiernos subsiguientes, que siguieron siendo conservadores. En 1930, ante la fragmentación del partido conservador, tomaron el poder los liberales, implantando así una hegemonía de 16 años. Sin embargo, el espíritu bipartidista seguía dominando la escena política y durante estos años lograron consolidarse dos gobiernos de coalición centrista: la Concentración Nacional Patriótica y la Unión Nacional.

En el transcurso del siglo XX, la violencia bipartidista tuvo otras modalidades. Ya no se manifestaba con las guerras civiles de gran escala como ocurría en el siglo XIX, sino en los viciados procesos electorales. En el estudio minucioso realizado por el sociólogo norteamericano Paul Oquist, éste afirma que los conflictos violentos “surgieron de los intentos de cada partido para construir hegemonías políticas partidistas y lograr la exclusión de sus adversarios políticos”, sin importar que la victoria se alcanzara “por medio del fraude, la coerción y la violencia” (196). Como forma de controlar las irregularidades electorales, el gobierno impuso una ley que estipulaba que todos los ciudadanos tenían que obtener una cédula de ciudadanía para ejercer el derecho al voto. El gobierno pensaba que esta medida evitaría el fraude y garantizaría la pureza del sufragio. Los resultados obtenidos con esta ley fueron contrarios a las expectativas, ya que el fraude no se hacía en el conteo de los votos, sino en la emisión de las cédulas de ciudadanía. Oquist prosigue señalando que el elemento más importante para entender la violencia partidista en el siglo XX, es que ésta ocurrió “en el contexto de un país que había experimentado cambios socio-económicos y políticos fundamentales” (202). Muchos de estos cambios resultaron ser altamente conflictivos e incitaban al desarrollo

de la violencia. Además de la violencia partidista, también se sumaban a la escena los conflictos de clases provocados por las reformas agrarias y los movimientos laborales.

En definitiva, las tácticas de los partidos eran dos: Los conservadores intuían la derrota, y optaban por la “abstención purificadora”. Los liberales se sentían excluidos y clamaban por la insurrección.

Capítulo 2: El Bogotazo

Yo diría que aquello fue un volcán que estalló. Un pueblo muy oprimido, un pueblo muy explotado, un pueblo hambriento que estalla en un momento determinado frente a un incidente determinado. Digamos que la muerte de Gaitán, quien evidentemente era una esperanza para el pueblo de Colombia, es el detonante de aquella explosión que no organizó ni pudo organizar nadie, que se produjo de manera absolutamente espontánea.

Fidel Castro, *El Bogotazo. Memorias del olvido.*

2.1 Preámbulo del magnicidio

Para las elecciones presidenciales que se efectuaron en mayo de 1946, el liberalismo sufrió una fisura y postuló a dos candidatos para los comicios: el oficialista Gabriel Turbay y el disidente Jorge Eliécer Gaitán. El partido conservador respaldó con unanimidad la candidatura de Mariano Ospina Pérez. En el proceso electoral, a pesar de que Gaitán contaba con el respaldo de amplios sectores de la clase media integrada en su gran mayoría por pequeños productores, comerciantes y obreros, salió electo Mariano Ospina Pérez para el período presidencial de 1946 a 1950. Los conservadores, en medio de la satisfacción generada por el triunfo en los comicios, estaban conscientes de que la victoria de su partido había sido posible sólo por la fragmentación de los liberales. La elección de Ospina Pérez le puso término a los 16 años de hegemonía liberal, pero el nuevo presidente optó por continuar con la política bipartidista que se venía dando desde administraciones anteriores, y que tenía por nombre “Unión Nacional”. Gaitán, ante su derrota en estas elecciones de 1946, declaró que:

No ha sido el Partido Liberal el que ha caído, porque el partido liberal es el pueblo y éste jamás ha estado en el poder. Se ha caído la casta

oligárquica y plutocrática del partido liberal y, ahora que ha quedado derrotada, nos corresponde iniciar la lucha por derrotar a la oligarquía conservadora, porque tampoco es el pueblo conservador el que ha logrado la conquista del poder.⁴⁵

A pesar de su fracaso, Gaitán prosiguió con su campaña para el próximo período presidencial. Las elecciones legislativas efectuadas en marzo de 1947 para asambleas, cámara y senado tuvieron un resultado muy favorable para los liberales gaitanistas, hecho que permitió que Gaitán tomara el liderazgo de su partido y desaprobara la colaboración de sus copartidarios en altos cargos del gobierno conservador. Esta última decisión la tomó debido al despido masivo de trabajadores liberales aun teniendo el Partido Liberal la mayoría en el Parlamento y, además, por el brote de violencia oficial que ya se daba de forma generalizada en zonas rurales y urbanas del país contra los militantes liberales. La renuncia de los liberales a los altos cargos gubernamentales convirtió la administración de Ospina Pérez en un régimen homogéneo, es decir, totalmente conservador. A partir de este suceso, se agravaron las tensiones entre los dos partidos.

En octubre de 1947 se convocaron los comicios electorales para concejos. Gaitán obtuvo una victoria aplastante sobre el partido conservador. A raíz del triunfo de la facción liberal gaitanista, que para este entonces ya estaba fundida totalmente con el ala oficialista del Partido Liberal⁴⁶, se desencadenó una ola de violencia abierta perpetrada por el conservatismo. Sobre este asunto, Gabriel García Márquez en *Vivir para contarla* afirma que “El Partido Conservador, que había recuperado la presidencia por la división liberal después de cuatro periodos consecutivos, estaba decidido por cualquier medio a no perderla de nuevo. Para lograrlo, el gobierno de Ospina Pérez adelantaba una política de

tierra arrasada que ensangrentó el país hasta la vida cotidiana dentro de los hogares” (331). En zonas rurales bastante remotas en donde los residentes favorecían mayormente al liberalismo, “bandas organizadas por los conservadores o la misma policía, que reclutaba matones, se daban a la tarea de expropiar cédulas electorales, y a exigir que los amenazados votaran por los conservadores, cuando no a asesinar a los hombres y violar a las mujeres del odiado partido contrario” (Kalmanovitz 312). Con la expropiación de las cédulas electorales, los ciudadanos perdían el derecho al voto, por lo que éste era un documento indispensable para emitir el sufragio. Asimismo, en otros medios, se lograba la emisión de cédulas falsas.

La mencionada corrupción electoral tiene su eco en *Los funerales de la Mamá Grande* de Gabriel García Márquez, cuando la señora feudal “había garantizado la paz social y la concordia política de su imperio, en virtud de los tres baúles de cédulas electorales falsas que formaban parte de su patrimonio secreto”. Haciendo uso de esos documentos falsos “los varones de la servidumbre, sus protegidos y arrendatarios, mayores y menores de edad, ejercitaban no sólo su propio derecho de sufragio, sino también el de los electores muertos en un siglo” (139). La resonancia del fraude electoral también la transcribe Eduardo Caballero Calderón en su obra *Siervo sin Tierra*. En sus páginas comenta que en los días próximos a las elecciones, la situación era “dura y trabajosa” para los liberales de la vega, a tal extremo, que:

En los días anteriores al domingo en que deberían celebrarse, comisiones de policía municipal, que habían sido pocos meses antes bandidos que andaban sueltos por el monte, se dieron a la tarea de recorrer las veredas, requisando a los campesinos y revolviendo hasta las piedras del fogón

para decomisarles la cédula electoral. Venían enardecidos por la cerveza que generosamente les habían distribuido el alcalde y el directorio conservador del pueblo. Se había roto la convivencia en todo el país y la consigna oficial era “palo a los liberales”. (204)

De la corrupción electoral casi siempre se derivaba una ola de miedo y de terror que se extendía a todos los ámbitos, con mayor despliegue e intensidad en las zonas rurales de la nación. La persecución y violencia que emprendieron los conservadores tenían como objetivo frenar al Partido Liberal, que ya se había proclamado como el “partido del pueblo”, y cuyo jefe único era Jorge Eliécer Gaitán. El Partido Conservador suponía que con la violencia y el derramamiento de sangre lograría desestabilizar a Gaitán y lo induciría a responder violentamente, lo cual daría cabida para un fácil aniquilamiento. Pero nada socavaba sus ambiciones, sino lo contrario, la violencia lo incitó a radicalizar su campaña presidencial para el período siguiente. Gaitán proponía un programa de restauración moral de la República que traspasaba la tradicional división del país en liberales y conservadores. Su corte era horizontal y mucho más realista: dividía al país entre explotadores y explotados.

Al respecto, Gaitán argumentaba en sus *Escritos políticos* que “en Colombia hay dos países: el país político que piensa en sus empleos, en su mecánica y en su poder, y el país nacional que piensa en su trabajo, en su salud, en su cultura, desatendidos por el país político. El país político tiene rutas distintas a las del país nacional” (147). Su argumento declaraba que el país político estaba íntimamente ligado a las oligarquías de ambos partidos, con su riqueza, con el poder del Estado entre las manos y con la maquinaria de los empleos públicos. El país nacional lo conformaban todos aquellos grupos excluidos

por las oligarquías: la clase trabajadora, los agricultores, comerciantes y las clases desposeídas; éstas últimas abrumadas por la pobreza, la desnutrición y la falta de higiene pública. En el conglomerado del país nacional se percibía ánimo de lucha y deseos de igualdad. Gaitán, con la repetición incansable de sus lemas magistrales “¡A la victoria!”, “¡Contra la oligarquía!”, “Yo no soy un hombre, soy un pueblo” y “El hambre no es ni liberal ni conservadora”, deseaba romper las viejas estructuras dominadas por las oligarquías y se encumbró como representante de un nuevo orden que gobernaría al país nacional.

El eco de su vigorosa voz se escuchaba en los rincones más remotos del país y parecía estar “inventando una lengua franca para todos, no tanto por lo que decían las palabras como por la conmoción y las astucias de la voz”. Con sus discursos épicos logró ganar terreno hasta casi suscitar “una auténtica revolución social” (García Márquez, *Vivir* 331). Por su poder de convocatoria y por la entrega total de sus seguidores, algunos de sus copartidarios “temían que Gaitán incitase de tal manera a las masas, llevándolas a alturas emotivas muy intensas, que se volcarían sobre las calles y plazas del país para derribar el sistema económico, social y político existente”. Del mismo modo, la élite colombiana, que hasta entonces no había presenciado la política de masas que ejercía el gaitanismo, consideraba el movimiento como una “asociación de gente desdichada”, una agrupación de “elementos flotantes”, “un grupo escandaloso y demagógico surgido del Partido Liberal” (Robinson 142). Este parecer surgió a raíz de las tácticas de sabotaje que practicaban grupos gaitanistas mientras se realizaban los debates del Congreso, ya que algunos congresistas de orientación liberal se oponían a la candidatura de Gaitán. En contraste con esta visión negativa del movimiento, muchos dirigentes catalogaban el

gaitanismo como una agrupación política con perfiles propios que “amenazaba socavar la estabilidad del bipartidismo secular” mediante el estímulo de los sentimientos revolucionarios de las masas.

Sin duda, Gaitán poseía una pericia extraordinaria para la oratoria con la que lograba establecer un vínculo estrecho con las masas. Con su retórica colmada de sentimientos y emociones pretendía conectarse directamente con el pueblo para así conseguir un equilibrio entre dirigentes y seguidores. El historiador Rafael Azula Barrera, de afiliación política conservadora, alaba la elocuencia de Gaitán sosteniendo que “fue el primero que habló en lenguaje directo al proletariado nacional, creándole, sin la abstrusa fraseología marxista, una conciencia batalladora de clase, y un concepto más elevado de su propio valer”. Su lenguaje claro y directo era portador de esperanzas para los desposeídos, y hasta los pobres lograron comprender que “detrás de la política existía la zona de los derechos, la gama real de sus aspiraciones económicas, el mundo concreto de su miseria, de su victoria colectiva” (61). Gaitán abanderaba un programa de justicia social y política que prometía dar solución a las penurias del pueblo colombiano. El líder también contaba con el respaldo incondicional de la masa campesina; de ahí que emitiera su enérgico grito ruralista con la intención de que resonara hasta en los oídos de los labriegos:

Si avanzo, seguidme;

si retrocedo, empujadme;

si os traiciono, matadme;

si me matan, vengadme.

El núcleo de su campaña política era la “lucha frontal contra la oligarquía y las expresiones políticas antidemocráticas en que se sustentaba, así como contra la concentración monopólica cuyas características y efectos eran ya visibles en algunas ramas de la producción industrial” (Sánchez, “El gaitanismo” 193). Sus frases amenazantes retumbaban en el mundo oligárquico causando pánico y escalofrío. En un discurso pronunciado en 1947, Gaitán exclamó:

Yo tengo una certeza y una duda. La certeza es esta: nos tomaremos el poder. Y la duda: ¿Cómo nos tomaremos el poder? Si respetan la Constitución y las leyes de la República y nos dan garantías en las elecciones, nos tomaremos el poder. Y si no nos dan garantías y se violan la Constitución y las leyes, por el derecho de las mayorías también nos tomaremos el poder.⁴⁷

Con la declamación de esta arenga, Gaitán les notificaba a las oligarquías de ambos partidos que estaba preparado para combatirlos y no se dejaría intimidar por sus adversarios. A comienzos de 1948, el sectarismo político se convulsionó y las agresiones verbales ya resultaban insuficientes, razón por la cual se desató una acción homicida generalizada. Debido a las circunstancias, y con varios propósitos en mente, como eran los de atacar al régimen conservador, consolidar los vínculos con sus seguidores y ponerle un cese a la violencia partidista, Gaitán convocó el 7 de febrero de 1948 la renombrada “Marcha del silencio”, en la cual, ante 100.000 personas, declamó la “Oración por la paz” en un acto fúnebre, estremecedor, donde no hubo un solo aplauso.

En su obra autobiográfica, García Márquez considera la “Marcha del Silencio” como “la más emocionante de cuantas se han hecho en Colombia” (333). Por otro lado,

Carlos Rincón, en un estudio que enfoca las formas colectivas de duelo en Colombia, afirma que con este acto “Gaitán consiguió transformar en *performance* multitudinario la realidad política del país” (515). El día de la marcha, la muchedumbre vestida totalmente de negro se congregó en la Plaza de Bolívar y guardó “un silencio sagrado” con el que simbólicamente envió su mensaje contundente a los políticos. Ese silencio absoluto se traducía en denuncia y clamor por la justicia ante las innumerables muertes ocasionadas por la violencia política.

Después de este hecho trascendental, en el horizonte político colombiano se perfilaba con anticipación y nitidez la victoria de Gaitán en los siguientes comicios electorales a realizarse en mayo de 1950. García Márquez, quien durante esa época estudiaba en Bogotá y desfiló en dicha marcha, afirma en *Vivir para contarla* que “la impresión que quedó de aquella tarde histórica, entre partidarios y enemigos, fue que la elección de Gaitán era imparable” (333). Sin duda, los conservadores palpaban el advenimiento de la derrota y dieron órdenes para aumentar la persecución de los gaitanistas “por parte de la policía, que empezaba a ser conocida cada vez más como la “popol”, la policía política” (Braun 248). En esos días, los frecuentes asesinatos divulgados en los periódicos nacionales y locales colmaban de cólera a los ciudadanos, quienes se sentían aterrorizados, despojados de su libertad y reprimidos hasta del derecho de salir a la calle en busca del sustento diario.

El acto más revelador del estado anímico que prevalecía en el país fue una corrida de toros que se realizó en la última semana del mes de marzo de 1948 en la Plaza de Santamaría, localizada en el centro de Bogotá. En pleno espectáculo, mientras contemplaban la mansedumbre del toro y la inhabilidad del torero para matarlo, los

asistentes ardían de enojo y se volcaron enardecidos sobre la arena de la plaza. Según la descripción de Pedro Gómez Valderrama, quien fue testigo ocular de los hechos, “todos se lanzaron sobre el toro, y poco a poco fueron despedazándolo vivo, mientras se oían sus terribles mugidos. Unos arrancaron las orejas, otros la cola, hasta que el animal quedó descuartizado en vida por el público” (11). Este acto bárbaro fue catalogado por numerosos periodistas y escritores como “el síntoma más aterrador de la rabia brutal que estaba padeciendo el país” (García Márquez, *Vivir* 334). Los espectadores convirtieron la jornada taurina en una terapia de desahogo emocional en la que lograron exteriorizar la furia y el desencanto causados por la violencia política, un flagelo que sin frenos ni barreras se diseminaba por ciudades, pueblos y las aldeas más recónditas de la nación.

Gerardo Molina aclara que ese estado de perplejidad que invadía al país no sólo lo generaba la violencia política, sino también:

Había una situación que podríamos calificar como el ensanche de la miseria de las grandes mayorías populares. Claro que las causas de esa miseria venían desde tiempos muy lejanos, pero en esa época se agudizó, porque se estaba afirmando en el país un régimen capitalista fuerte, que naturalmente conducía a lo que sabemos, a la concentración de la riqueza en pocas manos. Lo que determinaba, del lado del pueblo, una gran frustración social, una gran miseria.⁴⁸

En esos años el crecimiento económico era palpable, por lo que había un aumento en las exportaciones que generaban el flujo de muchas divisas extranjeras, pero el costo de vida aumentó en grado extremo desde comienzos de 1948, suscitando un estado de miseria y de inconformidad para las grandes mayorías.

2.2. Novena Conferencia Panamericana

El 30 de marzo de 1948 se inauguró en el Capitolio Nacional la IX Conferencia Panamericana con la asistencia de 450 delegados provenientes de 21 repúblicas americanas. La delegación de Colombia estaba integrada por notables personalidades de ambos partidos, liberal y conservador, pero se excluyó al jefe del liberalismo, Jorge Eliécer Gaitán. La exclusión de Gaitán fue orquestada por el entonces Ministro de Relaciones Exteriores, Laureano Gómez, quien temía “que la presencia del líder liberal podría servir para caldear la atmósfera de la Conferencia, con debates improcedentes, llevando a las discusiones de aquel organismo internacional querellas intestinas, con un criterio demagógico de resentimiento y de escándalo” (Azula 306).⁴⁹ Gaitán guardó compostura y silencio total, a pesar de la exclusión, y respaldó la participación de los liberales en la Conferencia con el propósito de frenar el creciente antagonismo entre los liberales y el régimen conservador. Sin embargo, sus copartidarios consideraron la omisión como un profundo agravio personal. Por este motivo, días antes del evento, Gaitán emitió un comunicado exigiéndole al pueblo bogotano que se abstuviera de toda actitud que pudiera “redundar en perjuicio de las labores de la Conferencia”.⁵⁰ En respuesta a su petición, todos sus seguidores adoptaron una actitud pacífica, de obediencia.

El conservador Laureano Gómez fue nombrado con mucha anticipación presidente del Comité Organizador de la Conferencia. Gómez no escatimó gastos “para redecorar el escenario público y para que ellos y la nación aparecieran respetablemente ante los ojos de los dignatarios extranjeros”. Como parte de los preparativos, se construyeron nuevos edificios y hoteles, y se renovaron muchos otros, incluyendo un

Panóptico, esto es, la transformación de la antigua penitenciaría en Museo Nacional. Se creó el “Departamento de Alojamiento”, el cual se encargó de hospedar a las mil personas que integraban las diferentes delegaciones. Además, “fue indispensable recurrir al arrendamiento de casas particulares por lo menos para los 21 Jefes de Delegación” (Aprile-Gnisset 23). También se remodeló el aeropuerto de Techo, hubo apertura de nuevas calles y limpieza de mendigos y vagabundos, se desalojó a los vendedores ambulantes, se ordenó envenenar a los perros callejeros y se les proveyó uniformes a los lustradores de botas. Tampoco faltó el llamado que se le hizo a todos los ciudadanos para que mantuvieran limpios los frentes de sus casas. Igualmente se importaron elegantes carros Mercedes-Benz, que estaban a la disponibilidad de altos funcionarios del gobierno, y se compraron miles de tazas de porcelana y centenares de piezas de cristal para usarlas en las diferentes actividades de la Conferencia.

Pero el proyecto que más crítica generó fue la construcción en el cerro de Guadalupe de un suntuoso restaurante y salón de baile llamado el Venado de Oro, que en la entrada exhibía, en efecto, la escultura de un venado bañado en oro. Los gaitanistas catalogaban el restaurante “como ejemplo típico de la exageración conservadora y de su menosprecio por los pobres” (Braun 243). La suposición de los gaitanistas la corrobora Pedro Gómez Corena en su novela *El 9 de abril*: “Se había escogido aquel lugar como el más pintoresco de la ciudad” que la hacía aparecer como “una de las más bellas ciudades de Sur América” (30). Los organizadores del evento tenían el deseo que los visitantes apreciaran la panorámica de la ciudad, pero guardando distancia de la mísera realidad que se vivía, por lo que así lucía imponente y bella. Ciertamente, la construcción del majestuoso establecimiento en la cúspide de la colina se podía interpretar como una

metáfora de encumbramiento, opulencia y superioridad, a la vez que servía de artilugio para aislar y distanciar a los delegados de la Conferencia de la situación crítica y miserable que atravesaba el pueblo colombiano, lo cual era motivo de vergüenza para el régimen conservador.

La Conferencia Panamericana era un acontecimiento trascendental que podía tener muchas repercusiones históricas. Las observaciones de Herbert Braun indican que los conservadores, a nivel local, querían aprovechar la conferencia “para rescatar a la ciudad del dominio de Gaitán y sus partidarios”; y a nivel nacional, “la Conferencia Panamericana representaba la imposición de una nueva vida pública internacional sobre una vida doméstica que había caído en la vulgaridad” (*Mataron* 242). Para Rafael Azula Barrera, la Conferencia “constituía un acontecimiento internacional, casi sin precedentes en la vida del país”, y agrega que “desde los tiempos en que el Libertador había convocado el Congreso de Panamá, para dialogar sobre los problemas de América, Colombia había desaparecido como escenario de una política continental” (305).

En la agenda de la Conferencia estaban incluidos temas de mucho interés y actualidad, captando mayor atención lo relativo a “la Carta de la organización de los estados americanos; el tratado americano de soluciones pacíficas, denominado más tarde ‘Pacto de Bogotá’; el de cooperación económica; el de concesión de derechos civiles a la mujer; el de asistencia y justicia social; el de declaración americana de los derechos y deberes del hombre; el de colonias y territorios ocupados en América; el del pacto militar, y, sobre todo, el de Preservación y Defensa de la Democracia en América, que parecía constituir el tema central de las deliberaciones” (Azula 338). Se debe tener presente que en esos tiempos la Unión Soviética lideraba la Guerra Fría en representación

del bloque socialista, motivo por el cual Estados Unidos promovía la unidad entre las repúblicas de América Latina, y exhortaba a la formación de un frente común para contrarrestar la expansión comunista en el continente. Por tal razón, Estados Unidos le otorgó una gran importancia a la Conferencia y envió una delegación encabezada por el Secretario de Estado George Marshall, el Secretario de Comercio Averell Harriman y el Secretario de la Tesorería John Snyder.⁵¹

De manera simultánea a la Conferencia, también se realizaba en Bogotá un congreso estudiantil democrático con miras a protestar contra las posibles medidas anticomunistas que emanaran de la Conferencia. En esta época ya se percibían las contradicciones entre Perón y Estados Unidos, postura que compartían Venezuela y Panamá. Además, el movimiento estudiantil se suscribía a los siguientes puntos: “La democracia en Santo Domingo y la lucha contra Trujillo; la independencia de Puerto Rico; la devolución del Canal de Panamá, y la devolución de las colonias que subsistían en América Latina”.⁵² Entre los asistentes a este congreso figuraban los delegados cubanos Fidel Castro, Alfredo Guevara y Rafael del Pino; el general español Luis Fernández Juamm, representante del partido comunista de Cataluña; Milorad Pesik, militar yugoeslavo; los jefes del partido comunista de Chile y Venezuela, Salvador Ocampo y Gustavo Machado respectivamente, y un grupo de agentes rusos que estaban dedicados a promover las ideas comunistas en América Latina. En Colombia, Gerardo Molina, simpatizante marxista y rector de la Universidad Nacional, convirtió el plantel estudiantil en el centro de maniobras contra la Conferencia.

La realización de la Conferencia Panamericana agudizó en grado superlativo el pánico y la incertidumbre que se venían experimentando como resultado de la violencia

política que, como ya se ha comentado, hacía mayores estragos en las zonas rurales del país, fenómeno que Germán Arciniegas describió como un “viento frío de terror que sopla en las provincias” (161). Los nativos y foráneos percibían la hostilidad que reinaba en el ambiente. Uno de los funcionarios del gobierno colombiano, Rafael Azula Barrera, declaró que “la atmósfera estaba excesivamente cargada y sentíamos, sin quererlo, que el cielo pesaba demasiado sobre nuestras cabezas” (342). Fidel Castro, en ese entonces activista estudiantil cubano, comentó que “había gran efervescencia en aquellos días en Colombia, porque todos los días se cometían veinte o treinta asesinatos”.⁵³ El testimonio de un periodista guatemalteco que cubría la Conferencia reveló que la atmósfera se mostraba hostil, a tal extremo, que “parecía dinamita esperando ser explotada”, e igualmente confesó que a diario “recibía informes de matanzas de liberales llevadas a cabo por conservadores”.⁵⁴ A pesar de las tensiones, durante el desarrollo de la Conferencia, Gaitán guardó compostura y decidió ser un observador más del evento.

El 9 de abril de 1948 el nombre de Gaitán figuraba en las primeras páginas de los periódicos nacionales: a las 2:05 de la madrugada había logrado con brillantez la absolución del teniente Jesús María Cortés Poveda, quien era acusado de ultimar de dos balazos al periodista Eudoro Galarza Ossa, en la ciudad de Manizales. Gaitán era un consagrado y reconocido penalista,⁵⁵ cuya trayectoria se remontaba a 1929, año en el que desde la Cámara de Representantes a la que había sido recientemente electo, reveló los pormenores de la masacre de las bananeras y “condenó la bárbara actuación del gobierno y del ejército, puestos al servicio de la United Fruit Company” (Perry 8).⁵⁶ La victoria de Gaitán en el caso del teniente Cortés fue motivo de regocijo para sus amigos más allegados, entre ellos, Plinio Mendoza Neira, Pedro Eliseo Cruz, Alejandro Vallejo y

Jorge Padilla, quienes se congregaron en su oficina localizada en el edificio Agustín Nieto, en pleno centro de la ciudad, y lo invitaron a almorzar, gesto que Gaitán aceptó con mucha complacencia. Los archivos revelan que para las horas de la tarde del 9 de abril, Gaitán tenía anotado en su agenda un encuentro con los estudiantes cubanos Fidel Castro y Rafael del Pino.

Habiendo acordado el lugar del almuerzo, Gaitán y sus amigos salieron de las oficinas con rumbo a la puerta principal del edificio. Cuando se asomaron a la calle, aproximadamente a la 1:05 de la tarde, un desconocido disparó tres tiros contra Gaitán dejándolo herido de muerte. Dos de las balas las recibió por la espalda, perforándole los pulmones, y una tercera se le incrustó en la base del cráneo. Minutos después, numerosas personas levantaron al herido y lo colocaron en un vehículo que condujo su cuerpo a la Clínica Central, en donde falleció a la 1:55 de la tarde. Los detalles minuciosos de este magnicidio fueron transcritos por Arturo Alape en *El Bogotazo. Memorias del olvido*. El testimonio de Plinio Mendoza Neira revela que:

Todos reímos y, poco después, abandonamos la oficina, para tomar el ascensor del edificio Agustín Nieto. Al ganar la puerta principal, sobre la carrera séptima, tomé yo del brazo a Gaitán ... y sentí de pronto que Gaitán retrocedía, tratando de cubrirse la cara con las manos y procurando ganar de nuevo el edificio. Simultáneamente escuché tres disparos consecutivos y un cuarto retardado, pero sólo unos fragmentos de segundo más tarde. Gaitán cayó al suelo. Me incliné para ayudarlo, sin poder salir de la inmensa sorpresa que aquel hecho absurdo me causaba.

-¿Qué te pasa Jorge? Le pregunté.

No me contestó. Estaba demudado, los ojos semiabiertos, un rictus amargo en los labios y los cabellos en desorden, mientras un hilillo de sangre corría bajo su cabeza.

Cuando sonó la primera detonación volví la cara al frente y pude ver en forma absolutamente nítida, al individuo que disparaba. Traté de dar un paso adelante para arrojarme sobre él e inmediatamente levantó el revólver a la altura de mi cara y entonces yo hice un movimiento similar al de Gaitán, esto es, quise ponerme a salvo entrando al edificio. Alcancé a poner un pie en el piso de la puerta, reaccioné enseguida y me volví. En ese momento el asesino bajaba el revólver en ademán de apuntarle a Gaitán, que yacía absolutamente inmóvil sobre el pavimento y luego fue retirándose, protegiéndose la fuga con el revólver, un poco vacilante sobre la dirección que debía tomar en su fuga. (213)

Pedro Eliseo Cruz, amigo y médico personal de Gaitán, reportó de manera franca la condición del herido mientras lo examinaba en el lugar de los hechos:

Me arrodillé junto a él por su costado derecho, le revisé la cabeza y pude ver una herida, causa de la hemorragia, en la región occipital. Al tratar de tomar el pulso, no pude percibirlo.... La confusión era indescriptible. Las manos del herido se enfriaban rápidamente. Alguien preguntó por su estado y yo le respondí: “Esta perdido”. (219)

Otro de los amigos que acompañaba a Gaitán, Alejandro Vallejo, describió la escena culminante del magnicidio y perfiló la imagen del agresor de la siguiente forma:

Demostraba un perfecto dominio sobre sí mismo, una gran energía, en sus ojos había una mirada de odio inconfundible, era un individuo cargado de pasión ... El sujeto retrocedió varios pasos siempre apuntándonos y mirando de soslayo como buscando la huida. En un momento recuerdo perfectamente que pude observar cómo el sujeto en una de esas miradas de soslayo descubrió cerca de él a un agente de la policía. Inmediatamente giró sobre sí mismo, alzó los brazos y se entregó. (215)

A partir del atentado, se vivieron momentos de angustia, de desesperación, de rabia, una rabia “irracional y patológica” que brotó ante un hecho vergonzoso que ofendió el “sentido de la justicia” (Arendt 85) del pueblo colombiano. Rápidamente la noticia se difundió por todos los ámbitos:

Los conductores de tranvía la vociferaban por la ventanilla y hacían sonar sus campanillas. Hombre mujeres y niños recorrían las calles vociferando la noticia. Los taxistas hacían sonar sus bocinas. Los buses se detenían en las estaciones y los conductores transmitían el mensaje por teléfono.

Redoblaban las campanas de las iglesias. Los trenes llevaban el informe a los pueblos aledaños.... La radio llevó la noticia a todos los rincones del país”. (Braun, *Mataron* 258).

En estos momentos críticos, los locutores no contaban con datos concretos para informar a la población; sólo trataban de llenar el espacio noticioso manifestando ampliamente su consternación.

2.3 *El Monstruo*: 9 de abril de 1948

Una de las obras literarias más representativas de este período de violencia, es la que tiene por título *El Monstruo*, de Carlos H. Pareja, publicada por primera vez en Buenos Aires en 1954. La novela comienza con el relato de algunos pormenores de la Novena Conferencia Panamericana que se realizaba en Bogotá, pero la trama se enfoca mayormente en el acontecer del 9 de abril de 1948, fecha en la que fue asesinado el líder liberal Jorge Eliécer Gaitán, y los disturbios que se desencadenaron en los días subsiguientes al magnicidio. Los protagonistas de la obra son César y Cristina, dos individuos que provienen de diferentes ámbitos sociales y políticos. César es un intelectual que defiende las ideas gaitanistas, mientras que Cristina es una representante de la burguesía financiera aferrada a las ideas conservadoras. La pareja se conoce de manera fortuita en los disturbios que ocurrieron el 9 de abril en pleno centro de Bogotá, y casi de inmediato surge entre ellos un amor inmoderado. En medio del ambiente turbulento que invadía las calles de la ciudad, los dos enamorados se refugian en el apartamento de César, en donde la pasión se entrelaza con dictámenes políticos.

La novela igualmente enmarca y contrapone las imágenes de dos grandes figuras políticas del momento: la de Jorge Eliécer Gaitán, visto por sus seguidores como símbolo de las virtudes morales y políticas; y la de Laureano Gómez, llamado “El Monstruo” por sus adversarios, quien encarna la clase aristocrática y defiende tenazmente los ideales conservadores. La trama termina con la conversión de Cristina en guerrillera, a la vez que enaltece las guerrillas liberales de los Llanos Orientales. La obra forma parte del conjunto denominado “novela de la violencia”⁵⁷, las cuales han sido consideradas por la crítica como “pseudoliteratura: grupo de novelas que no tienen otro valor que el de servir de

testimonio fiel de la opresión ejercida por un determinado partido político” (Mena 96).⁵⁸

Sin embargo, Laura Restrepo, además de considerar la novela de Pareja como “una buena novela rosa”, enfatiza que el argumento “refleja el espíritu moralizante y populista que enardecía la conciencia de la pequeña burguesía gaitanista” (140). Por otro lado, Thomas Kooreman asegura que el objetivo primordial del autor es mostrar a las oligarquías “as the generative center of Colombia’s social ills” (132). En la novela, a través de los diálogos, se contrastan las convicciones de Gaitán con los propósitos de las oligarquías. En una de las conversaciones sostenidas por César y Cristina en la que comentan la inseguridad y la confrontación de los dos partidos políticos, César formula una pregunta:

¿Por qué este país es así? ¿No podríamos los colombianos vivir en paz, sin tantos odios?

Los políticos son los responsables, -dijo ella-- porque necesitan esos odios para medrar, ¿no es cierto?

-Cierto. Me agrada que digas eso, pero corregiría: no son propiamente los políticos los que han hecho invivible este país. Es el sectarismo que las oligarquías de ambos partidos fomentan para dividir a los de abajo y explotarlos conjuntamente. (92)

Como puede verse, César confirma la respuesta superficial de Cristina, pero aprovecha la oportunidad para enfatizar la labor corrupta de las oligarquías. Igualmente la novela sustenta las tesis “anti-imperialistas” y “anti-oligárquicas” que vociferaba con persistencia el líder gaitanista:

Estas Conferencias Panamericanas ... nos obligan a firmar pactos de “ayuda mutua”, que en realidad no ayudan sino a los países que nos los

imponen, en virtud de los cuales nos envían –no los alimentos y herramientas que necesitamos-sino armas para fortalecer a las oligarquías en el poder, a fin de que puedan mantener subyugado al pueblo y acallar la voz de protesta. (19)

La cita reproduce de manera directa la ideología de Gaitán, quien se oponía a la realización de la Conferencia por considerarla como sólo una estrategia para explotar al pueblo colombiano. De esta manera, Gaitán también se convirtió en una amenaza poderosa para los intereses norteamericanos.⁵⁹ Al mismo tiempo, la obra examina la consigna de “restauración moral” de la República liderada por Gaitán, sobre lo cual proclamaba:

Las oligarquías liberales han entendido mal la misión del liberalismo: el régimen liberal, como lo dice su historia, significa defensa de la legalidad, lucha por la verdad, estímulo de lo sincero, rectitud en lo administrativo, disciplina en el trabajo y, lo que es muy importante en este caso, acción libertadora para los oprimidos. Yo lucho por hacer en este país esa transformación justiciera, pero esto no podrá lograrse sin la previa restauración moral de la República, que las oligarquías han corrompido.

(20)

La consigna de “restauración moral” se apoyaba en las imputaciones que se le hicieron al presidente liberal Alfonso López Pumarejo (1942-1945) y a otros líderes liberales sobre el asesinato del ex-agente de policía Francisco Pérez, alias Mamatoco. Las acusaciones de Gaitán también se basaban en los peculados, despilfarros de los fondos públicos, la corrupción administrativa y la degradación de las costumbres.

Pero un rasgo sumamente notable en la novela, y que constituye el núcleo de este estudio, son las descripciones de la violencia ocasionada por el asesinato de Gaitán, acto que muchos consideran como “el detonante que desata la ‘Violencia’ generalizada por todo el país” (Restrepo 137).⁶⁰ Esta ola de violencia que se genera a partir del magnicidio de Gaitán era un fenómeno sin precedentes en la historia del país que tuvo como resultado una total descomposición social. El esquema de los hechos entorno al homicidio de Gaitán puede explicarse a través de los siguientes cuestionamientos que tendrán sus respuestas con el análisis minucioso de la obra: ¿Qué relación tiene la violencia con el asesinato de Gaitán? ¿Qué hace posible esa violencia? ¿De qué manera se enfrenta el Estado a la sociedad? ¿En qué consiste la visión novelística del suceso?

Una de las primeras acciones que daría luz a los interrogantes formulados es la relacionada con el autor material del hecho, cuestión que enfoca detalladamente la novela *El Monstruo*. El asesino de Gaitán, que tenía por nombre Juan Roa Sierra, fue apresado de inmediato por el suboficial de la policía Carlos Alberto Jiménez Díaz, quien le quitó el revólver, “que era un Smith & Wesson 31, corto” (26). Jiménez contó con la ayuda de otro oficial llamado Ciro Efraín Silva González, y entre los dos condujeron al criminal a la Droguería Granada, establecimiento que estaba localizado al cruzar la calle de donde ocurrió el hecho. En esos momentos, las personas que circundaban el lugar del atentado no prestaban atención a la suerte del agresor, sino que deseaban aproximarse al sitio donde cayó Gaitán, por lo que allí había quedado un “charco escarlata” en donde “gentes humildes se inclinaban sobre él y empapaban sus pañuelos en la sangre caliente” (27). Querían tener un recuerdo de lo más intrínseco de su ser, de su líder, de su defensor.

La novela describe que en medio del hacinamiento se miraban unos a otros; algunos sollozaban, pero luego “hubo un instante de silencio, de ese silencio trágico que sigue al estallido de las grandes catástrofes” (28). Según lo expresa Pareja, el asesinato de Gaitán fue un auténtico magnicidio y por consiguiente da origen al “silencio trágico”, un silencio que lo produce la consternación por la súbita muerte del caudillo. Pero en este caso particular, el silencio luego explota revelando el acostumbrado comportamiento interno de la masa, que tiene como característica “la repentina determinación de *atraer*, la decisión pasional de alcanzar a *todos*” (Canetti 17).

Continuando con la trama de la novela, el narrador comenta que uno de los ancianos que formaba parte del gremio, murmuró, “nos han arrebatado nuestra última esperanza”, a lo cual una mujer agregó: “sentimos los balazos sobre el corazón: es a nosotros, es al pueblo, al que han asesinado”. César, quien era otro de los observadores, replicó: “Sí; este hombre no era un hombre; era un pueblo” (28). Esta última frase glorifica uno de los lemas magistrales que Gaitán repetía incansablemente durante su campaña política. Al respecto, Gaitán sentía que él no se dirigía al pueblo como político, sino que simplemente era un portavoz de sus seguidores, era uno más de ellos, motivo por lo cual en algunos momentos pronunciaba los términos que solía usar el pueblo; hablaba “como un embolador bogotano”, según lo describían las oligarquías “con asco racial y social” (Caballero 73). Él anhelaba que el pueblo tuviera acceso a la política, algo de lo cual estaba marginado, y que se había destinado para “un club privado” al que pertenecían los más privilegiados.⁶¹ Con firmeza, Antonio Caballero agrega que antes de Gaitán, en Colombia “no existía el pueblo” (74).

Volviendo al lugar de los sucesos, allí la multitud permanecía estupefacta y daba por hecho que el líder había muerto, así estuviera en una clínica donde intentaban salvarle la vida. La tensión se acrecentaba y rápidamente empezaron a escucharse las murmuraciones: “¡Mataron a Gaitán!... ¡Mataron a Gaitán!”. En cuestión de minutos ya se escuchaban alaridos estremecedores: “¡MATARON A GAITÁN!”. La primera sensación que experimentó la muchedumbre fue la de vengar el crimen. En la novela se comenta que, en medio de la confusión, alguien formuló la pregunta: “¿quién será el responsable? -¡El Gobierno! – dijo César--” (28). La respuesta que articuló César no debe sorprender si se tiene en cuenta la trayectoria política de Gaitán y su movimiento. No era difícil pensar en quiénes habían sido los culpables del asesinato. Todos mentalmente coincidían en que habían sido “ellos, los de arriba, los jefes que odiaban al ‘capitán’. Los que le decían ‘el negro Gaitán’. Los que no habían dejado que participara en la Conferencia Panamericana.... ¡Mataron a Gaitán! ¡A que expliquen!” (Braun, “Mundos” 229). Las radiodifusoras vociferaban la noticia sin mucha elaboración: “El doctor Gaitán fue asesinado por la policía del régimen conservador...”. “Crimen oficial...”. “La hora de la revolución ha llegado...” (Azula 349). En el ambiente de confusión nadie tenía la capacidad de siquiera vislumbrar otra posibilidad. La novela subraya que todos apuntaban al régimen conservador, y en coro gritaban:

- El Monstruo es el asesino-
- ¡Muera el Monstruo! – dijeron todos.
- ¡Abajo el gobierno! – coreó la multitud.
- ¡A Palacio! ¡A Palacio!
- ¡Todos a Palacio! – ordenó César. (29)

El desconcierto seguía predominando entre la muchedumbre hasta que el espíritu se exaltó, y con un enfurecimiento incontrolable decidieron lanzarse contra la droguería en donde resguardaban al agresor. El suboficial Jiménez Díaz, quien retenía al malhechor detrás del mostrador, le suplicaba que confesara quien le había dado órdenes de asesinar a Gaitán. El agresor, colmado de pánico por la cólera que mostraba el gentío, no respondía al interrogante y suplicó casi sin voz: “Agente, no deje que me maten” (García Márquez, *Vivir* 336). En relación a este episodio, Herbert Braun narra en *Mataron a Gaitán*, que un ex miembro de las guerrillas liberales de la región de Sumapaz llamado José Jaramillo Gaviria, alcanzó a llegar hasta donde estaba el malhechor y “agarrándolo del pelo, lo arrastró hasta la calle, donde lo arrojó violentamente contra el pavimento” (254). Carlos Pareja, en *El Monstruo*, complementa el incidente agregando que “en ese mismo instante, irrumpió frente al grupo el falso limpiabotas, con su caja en alto, y gritó con ferocidad: ¡Acabemos con él!”. Otro par de individuos que se encontraban en las cercanías “invitaron al pueblo a ‘linchar’ al asesino, propinándole patadas en el suelo”. Con ímpetu, todos deseaban terminar con él.

La multitud enloquecida respondió a la invitación del linchamiento, y “unos instantes después el cuerpo desnudo, sangrante, destrozado, de Juan, era arrastrado por las calles, hacia el sur, hacia Palacio”. El narrador enfatiza que “el crimen perfecto se había consumado” (27), porque estando muerto el malhechor, sería difícil descubrir a los conspiradores. En el lugar del atentado, y de manera simultánea al linchamiento del agresor, algunos se dieron a la tarea de cubrir con un estandarte nacional y una bandera roja del partido liberal, el pavimento donde había caído Gaitán. El presidente de la República, Mariano Ospina Pérez, todavía ignoraba el incidente, ya que se encontraba en

compañía de su gabinete y otros dignatarios extranjeros, en la inauguración de una feria agropecuaria. Su regreso al Palacio coincidió con la llegada de la turba que cargaba el cadáver de Roa Sierra.

La perspectiva del linchamiento del malhechor la perfecciona García Márquez en *Vivir para contarla*, en donde reseña que dentro de la multitud había un hombre vestido de gris “que nunca fue identificado” y que ordenaba a gritos ¡A palacio! ¡A palacio!

Luego añade que:

Los más exaltados obedecieron. Agarraron por los tobillos el cuerpo ensangrentando y lo arrastraron por la carrera Séptima hacia la plaza de Bolívar, entre los últimos tranvías eléctricos atascados por la noticia, vociferando denuestos de guerra contra el gobierno. Desde las aceras y los balcones los atizaban con gritos y aplausos, y el cadáver desfigurado a golpes iba dejando jirones de ropa y de cuerpo en el empedrado de la calle. Muchos se incorporaban a la marcha, que en menos de seis cuadras había alcanzado el tamaño y la fuerza expansiva de un estallido de guerra. Al cuerpo macerado sólo le quedaban el calzoncillo y un zapato.... En el Capitolio Nacional, donde se había instalado diez días antes la Conferencia Panamericana, los delegados se habían ido a almorzar. Así que la turba siguió de largo hasta el Palacio Presidencial, también desguarnecido. Allí dejaron lo que quedaba del cadáver sin más ropas que las piltrafas del calzoncillo, el zapato izquierdo y dos corbatas inexplicables anudadas en la garganta. (336-337)

En *Masa y poder*, Elías Canetti denomina “el estallido” como “la repentina transición de una masa cerrada a una abierta... Con frecuencia da la impresión de que una masa no cabe en los límites de un espacio en el que estaba bien guardada, y se extiende por la plaza y por las calles de una ciudad, donde, atrayendo y expuesta a todo, se mueve libremente” (17).⁶² En su descripción, García Márquez compara la fuerza expansiva que presentaba la turba con la de un “estallido” de guerra. Igualmente, la denominación de Canetti encaja con lo sucedido en la droguería donde resguardaban al asesino, lo cual puede catalogarse como una masa cerrada, que se encontraba confinada en ese lugar persiguiendo un plan justiciero, pero que luego, cuando el individuo fue arrojado a la puerta, la masa se abrió cobrando una gran potencia con delirio casi salvaje, una fuerza que fue aprovechada para cobrar la injuria, que según recalca Pareja, había sido cometida “por orden del Gobierno, por mandato del Monstruo” (32).

Por otro lado, Canetti argumenta que “todas las formas de la ejecución pública dependen del viejo ejercicio de matar colectivamente. El verdadero verdugo es la masa, que se reúne en torno del cadalso. Ella aprueba el espectáculo; en apasionado impulso afluye desde muy lejos para presenciarlo de principio a fin” (47-48). Los detalles del linchamiento del asesino que nos proporcionan Herbert Braun en *Mataron a Gaitán*, Carlos Pareja en *El Monstruo* y García Márquez en *Vivir para contarla*, también nos remiten a la forma de “matar colectivamente”, acción en la que todos participan, pero “nadie está delegado como ejecutor, toda la comunidad mata”. Teniendo como apoyo el razonamiento de Canetti, se puede decir que la “ejecución pública” del agresor de Gaitán, fue un verdadero espectáculo presenciado por la muchedumbre “desde las aceras y los balcones”, intensificando su apasionamiento “con gritos y aplausos”. En otros términos,

Hannah Arendt en *Sobre violencia* vincula “la culpa colectiva” con el proceder de los liberales blancos, quienes han reaccionado ante las quejas de los negros con el grito “todos somos culpables”; por consiguiente, Arendt agrega que “donde todos son culpables, nadie lo es” (87). En el caso de Gaitán, la colectividad se encargó de enjuiciar al criminal, le dictó la sentencia de muerte y luego la materializó ejecutándolo ante los ojos de la multitud. Todos fueron culpables, pero a nadie se procesó por el delito.

Otro aspecto clave de este linchamiento que merece enlazarse con las peculiaridades de las ejecuciones públicas, es el comportamiento del agresor, que como lo explica Canetti, “en el último momento se preocupa por su suerte” (48). Así sucede en la narración de García Márquez, donde el malhechor, presa del pánico, suplica a las autoridades con un tono de aflicción que no permitan que lo maten. Braun resalta que mientras las autoridades presionaban al criminal para que confesara el nombre del autor intelectual del hecho, éste hizo una invocación y exclamó: “¡ay Virgen del Carmen, sálveme!” (*Mataron* 254).

Claro está que la muchedumbre quería ser protagonista del ajusticiamiento. Los gritos ensordecedores que emitían, “¡A Palacio! ¡A Palacio!”, respaldaban el señalamiento de que el gobierno estaba involucrado en el asesinato. Todos se lanzaron hacía el Palacio, no con las pretensiones de tomarse el régimen, sino con el propósito de “exigirle al poder constitucional” que explicara las razones del agravio. Tenían el deseo de protestar por la infamia cometida. El cadáver del asesino arrastrado, pateado, mutilado, “era la venganza y, a la vez, un acto simbólico que señalaba al gobierno conservador como culpable, era la reacción repentina de un pueblo dominado por la emoción” (Alape, “9 de abril” 95). Los participantes reunidos en las inmediaciones

mentalmente visualizaron el protocolo habitual que se da en las plazas públicas ante tales circunstancias, es decir, esperaban que el presidente Ospina Pérez se asomara a las ventanas del Palacio para dirigirse a la multitud; no obstante, esto no sucedió. Ospina Pérez optó por mantenerse oculto y en silencio, actitud que rompió en su totalidad los vínculos existentes entre el pueblo y su gobernante.

Mientras el agresor de Gaitán era ajusticiado por la multitud en las calles de la ciudad, en las esferas políticas los líderes de ambos partidos tomaron rutas diferentes. Los liberales se aglomeraron en la Clínica Central donde permanecía el cuerpo de Gaitán. Los conservadores se dirigieron al Palacio Presidencial para dialogar con el presidente Ospina Pérez, quien de inmediato ordenó el estado de sitio en la ciudad de Bogotá e impuso una censura para evitar la transmisión de los hechos a nivel internacional. Los líderes liberales que lograron reunirse en la clínica, entre los que se encontraban Darío Echandía, Alfonso Araújo, Carlos Lleras Restrepo, Julio Roberto Salazar, Plinio Mendoza Neira, Alberto Arango Tavera, decidieron nombrar como jefe del partido a Darío Echandía, quien en esos momentos era el liberal de mayor influencia dentro del grupo, y el más cercano a Gaitán. El nuevo jefe decidió asomarse a uno de los balcones de la Clínica desde donde observó a un gentío que también se había congregado en sus alrededores, y que a gritos proclamaban “¡Viva Echandía! ¡Abajo los conservadores! ¡Viva el partido liberal!”.

El diálogo que sostenían los liberales en la clínica no lograba producir un plan coherente. Algunos sugerían restablecer el gobierno de Unión Nacional, con la participación de ambos partidos, que como se mencionó en el comienzo de este capítulo, se había iniciado con el mandato de Ospina Pérez, pero que fue disuelta por órdenes de

Gaitán a raíz de los brotes de violencia contra los gaitanistas. Otros, con la mente bastante nublada por el impacto del acontecimiento, no visualizaban una salida, sólo se empeñaban en culpar al gobierno por considerarlo promotor de la violencia política; y por último, había quienes consideraban la opción de negociar con el ejército con miras a dar un golpe militar. Las deliberaciones seguían su curso, no sin el temor de lo que pudiera ocurrir con el pueblo ante cualquier decisión que se tomara. Con respecto a este episodio, el narrador de *El Monstruo* refiere que en las cercanías del Palacio, el protagonista principal llamado César, lideraba la manifestación y proponía formar “una junta revolucionaria que asumiera el gobierno en nombre del pueblo” (33).

En efecto, en una de las esquinas ocupadas por la multitud, el rector de la Universidad Nacional, Gerardo Molina, de orientación marxista, trataba de imponerse, y pensaba en la creación de una Junta Central Revolucionaria de Gobierno, integrada por destacados liberales de izquierda como eran Adán Arriaga Andrade, Rómulo Guzmán, Carlos Restrepo Piedrahita, y los eminentes escritores y políticos, Jorge Zalamea y Carlos H. Pareja, el autor de *El Monstruo*. Estos hombres con desespero deseaban captar la atención del tumulto, y Molina a gritos intentaba explicar la importancia de “derrocar el gobierno conservador; ... que era necesario ir más allá, eliminar las oligarquías a las que Gaitán había atacado y buscar un cambio social y económico, no únicamente un cambio a nivel político” (Braun, “Mundos” 226). Finalmente, Molina, confuso e inseguro, no pudo imponerse sobre la muchedumbre, la cual se había convertido en una masa anárquica, sin dirección y sin control alguno. Su fallido intento de liderar una Junta Revolucionaria lo hizo contemplar la posibilidad de sumarse al grupo de los liberales, que aún seguían en sus deliberaciones; sin embargo, no lo creyó prudente por la razón de que había sido un

opositor tenaz del régimen conservador, y su presencia podría entorpecer las negociaciones.

En la ciudad, el orden público estaba turbado por completo, y para la protección del Palacio fue necesario pedir refuerzo al Batallón “Guardia Presidencial” al mando del teniente Silvio Carvajal, que a su llegada, logró despejar la calle que daba frente al Palacio, quedando allí sólo el cuerpo macerado del agresor. Las calles circundantes al Palacio y la cercana Plaza de Bolívar estaban colmadas por la multitud. La Guardia intentaba despejar a la muchedumbre, pero ésta mostraba resistencia, motivo por el cual los soldados abrieron fuego dejando a varias personas muertas y a otras tantas heridas, hecho que causó mucha zozobra entre el gentío. En el despacho presidencial, el entonces Ministro de Guerra, Fabio Lozano y Lozano, trataba de convencer al presidente Ospina Pérez, de que abandonara el Palacio, pero éste manifestó enérgicamente: “yo cumplo aquí con mi deber y este es mi sitio”. El presidente, con firmeza, contemplaba la idea de organizar la resistencia para detener los impulsos de la muchedumbre desenfrenada.

En contraste con lo que sucedía en Palacio, el narrador de *El Monstruo* relata que César, quien desde un comienzo se encumbró como líder de la multitud, sugería “asegurar los puntos claves” para así facilitar la caída del poder. La novela señala que esos puntos claves incluían apoderarse de “las comunicaciones, controlar el telégrafo y la radio, y buscar armas en los cuarteles” (33). Al mismo tiempo se comenta que el gentío exaltado seguía insistiendo en la culpabilidad del régimen y afirmaba que los conservadores eran “los verdaderos asesinos de Gaitán”. La mayoría coreaba a gritos “¡tomemos el poder!”, a lo cual muchos respondieron:

-¡Pero no tenemos armas!...

-¡Abramos las ferreterías! –gritó alguno entre la muchedumbre-. ¡Allí encontraremos las armas!

-¡A las ferreterías! ¡A las ferreterías! (32)

Efectivamente, con las primeras detonaciones del ejército, numerosos amotinados se trazaron como meta la intercepción de las radiodifusoras, desde donde impartían consignas revolucionarias e incitaban a la población al saqueo y al robo. La descripción de Eduardo Santa en *¿Qué pasó el 9 de abril? Itinerario de una revolución frustrada*, da detalles del caos que tuvo como escenario la Radio Nacional, órgano oficial del gobierno:

Al llegar a la Radio Nacional, la encontramos colmada de gentes, especialmente de intelectuales y de universitarios. Todos querían arengar al pueblo, enviar mensajes a sus provincias.... Los más exaltados invitaban, al igual que el noticiero “Últimas Noticias”, al asalto a las ferreterías para que el pueblo se armara con las armas que pudieran encontrarse en dichos establecimientos. Todos hablaban de una revolución, pero todos la concebían de distinta forma. Otros hablaban de vengar la muerte del caudillo. Y todos se arrebataban el micrófono, en una especie de pugilato por la publicidad. (32)

Santa transcribe en otro pasaje una proclama que se escuchaba en una radioemisora en el centro de la ciudad, y que instigaba al pueblo a la acción armada:

¡Ármense con lo que puedan! ¡La revolución apenas ha empezado!
¡Tenemos que aniquilar a la oligarquía que ordenó el asesinato de Gaitán!
¡Hay que derrocar el gobierno reaccionario de Ospina Pérez! ¡Pueblo: a asaltar rápidamente las ferreterías que allí están las escopetas, las

municiones, los machetes y los cuchillos, con los cuales libraremos la batalla definitiva! (34)

De igual forma Rafael Azula Barrera en su obra *De la revolución al nuevo orden*, reproduce otros discursos disparatados que logró percibir en una radio que estaba instalada en la Secretaria Técnica. Una de ellas decía:

Repetimos –gritaba una voz notoriamente perturbada por el alcohol--.
Desde los primeros momentos el pueblo ha ejercido ejemplar venganza.
De los faroles de la Plaza de Bolívar cuelgan los cadáveres de Laureano Gómez, de Guillermo León Valencia y del traidor José Antonio Montalvo.
La multitud se acerca a palacio y pronto podremos anunciar la muerte del tirano Ospina Pérez y de toda su cuadrilla de malhechores. La revolución está triunfante. (359)

Estos mensajes propagados a través de la radio tuvieron resonancia a nivel local y nacional e impulsaron de manera simultánea el movimiento revolucionario en las diferentes regiones, reproduciéndose los hechos con cierta uniformidad en otras ciudades y pueblos del país, entre ellos, Medellín, Cali, Barranquilla, Manizales, Pereira, Armenia, Barrancabermeja y el Líbano. Pero el lugar donde las instigaciones de la radio hicieron más estragos, fue en el pueblo de Armero, departamento del Tolima. Allí se perpetró el asesinato del cura párroco, Pedro María Ramírez, quien fue “ultimado a machetazos por una turba ebria que lo despojó de su traje talar, y arrastró el cadáver por las calles, atado a una volqueta” (Azula 412).⁶³ Como mecanismo para detener el desaforo por el micrófono, el presidente Ospina Pérez le dio orden al Ministro de Comunicaciones, de que contactara a Jaime Samper, quien era gerente de la Empresa de Energía Eléctrica de

Bogotá, para que suspendiera el servicio eléctrico, y de esa manera se acallaran las voces que incitaban al saqueo y a la revolución. Samper se negó a conceder el pedido argumentando que no tenía autoridad para tal acción.

Las arengas de la radio cumplieron su objetivo. La multitud siguió las instrucciones de los locutores aficionados y se entregó al saqueo de las ferreterías, de donde obtuvieron escopetas, municiones, machetes, cuchillos, hachas, picas. Teniendo en su poder estos instrumentos, la turba se lanzó al “saqueo de los almacenes, de las tiendas de víveres y rancho, de las joyerías y peleterías”. De estos almacenes obtuvieron botellas de licor con las que muchos lograron embriagarse, estado que promovió el espíritu de lucha en unos, y el deseo de rapiña en otros. Las estaciones de gasolina y las estufas domésticas fueron las fuentes del combustible que utilizaron para la preparación de los denominados “cocteles Molotov”, que más tarde usaron para incendiar el centro de la ciudad. A partir de estos momentos “la ciudad empezó a vivir una orgía tremenda de caos, de anarquía, de locura colectiva” (Santa 187). La fuerza policial era insuficiente para contener el gentío; aunque cabe recalcar que la mayoría de ellos eran de afiliación liberal y simpatizaban con Gaitán, razón por la cual las emisoras pregonaban que las fuerzas del orden se habían insurreccionado.

El entonces Ministro de Educación, Joaquín Estrada Monsalve, dio testimonios del hecho en su obra *El 9 de abril en palacio*, en donde describe que veía venir la turba hacia la residencia presidencial armada de fusiles, pistolas, machetes y garrotes, y en la cual muchos ya se encontraban embriagados por los efectos del whisky y la champaña. Según sus cálculos, aproximadamente eran unos diez mil hombres. A los insurrectos se sumó la policía, y gran parte de sus armas estaban en poder del pueblo y muchos agentes

se habían vestido de civiles y encabezaban a la multitud (13). Estrada Monsalve asegura que el ataque estaba siendo coordinado desde las ocho esquinas de la manzana muy próxima al Palacio. Igualmente, Azula Barrera afirma que las vías públicas se veían ennegrecidas del gentío y compara a los amotinados con “un verdadero huracán humano que emergía de pronto de la tierra, moviéndose casi eléctricamente, para desplomarse sobre la ciudad, desde los cerros, como a un conjuro trágico” (380). La innumerable multitud estaba lista para precipitarse a la violencia en medio de gritos llenos de odio y de dolor originados por el asesinato de Gaitán.

El estado de encono se acrecentó debido a la desorientación e inhabilidad del gentío de establecer planes políticos concretos, cuestión que los impulsó a volcarse contra el orden jerárquico, contra los símbolos del poder. Cabe reiterar que la masa no tenía como objetivo tomar el poder ni derrocar el gobierno conservador; el afán en este caso era subvertir todo orden preestablecido, ya fuera político, económico e ideológico. Para lograr la perversión del orden imperante, el pueblo enfurecido empezó por tomar los edificios públicos, y haciendo uso de cocteles Molotov, prendió fuego al edificio de la Gobernación, a las instalaciones del Ministerio de Salud Pública, el Ministerio de Gobierno, el Ministerio de Educación, el Ministerio de Hacienda, el Ministerio de Comunicaciones y la Procuraduría General de la Nación. Es de anotarse que en estos edificios públicos se tomaban las decisiones que imponían los gobernantes de ambos partidos políticos. Eran edificios a los que rara vez tenían acceso todos aquellos grupos que se consideraban excluidos. Ese día abrieron las puertas, penetraron en ellos y se pasearon por sus instalaciones sin que nadie se lo impidiera.

En conexión con este evento, el narrador de *El Monstruo* comenta que algunos miembros de la multitud concibieron la idea de “incendiar el Palacio de Justicia, la Oficina de Medicina Legal y la Dirección de Prisiones, en donde se guardaban sus expedientes; así desaparecerían las pruebas contra ellos, y jamás volverían a ser procesados” (49). De hecho, el Palacio de Justicia, sede de las operaciones del Ministerio de Justicia y lugar donde permanecían reclusos muchos presos, fue saqueado, y los sublevados les abrieron las celdas a muchos prisioneros para dejarlos en libertad; luego le prendieron fuego al edificio. Simultáneamente, en otros centros penitenciarios como la Picota, la Modelo, El Buen Pastor y la Penitenciaría Central, también ocurrió la liberación de reclusos. Con esta acción, los amotinados lograron resquebrajar la disciplina que imponían los aparatos represivos del Estado. Se calcula que un total de cuatro mil presos se lograron fugar de las cárceles, y se cree que más tarde se sumaron a la multitud.

Del mismo modo y con igual ímpetu, la multitud convirtió en hoguera las instalaciones del periódico *El Siglo*, principal portavoz del partido conservador, y cuyo propietario era Laureano Gómez, Ministro de Relaciones Exteriores, llamado por todos “El Monstruo”, y a quien muchos señalaban como el culpable del asesinato de Gaitán. Su casa campestre fue incendiada y quedó reducida a escombros. Otros diarios capitalinos de orientación liberal, como lo eran *El Tiempo* y *El Espectador*, permanecieron intactos. Por otra parte, la multitud acometió contra el Palacio de San Carlos, el cual había sido renovado en su totalidad por ser sede de las reuniones de la Conferencia Panamericana. La novela *El Monstruo* relata el ataque al Palacio de la siguiente manera:

Los depósitos de licores de la Conferencia Panamericana, situados en el propio Palacio de San Carlos, fueron abiertos ... y puestos a disposición del pueblo. Pobres indios que nunca habían probado otra cosa que la chicha, se embriagaron esa tarde con champaña. El pueblo entró a saco en las salas del Palacio, que Bolívar un día dignificara, y hoy profanaban los agentes del Monstruo. Cuando los licores se acabaron, la emprendieron con los objetos de arte, que gentes de toda clase, sin distingos sociales, políticos o religiosos, adquirirían de los saqueadores a precios ínfimos. (46)

En relación a este incidente, Herbert Braun describe que el gentío que penetró en el Palacio se dedicó a tirar por las ventanas que tenían vista hacia la calle, todos los muebles, estantes, archiveros, máquinas de escribir, sumadoras, candelabros, lámparas, cortinas y todos los objetos finos y lujosos que habían utilizado para decorar el lugar con motivo de la Conferencia. En las afueras, los insurrectos apilaron los artículos y luego les pusieron fuego. Braun cita la declaración que hizo al periódico *El Tiempo* el testigo ocular Felipe González Toledo, quien informó que había visto a un hombre robarse un cojín de las pilas de escombros, y una mujer se lo arrebató diciéndole, aquí “venimos a destruir, no a robar” (“Mundos” 214). La mujer tiró el cojín a la hoguera para que lo consumieran las llamas. En efecto, el propósito no era la rapiña, era demoler todo lo que había pertenecido al orden y al poder. No obstante, pese a la demolición masiva, el carro de Gaitán, un Buick modelo 1947, color verde oscuro, que estaba estacionado a sólo dos cuadras del lugar de la destrucción, quedó intacto. Tampoco sufrió daños la librería que era propiedad de su padre. Otras instalaciones ignoradas por los amotinados, aun estando en el perímetro de la devastación, fueron los bancos, el Teatro Colón, las notarías donde

se archivaban las escrituras de la propiedad privada y, por último, el Jockey Club y el Gun Club, los cuales eran lugares muy frecuentados por las élites.

En contraste con la suerte que corrieron los edificios públicos, las iglesias permanecieron exentas de la destrucción por varias horas, pero más tarde sucumbieron a la furia de los amotinados, quienes lograron infiltrarse en el Palacio Arzobispal, en las oficinas de la Arquidiócesis y en el Palacio del Nuncio Apostólico; del mismo modo ingresaron en los colegios femeninos, en los conventos y monasterios localizados en el centro de la ciudad, en la Universidad Javeriana, institución de orientación católica, y finalmente, en la Catedral de Bogotá. Los sublevados lograron tener en su dominio la mayoría de los lugares sagrados, y se entregaron a la destrucción de todos ellos. Con el impulso de una fuerza huracanada, despedazaron los vitrales, quemaron las bancas, derribaron los altares y las imágenes sagradas, destruyeron pinturas famosas, convirtieron en astillas las piezas de cristal y porcelana, deshilaron las vestiduras litúrgicas y demolieron el archivo eclesiástico. Algunos defecaron en ellas, como manifestación de su profundo desprecio por la Institución.

Se cree que los motivos por los cuales la multitud arrasó con desenfreno las instituciones eclesiásticas, fue el sentir de que la Iglesia Católica tenía una alianza estrecha con los conservadores y simpatizaba con el gobierno de Ospina Pérez. Conviene recordar que a través del Concordato firmado en 1887, se regularon las relaciones entre la Iglesia y el Estado, y para los políticos conservadores, “la iglesia fue no sólo una fuente de orden social y moral, sino también una aliada y un instrumento para movilizar apoyo político” (Safford 313). De lo anterior se deduce que los amotinados querían anular esa institución que se había erigido como pilar del orden social y moral, querían demoler esa

entidad, que como lo expone Elías Canetti en su estudio sobre el “Catolicismo y masa”, es de índole “estrictamente jerárquica”; una entidad que hasta “impide la vinculación entre los mismos fieles.... La palabra del sencillo creyente no tiene valor alguno.... La palabra santa se le administra pre-masticada y dosificada” por aquellos que tienen el derecho a impartirla (161). Ese día, hastiados de tanta subordinación, brotó en ellos el desprecio por el catolicismo institucional. Esa voz que dictaminaba el bien y el mal en la sociedad fue suprimida por el pueblo en represalia por la muerte de Gaitán. También querían derribar todo aquello que tuviera relación con el gobierno corrupto que los mantenía oprimidos y al que se le acusaba del homicidio.

De igual forma en el centro comercial de la ciudad, el saqueo continuaba sin límites y a gran escala. Los dueños de los establecimientos comerciales abandonaron sus negocios y se apresuraron a buscar refugio en sus casas. Las labores de pillaje se efectuaron con mucha ligereza, y en esta acción participaron todos, sin distinciones de edad, género, ni clase social. El narrador de *El Monstruo* comenta la estampa del saqueo y asegura que “ya nadie pensaba sino en robar y esconder en sitios estratégicos el producto de sus robos. Tras el primer almacén siguieron otros. El sabotaje se extendió por toda la ciudad, que ni un solo guardián del orden vigilaba. Los saqueadores e incendiarios podían obrar a sus anchas, seguros de que nadie podía detenerlos” (47). En otro párrafo expresa que la desmesura llegó a tal extremo, que el propietario de un pequeño almacén, que era de ascendencia judía, mostró resistencia a los intentos de saqueo, y la gente ansiosa arremetió contra la puerta que el dueño aseguraba por dentro con su propio cuerpo, entonces, “un presidiario introdujo un largo cuchillo por entre los vidrios de la puerta, y cruzó al judío de parte a parte. La puerta cedió, y el pequeño almacén fue saqueado en

pocos instantes” (66). Lo único que quedó en el negocio fue el cadáver del propietario, convertido en “testigo mudo de la catástrofe”.

Con el transcurrir de las horas, la voracidad que dominaba a los saqueadores aumentó la pericia para atrapar todo tipo de artículos, incluyendo ropa y enseres domésticos, y luego se iban cargados a esconder la mercancía a sus residencias, gran parte de ellas localizadas en los cerros. Muchas personas adineradas aprovecharon la situación y compraron a bajos costos el botín de los asaltantes. Estas actividades de rapiña no dejaron de suscitar comentarios con tintes de humor y de sarcasmo procedentes de los antigaitanistas. Arturo Alape transcribe en *Memorias del olvido*, el testimonio del secretario de la Biblioteca Nacional, Eduardo Umaña Luna, quien comenta que “la gente le achacaba a Gaitán ya muerto, que con su característico humor bogotano había dicho del 9 de abril: ‘Mi pueblo está de compras’” (356).⁶⁴

En cuanto a los saqueos, Gonzalo Sánchez, en su artículo “El gaitanismo y la insurrección del 9 de abril en provincia”, comenta que “los establecimientos comerciales más codiciados en el centro de la ciudad fueron aquellos que por sus nombres el pueblo asoció a la empresa extranjera” (199). Entre esos almacenes menciona a Croydon, Willy Bickenbach, J. Glotman, Schmit Hermanos, las joyerías Erwin Kraus y K.L. Bauer. Sánchez asume que la predilección que los saqueadores tuvieron por estos almacenes, estaba asociada con los sentimientos antiimperialistas que se habían desencadenado en los días próximos a la Conferencia Panamericana. Asimismo, la Embajada de Estados Unidos en Bogotá, localizada a dos cuadras de la Plaza de Bolívar, fue saqueada, pero lograron librarla del fuego.

La destrucción, el pillaje y los incendios seguían impregnando el ambiente de pánico y aturdimiento. García Márquez narra, en *Vivir para contarla*, que en ese entonces él vivía en una pensión contigua a la Gobernación Departamental, la cual había sido incendiada por los manifestantes, “y un humo negro y espeso empezaba a enrarecer el aire de los dormitorios”. Todos decidieron desalojar la posada con desespero, y cuando se asomaron a la puerta, se encontraron con “una ciudad en guerra”. Añade que el desaforo de la multitud era total y “el humo de los incendios había nublado el aire, y el cielo encapotado era un manto siniestro.... Una visión instantánea nos bastó para darnos cuenta de que la situación era incontrolable” (342). En estos momentos, muchos amotinados se encontraban refugiados en las torres de las iglesias aledañas desde donde disparaban con la destreza de francotiradores haciendo uso de las armas robadas en las ferreterías. Azula Barrera, quien era secretario personal del presidente y se encontraba en el Palacio en los momentos de la revuelta, comenta que el estruendo causado por las balas se escuchaba por todas partes, y “en los ventanales del Palacio sonaban los disparos como una sorda granizada, mientras las nubes de humo y de fuego de los incendios enrojecían el cielo, dándonos la impresión física de encontrarnos dentro de un inmenso horno apocalíptico, cuyas ávidas llamas amenazaban devorarnos” (356). En resumen, a estas horas, todos los monumentos y símbolos de nacionalidad, de democracia, de religiosidad, estaban convirtiéndose en escombros.

Todas las fuentes consultadas sobre el suceso mencionan la precipitación de una fuerte lluvia sobre la ciudad de Bogotá. Elías Canetti cataloga la lluvia como un símbolo de masa y advierte que en “todas las lenguas se habla de que cae”. En su estudio agrega que “no hay dirección que cause más impresión al hombre que la de caída.... La caída es

lo que más se teme desde tiempos más remotos y contra lo que nos equipamos antes en la vida”. Así, “la lluvia es la masa en el instante de su descarga, y, por tanto señala también su desintegración” (83). En su autobiografía, García Márquez describe el estado deplorable en el que se encontraban las calles, y hace notar que “desde las tres de la tarde había empezado a llover en ráfagas, pero después de las cinco se desgajó un diluvio bíblico que apagó muchos incendios menores y disminuyó los ímpetus de la rebelión” (344). El narrador de *El Monstruo* igualmente resalta que “comenzó a llover fuertemente sobre la ciudad” (67). En efecto, caso similar al “diluvio bíblico” que caía con ímpetu y persistencia, el 9 de abril la masa se volcó con igual fuerza sobre el centro de Bogotá. La turba fue como un aluvión que arrasó con todo; fue como una “descarga” de ira y de odio contra todo orden preestablecido. Igualmente, la lluvia señaló la “desintegración” de la multitud, ya que a causa del aguacero muchos decidieron regresar a sus hogares. Se cree que la caída de la lluvia fue un incidente sobrenatural que ayudó a salvar la ciudad de un cataclismo total, puesto que logró extinguir algunos incendios menores.

La guarnición que protegía a Bogotá era muy escasa, pero pasadas las 4 de la tarde arribaron tres tanques de guerra a la zona ocupada por la multitud. Muchos amotinados se subieron a los tanques ondeando banderas rojas, color del partido liberal. La muchedumbre asumía que el ejército estaba solidarizado con ellos por la sencilla razón de que Gaitán había defendido con ahínco al teniente Cortés Poveda, y “había alimentado la ilusión de tener influencia en los bajos mandos del ejército”. En las inmediaciones de la Plaza de Bolívar, y a poca distancia del Palacio presidencial, el comandante de uno de los tanques, capitán Mario Serpa, fue herido por una bala de la que no se supo su procedencia. Inmediatamente, Serpa fue reemplazado por el teniente

Manuel J. Sánchez, quien dio órdenes de abrir fuego contra la masa, iniciando una sangrienta represión. Arturo Alape comenta que después de la lluvia de balas, “centenares de cadáveres quedaron entrelazados en la Plaza de Bolívar” (“9 de abril” 96). García Márquez reafirma que “a esa hora, los muertos en las calles eran ya incontables” (*Vivir* 344). Prácticamente, el levantamiento que había mostrado un matiz espontáneo y político, quedó tronchado de manera momentánea. No obstante, la anarquía seguía reinando en una masa quejumbrosa, que después del ataque, decidió continuar con el consumo de bebidas hasta llegar a la embriaguez, a la vez que persistían en las maniobras del pillaje.

Entrada la noche, finalmente los jefes liberales, después de muchas horas de deliberaciones, llegaron al Palacio para dialogar con el presidente Ospina Pérez, y en conjunto, tratar de buscarle una solución a la crisis severa que estaba viviendo el país. Los liberales contemplaban como única solución la renuncia de Ospina Pérez a la presidencia, lo cual estaba dentro del ordenamiento jurídico, y a lo que se conocía como “un golpe dentro de la Constitución”. Con la renuncia de Ospina Pérez, se pretendía que el Primer Designado de la República, Eduardo Santos, de orientación liberal, asumiera el poder, pero éste se encontraba en esos momentos en la ciudad de Nueva York. Darío Echandía, quien había asumido el liderazgo del partido liberal hacía sólo horas, y había sido amigo leal de Gaitán, solicitaba ser nombrado Ministro de Gobierno mientras Santos regresaba al país. En otras palabras, pretendían establecer un gobierno de hegemonía liberal.

Ospina Pérez se mostró renuente a la propuesta argumentando que con su renuncia al poder “tácitamente estaría aceptando la responsabilidad de su gobierno en el asesinato de Gaitán, lo cual era moralmente imposible”. Con firmeza de carácter agregó

que los conservadores defenderían su gobierno, el cual había sido constituido de manera legítima, y de renunciar a él, aquello terminaría en una guerra civil. La conversación se clausuró cuando Ospina Pérez pronunció su frase célebre: “Para la democracia colombiana vale más un presidente muerto que un presidente fugitivo”. La resistencia que mostraba el presidente dio cabida para contemplar otras alternativas, como eran la de constituir una Junta Militar o restablecer el gobierno de Unión Nacional, ésta última quebrantada por voluntad de Gaitán y por la Junta de Mayorías Liberales a causa de la violencia oficial desatada contra el liberalismo en varias regiones del país. Los liberales abandonaron el Palacio dejando la situación en suspenso, y se recluyeron en las oficinas del periódico *El Tiempo*, vocero de orientación liberal. Allí aguardaban por la decisión que tomaría Ospina Pérez con relación a su gobierno.

En las afueras, cercana las doce de la noche, la situación era estremecedora. García Márquez en sus memorias refiere que poco antes de la medianoche, cuando dejó de llover, subió “a la azotea para ver el paisaje infernal de la ciudad iluminada por los rescoldos de los incendios. Al fondo, los cerros de Monserrate y la Guadalupe eran dos inmensos bultos de sombras contra el cielo nublado por el humo”. En esas horas de la noche el pillaje había disminuido, pero se escuchaban los tiros de los francotiradores, quienes disparaban desde los techos y azoteas, dispersos por diferentes puntos de la ciudad. Las tropas del ejército, que ya habían recibido refuerzo de los departamentos vecinos, especialmente de Boyacá, patrullaban con el fin de eliminar la resistencia armada y tener dominio de la ciudad. García Márquez recuenta que su tío Juanito, impresionado por el paisaje de la muerte, exclamó: “-¡Dios mío, esto parece un sueño!” (345). Por otro lado, *El Monstruo* describe que la ciudad presentaba “un espectáculo

dantesco”, saqueada y destruida por obra del sabotaje; era como “un sueño de las mil y una noche” (66).

Los incidentes del 9 de abril forzaron la cancelación de las actividades de la Conferencia Panamericana. El terror y la anarquía que se apoderó de la ciudad, hizo pensar a muchos que sería necesaria la intervención de tropas norteamericanas instaladas en la Zona del Canal de Panamá, para garantizar la seguridad de los asistentes. Rómulo Betancourt, quien asistía a la Conferencia como representante de Venezuela, se opuso a la sugerencia y amenazó con abandonar la ciudad si esto sucedía. Los delegados de los países que participaban en el evento permanecían en sus alojamientos privados y en hoteles; otros buscaron refugio en las diferentes embajadas y en los cuarteles de la Guardia Presidencial. El general Marshall permaneció en la embajada de Estados Unidos, la cual estaba protegida por una guardia de honor de la escuela militar. El Departamento de Estado de Estados Unidos recibió un comunicado a las 11 de la noche del mismo 9 de abril, en donde el embajador William L. Beaulac, reportaba que todos los delegados norteamericanos estaban fuera de peligro. El 11 de abril, en la sección editorial de *The New York Times*, se publicó que “fortunately, all the members of the foreign delegations seem to have escaped hurt. The rioters were discriminatory in their attacks to that extent at least”.⁶⁵ Ninguno de los delegados sufrió daños personales; de aquí procede el pensar de que “el *bogotazo* fue un asunto entre colombianos” (Braun, *Mataron* 313).

El número de vidas que cobró esta tragedia fue ilimitado. Los hospitales, las clínicas y todos los centros de salud de la ciudad estaban atiborrados de heridos y muertos. *El Monstruo* narra el hecho de la siguiente manera:

Cuando pasaron por el hospital San José lo encontraron lleno de gente de toda clase que entraba y salía. Las abnegadas Hermanitas de la Caridad y los practicantes no alcanzaban a anotar siquiera los nombres de los numerosos muertos y heridos graves que eran conducidos allí por familiares o amigos desesperados, que los habían recogido en medio de la hecatombe. Eran las “contribuciones del sectarismo”.... Los coches de la Cruz Roja, algunas ambulancias particulares y automóviles de todo género, llegaban a cada instante con su carga siniestra, entre los sollozos de los heridos y las quejas imperceptibles de los agonizantes, los arrojaban como bultos en los patios y corredores ya repletos y se volvían de nuevo hacia la Plaza de Bolívar, la carrera séptima, San Victorino, etc., en donde los caídos yacían esparcidos, revueltos con los escombros de los incendios o el rezago de los saqueos; eran “basura humana”, “excrementos” del odio político, los primeros frutos trágicos de la consigna de “sangre y fuego”.

(75-76)

La narración anterior nos da una imagen amplia y nítida de la mortandad que dejó el aluvión que se precipitó sobre la ciudad de Bogotá. La mención de la consigna “sangre y fuego”, corresponde al nombre que se le dio a la campaña de persecución que efectuaban los conservadores contra los liberales, la cual avivó los odios políticos y desencadenó actos de barbarie. Por varios días seguidos, los médicos y enfermeras permanecieron en los centros de salud sin tener ningún descanso. Había heridos de bala, de machetes y otros estaban simplemente borrachos. Herbert Braun relata que un alto mando militar le dio órdenes a la marina de remover los cadáveres de las calles por el temor a que se

desatara una epidemia. Los infantes de marina recorrían las calles de la ciudad en cuatro camiones de carga en los que acumulaban los muertos para luego trasladarlos al Cementerio Central (314).

Por otro lado, Eduardo Santa, historiador y testigo ocular de los hechos, comenta que al día siguiente, sábado 10 de abril, “se respiraba por todas partes un fuerte olor a ceniza, a rescoldo mojado, a pólvora, a tragedia en el fango”. Los incendios no se habían extinguido totalmente y la atmósfera seguía nublada por el humo espeso que aún se desprendía de muchos edificios. Santa agrega que la impresión que presentaba Bogotá “era la de una ciudad bombardeada, destruida”, como aquellas que se veían en la prensa durante la Segunda Guerra Mundial, que recién había terminado. La lluvia se prolongó hasta el amanecer y el agua había caído “sobre los miles de cadáveres abandonados en las calles” (44). La lluvia también contribuyó al desplome total de muchas casas que habían quedado semi-destruidas.

Santa añade que el día 10 de abril visitó el Cementerio Central en donde vio a hombres y mujeres, víctimas de las balas, “tendidos en fila india, sobre las largas galerías, al pie de las bóvedas”. Muchos tenían “los cuerpos destrozados, las manos crispadas, los rostros con el último gesto de terror o de odio, un hilo de sangre reseca prendido de la boca, el pecho reventado, los intestinos afuera, con los ojos saltados o salidos de sus órbitas” (47). Eduardo Santa afirma con propiedad que los muertos no eran saqueadores, porque los que se entregaron al pillaje lo hicieron con precaución, con cautela, alejados de donde estaba el peligro. Según él, los que murieron estaban luchando cerca del Palacio, y fueron sorprendidos por las balas de los soldados o de los francotiradores.

En el campo político, a las once de la mañana del 10 de abril, finalmente el presidente Ospina Pérez les manifestó a los liberales la manera cómo quedaba conformado el gobierno. Los cargos de los Ministros se repartirían en mitades iguales. Nombró a Darío Echandía como Ministro de Gobierno y al liberal Samuel Arango Reyes, como Ministro de Justicia. Ospina Pérez intencionalmente puso el Ministerio de Justicia en manos de un liberal y alguien que fuera amigo de Gaitán, para garantizar la imparcialidad en las investigaciones de su asesinato. Proclamó abiertamente que “como Presidente de Colombia y como miembro del partido conservador” estaba interesado en que se esclareciera el delito cometido “en forma tal que no pueda quedar en modo alguno la menor mancha para el Gobierno y para el conservatismo” (Forero 184). Echandía, con beneplácito, tomó posesión del cargo, actitud que fue rechazada por la mayoría del liberalismo, por catalogar el hecho como una traición al partido liberal y a la ideología de Gaitán. Vinculando este suceso con la trama de *El Monstruo*, el narrador irónicamente resalta que “en Bogotá los oligarcas habían negociado con el régimen, y los que se decían elegidos de Gaitán iban desde ese día a sentarse a la misma mesa con los que planearon el asesinato, en el banquete de la unión nacional” (79). Claro está, que con este nuevo pacto entre liberales y conservadores se restableció el Gobierno de Unión Nacional, que como ya se mencionó, había quedado anulada anteriormente por las acusaciones que Gaitán le hacía al conservatismo de ser el promotor de la violencia contra los liberales. Como anticipo, se puede decir que este nuevo pacto se anuló un año después por falta de garantías al liberalismo.

Por otro lado y a esas horas, en los círculos callejeros, ya no se escuchaban los pregones de las emisoras radiales, pues éstas habían sido interceptadas por las tropas del

ejército. Más tarde, estos medios difusores fueron utilizados por el Gobierno para eliminar todo vestigio que quedara del levantamiento. Para muchos, las transmisiones radiales tuvieron un impacto negativo en la población, ya que la incitaron al saqueo y a la destrucción. Sin embargo, los relatos diseminados por estas fuentes informativas sirvieron para complementar algunas de las más detalladas descripciones sobre el “bogotazo”, tal como lo hizo Roberto Restrepo, médico de profesión que tenía su consultorio cerca del palacio presidencial, y declara en su obra *Nueve de abril: quiebra cultural y política*, que “vi que no era seguro mi sitio en la ventana, y más cuando veía relucir, fuera de los acerados puñales, muchos revólveres que parecían dispuestos a dispararse contra quien no participara de las iras de la multitud. Entré y puse el radio.... Allí estaban las noticias oficiales” (6). Restrepo confiesa que sintonizó distintas emisoras radiales, y la transmisión detallada que logró escuchar sobre el atentado lo ayudó a complementar su relato sobre el acontecimiento. De igual forma lo hizo Gonzalo Canal Ramírez en su relato *Nueve de abril de 1948*, el cual tiene un capítulo titulado “30 horas de radiodifusión” en el que transcribe lo que difundían las emisoras en relación al hecho.

La calma se había ido restableciendo paulatinamente. El acuerdo político estaba en marcha, pero el estado de la ciudad era inimaginable. En pocas palabras, el narrador de *El Monstruo* describe que la ciudad estaba completamente destruida, con “los templos incendiados; en escombros los palacios ... las calles cubiertas de cadáveres de gentes inocentes y las tiendas saqueadas por los villanos” (78). En contraste, la narración que ofrece García Márquez en *Vivir para contarla*, es detallada y estremecedora. Comenta que después de tres días de encierro, su hermano y él salieron a la calle, y se encontraron con una “visión terrorífica”:

La ciudad estaba en escombros, nublada y turbia por la lluvia constante que había moderado los incendios pero había retrasado la recuperación. Muchas calles estaban cerradas por los nidos de francotiradores en las azoteas del centro, y había que hacer rodeos sin sentido por órdenes de patrullas armadas como para una guerra mundial. El tufo de muerte en la calle era insoportable. Los camiones del ejército no habían alcanzado a recoger los promontorios de cuerpos en las aceras y los soldados tenían que enfrentarse a los grupos desesperados por identificar a los suyos. En las ruinas de lo que fuera el centro comercial la pestilencia era irrespirable hasta el punto de que muchas familias tenían que renunciar a la búsqueda. En una de las grandes pirámides de cadáveres se destacaba uno descalzo y sin pantalones pero con un sacoleva intachable. Tres días después, todavía las cenizas exhalaban la pestilencia de los cuerpos sin dueño, podridos en los escombros o apilados en los andenes. (358)

Como es de imaginarse, las condiciones en las que quedó la ciudad eran impactantes. Fue un suceso que dejó huellas imborrables en la mente de quienes lo vivieron. Fidel Castro, quien, como ya se dijo, en ese entonces era estudiante de derecho en la Universidad de la Habana, y participaba en el congreso estudiantil en Bogotá, declaró posteriormente en *Diario de la revolución cubana* que “de insurrecciones populares de aquellas características, yo no conocía más que las impresiones que en mi imaginación habían dejado los relatos de la toma de la Bastilla, y los toques a rebato de los Comités revolucionarios de París, llamando al pueblo en los días más gloriosos de la Revolución.

Pero en Bogotá, en aquel instante nadie dirigía” (22). El movimiento no tuvo dirección alguna; fue algo anárquico que pronto vio llegar el fracaso.

Las pérdidas que dejó el acontecimiento fueron incalculables. El número de muertos en la tragedia fue aproximadamente de 2.500, lo cual desencadenó un estado de crisis en la sociedad colombiana (Oquist 234). El estudio de Jacques Aprile Gniset titulado *El impacto del 9 de abril sobre el centro de Bogotá* presenta cálculos detallados de los daños, y declara que 52 manzanas fueron afectadas, de las cuales 30 sufrieron daños considerables. El saqueo comercial estropeó 640 establecimientos (35-37). Igualmente incluye un análisis de los efectos que tuvo el motín sobre el valor de la propiedad, y el impacto que produjo en la planificación para reconstruir la ciudad. El informe presentado por Braun en *Mataron a Gaitán*, el cual tiene como base los documentos de la Junta de Daños y Perjuicios, revela que 157 edificios sufrieron daños severos y 103 quedaron completamente arrasados (304). Advierte que estas cifras no incluyen los edificios gubernamentales ni las iglesias.

Los hechos ocurridos el 9 de abril pueden vincularse con las intuiciones que manifestaba la viuda de Montiel en *La mala hora*. En una conversación que sostenía con Carmichael, la viuda le comenta que percibía el “vaho de la podredumbre”, que al parecer provenía de una vaca muerta, y toda la noche había pasado “soñando con ese olor”. La viuda prosigue comentando que “hace años nos quejábamos de que no pasaba nada en este pueblo”, pero “de pronto empezó la tragedia, como si Dios hubiera dispuesto que sucedieran juntas todas las cosas que durante tantos años habían dejado de suceder” (93). Al respecto, Gonzalo Sánchez comenta en “El gaitanismo y la insurrección del 9 abril” que en el lapso de 16 horas que duró el levantamiento en Bogotá, el pueblo se cobró el

hambre que había padecido desde la masacre de las Bananeras ocurrida en 1928, como también se multiplicó por un número ilimitado la fuerza de aquellas revueltas que se produjeron en la década de los años veinte por motivos políticos (200).

En un pasaje de *Masa y poder* titulado “Los muertos como supervivientes”, Canetti advierte que los sobrevivientes tienden a materializar los dictámenes que el muerto decía mientras gozaba de vida. Es así que muchos “cumplen concienzudamente sus expresos deseos últimos. En muchos lugares su última voluntad tiene fuerza de ley” (276). En efecto, la proclama de Gaitán citada en las primeras páginas de este capítulo, “si os traiciono, matadme; si me matan, vengadme”, metafóricamente se convirtió en ley. La multitud actuó por iniciativa propia; con soberbia y cohesión, tal como él se los había inculcado. Colectivamente pensaron en vengar el asesinato de su líder, y decidieron poner en práctica el método más eficiente para lograr la destrucción total. De manera tácita todos coincidieron en que “la imagen del fuego” les parecía “una marca vehemente, inextinguible”; que el fuego carece totalmente de “misericordia” y “no conoce límites”; “se propaga con celeridad; es contagioso e insaciable; puede originarse en todas partes y rápidamente; es múltiple; es destructivo”; en pocas palabras, “quiere contenerlo todo, alcanzarlo todo” (Canetti 75-76). Fue así que todos dispusieron incendiar la ciudad para que ningún orden sobreviviera al líder; sabían que “nada, después de un incendio, es como fue antes” (Canetti 15); deseaban que sólo quedaran las cenizas, para luego reconstruir de nuevo.

Sin duda, después del magnicidio, todo orden social, político y religioso quedó invertido, materializándose lo que Elías Canetti define como “Masa de inversión”, que es el proceso por el cual los que han estado sometidos a un sistema de órdenes o de poder,

pueden tratar de invertir la situación, rebelándose contra aquellos que consideran como opresores (56). El siguiente relato de *El Monstruo* ilustra el razonamiento de Canetti:

Las gentes del hampa y los presidiarios, borrachos hasta caerse, abrían en su sitio las latas de conservas y se comían el contenido en lo posible, arrojando al suelo los sobrantes. Otros se ponían en forma inverosímil unas prendas de ropa sobre otras, hasta parecer fenómenos, con tal de no perder nada de lo que la suerte, en forma tan fácil, les deparaba. Era una verdadera orgía ... para gentes que nunca, tal vez, pudieron siquiera traspasar el umbral de los almacenes de lujo.... Por vez primera, la oligarquía nacional brindaba a los humildes un buen plato. (65-66)

Del mismo modo, la descripción de García Márquez en *Vivir para contarla* puede considerarse como otro paradigma de la “masa de inversión”:

Las joyas exquisitas, los paños ingleses y los sombreros de Bond Street que los estudiantes costeños admirábamos en las vitrinas inalcanzables, estaban entonces a la mano de todos.... El muy refinado café San Marino, donde nunca pudimos entrar, estaba abierto y desmantelado, por una vez sin los meseros de esmoquin que se anticipaban a impedir la entrada de estudiantes caribes.... Por todas partes tropezábamos con aparatos domésticos tirados en las calles, y no era fácil caminar por entre las botellas de whisky de grandes marcas y toda clase de bebidas exóticas que las turbas degollaban a machetazos.... Mi único trofeo provincial fue la carpeta de piel de ternera del salón de té más caro de la ciudad, que me

servió para llevar mis originales bajo el brazo en las muchas noches de los años siguientes en que no tuve dónde dormir. (343)

Parecido a la percepción que presenta *El Monstruo y Vivir para contarla*, las reflexiones de Canetti también las corrobora con precisión Herbert Braun en *Mataron a Gaitán*:

lo que antes fuera legítimo dejó de serlo; los edificios que habían servido de sede a los convivialistas fueron ocupados por el pueblo; lo que los pobres no tenían o no podían pagar, se lo tomaron; lo que había sido el espacio de los políticos, fue demolido. Los jefes dejaron de ser jefes, la muchedumbre asumió el mando, destruyendo sistemáticamente los símbolos del poder, de la desigualdad y de la exclusión, que antes habían sido aceptados con tanta facilidad. (294)

El desenfreno y la locura que mostró la multitud en la revuelta del 9 de abril se puede interpretar como la exteriorización de un estado de frustración por la pérdida de un individuo que representaba el alivio de una situación mísera y deprimente en que vivía la mayoría. El dolor y el miedo que sintieron por la muerte del caudillo, internamente se tradujo en fuerza para destruir esa sociedad a la que tendrían que enfrentarse solos. En otras palabras, Gaitán había muerto y el futuro de todos los oprimidos era incierto. Braun relata que uno de los máximos dirigentes gaitanistas propuso envenenar el agua de la ciudad para que nadie sobreviviera (“Mundos” 212). Por un momento, ese gran deseo de Gaitán, de que la sociedad actuara por convicciones propias, se concretó, así fuera de manera fugaz.

En *Masa y poder*, igualmente Canetti presenta un resumen de “Las propiedades de la masa”. De los cuatro rasgos principales que destaca, uno de ellos resalta que:

En el interior de la masa reina igualdad. Se trata de una igualdad absoluta e indiscutible y jamás es puesta en duda por la masa misma. Posee una importancia tan fundamental que se podría definir el estado de la masa directamente como un estado de absoluta igualdad. Una cabeza es una cabeza, un brazo es un brazo, las diferencias entre ellos carecen de importancia. Uno se convierte en masa buscando esta igualdad. Se pasa por alto todo lo que puede alejarnos de este fin. (25)

El 9 de abril, en los momentos siguientes al magnicidio, el gentío reveló formas de conducta heterogéneas: rencor, desesperación, llanto, tristeza; sin embargo, con el pasar de las horas se fue estableciendo un espíritu de cooperación entre los desconocidos. César comenta en *El Monstruo*, que “miles de personas de toda condición circulaban presurosas con bultos y valijas enormes” (65). Efectivamente, muchos atrapaban más de lo que podían acarrear, y terminaban compartiendo mercancía, cigarros, comida, con los demás. En ese momento “los liberales no se podían distinguir de conservadores. Las disparidades económicas eran difíciles de establecer”; tampoco se podía captar en los amotinados “el status ocupacional, la escolaridad ... y el lenguaje de cada cual” (Braun, “Mundos” 219). Sin duda, “en el interior de la masa” reinaba “igualdad”, y en ese ambiente comunitario, la bebida “se convirtió en la base de solidaridad”; fue así como la muchedumbre se entregó a la borrachera en un velorio al que asistieron todos los seguidores de Gaitán. Algunos bebían para ahogar la pena; otros lo hicieron hasta quedar en estado de inconsciencia para no pensar en las consecuencias de sus actos. Es de anotarse, que en esta ocasión, “la chicha”, considerada la “bebida del pueblo”, no fue la causante de la embriaguez; ese día “la gran borrachera se hizo con el trago de la oligarquía” (Abella 83).

Bebían para saborear el whisky, el bourbon, el cognac y la ginebra, licores finos que siempre les habían estado prohibidos. Todo esto ocurrió en un anonimato total y en “un estado de absoluta igualdad”. Todos participaban, pero nadie se conocía.

Analizando otra faceta del comportamiento de la multitud, en su estudio minucioso sobre “Las entrañas del poder”, Canetti recalca que hay una relación estrecha entre la “digestión y el poder”, y por consiguiente asegura “que la relación de cada hombre con sus propios excrementos pertenece a la esfera del poder”. Continúa afirmando que “nada ha pertenecido tanto a un hombre como aquello que ha convertido en excrementos. La presión constante bajo la que se encuentra la presa hecha alimento durante su larga peregrinación por el cuerpo, su disolución y la íntima relación en que entra con quien la digiere ... todo ello puede considerarse ... como lo más central, si bien lo más oculto del proceso del poder” (221). La cita de Canetti merece enlazarse con la declaración que hizo el periodista Felipe González Toledo al periódico *El Tiempo*, quien manifestó que tuvo dificultades “para evitar los montones de excremento humano en las calles” de Bogotá. Agregó que “en medio de la oscuridad no alcanzaba a ver los vómitos. Concluyó que la revolución había sido víctima de indigestión”.⁶⁶ Considerando las afirmaciones de Canetti, no hay duda que en esos “montones de excremento humano” regados en las calles, estaba concentrado “el poder” colectivo; un poder ilimitado que antes de excretarlo, les dio el impulso para demoler todo orden jerárquico, y prevalecer efímeramente en esa sociedad que los mantenía reprimidos, subyugados.

Asimismo, refiriéndose a los excrementos, Canetti indica que “uno se deshace de ellos en espacios propios, destinados sólo a ese fin; el más privado de los momentos es el de la excreción” (222). Sin embargo, la multitud, con el empeño de suprimir todo

precepto, también anuló esa intimidad que implica el acto de la defecación. De forma contraria, la muchedumbre realizó la evacuación a la intemperie, públicamente, sin muestras de recato; expulsó las heces en las calles usándolas como “espacios propios”; el gentío usurpó las vías por las cuales casi nunca transitaban; eran avenidas en donde estaban erigidos la mayoría de edificios públicos, saturados de burócratas. La indigestión de la cual fue víctima la revolución, según declara González Toledo, simbólicamente pudo haber sido provocada por el asco ante tantas injusticias, relego y exclusión.

Es evidente que la ciudad estaba convertida en escombros y la muchedumbre se encontraba sumergida en un estado de embriaguez, pero ahora surge una pregunta con relación al caudillo asesinado: ¿dónde estaba el cadáver de Gaitán mientras ocurrían estos incidentes? Los líderes liberales en su afán por alcanzar un pacto con el gobierno conservador se habían olvidado del cuerpo de su jefe. No obstante, el cadáver de Gaitán permaneció en la Clínica Central hasta la mañana del 10 de abril, cuando su esposa, Amparo Jaramillo, acompañada de Pedro Eliseo Cruz, lograron trasladar el cuerpo a su residencia en “un carro tirado por caballos que pasaba por la zona recogiendo basura”.⁶⁷ Allí de inmediato asomó el interrogante inevitable: ¿dónde darle sepultura al líder? El tema resultó controversial por lo que algunos proponían que se enterraran sus restos en la Plaza de Bolívar, contiguo a la estatua del Libertador; otros pensaban en el altar mayor de la Catedral Metropolitana; hubo quienes insinuaban que se hiciera cerca del Capitolio, en el mismo lugar donde había sido asesinado el jefe liberal Rafael Uribe Uribe en 1914. Todos los sitios mencionados eran lugares públicos, y los liberales temían que el pueblo concurreniera a las exequias y se desencadenara nuevamente una insurrección.

Por otro lado, Amparo Jaramillo, esposa de Gaitán, actuando por convicción propia, declaró que el funeral no se llevaría a cabo mientras el presidente Ospina Pérez siguiera en el poder. La señora Jaramillo “insistía en que el asesinato de su marido era un crimen político planeado en las más altas esferas del gobierno conservador, con la posible complicidad de jefes liberales” (Braun, *Mataron* 344). Los jefes liberales señalados como cómplices eran Eduardo Santos y Carlos Lleras Restrepo, ambos, firmes opositores de la candidatura de Gaitán. En respaldo a la resolución de la viuda de Gaitán, la CTC (Confederación de Trabajadores de Colombia), de orientación profundamente gaitanista, decretó una huelga general que se extendió hasta el 15 de abril. Como solución a la problemática del sepelio, el gobierno ofreció comprar la casa de Gaitán para darle sepultura en ese mismo lugar, y más tarde convertirla en museo nacional, propuesta que la señora Jaramillo aceptó, a la vez que retiró las imposiciones de renuncia del presidente Ospina Pérez.⁶⁸ Las honras fúnebres se celebraron el 17 de abril en el Parque Nacional con la asistencia de más de cien mil personas.

El estudio del magnicidio también conlleva resaltar las diferentes hipótesis que surgieron en torno al autor intelectual del atentado. La creencia más divulgada señala a Juan Roa Sierra como el único culpable del asesinato; sin embargo, emergieron otras teorías. Una de ellas fue la acusación que se le hizo al gobierno conservador de Mariano Ospina Pérez, imputación que fue refutada por el jurista y Magistrado de la Corte Suprema de Justicia, Ricardo Jordán Jiménez, quien encabezó la investigación. Los argumentos de Jiménez subrayan que “si el gobierno hubiera estado comprometido, si hubiera planeado el crimen, por lo menos hubiera guarnecido a la capital de tropas suficientes para aplastar la natural reacción que el crimen iba a desatar”. Por otra parte,

Jiménez también arguye que si el gobierno hubiera estado involucrado en el crimen de Gaitán, no lo hubiera efectuado durante la IX Conferencia Panamericana, “teniendo como testigos a todas las delegaciones del continente”. En las altas esferas políticas se sabía que Gaitán andaba desprovisto de guardaespaldas y que acostumbraba reunirse con sus amigos en lugares públicos hasta pasada la medianoche; luego conducía solo hacía su casa localizada en un barrio retirado de Bogotá. Eduardo Santa agrega que allí hubiera sido fácil “perpetrar el crimen sin testigos, con la complicidad de la oscuridad y de la soledad misma” (168). Las premisas presentadas por Jiménez lograron atenuar las sospechas que se tenían sobre la posible participación del gobierno conservador en el magnicidio.

La implicación del partido comunista en el asesinato fue otra de las hipótesis que se contempló. Como ya se mencionó anteriormente, de manera simultánea a la Conferencia, también se efectuaba en Bogotá un congreso estudiantil democrático que contaba con la presencia de algunas delegaciones de extrema izquierda, entre ellas, la delegación cubana integrada por Fidel Castro, Alfredo Guevara y Rafael del Pino. Teniendo en cuenta estas circunstancias, el presidente Ospina Pérez, en su discurso emitido el 11 de abril, se dirigió a la nación y le atribuyó los “brotos de salvajismo” a manos extrañas, “manos que se alzaron criminalmente”. Continuó proclamando que “no fue el pueblo de Colombia; no fueron brazos patriotas los que prendieron fuego a los edificios históricos, a los almacenes, a los colegios, a los templos, a los hogares, a los modestos talleres. Fue un espíritu ajeno a nosotros.... Estamos ante un movimiento de inspiración y prácticas comunistas”.⁶⁹ Del mismo modo, el candidato del partido republicano estadounidense, Thomas Dewey, sostuvo que la insurrección del 9 de abril

mostró “the classic Communist pattern and appeared to be Communist inspired”.⁷⁰ En relación a las declaraciones de Ospina Pérez, el corresponsal de *The New York Times*, Milton Bracker, comentó que “it is now apparent that the intent of the Government is to paint the most shameful spectacle in Colombian history as an out-and-out Communist revolt designed to wreck the conference and discredit inter-Americanism”. En el mismo artículo Bracker reveló que el gobierno colombiano les había insinuado a los reporteros que señalaran como organizadores de la revuelta a “foreign agents under the direction of Moscow”.⁷¹ Colombia ratificó los cargos y aplicó sanciones por la supuesta intervención comunista, y el 12 de abril rompió relaciones diplomáticas con la Unión Soviética.

Con respecto a lo anterior, en la trama de *El Monstruo*, César considera que tales acusaciones eran sólo “patrañas del Gobierno”, y afirma que “los comunistas no tenían interés en que Gaitán desapareciera de la escena.... Quienes sí lo tenían eran los norteamericanos y sus agentes de aquí: El Monstruo y su camarilla” (92). Las investigaciones adelantadas por el jurista Jordán Jiménez con la colaboración de la Scotland Yard, reveladas en *Dos viernes trágicos*,⁷² pusieron a salvo la participación del comunismo internacional. Uno de los cuestionamientos que se formuló en el examen de esta hipótesis fue el hecho de que si los rusos y los cubanos venían con una “misión especial de su país... ¿En qué le interesaba a Rusia o al comunismo internacional o local, que se disolviera momentáneamente ... la novena Conferencia Panamericana?... ¿Por qué no trajeron también los elementos adecuados para auxiliar el golpe y hacerlo efectivo?” (197). En referencia a este asunto, Eduardo Santa arguye que la Conferencia era un evento trascendental cuyos resultados tendrían una repercusión en todo el mundo, y a todos les interesaba lo que estaba ocurriendo en Bogotá, por consiguiente, las tácticas de

sabotaje efectuadas por esos grupos de izquierda en contra de la Conferencia, no tenían otro propósito más que el de captar la atención mundial (169).

Las oligarquías de ambos partidos, liberal y conservador, igualmente fueron señaladas como autoras del atentado. A manera de reflexión sobre estas implicaciones, Eduardo Santa opina que las oligarquías suelen ser “inteligentes y poderosas” y hubieran podido perpetrar el crimen sin dejar vestigios que los implicara; bajo ninguna circunstancia hubieran confiado “una labor tan delicada y de tanta trascendencia y peligro a un pobre desequilibrado mental que tiene que prestar unos pocos pesos para comprar un arma, dejando la huella de su acción por donde quiera que va pasando” (171). Las oligarquías, así como el gobierno conservador, tenían conocimientos de que Gaitán rehusaba la protección de guardaespaldas.

Al respecto, Rafael Azula Barrera comenta que una tarde convino en tener un encuentro con Gaitán en el centro de la ciudad. Por cuestiones de seguridad, Azula Barrera insinuó que era preferible que se trasladaran en carro al parque Santander. Gaitán insistió en dar un paseo a pie por las calles principales, y en ese trayecto le comentó con euforia:

A mí me gusta caminar. Muchos de mis amigos me dicen que esto puede, a veces, ser peligroso dada la situación política. ¿Pero tú no sabes que yo soy el colombiano que tiene hoy una verdadera póliza de seguro de vida?... Esa es la comprobación de mi tesis, que ustedes no aceptan, de que el pueblo es superior a sus dirigentes. Yo me siento más seguro en la calle que en cualquier otro sitio. (274)

Con frecuencia también decía: “yo no necesito guardaespaldas. A mí me protege el pueblo”. Para el líder, el uso de guardaespaldas significaba poner distancia con el pueblo. Gaitán tenía la convicción de que sus seguidores le eran fieles, y estaba seguro que se transfigurarían en escudos para defenderlo de cualquier situación difícil que pudiera sobrevenirle. Santa comenta que las oligarquías sabían de esa relación estrecha entre el líder y sus partidarios, por esta razón se dudaba que hubieran tramado el magnicidio para ejecutarlo en un espacio público, en presencia del pueblo, tal como sucedió (171).

Además de las hipótesis ya mencionadas, los investigadores también consideraron la idea de un posible “azuzador”. Inicialmente se pensó en César Bernal Cordobés, quien era conocido como “el Flaco”, y había estado en las oficinas de Gaitán para consultarle “un asunto de derecho penal”. Este sujeto padecía de “una psicosis paranoica, alucinatoria crónica o delirio de persecución de Magnan” (Santa 163). Con el respaldo de algunas indagaciones se concluyó que este individuo no tenía conexión con el crimen. Igualmente se implicó a Clímaco Rodríguez, un conservador acérrimo que ostentaba un cargo de diputado en la provincia del Guavio, departamento de Cundinamarca. Más allá de tener una relación amistosa con los hermanos Rincón, y de haberlos acompañado a dar sus declaraciones con respecto al revolver que le habían vendido a Roa Sierra, Rodríguez no dio indicios de participación en el magnicidio. En el análisis minucioso de todos los datos, no se obtuvieron pruebas contundentes para implicar a los sospechosos, y por consiguiente, la tesis del “azuzador” quedó anulada. Sin embargo, esta hipótesis recobra vida en la versión novelística de *El Monstruo*, la cual afirma la complicidad de un “instigador” en el complot del atentado, detalle que ha permanecido oculto a pesar de los

30 años de investigación oficial sobre el magnicidio.⁷³ A continuación, el análisis pormenorizado de la trama respaldará las aseveraciones de Pareja.

Para comenzar, el protagonista principal llamado César, “amigo y compañero” de Gaitán, se encontraba en el Café Tivolí, cuando escuchó que “unos sujetos que ocupaban la mesa más cercana a la puerta de salida” mencionaban el nombre de Gaitán. En el inicio, César no los reconoció, pero siguió observándolos, y pudo divisar que “un limpiabotas acuclillado en el suelo sobre un pequeño banco, ejercía su oficio” con uno de ellos. César empezó a sentir curiosidad por la conversación que mantenían los miembros del grupo, y agudizó el oído:

--Creo que todo marcha bien —dijo uno de ellos, de aspecto rojizo, que hojeaba parsimoniosamente una revista que tenía abierta ante los ojos, sin leerla--. ¿Tienes hora, Adonías?—agregó.

--Sí – repuso el interpelado mostrándole el reloj--. Es la una.

--Mira, Bernal—dijo el limpiabotas dirigiéndose al rojizo—Juan hace señas. (22)

César siguió observándolos y pudo ver que Bernal se asomaba a la puerta. En ese momento César recordó que “lo había conocido como comunista, dirigiendo una revista de ese partido, de donde fue expulsado al descubrirse que era un espía del falangismo español, con numerosos antecedentes delictivos” (23). Bernal regresó a tomar asiento, y César, muy alerta a los movimientos de los sujetos, “pudo ver al hombre a quien habían llamado Juan, parado en la puerta de una droguería situada en la acera opuesta, al frente del Café”. Pero la apariencia del limpiabotas era el detalle que más le generaba intriga:

Era alto y fornido, sin ningún pulimento. Usaba el traje corriente de los de su oficio, pero nuevo, recién estrenado; la caja de que se valía era, no sólo nueva, sino desproporcionada, fuerte. Estos detalles impresionaron a César que observó al sujeto más atentamente, para llegar a la conclusión de que no era un limpiabotas auténtico sino un disfrazado. Luego examinó su cara; no le era extraña.

--Claro, es Rodríguez—se dijo César--, el guardaespaldas de El Monstruo.

Y entonces recordó César que había visto muchas veces a ese individuo en los pasillos del Congreso, cuando El Monstruo intervenía. Ya no le cupo duda alguna: esos tres individuos apostados estratégicamente en aquel sitio, vigilaban a alguien, en coordinación con el cuarto sujeto, a quien habían llamado Juan, que acechaba en la puerta de la droguería. (23-24)

César seguía en el Café, atento y deseoso de descifrar las maniobras de aquellos individuos. Se le ocurrió pensar que tal vez eran “detectives que vigilaban al Jefe”, puesto que al cruzar la calle del Café “tenía su bufete Jorge Eliécer Gaitán”. Después de algunas cavilaciones, decidió ir a las oficinas de Gaitán para asegurarse de que todo estuviera bien. Cuando entró en el edificio, un hombre que esperaba allí mismo “lo miro con ojos de loco. César le devolvió la mirada, y el sujeto, simulando fastidio, se retiró”. Era “la una y nueve minutos de la tarde”, y mientras aguardaba por el ascensor, sucedió algo terrible:

Sonó un disparo. Miró hacia la puerta; sonaron otros disparos. César salió a la calle y quedó paralizado: allí sobre el pavimento, acababa de caer

Gaitán. La sangre comenzaba a brotar de su cabeza. César miró a su izquierda y vio al asesino, a tres pasos, hosco, agresivo, mirando a su víctima con ferocidad, blandiendo en su mano un pequeño revolver niquelado, todavía humeante, y con el cual, como si quisiera vomitar el resto de su odio, inclinándolo hacia abajo, disparó sobre Gaitán el último tiro. Gaitán cayó de espaldas sobre el pavimento. (25)

César mantenía su mirada fija en el asesino, y lo reconoció de inmediato: “era un hombre de baja estura, de rostro anguloso y duro, moreno claro, mal vestido, delgado”. Se veía pálido y tembloroso por la “intensa emoción” que vivía. “Era el mismo Juan a quien los desconocidos, Bernal, Adonías y el falso limpiabotas, habían señalado desde el Café”. Según la descripción de César, el asesino, rodeado de observadores, trataba de buscar con su mirada rápida a “un cómplice o un protector, pero parecía no hallarlo; sin embargo, de pronto, miró con seguridad a alguno que se abría paso entre los curiosos y portaba en alto la caja del limpiabotas. Era el guardaespaldas del Monstruo, que avanzaba velozmente hacia el asesino” (26). César vio que un policía se acercaba al lugar de los hechos y le gritó: “--Deténgalo ¡Ha matado al doctor Gaitán!”. El policía logró atraparlo, y César gritó a todos los que contemplaban la escena:

--Lo ha matado el Gobierno: el asesino es un detective oficial...

En ese mismo instante, irrumpió frente al grupo el falso limpiabotas, con su caja en alto, y gritó con ferocidad: --¡Acabemos con él!-- Y se abalanzó sobre Juan descargándole un tremendo golpe con la caja sobre la cabeza; el hombre cayó al suelo redondo. Bernal y Adonías asomaron enseguida e invitaron al pueblo a ‘linchar’ al asesino. (27)

Como ya se dijo anteriormente, la multitud respondió a la invitación del linchamiento, y así se ejecutó el “crimen perfecto”, por lo que “el único testigo que podía delatar a los conspiradores era cadáver”. César sostuvo una conversación con algunos amigos sobre el hecho, y declaró que “había sido testigo del acto final de los conspiradores, asesinos de Gaitán. Mencionó a Bernal, a Adonías y al falso limpiabotas —que en realidad era el guardaespaldas del Monstruo— y dijo que ellos habían sido los ejecutores materiales del crimen, y que Juan, el asesino, era un simple instrumento de los otros” (35). En conexión con estas afirmaciones de César, igualmente en *Vivir para contarla*, aflora un detalle que, aunque disienta de forma exigua de lo que propone *El Monstruo*, todavía respalda en gran parte la teoría de Pareja en relación al instigador. Así dice García Márquez:

La primera duda que surgió en relación con la muerte de Gaitán fue sobre la identidad de su asesino. Todavía hoy no existe una convicción unánime de que fuera Juan Roa Sierra, el pistolero solitario que disparó contra él entre la muchedumbre de la carrera Séptima. Lo que no es fácil entender es que hubiera actuado por sí solo si no parecía tener una cultura autónoma para decidir por su cuenta aquella muerte devastadora, en aquel día, en aquella hora, en aquel lugar y de la misma manera. Encarnación Sierra, viuda de Roa, su madre, de cincuenta y dos años, se había enterado por radio del asesinato de Gaitán, su héroe político, y estaba tiñendo de negro su traje mejor para guardarle luto. No había terminado cuando oyó que el asesino era Juan Roa Sierra, el número trece de sus catorce hijos. Ninguno había pasado de la escuela primaria, y cuatro de ellos —dos niños y dos niñas— habían muerto.

Ella declaró que hacía unos ocho meses se habían notado cambios raros en el comportamiento de Juan. Hablaba solo y reía sin causas, y en algún momento confesó a la familia que creía ser la encarnación del general Francisco de Paula Santander, héroe de nuestra independencia, pero pensaron que sería un mal chiste de borracho. Nunca se supo que su hijo le hiciera mal a nadie, y había logrado que gente de cierto peso le diera cartas de recomendación para conseguir empleos. Una de ellas la llevaba en la cartera cuando mató a Gaitán. Seis meses antes le había escrito una de su puño y letra al presidente Ospina Pérez, en la cual le solicitaba una entrevista para pedirle un empleo.

La madre declaró a los investigadores que el hijo le había planteado su problema también a Gaitán en persona, pero que éste no le había dado ninguna esperanza. No se sabía que hubiera disparado un arma en su vida, pero la manera en que manejó la del crimen estaba muy lejos de ser la de un novato. El revólver era un .38 largo, tan maltratado que fue admirable que no le fallara un tiro. (347-348)

García Márquez describe la conducta del malhechor recalcando ciertos elementos que son cuestionables, como es el caso de las cartas de recomendación concedidas “por gente de cierto peso” y la destreza que mostró el magnicida en el manejo del arma. Además de estas referencias, según informes oficiales, algunos empleados del edificio habían visto a Roa Sierra circulando por el piso a donde Gaitán tenía sus oficinas. El portero afirmó que en la mañana del 9 de abril lo había visto subir y bajar las escaleras con un desconocido.

También recalcó que “Roa estaba solo junto a la puerta cuando Gaitán subió a su oficina un poco antes de las once”. García Márquez añade:

Gabriel Restrepo, un periodista de *La Jornada* –el diario de la campaña gaitanista–, hizo el inventario de los documentos de identidad que Roa Sierra llevaba consigo cuando cometió el crimen. No dejaban dudas sobre su identidad y su condición social, pero no daban pista alguna sobre sus propósitos.... En un bolsillo interior del saco llevaba una cartera de cuero negro con un billete de un peso. Llevaba también un certificado que garantizaba su honestidad, otro de la policía según el cual no tenía antecedentes penales, y un tercero con su dirección en un barrio de pobres: calle Octava, número 30-73. De acuerdo con la libreta militar de reservista de segunda clase que llevaba en el mismo bolsillo, era hijo de Rafael Roa y Encarnación Sierra, y había nacido veintiún años antes: el 4 de noviembre de 1927.

Todo parecía en regla, salvo que un hombre de condición tan humilde y sin antecedentes penales llevara consigo tantas pruebas de buen comportamiento. Sin embargo, lo único que me dejó un rastro de dudas que nunca he podido superar fue el hombre elegante y bien vestido que lo había arrojado a las hordas enfurecidas y desapareció para siempre en un automóvil de lujo. (349)

En la descripción del linchamiento, García Márquez entabla la sospecha sobre el instigador, enfatizando que dentro de la multitud había un hombre vestido de gris “que nunca fue identificado” y que ordenaba a gritos “¡A palacio! ¡A palacio!” (336). En la

cita anterior, García Márquez, además de mostrar desconfianza de las muchas “pruebas de buen comportamiento” que portaba el malhechor, reitera su duda sobre ese “hombre elegante y bien vestido” que arrojó al criminal para que lo ajusticiaran las “hordas enfurecidas”. Nadie fue capaz de identificarlo y se esfumó “en un automóvil de lujo” sin dejar rastro alguno. En otro fragmento de su autobiografía, García Márquez nuevamente destaca su percepción del azuzador

Cincuenta años después, mi memoria sigue fija en la imagen del hombre que parecía instigar al gentío frente a la farmacia, y no lo he encontrado en ninguno de los incontables testimonios que he leído sobre aquel día. Lo había visto muy de cerca, con un vestido de gran clase, una piel de alabastro y un control milimétrico de sus actos. Tanto me llamó la atención que seguí pendiente de él hasta que lo recogieron en un automóvil demasiado nuevo tan pronto como se llevaron el cadáver del asesino, y desde entonces pareció borrado de la memoria histórica. (339)

García Márquez advierte que el transcurrir del tiempo no había desvanecido aquella percepción del sujeto, y que su memoria seguía “fija en la imagen” del instigador. En contraste con este individuo que resalta García Márquez en la cita previa, que llevaba “un vestido de gran clase”, y ostentaba “una piel de alabastro”, Carlos Pareja en *El Monstruo*, señala a un “falso limpiabotas” que “usaba el traje corriente de los de su oficio, pero nuevo, recién estrenado”. De igual manera, la caja que usaba para ejercer su profesión “era, no sólo nueva, sino desproporcionada, fuerte”. En el desarrollo de la trama se demuestra que la solidez de la caja contribuyó a que el “falso limpiabotas” pudiera derribar al asesino de un solo golpe. César concluye que no se trataba de “un limpiabotas

auténtico sino un disfrazado”; un disfrazado “que en realidad era el guardaespaldas del Monstruo”. En síntesis, las versiones de *El Monstruo* y *Vivir para contarla*, señalan a un individuo como incitador del linchamiento, coinciden en la ubicación de este sujeto durante el desarrollo de los sucesos, pero discrepan en los pormenores de la vestimenta. Sin embargo, esta discrepancia puede disolverse si se piensa en la posibilidad de que ese “hombre elegante y bien vestido” que menciona García Márquez en *Vivir para contarla*, pudo haber sido el mismo individuo “disfrazado de limpiabotas”, de la novela *El Monstruo*.

Pero aparte de la disparidad en los detalles del atuendo, las dos versiones igualmente acentúan sospechas de que el plan del magnicidio fue fraguado por más de un sujeto. *El Monstruo* menciona a tres cómplices del asesino: Bernal, Adonías y el “falso limpiabotas, –que en realidad era el guardaespaldas del Monstruo”. En *Vivir para contarla*, García Márquez tácitamente confiesa su incredulidad sobre la participación singular del magnicida, y subraya que “lo que no es fácil entender es que hubiera actuado por sí solo si no parecía tener una cultura autónoma para decidir por su cuenta aquella muerte devastadora”. La cita insinúa que la humilde condición social y la escasa escolaridad del homicida eran insuficientes para elaborar un plan tan complejo, por lo tanto, tenía que estar aliado con un conspirador.

Las dos versiones analizadas rescatan la hipótesis del “instigador” y ponen en cuestionamiento los relatos de las fuentes oficiales. En las declaraciones de García Márquez, “ninguno de los incontables testimonios” que él había leído sobre el magnicidio, mencionan la imagen de ese instigador. En sus argumentos agrega que el conspirador, a quien “recogieron en un automóvil demasiado nuevo ... pareció borrado

de la memoria histórica”. Pareja igualmente pone en tela de juicio las versiones oficiales sobre el magnicidio. En el prólogo a la novela, escrito por él mismo, acusa al sistema de “tergiversar la verdad de muchos hechos históricos”, ya que éstos han sido moldeados “por quienes tienen interés en ocultar algo a la posteridad”. Asimismo, exhorta a que se haga “una profunda revisión de nuestra historia oficial, tan plagada de mentiras convencionales”. Pareja concluye el prefacio enfatizando que la novela está cimentada en sus propias experiencias: “Yo viví esa tragedia, fui una de sus primeras víctimas y sufrí en carne viva sus maquinaciones. Este libro, que escribo en el exilio, no es sino una parte de mi testimonio” (16).⁷⁴ Con esta referencia, Pareja pretende otorgarle verosimilitud a su versión de los hechos.

Al respecto, y desde otro ángulo, el historiador Herbert Braun en *Mataron a Gaitán*, sólo presenta una breve semblanza del magnicida Juan Roa Sierra, en donde lo describe como “un hombre pobre de Bogotá, usualmente desempleado, sin convicciones políticas profundas, que al parecer había alardeado en público sus intenciones de matar a Gaitán” (346). También menciona a César Bernal Cordovez (“el Flaco”), quien “habría podido ser cómplice, pero nunca fue interrogado, si bien pasó muchos años en el hospital mental”. Braun concuerda con las dos versiones anteriores en el detalle de que Roa Sierra “estuvo merodeando en los alrededores de la oficina de Gaitán acompañado de otro hombre”. Finaliza sus observaciones diciendo que “hay poca evidencia para implicar a otras personas, o para sugerir que tuviere conexiones con políticos de importancia o con comunistas. Cuanto más, Roa Sierra pudo haber sido azuzado por algunos oponentes de Gaitán que conociesen sus siniestras intenciones” (347). Como puede deducirse, Braun ambiguamente menciona la posibilidad de un azuzador, pero no elabora sobre quién pudo

haber sido ese individuo, tal como lo proyecta Pareja en *El Monstruo* y García Márquez en *Vivir para contarla*. Sin embargo, en el último aparte de *Mataron a Gaitán*, Braun hace la siguiente declaración:

Algo de este libro viene de las experiencias de aquellos que vivían el 9 de abril de 1948 en la calle diez, y de Transito, una criada de Bogotá, cuya vida se cruzó ese día con la de un hombre cualquiera conocido como El Alacrán. No son protagonistas de estas páginas porque son personajes ficticios que nos han sido dados por Manuel Zapata Olivella y por José Antonio Osorio Lizarazo, quienes además son de los primeros que historiaron los eventos que aquí se recuerdan. Recurrí a la novelística cuando empecé a indagar sobre los sucesos de ese día, porque la imaginación literaria era la mejor introducción al mundo de los que destruyeron el centro de Bogotá en unas pocas horas vespertina. . . . Este libro es en mucho el resultado de mi compenetración con sus fuentes orales y escritas”. (413)⁷⁵

En esta cita, Braun le otorga a la “imaginación literaria” esa facultad de “resucitar el pasado y sus muertos para dar paso a todas las voces, especialmente a las que cuentan la realidad subjetiva, la verdad simbólica, que en el acto de lectura se convierte en la realidad de la existencia”. De esta manera la realidad y la ficción se entretajan, y así “la literatura también rehace el pasado, llenando los vacíos dejados por la historia” (Cordero 2). En el caso del magnicidio, el vacío de la “memoria histórica” lo complementa *El Monstruo* con la hipótesis del “azuzador”, a su vez respaldada por García Márquez en *Vivir para contarla*, y es precisamente este detalle, el que le confiere singularidad a la

versión novelística de *El Monstruo*, ya que “ninguno de los incontables testimonios” incluye este dato en los pormenores del suceso. Como puede verse, los tres relatos analizados se complementan, y los tres han hecho uso de la imaginación para rehacer el pasado, así que teniendo en cuenta las afirmaciones de Paul Ricoeur, la historia y la ficción son verdaderas, pero son verdaderas de manera diferente, pues el concepto de verdad está en función de sus pretensiones referenciales (143).

Para finalizar, es conveniente examinar las diferentes opiniones que surgieron en cuanto a la extinción del movimiento gaitanista después de la muerte de Gaitán. En el artículo titulado “Los mundos del 9 de abril”, Braun declara que “el personalismo de Gaitán era la fuerza del movimiento, y significó el derrumbe cuando ya el caudillo había muerto” (226). La opinión de Braun tiene su eco en *El movimiento gaitanista en Colombia*, de Cordell Robinson. Allí se exponen tres razones por las cuales esa corriente política se desintegró después de la muerte del caudillo. La primera de ellas es “la naturaleza personalista del movimiento”. Según Robinson, ningún otro jefe tenía el carisma para ganarse la confianza de las masas como lo hizo Gaitán. La muerte repentina del líder los tomó por sorpresa, y tanto los seguidores como los otros jefes sobrevivientes se sumieron en un estado de confusión y desorganización. La segunda causa es “el hecho de que el gaitanismo no llegó a ser un movimiento completamente independiente, sino que existió dentro de los límites de uno de los dos partidos tradicionales colombianos” (174), razón por la cual, muerto Gaitán, el movimiento no pudo institucionalizarse como fuerza política autónoma; para lograr este objetivo se necesitaba de un líder que tuviera el ingenio de Gaitán, y en este caso, los gaitanistas prefirieron seguir dentro de las filas del partido liberal.

La tercera causa que expone Robinson está directamente “ligada con la contrarrevolución ideada por las clases dominantes después del levantamiento” del 9 de abril (175). En referencia a esta aseveración, igualmente Germán Guzmán Campos en su estudio titulado *La violencia en Colombia*, indica que “algunas clases dirigentes y las ‘oligarquías’ de ambos partidos tradicionales, coaligadas por la seria amenaza a sus intereses, tomaron entonces las riendas del estado para efectuar la contra-revolución” (417). Por otro lado, la opinión de William Ospina en “La persistencia de un día tremendo” indica que uno de los errores que cometió Gaitán, “fue permitir que su movimiento político girara exclusivamente en torno suyo y se alimentara sólo de su voz y sus ideas.... Muerto el caudillo ... ninguna fuerza cohesionadora quedó para unir a un pueblo que había sido educado por siglos en el arte triste de odiarse y de despreciarse a sí mismo” (9).⁷⁶ Ospina, de manera tácita, señala el desmoronamiento del gaitanismo, y considera el hecho como un “fracaso histórico”, del cual se derivó la ferocidad con la que los colombianos se odiaron en los 20 años siguientes.

En su artículo “Orígenes de la violencia de los años 40”, Gloria Gaitán refuta con firmeza la idea de la extinción del movimiento, y asevera que fue “la burguesía liberal y conservadora” la que se dio “a la tarea de propagar la especie de que el gaitanismo desapareció al morir Gaitán”, no obstante, lo que sí afirma es que el gobierno conservador se lanzó a la ofensiva, “persiguiendo a los gaitanistas que, ya sin un jefe que los hiciera respetar, se encontraron desamparados, obligados a ‘irse al monte’ para transformarse paulatinamente en guerrilleros” (359). Entre los dirigentes de los comités gaitanistas que se sumaron a la guerrilla estaban Guadalupe Salcedo, Cheito Velasco y

Juan de la Cruz Varela. Fue de esta manera que el gaitanismo se transformó de movimiento político a movimiento armado.

Las afirmaciones de Gloria Gaitán, citadas previamente, las corrobora la novela de Pareja, la cual enaltece las guerrillas liberales de los Llanos Orientales. En la trama, César fue encarcelado por haber participado en la revuelta del 9 de abril, y cuando logró conseguir su libertad, decidió asociarse con el grupo guerrillero que comandaba Juan de la Cruz, el cual tenía como objetivo impedir las incursiones de los chulavitas⁷⁷ en los poblados vecinos. Así describe *El Monstruo* las acciones de esta banda organizada adscrita a las fuerzas represivas del gobierno:

Los chulavitas invadían de cuando en cuando las aldeas del llano, expulsando a los campesinos de sus ranchos, si no los asesinaban, y reteniendo sus haberes, sus mujeres y sus hijas, a las que violaban primero y, si no consentían en seguirlos, mataban después.... Eran innumerables y sangrientos los asaltos del chulavitismo en los poblados de la región, en donde se sabía que las gentes no estaban con el gobierno.... El que no estaba con la trinca de los gobiernistas, debía abandonar el pueblo antes de que lo mataran. Pero si persistía en permanecer allí, cualquier noche lo despojaban, atropellando a la familia, trancaban las puertas y le prendían fuego al rancho con la gente adentro, sin que al día siguiente nadie se atreviera a comentar si quiera lo ocurrido. (158-159)

Bajo estas circunstancias, el gobierno conservador de Ospina Pérez organizó una violenta represión contra los liberales contando con la adscripción de la “Policía Política” y otras bandas armadas. La guerra civil no declarada, como la nombra Paul Oquist, “evolucionó

a formas más organizadas en 1949 con la aparición de los ‘comités de resistencia’ y las fuerzas guerrilleras liberales” (236). El movimiento guerrillero se generalizó abarcando la región de los Llanos Orientales y los departamentos de Cundinamarca, Antioquía y Tolima.

En este capítulo se presentó un análisis pormenorizado de los incidentes que se desencadenaron después del magnicidio, y conviene concluirlo con un balance sobre las opiniones que se tuvieron con respecto al suceso. Para iniciar, el presidente de entonces, Mariano Ospina Pérez, expresó que el 9 de abril había sido “el momento de mayor peligro en la historia de la República”. Cordell Robinson resalta que “al levantamiento del 9 de abril se le ha calificado como el movimiento social más grande presenciado en la historia de América Latina”. Robinson igualmente señala que este episodio fue “como una especie de rebelión de castas, una manifestación del odio que Gaitán había estimulado contra las oligarquías, la expresión de una serie de malestares sociales que habían salido a flote en los días anteriores al asesinato” (171). Para Ricardo Sánchez Ángel, el 9 de abril significa “la pérdida no sólo de una vida valiosa sino del símbolo de la protesta y la alternativa justiciera y democrática” (26). Herbert Braun opina que con la muerte de Gaitán, “Colombia perdió a uno de los más grandes amantes del orden constitucional, y posiblemente al único político que podría encauzar esa legalidad hacia la participación y la democracia” (“Mundos” 230). Muchos otros expertos catalogan el magnicidio como un “imponderable histórico” que afectó toda la nación y “puso al descubierto la enorme capacidad creativa de las masas para la acción revolucionaria” (Sánchez, “El gaitanismo” 197). En resumen, las opiniones citadas revelan que la “hecatombe” del 9 de abril tuvo sus motivos sociales, económicos y políticos; puso al

descubierto la profunda desigualdad que imperaba en la sociedad desde la década de 1930, y exhibió una vez más la confrontación abierta entre liberales y conservadores.

Los dos partidos políticos tuvieron visiones antagónicas sobre el significado de ese devastador incidente que estremeció al país entero. Rafael Azula Barrera reproduce la declaración que emitió Laureano Gómez, líder del conservatismo, sobre los acontecimientos del 9 de abril:

Jamás estuvo la patria en mayor riesgo de muerte que en la tarde infernal del 9 de abril. Se asestó entonces contra su corazón un cobardísimo golpe preparado con la alevosía más villana. Se intentó asesinar la libertad, esta sagrada libertad que es la estructura esencial de la nación colombiana, y el horrendo crimen se preparó bajo la egida de la libertad que nuestro régimen constitucional consagra, precisamente para aniquilarla y enterrar a Colombia en la barbarie y la tiranía más afrentosa... La tragedia de Bogotá es infinita, indescriptible su desolación. Los inmensos daños no podrán ser reparados en muchos decenios. El honor del país, la reputación de pueblo culto y jurídico que habíamos conquistado tras brega tan larga y afanosa, fueron devorados... (343)

El discurso enunciado por el conservatismo no promovía la convivencia ni trataba de cicatrizar las heridas. Todo lo contrario, era una retórica que debilitaba el espíritu de Unión Nacional, que anulaba todo intento de reconciliación y entendimiento. En contraste, el liberalismo percibía el 9 de abril en otros términos, y así lo manifestó en un editorial del periódico *El Tiempo*:

El 9 de abril no puede divorciarse, para su ubicación histórica, del crimen execrable que determinó la desbordada locura del pueblo. Ni del pesado ambiente de violencia que ha venido formándose por acción directa de un sectarismo ciego e irresponsable que sembraba de muerte y angustia vastas zonas de la patria... Mas es injusto y falso cargar sobre el liberalismo la responsabilidad de los delitos infamantes que, en horas de inaudita vergüenza nacional, se cometieron. Los incendios, los saqueos y los sacrilegios que nunca condenaremos con suficiente energía, y que son sin duda, baldón imborrable en la crónica de nuestra vida nacional, no fueron la obra de un partido, mucho menos del partido liberal colombiano. Aquello fue obra exclusiva de profesionales de la delincuencia, o de arteros enemigos de la república, y así vino la catástrofe, que más que un hecho político fue impresionante espectáculo de descomposición social.⁷⁸

El liberalismo condenaba severamente “la desbordada locura del pueblo”, pero rechazaba las imputaciones que con acerbo les hacían los conservadores, de que el golpe había sido “preparado con la alevosía más villana”. Los liberales, a pesar de la enérgica condena que hicieron sobre el hecho, optaron por perdonar a sus seguidores basados en la convicción de que el fenómeno del 9 de abril había sido producto de la “rabia popular”, y deseaban, con una actitud de comprensión, “trabajar por la reconstrucción espiritual y jurídica de la república”. En *Sobre la violencia*, Hannah Arendt, comenta que “la rabia y la violencia figuran entre las emociones *humanas* ‘naturales’”, y “la rabia sólo brota allí donde existen razones para sospechar que podrían modificarse esas condiciones y no se modifican” (85-86). Esta fue precisamente la postura que adoptaron los liberales con

respecto al proceder del pueblo. Arendt aclara que algunos de estos actos se producen por el hecho de que los hombres poseen un espíritu justiciero y tienden a tomar la ley en sus propias manos; sin embargo, estas acciones chocan con “las constituciones de las comunidades civilizadas”, y por lo general se consideran de “carácter antipolítico”, aunque este juicio no debe permitir que los actos de rabia sean vistos como “inhumanos”. Del mismo modo, Walter Benjamín reconoce ciertas violencias, como las producidas en situaciones de ira, en las cuales, según él, la violencia no es un medio, sino una manifestación (39).

Sin duda, el discurso político de ambos partidos tuvo una importancia trascendental porque sirvió “para inspirar y acrecentar la elaboración de imágenes disociadas, para estimular los comportamientos excluyentes y hegemónicos y para inducir con mayor vigor la creencia de que la salvación del país, la superación de la violencia y la barbarie, sólo era posible con la derrota del adversario” (Acevedo 57). Prácticamente los partidos políticos seguían mostrando la misma conducta que los había caracterizado desde el siglo XIX, la que siempre estuvo impregnada de intolerancia y desencuentros. En otras palabras, la política, según Gonzalo Sánchez, “daba la impresión de regresar a sus cauces decimonónicos” (*Guerra* 29). Los hechos ocurridos el 9 de abril revivieron el hábito de resolver las cuestiones políticas en el campo de batalla, razón por la cual se considera este suceso como el momento inaugural de la Violencia en Colombia. En el próximo capítulo se analizará minuciosamente la violencia perpetrada por el gobierno conservador a partir de 1949.

Capítulo 3: La violencia política

Hacía cada cosa como si fuera un acto trascendental.... Antes de ponerse los botines de charol, raspó el barro incrustado en la costura. Su esposa lo vio en ese instante, vestido como el día de su matrimonio...

*--Estas como para un acontecimiento—dijo
--Este entierro es un acontecimiento—dijo el coronel--. Es el primer muerto de muerte natural que tenemos en muchos años.*

Gabriel García Márquez,
El coronel no tiene quien le escriba.

3.1 Causas políticas

El punto de partida para considerar esta temática es la formulación de una pregunta: ¿Qué significado tiene la violencia en el campo político? Hannah Arendt en su ensayo *Sobre la violencia* logra dar respuesta al interrogante a través de la definición de otros términos tales como: poder, potencia, fuerza, autoridad, entre otros. Arendt manifiesta que cada uno de estos vocablos se refiere a aspectos diferentes, aunque sin duda relacionados entre sí; de esta manera, “el empleo correcto de estas palabras no es sólo una cuestión de gramática lógica, sino de perspectiva histórica” (59). Arendt parte de la comparación entre violencia y poder para exponer su tesis sobre la violencia.

Teniendo como fundamento los argumentos de distintos autores, quienes definen la violencia a partir del poder, y viceversa, Arendt concluye que “una de las distinciones más obvias entre poder y violencia es que el poder siempre precisa el número, mientras que la violencia, hasta cierto punto, puede prescindir del número porque descansa en sus instrumentos” (57). De esta aserción se deriva el hecho de que la violencia es instrumental; y de igual manera “como todos los medios, siempre precisa de una guía y

una justificación hasta lograr el fin que persigue” (70). Contrario a la violencia, advierte Arendt, el poder no necesita justificación, sino legitimidad; así, “donde las órdenes no son ya obedecidas, los medios de violencia ya no tienen ninguna utilidad; y la cuestión de esta obediencia no es decidida por la relación mando-obediencia sino por la opinión y, desde luego, por el número de quienes la comparten. Todo depende del poder que haya tras la violencia” (67). Se pueden presentar casos, según Arendt, en donde la desintegración del poder facilita el triunfo de la revolución, lo cual revela el grado de obediencia y asentamiento que los civiles le profesan a los estatutos del Estado.

En referencia al carácter instrumental de la violencia, Walter Benjamin por su parte, señala que “en principio, la violencia sólo puede encontrarse en el dominio de los medios y no en el de los fines” (23). Igualmente menciona algunas concepciones que fueron reforzadas tardíamente por la biología darwiniana, la cual “de manera totalmente dogmática, sólo reconoce, además de la selección artificial, a la violencia, como medio primario y adecuado para todos los fines de la naturaleza”; es así que esa violencia apta para fines naturales “adquiere por ello también una legitimación legal” (24). Asimismo, y como ya se indicó anteriormente, Benjamín reconoce que ciertas violencias, como las provocadas por irrupciones de ira, no deben ser consideradas un medio, sino una manifestación (39).

Finalmente, Arendt concluye que “el poder y la violencia son opuestos; donde uno domina absolutamente falta el otro. La violencia aparece donde el poder está en peligro pero, confiada a su propio impulso, acaba por hacer desaparecer el poder” (77). Es obvio que debe haber una analogía de fuerzas entre violencia y poder; pero sobre todo, debe existir un “equilibrio”, porque si la pérdida de poder es sustituido por la violencia,

en estos casos la violencia misma resulta impotente. Es decir, “donde la violencia ya no es apoyada y sujeta por el poder se verifica la bien conocida inversión en la estimación de medios y fines. Los medios de destrucción, ahora determinan el fin, con la consecuencia de que el fin será la destrucción de todo poder” (75). Sin embargo, Arendt puntualiza que después de la aniquilación de todo poder, existe la posibilidad de que surja una forma de dominio basada en el terror, el cual podría alcanzar un clímax, ocasionando que el “Estado policial” comience a “devorar a sus propios hijos”; y de igual manera se den casos en donde “el ejecutor de ayer se convierte en la víctima de hoy” (76).

Las premisas anteriores nos llevan a reflexionar sobre el caso de Colombia, donde la violencia política fue el resultado de un “*enfrentamiento sectario*, estimulado como arma fundamental para la lucha por el control del estado” (Fajardo 265). Esto llegó a su clímax con la utilización que hizo el gobierno de sus fuerzas represivas durante el gobierno conservador de Mariano Ospina Pérez (1946-1950) y continuó bajo la presidencia de Laureano Gómez (1950-1953). El conflicto desatado provocó lo que Paul Oquist denomina “derrumbe parcial del Estado” (46), fenómeno de crisis profunda “en el cual el aparato estatal aún llegó a desaparecer en varias regiones del país”, configurándose “el período de violencia más denso en incidentes y más generalizado inicialmente” (Fajardo 265). Este panorama permite pensar en la “máquina de guerra”, que según Deleuze y Guattari en *Mil mesetas*, es la extrema exterioridad del Estado, “exterior a su soberanía, previa a su derecho” (360). Se puede decir que la máquina de guerra se proyecta en un saber abstracto, formalmente diferente del que refuerza al aparato de Estado. El Estado se apropia de esta dimensión de la máquina de guerra

sometiéndola a reglas civiles y métricas, que van a limitar estrechamente, van a controlar, y a impedirle desarrollar sus consecuencias a través del campo social. Cuando el Estado se apropia de una máquina de guerra, la dirige “contra los nómadas y todos los destructores del Estado”; por consiguiente tiende a tomar “la guerra como objeto, y la guerra queda subordinada a los fines del Estado” (418). Es así como la máquina de guerra se convierte en institución militar y en muerte previa. La guerra, que no era el objeto primordial en la máquina de guerra, en el Aparato de Estado, pasa a ser guerra necesaria, “guerra absoluta”, “guerra limitada”, o “guerra total” (419).

El recuento de los hechos permitirá demostrar cómo este marco teórico se materializó en el contexto de la violencia política colombiana. Para comenzar, se debe tener presente que el magnicidio de Gaitán “produjo una de las asonadas más destructivas, masivas y sangrientas de la historia latinoamericana” (Palacios 633). Igualmente se señala el atentado como el agravante de la violencia política que se venía generando desde 1946, debido a la restauración del conservatismo en el poder y al despido masivo de empleados liberales aun teniendo éstos la mayoría en el Parlamento. Con los resultados de las elecciones legislativas de 1947 a favor del liberalismo, se acentuó el conflicto entre el poder ejecutivo marcadamente conservador y la rama legislativa con dominio ampliamente liberal. Las rivalidades mencionadas desencadenaron una primera ola de violencia, que, como afirma Pierre Gilhodés, “es obra del partido conservador, que se apoya en el ejecutivo y en su policía, buscando socavar por la fuerza la primacía liberal” (194). Esta violencia política que abarca los años de 1946 a 1953 es conocida como el período de “violencia clásica”, denominación que los historiadores colombianos le han asignado “por cuanto la perciben como violencia

sectaria o partidista en su forma más pura y más extendida” (Deas, *Intercambios* 24).⁷⁹ El presente capítulo analizará el desarrollo de esta violencia “sectaria o partidista” que tuvo como actores a los dos partidos políticos tradicionales en Colombia: el liberal y el conservador.

La violencia política ocurre “cuando el conjunto de los actos violentos se inscriben de manera predominante en el contexto de las luchas de organización social y por la orientación y el control del Estado” (Franco 7). La reflexión anterior tuvo su representación en la política colombiana, en donde “la Violencia fue el producto de un gobierno inclinado a la intimidación de la oposición, a fin de asegurar al partido conservador el control del Estado, a pesar de su posición minoritaria” (Oquist 12). En este escenario, los conservadores palpaban la imposibilidad de consolidar su hegemonía política, y optaron por suprimir a los contrarios poniendo en práctica un sistema de represión física. En respuesta, los liberales se organizaron en guerrillas con el propósito de defenderse y de conservar su posición en la arena política nacional. El enfrentamiento se agudizó de manera vertiginosa, y la Violencia llegó a constituir una “guerra civil no declarada”, la cual está considerada como “el conflicto social más largo y sangriento en el hemisferio occidental después de la Revolución Mexicana” (Ortega 363).

Al respecto, Germán Guzmán Campos en *La violencia en Colombia; estudio de un proceso social*, expone de manera concisa los rasgos predominantes de la violencia política que se extendió por todo el país en el marco señalado:

El raciocinio es monstruoso pero de macabra elementalidad: los conservadores sostienen al gobierno que hace la violencia, luego deben ser aniquilados; los liberales hacen la revolución contra el gobierno

conservador, luego deben ser aniquilados. Fue guerra a muerte. En realidad se trató de operar una expansión electoral, debilitando al enemigo, pero en el proceso mecánico para realizarla no se discriminaron los medios. (1: 96)

Por otra parte, James Payne señala los motivos estrictamente políticos que nutrieron el conflicto entre liberales y conservadores, negando la importancia de factores socio-económicos que también se señalaban como colaboradores de la contienda:

The conflict took place not between rich and poor, peasant and landowner, employee and employer but between two socially heterogeneous political parties. Socioeconomic issues were not raised with particular urgency; instead it was political claims and political fears of one party against the other which characterized the demand context. The issue was, essentially, which party would gain permanent occupancy of the government. (160)

Payne basa su análisis en la idea de un “defensive feud”, pero advierte que esta expresión se refiere “not to any fight or quarrel” sino a un conflicto particular “between two groups in which each side recognizes the existence of a mutually acceptable solution less costly than fighting, but that solution cannot be reached” (161). La solución a la problemática colombiana era inalcanzable por la razón de que ambos partidos pretendían establecer hegemonías políticas, y ambos temían el acceso de sus adversarios al poder, ya que esto significaba la exclusión total de los miembros del bando opuesto. Ninguna de las dos partes toleraba el desplazamiento.

El análisis de Payne merece contrastarse con el de Eric Nordlinger, quien en su estudio titulado *Conflict Regulation in Divided Societies*, también argumenta los aspectos de la contienda partidista:

Between 1946 and 1953 Colombia's Liberals and Conservatives killed each other by the thousands every year in a more than active scramble for economic rewards and appointments to governmental position. The conflict groups were based upon political loyalties of a personal variety and the desire for economic rewards stemming from governmental control. The violence "degenerated" into banditry and the settling of personal vendettas for another ten years after 1953. (76)

El razonamiento de Nordlinger vincula de manera directa la rivalidad política de los dos grupos con el botín administrativo, parecer que igualmente comparte Fernando Guillén Martínez en *El poder político en Colombia*, en donde sustenta que el triunfo electoral de un partido suponía "el derecho absoluto de los triunfadores al control de todos los empleos públicos"; por consiguiente todos aquellos que quedaban "fuera del banquete oficial" se retiraban "hoscos al campo de la oposición" (338). Por otro lado, David Bushnell recalca que esta problemática venía experimentándose desde el siglo XIX, ya que desde entonces "la lucha política en Colombia giraba alrededor de unas rivalidades por el control de los puestos burocráticos, del exiguu botín que reposaba en las arcas públicas, o simplemente del status que conferían los altos cargos" (38). La política, según Bushnell, era una alternativa para todos aquellos que no podían figurar en la actividad económica privada, por la razón de que ésta brindaba limitadas posibilidades debido a su "estancamiento secular".

Además de las causas políticas expuestas, se deben resaltar algunos conflictos internos de la clase dirigente, los cuales contribuyeron a fomentar la ola de violencia partidista que se desencadenó de 1946 a 1953. Paul Oquist menciona los principales elementos ideológicos que agudizaron el antagonismo bipartidista; entre los que se encuentran:

Una polarización de la clase gobernante de Colombia, como resultado de la guerra civil española; una “anómala” identificación entre la Iglesia Católica Romana y el partido conservador, el cual hizo de los conflictos políticos en todos los niveles de la sociedad, una lucha entre grupos “ortodoxos” y “herejes”; una pugna entre las ideologías totalitarias y las democráticas; y un intento para implantar las doctrinas falangistas en Colombia. (24)

El panorama descrito demuestra que las rivalidades de los dos partidos políticos eran irreconciliables. Sin embargo, dentro del período mencionado, el año 1949 se considera el más crítico, ya que el 21 de mayo de ese año, el liberalismo optó nuevamente por el rompimiento de la Unión Nacional, alianza bipartidista que se había quebrantado en 1947, y que se restableció el 9 de abril de 1948, tras el asesinato de Gaitán. Esta segunda renuncia de los liberales a la coalición bipartidista fue motivada una vez más por la creciente ola de violencia ejercida por el gobierno conservador contra los militantes liberales. Las acusaciones que emitió el Directorio Liberal contra los conservadores fueron expresadas de la siguiente manera:

La colaboración liberal no tenía sentido ni justificación sino en cuanto con ella se consiguiera que el gobierno fuera imparcial y otorgara garantías

iguales a todos los ciudadanos. Si los hechos demostraban, como lo demostraron, que, a pesar de la composición mixta del gobierno, las autoridades conservadoras practicaban o protegían la violencia y la indebida coacción sobre el electorado liberal, sin que el presidente de la república adoptara medidas eficaces para evitarlo, la cooperación perdía toda razón de ser y no podía servir más que para cubrir con un mentiroso manto de legitimidad los crímenes y los atropellos de que se hacía víctima al liberalismo.⁸⁰

Las crecientes tensiones no impidieron que se realizaran las elecciones legislativas el 5 de junio de 1949, en las cuales el liberalismo alcanzó nuevamente una victoria, excediendo a sus adversarios por 130.000 votos. En los días subsiguientes al plebiscito, ambos bandos divulgaron acusaciones de fraude asegurando que “las elecciones estaban viciadas por el registro de menores, el doble registro, los errores de inscripción, la falta de garantías oficiales, la falta de castigo de los crímenes electorales y la intromisión de las autoridades y la policía” (Oquist 237). Los resultados de estos comicios provocaron la generalización de la violencia “sin límites y sin escrúpulos” por parte del conservatismo.

La alarmante situación política incitó a los liberales a plantear una propuesta en la Cámara con la intención de anticipar las elecciones presidenciales para noviembre de 1949, originalmente programadas para junio de 1950. El 8 de septiembre de 1949, las deliberaciones de la propuesta electoral suscitaron un estado de agitación en el que los representantes liberales fueron atacados a balas, resultando dos de ellos muertos y algunos otros heridos. El general Amadeo Rodríguez fue sindicado de liderar las maniobras de la agresión, razón por la cual días después, algunos grupos de jóvenes de

orientación conservadora organizaron manifestaciones en las que emitían el grito “Viva la pistola de Amadeo” (Tirado, “Siglo y medio” 172). La posición mayoritaria de los liberales en el Congreso facilitó la aprobación del estatuto electoral. No obstante, la norma fue objetada por el presidente Ospina Pérez. Esta resolución forzó el sometimiento de la ley a la Corte Suprema de Justicia, organismo donde también fue aprobada sin denuedo por tener el predominio liberal.

Días después del incidente en la Cámara, Darío Echandía, aspirante liberal a la presidencia, fue víctima de un ataque en el centro de Bogotá, del cual salió ileso; sin embargo, su hermano y tres personas más murieron en el acto. Como resultado de la creciente hostilidad, el partido liberal optó por el abstencionismo, retirando a su candidato de la disputa electoral. Sobre esta resolución, el entonces jefe del liberalismo, Carlos Lleras Restrepo, pronunció las siguientes palabras ante el Congreso el 28 de octubre de 1949:

Suprimida ya prácticamente la propaganda electoral en su aspecto más popular y democrático; expulsada por la violencia de las autoridades una gran cantidad de los registradores municipales; en pleno desarrollo —con el respaldo implacable de policías y resguardos— una política terrorista que ante nada se detiene; colocada la autoridad seccional en las manos más sectarias que han podido encontrarse.... No queda nada distinto a la violencia desenfrenada, encaminada a aumentar el voto de unos y a disminuir o a eliminar el voto de los otros.

En estas condiciones, creemos que nuestro deber, el más claro e imperioso de los deberes, está en no participar en la organización de un debate electoral que sobre tales bases se adelanta.... (202)

La cita anterior alude al informe elaborado por el registrador nacional, Eduardo Caballero Calderón, quien declaró que “a los liberales no se les permitía registrarse en un total de 120 municipios”, lo cual era equivalente a “la séptima parte del territorio nacional”. Por otro lado, Laureano Gómez, líder del conservatismo, anunció que su partido “rechazaba todo acuerdo de compartir el poder con el partido liberal subversivo”.⁸¹ A raíz de los eventos mencionados, Darío Echandía pronunció un enérgico discurso el 7 de noviembre de 1949, por medio del cual les notificaba al partido conservador y al Gobierno, que la propagación de la violencia no los intimidaría, y que tampoco permitirían pasivamente el asesinato de sus “inocentes e indefensos compatriotas”, que estaban “cayendo por cientos, por el simple crimen de ser liberales”.⁸²

El liberalismo pretendía frenar la incesante ola de violencia formulándole una acusación al Presidente de la República ante el Congreso, quien a su vez declaró como subversiva la conducta de los congresistas. Las discordias insalvables condujeron al presidente Ospina Pérez a cerrar el Parlamento el 9 de noviembre de 1949, y asimismo impuso el estado de sitio y la censura de prensa. Bajo estas circunstancias, se dictaron una serie de decretos a nivel departamental y municipal, y “los colombianos entendieron que estaban frente a un autogolpe de Estado, frente al empotramiento de una dictadura y ante la radicalización de lo que entonces se conocía como la Violencia, una manera eufemística de llamar a la guerra civil que vivía el país”.⁸³ En respuesta a tales medidas, una unidad de la fuerza aérea liderada por el capitán Alfredo Silva, estructuró un plan que

tenía por finalidad efectuar un golpe militar, pero éste abortó por falta de consenso de algunas unidades, y en reemplazo se realizó una huelga nacional organizada por la Confederación de Trabajadores de Colombia (CTC). El fracaso del operativo programado por la fuerza aérea colmó de ímpetu a las guerrillas liberales de los Llanos Orientales, que en el panorama político, ya habían visualizado el triunfo de la revolución liberal (Oquist 239). La campaña presidencial siguió su curso a pesar de la atmósfera turbulenta que reinaba en todo el país.

En las elecciones efectuadas el 27 de noviembre de 1949, sin candidato en la oposición liberal, salió electo el conservador Laureano Gómez para el período presidencial de 1950-1954. El resultado de los comicios, según lo expresa James Henderson, “colocó a los conservadores extremistas en el control del Gobierno, dejando a los líderes liberales furiosamente impotentes y fuera del juego”, situación que marcó “el comienzo de la Violencia generalizada en casi toda Colombia”. Los dirigentes liberales, marginados por el carácter coercitivo del poder central, incitaron a sus partidarios a tomar las armas para revelarse contra el gobierno de Gómez, desarrollándose una lucha “amorfa y sin dirección”, que estuvo condicionada por innumerables factores locales.⁸⁴ A partir de esta iniciativa se observó en toda la nación un aumento mayúsculo de homicidios como resultado de “las antipatías tradicionales combinadas con el fracaso de las instituciones democráticas”, razón por la cual se considera que a finales de 1949, Colombia padeció “un ataque cardíaco institucional” (177). En su estudio *Violencia, conflicto y política en Colombia*, Paul Oquist corrobora el pensamiento de Henderson, argumentando que “el año 1949 marcó la ruptura política final entre los liberales y los conservadores”, produciéndose simultáneamente “el rompimiento de la estructura institucional existente”

(236). Oquist aproxima a 112.000 el número de muertes ocurridas entre 1948 a 1950, cifra que tiene como base los datos revelados por las Naciones Unidas en el aparte “Tasas internacionales de muertes intencionales” del *Demographic Yearbook*, Vol. VIII.

Laureano Gómez tomó posesión de su cargo el 7 de agosto de 1950, es decir, nueve meses después de haber sido elegido presidente. Su gobierno decidió darle continuidad a los planes que había iniciado su predecesor: estado de sitio, militarismo, persecución y exterminio de sus contrarios. El grupo de “sus contrarios” lo constituían “los comunistas y los masones o liberales” a los que asociaba con una bestia mitológica llamada el Basilisco. En el estudio “Colombia: siglo y medio de bipartidismo”, Álvaro Tirado Mejía reproduce la idea que expresó Laureano Gómez en su periódico *El Siglo* con respecto a este asunto:

En Colombia se habla todavía del partido liberal para designar a una masa amorfa, informe y contradictoria ... que, sólo puede compararse o calificarse como la creación imaginaria de épocas pretéritas: el Basilisco. El Basilisco era un monstruo que tenía la cabeza de un animal, el rostro de otro, los brazos de otro más, y los pies de una criatura deforme, formando el conjunto un ser tan espantoso y horroroso que sólo mirarlo causaba la muerte. Nuestro Basilisco se mueve con pies de confusión y estupidez, sobre piernas brutales y violencia que arrastraban su inmensa barriga oligárquica; con pecho de ira, brazos masónicos y una pequeña, diminuta cabeza comunista. (176)

Gómez, quien era conocido en el medio político por el apelativo de *El Monstruo* y se distinguía por su carácter intransigente, fue “un hombre que aterrorizó al país con sus

diatribas, que durante cuarenta años envenenó la vida política con ... la calumnia y el ultraje, que predicó la ‘acción intrépida’ y adoptó la consigna de sangre y fuego para hacer, como lo hizo, invivible la república” (Pareja 56). Gómez se identificaba con la prédica corporativista y fascista, y tenía el firme propósito de “modificar la Constitución y dotar al país de un estatuto jurídico constitucional de corte corporativista”. Siguiendo los modelos de España y Portugal, Gómez pensaba que las Cámaras debían estar integradas por “representantes de los gremios económicos, de corporaciones como la iglesia y de instituciones como las ligas profesionales y las universidades”. La representación política, si había alguna, “quedaba limitada a los gestores de este ordenamiento, o sea el caudillo y a las personas designadas por él” (Arrubla 199). De acuerdo a su ideología, la representación política debía cimentarse de manera diferente al concepto imperante de la soberanía popular, ya que “con la generalización del sufragio universal” se había eliminado “el sentido de responsabilidad de los colombianos”. También enfatizaba que “en el anonimato de los electores o votantes gregarios tenían disculpa toda gestión equivocada o la ineficacia de cualquier iniciativa” (Tirado, “Siglo y medio” 177-179). Con la intención de concretar su proyecto, se creó una “Comisión de Estudios Constitucionales” por Decreto número 1338 de 1952, la cual asumió la responsabilidad de proponer las bases de la reforma.

La nombrada Comisión tenía el predominio de los conservadores. Sin embargo, los Presidentes del Senado y la Cámara decidieron nombrar como integrantes del comité a los líderes liberales Carlos Arango Vélez, Alfonso López Michelsen y Julio César Turbay Ayala, entre otros. Estos dirigentes optaron por rechazar la propuesta a pesar de que todavía subsistía en ellos un espíritu pacifista. En los planteamientos de la reforma

constitucional se estipulaba que la educación estaría “organizada y dirigida en concordancia con los dogmas y la moral de la Religión Católica”; además se establecía que “el colombiano ... que de palabra o por escrito atentara al prestigio de las autoridades y de las instituciones del país, sería juzgado y penado como traidor”.⁸⁵ Asimismo, seguido a su posesión, Gómez efectuó con rapidez el envío del “Batallón Colombia” a la Guerra de Corea, confluendo así con el ejército norteamericano desde mayo de 1951 hasta octubre de 1954. En relación a esta iniciativa, Carlos Palacios en su estudio “La violencia política en la segunda mitad del siglo XX” subraya que Gómez “fue el único gobernante latinoamericano que envió tropas a la guerra de Corea”, resolución que quizás tenía como propósito “hacer olvidar en Washington sus simpatías fascistas de los años cuarenta” (639).⁸⁶

El régimen de Gómez logró desarticular el movimiento obrero, y al mismo tiempo consiguió que las fuerzas policiales y del ejército, integradas mayormente por copartidarios conservadores, aceleraran la depuración de sus contrarios. Es así que en el año de 1950 “se registraron más de 50.000 muertos en el país y los Llanos empezaron a transformarse en el gran escenario de la guerra de guerrillas” (Palacios 638). En noviembre de 1951, Gómez sufrió un ataque cardíaco, y se vio forzado a traspasarle el mandato al primer designado de la República, Roberto Urdaneta Arbeláez, en cuyo dominio “la ola de sangre alcanzó dimensiones inconcebibles” debido a que el gobierno actuó “con acerba drasticidad” en contra de las guerrillas que se estaban organizando para contrarrestar el brote de violencia política en gran parte del país (Guzmán 1: 45). La intervención de Gómez en los asuntos gubernamentales siguió dándose mientras

permanecía en convalecencia, y puso gran énfasis en la aprobación de la Reforma Constitucional, pero ésta finalmente fue rechazada por las clases dominantes.

El 6 de septiembre de 1952 la represión contra los liberales alcanzó un grado considerable, por el hecho de que varios agentes de la policía y algunos grupos de civiles conservadores incendiaron simultáneamente las instalaciones de los periódicos liberales *El Tiempo* y *El Espectador*, como también las residencias de los líderes liberales Carlos Lleras Restrepo y Alfonso López Pumarejo. Según el narrador de *El Monstruo*, de Carlos Pareja, “la ciudad volvió a adquirir ese día, 6 de septiembre, el mismo ambiente del 9 de abril; pero ahora, Gaitán no podía ser asesinado de nuevo” (179). Las acciones descritas revelaban la confabulación que existía entre las fuerzas policiales y el gobierno conservador, ya que la casa de López Pumarejo estaba contigua a la del presidente Urdaneta Arbeláez, y la guardia de seguridad que protegía la residencia del mandatario, permaneció impávida frente al acto de destrucción y vandalismo.

Además de la contienda bipartidista, debe subrayarse que en los círculos internos del conservatismo, los líderes también manifestaban ciertas discrepancias ideológicas que ocasionaron una escisión entre sus seguidores. Por un lado, el caudillo Gilberto Alzate Avendaño, quien había pertenecido al grupo de extrema derecha ANAP (Acción Nacionalista Popular) en los años treinta, y más tarde se asoció al partido conservador, procuraba conseguir la jefatura del partido. Por otro lado, Laureano Gómez y Mariano Ospina Pérez se disputaban el liderazgo, a la vez que éste último proyectaba una reelección presidencial para el período 1954-1958. Dentro de la pluralidad de intereses, Alzate logró concretar una alianza con Ospina Pérez, y juntos iniciaron una conspiración contra Laureano Gómez. Igualmente, el presidente Urdaneta Arbeláez en asociación con

Gómez, quienes desde tiempos anteriores venían ejerciendo opresión contra los comunistas y liberales, también ordenaron la persecución de los simpatizantes de Alzate y de Ospina Pérez. Como resultado de las pugnas internas del conservatismo, “el sector financiero y los industriales tomaron distancias frente al proyecto corporativista y frente a un Gobierno que en su insania represiva ... perdía cada vez más base de poder y se aislaba” (Tirado, “Siglo y medio” 182). Finalmente, muchos partidarios y líderes conservadores se hicieron partícipes de la conspiración iniciada por Ospina Pérez contra el gobierno de Urdaneta, y decidieron contemplar otras alternativas para mantener su posición en el campo político nacional.

El distanciamiento que logró establecer Ospina Pérez con el gobierno conservador le permitió concretar una negociación con la dirección liberal. Actuando en coalición, Ospina y los liberales, lograron capitalizar “la diferenciación política que se daba entre los altos mandos del ejército, y le retiraron paulatinamente su apoyo al gobierno”. El bando opositor decidió organizar un golpe militar bajo el mando del general Gustavo Rojas Pinilla, el cual se efectuó el 13 de junio de 1953 (Kalmanovitz 315). Por materializarse este hecho con un consenso bipartidista, el líder liberal Darío Echandía expresó al respecto “que no se trataba de un golpe de Estado sino de ‘un golpe de opinión’” (Tirado, “Siglo y medio” 183). Rojas Pinilla debía concluir el período presidencial el 7 de agosto de 1954, pero antes de esa fecha, y sin convocar un plebiscito popular, los líderes liberales y conservadores, unánimemente, lo eligieron para el período presidencial 1954-1958. El lema de su administración fue “Paz, Justicia y Libertad”. A pesar de que el nombramiento de Rojas contó con el patrocinio de ambos partidos, su administración tuvo la oposición del partido comunista y de la facción conservadora de

Laureano Gómez. Finalmente, los esfuerzos del gobierno militar para alcanzar la paz lograron captar las simpatías de las clases dirigentes y subalternas. La permanencia de Rojas Pinilla en el poder, como también la influencia ejercida por la dirección liberal, tuvo como consecuencia la desmovilización y el desarme de las guerrillas; de igual manera se suspendió la persecución contra los militantes liberales. Con el gobierno militar del general Rojas Pinilla se termina en Colombia el período de violencia llamada “clásica”.

3.2 *Viento seco*

La novela *Viento seco*, de Daniel Caicedo⁸⁷, publicada en 1953, enfoca el período de violencia política que se desplegó en Colombia de 1949 a 1953, el cual enmarca “las expresiones más críticas del enfrentamiento sectario, alcanzando además la más amplia cobertura geográfica de todo el proceso” (Fajardo 280). La obra pertenece a la primera fase de la producción literaria que se ha llamado “literatura de la Violencia”, sobre la cual Augusto Escobar Mesa en “Literatura y violencia en la línea del fuego” expone las características que prevalecen:

Hay un predominio del testimonio, de la anécdota sobre el hecho estético.... No importan los problemas del lenguaje, el manejo de los personajes o la estructura narrativa, sino los hechos, el contar sin importar el cómo. Lo único que motiva es la defensa de una tesis. No hay conciencia artística previa a la escritura; hay más bien una irresponsabilidad estética frente a la intención clara de la denuncia. (116)

Del mismo modo, Escobar Mesa recalca que otra particularidad de estas obras es que “relatan hechos cruentos, describen las masacres y la manera de producir la muerte”. Además, “la trama se estructura en un sentido lineal, en secuencias ... que conducen ordenadamente de la situación inicial a las peripecias y de éstas al desenlace, sin alteraciones, coincidiendo artificialmente la extensión del relato con la extensión temporal de los hechos” (120). Teniendo en cuenta lo anterior, y debido a su temática y al desarrollo de su estructura,⁸⁸ la novela *Viento seco* es considerada por la mayoría de los críticos como una de las máximas representaciones de esta fase inicial de la novela de la violencia en Colombia.

En el prólogo a la novela, Antonio García señala que el autor se aproxima al tema de la violencia desde “la posición del ‘Yo acuso’, de Emilio Zolá”, es decir, desde la óptica de la novela realista. De esta manera, la obra se caracteriza fundamentalmente por ser “una expresión descarnada y perfecta de la vida humana, para lo mejor o para lo peor” (22). García prosigue argumentando que “la novela intenta ser una imagen del país mismo, una imagen fiel no idealizada, que exhibe los hechos sin darles una explicación ni examinar su dinámica” (33). Por otro lado, la perspectiva de Laura Restrepo igualmente vincula el estilo del autor con “la versión latinoamericana del naturalismo decimonónico francés”. Restrepo indica que en *Viento seco*, Caicedo “rechaza lo que se consideran sofisticaciones y primores superfluos del quehacer literario, por enténderselos como mecanismos para aprestigiar y maquillar una realidad corrompida y negativa”. Por el contrario, el autor pretende presentar en su obra “la degradación social y humana” con toda “desnudez” y “fealdad” (128). Asimismo, Luis Iván Bedoya y Augusto Escobar, autores de la *Lectura crítica de Viento seco*, argumentan que la obra es una “descripción

intensa, natural, real y fotográfica ... que muestra a qué extremos llegó la violencia en una zona como el Valle del Cauca” (43). Desde otra perspectiva, en *Juicios de residencia. La novela colombiana: 1934-1985*, Álvaro Pineda Botero declara que *Viento seco* constituye “un testimonio de indudable valor histórico y sociológico”, ya que narra detalladamente dos hechos que “habrían quedado en el olvido si no hubiesen sido allí consignados”. Además, estima que la novela es “una de las pioneras” de esa “vertiente de escritura” denominada literatura de la violencia (123).

Los dos hechos históricos narrados en la novela ocurrieron en octubre de 1949 en el departamento del Valle. El primer suceso aconteció en el pueblo de Ceylán, donde las bandas organizadas de “los pájaros” y “los chulavitas” masacraron a los habitantes de ese lugar. El segundo fue la matanza efectuada en la “Casa Liberal”, en la ciudad de Cali, lugar donde se refugiaban cientos de liberales procedentes de varias poblaciones vecinas asoladas por la violencia política. La masacre fue perpetrada por la policía local bajo las órdenes del gobernador del Valle, el conservador Nicolás Borrero Olano. La obra está estructurada en tres partes: la noche del fuego, la noche del llanto y la noche de la venganza. Cada parte la precede un epígrafe; dos de ellos son versículos bíblicos y el otro proviene de la *Divina Comedia* de Dante Alighieri. Los protagonistas principales son Antonio Gallardo y su esposa Marcela, quienes residían en el pueblo de Ceylán, y fueron víctimas de los atropellos de las fuerzas represivas por ser de orientación liberal. La ola de violencia que se propagaba en la región forzó a la pareja a buscar refugio en la Casa Liberal, en donde Marcela posteriormente es asesinada. Este incidente despierta en Antonio una sed de venganza, ya que ha sido “testigo del incendio de su aldea, de la destrucción de su casa, de la violación de su hija, del asesinato de su mujer, y no puede

encontrar sentido a estos hechos” (García 42). Más tarde, en alianza con Cristal, quien también se refugiaba en la Casa Liberal, Antonio trata de huir a los Llanos Orientales para vincularse a las guerrillas liberales que operan en ese lugar.

Pero a pesar de que para algunos críticos la obra “se presenta como un catálogo de las distintas formas de tortura, violación y muerte” (Botero 123), la novela es una representación ostensible de la sociedad colombiana en los años cincuenta, en donde “la guerra y la política no podían pensarse simplemente en términos de victoria sobre el enemigo sino de eliminación física del mismo. La diferencia se había hecho incompatible con el orden” (Sánchez, *Guerra* 33). En este caso, como estrategia de homogenización, el gobierno conservador impulsó una represión cruel y muy estructurada contra el pueblo liberal. La complejidad del tema permite que afloren ciertos interrogantes como los siguientes: ¿De qué manera Colombia se presenta como un estado criminal; un estado enemigo de su propia sociedad? ¿Cómo logra el estado eliminar toda estructura legal? ¿Cómo se presenta la violencia narrativamente? Para responder estos interrogantes se analizará la novela *Viento seco* teniendo en consideración los elementos estructurales de la violencia política esbozados por Germán Guzmán Campos en su tratado *La violencia en Colombia. Estudio de un proceso social*, (1: 139-284)⁸⁹, y por Gonzalo Sánchez en su estudio *Guerra y política en la sociedad colombiana* (33-37). Estos elementos estructurales incluían “aspectos tan diferenciales” como los siguientes: había “unos agentes del terror”, “unas organizaciones del terror”, “unos rituales del terror”, “unos instrumentos del terror”, y finalmente, “una cronología del terror”. A través de este análisis, de igual forma se demostrará que en este período de violencia política, la intimidación y el terror no se presentaban como “una práctica ocasional”, sino que se

trataba de un fenómeno sistematizado “portador de una variadísima simbología cultural” que desvelaba imágenes “no sólo de la política, sino también del cuerpo, de la muerte, del más allá” (*Guerra* 36).

3.3 Elementos estructurales de la violencia política

3.3.1 Agentes del terror

Los integrantes de este grupo eran “los funcionarios públicos, la policía y el ejército”. El cuerpo policial que se había estructurado como una “policía política” se convirtió en “brazo ejecutivo del partido conservador” (Guzmán 1: 252), cuestión que implicaba, según Fals Borda, “una deformación de roles dentro de las instituciones”. De esta manera se legitimó una nueva ocupación para el agente de policía, “un rol violento, distinto al contemplado en los códigos”. En esa época de violencia, “el policía ya no era guarda del orden sino un agente del desorden y del crimen” (1: 402). La persecución emprendida por la “policía política” contra la nación liberal fue considerada por sus líderes “como la más onerosa faceta de los regímenes conservadores” (Oquist 258). Asimismo, debido a las dimensiones descomunales del conflicto, se hizo necesaria la presencia del ejército para controlar el orden público, aspecto que afectó a “muchos jóvenes recién egresados de la Escuela Militar ... liquidando su moral y lesionándolos psíquicamente” (Guzmán 1: 267). A este fenómeno se sumaban las disparidades ideológicas que reinaban en las filas del ejército: por un lado, los oficiales liberales contemplaban el lema de “vivir y dejar vivir”, y por el otro, los oficiales conservadores eran partidarios de perseguir a los liberales con vehemencia (Oquist 261). Estas

contradicciones internas ocasionaron un debilitamiento en la capacidad coercitiva del aparato armado, a la vez que degeneró las funciones de los militares transmutándolos en “agentes del terror”.

Viento seco expone algunos de estos incidentes ocurridos en octubre de 1949, los cuales “marcan uno de los períodos más nefandos de la historia de la descomposición colombiana”. En esos días, el pueblo de Ceylán es “asaltado, incendiado y saqueado ... y los bandidos dejan cerca de 150 víctimas, algunas de ellas incineradas” (Guzmán 1: 44).⁹⁰ La trama revela que los protagonistas, Antonio Gallardo y Marcela, fueron sorprendidos por el asalto que efectuó la “policía política” en la población de Ceylán. El narrador refiere que en un comienzo sólo “se distinguían ruidos de maderas rotas, golpes, disparos secos, disparos silbantes, disparos sordos y explosiones. Y entre ellos una confusión de gritos”. Marcela, atemorizada por los sonidos estrepitosos, inmediatamente concibió la idea de que estarían aniquilando a sus coterráneos, pero su esposo, con el propósito de disuadirla, le manifestó “que esas gentes no tienen otro interés que impedirnos a los liberales votar en las elecciones de Noviembre”. Igualmente le afirmó con convicción que los atacantes “se contentarían con quitarles las cédulas de identificación” (52), maniobra que se había convertido en una táctica para anular el voto de los contrarios, por ser éste un documento de identificación electoral.⁹¹

En breve tiempo las llamas empezaron a consumir la casa de Antonio y Marcela, “y su atacante, un policía de treinta años, con uniforme gris, correa blanca y revólver al cinto” emprendió una riña contra los dos. Antonio, en defensa propia, “enarboló el machete”, y con todas sus fuerzas le dio “al agente” de policía “un mandoble seco que le desgajó un brazo a la altura del codo”. Ciego de rabia, “volvió a la carga y le abrió la

cabeza de un tajo. El agente se desplomó y Antonio saltó sobre él y le hundió en el pecho su machete” (57). La mención explícita del “atacante”, quien era un “policía de treinta años”, nos señala la participación de las fuerzas del orden público en la ofensiva contra los ciudadanos liberales. En este incidente, los padres de Antonio murieron y la casa se derrumbó dejándolos a la intemperie. Pese a los estragos del incendio, Marcela logró salvar a su hija María José, de sólo cinco años. La desolación del lugar los forzó a pensar en la huida al pueblo vecino, pero “no podían dirigirse hacia la carretera porque ésta, que es la calle principal de Ceylán, estaba llena de detectives, de policías uniformados y de civiles con armas. Era menester esperar que acabaran la matanza, el saqueo y el incendio para poder seguir la vía del atajo que va de la aldea al pueblo de Andalucía” (60). La disposición de los “agentes del terror” en sitios estratégicos les permitía cercar, coaccionar y efectuar sus actos delictivos en contra de los ciudadanos liberales. Fue así como temporalmente, intimidados por los desafueros de estos elementos, Antonio y Marcela permanecieron “ocultos en la huerta”, desde donde podían escuchar “el ruido de los vehículos” y observar “las pavesas” que se desprendían de los incendios (73).

Pero no toda la aldea de Ceylán quedó convertida en cenizas. Según la narración, “unas pocas casas pertenecientes a los conservadores, previamente señaladas con cruces azules, estaban intactas. Las otras ardían con llamas de variadísimos colores, según consumieran las cantinas, los graneros, los establos o los cuerpos amarrados” (60). Cabe recalcar, que el color “azul” de las cruces era un referente que identificaba a los conservadores, y por tal motivo en los enfrentamientos políticos éstos eran nombrados con los términos sectarios de “tradicionalistas, godos y azules”.⁹² La predilección que los conservadores tuvieron por esa tonalidad se debió a que era “el color mariano de la

Iglesia Católica y el símbolo de la aristocracia y de la tradición” (Ocampo 2: 718). Este detalle evoca la alianza estrecha e incondicional que los conservadores sostenían con la Iglesia Católica desde la firma del Concordato en 1887, cuestión que igualmente propició la persecución política contra los liberales por parte del sector clerical.

La complicidad político-religiosa aflora en las páginas de *Viento seco*. En el asalto a Ceylán, los chulavitas y los pájaros circulaban en camiones tratando de apresar a los campesinos que se daban a la fuga. De un camión “cayeron al suelo dos hombres”, y el vehículo que lo seguía trató de aplastarlos. Uno de los aplastados, “mal cogido, quedó con vida. Un ‘jeep’ en el que viajaba de pasajero un sacerdote volvió a atropellarlo. El cura se asomó y le dio su bendición. La pira humana de la plaza y las antorchas vivas también habían recibido la bendición sacerdotal” (68). Tal contubernio produce crisis entre sus fieles, quienes cuestionan el proceder de la Iglesia católica. Roberto, refugiado de la Casa Liberal confiesa: “Yo tenía una fe, la fe de mis padres, que hoy rechazo, Yo era un convencido católico romano, pero tengo que dejar, ante la realidad de los hechos, esa creencia en una religión que se identifica con un partido político y que pone al lado de los exterminadores a los curas, sus ministros” (113). En la novela es obvia la alianza existente entre la Iglesia católica, el gobierno y el partido conservador. De hecho, Augusto Escobar Mesa declara que algunos sacerdotes conservadores “hacían horribles tenidas sabáticas en las iglesias, en las que obligaban a arrodillarse a las gentes humildes ... y no las soltaban hasta que declararan su ‘fe conservadora’”. Para esos sacerdotes, “ser liberal era sinónimo de comunista, lo que justificaba utilizar tanto su autoridad como el púlpito y el confesionario para discriminar y excomulgar a quienes no respondiesen a sus

creencias y propósitos” (125). Así, en nombre del fanatismo político y religioso, los sacerdotes igualmente entablaron una guerra a muerte contra la nación liberal.

El sectarismo que practicaban los “agentes del terror” los encauzó a implantar “un férreo sistema de represión en las ciudades y en los campos que produce un estado obsesivo de persecución en quienes no comparten las ideas políticas del gobierno” (Guzmán 1: 45). Según la trama, Antonio y Marcela, de orientación liberal, fueron víctimas de esta persecución, y ambos decidieron escapar tomando el camino que los conducía al pueblo vecino de Andalucía. Durante la huida llevaban en brazos a la hija “que había sido estuprada y la vida se le escapaba con la hemorragia”. El infortunio de la pareja se acrecentó cuando la niña falleció en la travesía, hecho que los obligó a darle sepultura en un lugar anónimo “cerca un guayacán florecido” (77). Finalmente, llegaron al destino previsto, en donde residía don Andrés, quien era un antiguo amigo de la familia y al que decidieron visitar para solicitarle ayuda.

Don Andrés, “lleno de compasión, se ofreció a llevar los fugitivos” a la ciudad de Cali. A causa del estado emocional que experimentaba la pareja, él les sugirió que se alojaran inicialmente en la “Casa Liberal”, por la conveniencia de que en ese lugar había “muchos refugiados y, además, el dolor común los sosegaría un poco” (83). Luchando contra el abatimiento, emprendieron el viaje que tuvo la duración de “dos horas y media”. En uno de los puntos de acceso a la ciudad de Cali operaba un retén de policía que también era dependencia del departamento de “Seguridad”. Allí los viajeros fueron interrogados, torturados y acusados de “revoltosos” por un agente en turno, quien presentía que ellos serían los únicos “que se habrían salvado” del ataque a Ceylán, “y que venían a Cali a contar lo sucedido” (93). Después de negociar “el precio de la libertad”,

los emigrantes quedaron absueltos, pero a pesar de las circunstancias aterradoras que experimentaban, pudieron observar que en las cercanías, algunos “soldados del ejército nacional” supervisaban las atrocidades que en el retén se cometían.

Colmado de tolerancia y humildad, Don Andrés tomó el carro y observó a los soldados “sin inculparlos por la indiferencia mostrada ante los atropellos de la policía y el detectivismo” (99). El grupo prosiguió la marcha hacia la “Casa Liberal” pasando “frente a la base aérea, en cuyas garitas había soldados custodios. Dentro dormían los aviadores”. Mentalmente y “con la indignación que sienten los hombres de bien ante el atropello”, Don Andrés recordaba los hechos espantosos que se les atribuían a los pilotos, “sin comprender cómo era posible que la crueldad los dominara. Él sabía que en los Llanos Orientales de Colombia, en los llanos de Casanare y del Meta, los prisioneros transportados en los aviones eran precipitados, aventados desde miles de metros de altura, vivos y maniatados” (100). En efecto, Germán Guzmán Campo en *La Violencia en Colombia. Estudio de un proceso social*, menciona la denuncia que presentó un comandante de escuadrón a su superior por el lanzamiento aéreo de prisioneros vivos en la región de los Llanos orientales (1: 79). Esta situación anómala promovía la desconfianza de los ciudadanos hacía las entidades encargadas de resguardar la seguridad, y a su vez cuestionaban la integridad y las funciones de los miembros del ejército.

El estudio de Guzmán Campos vincula este comportamiento irregular de muchos militares con el dolor y el resentimiento provocado por la pérdida de sus seres queridos “a manos de violentos con agravantes de ilimitado sadismo” (1: 267). Por esta razón, cuando a los suboficiales y soldados se les asignaba el servicio en zonas distantes,

muchos de ellos partían a su misión embargados de profunda tristeza, y algunos entraban en un proceso que los contagiaba de “inmoralidad, crimen y sadismo” (1: 267). El resultado era siniestro, según comenta Guzmán, ya que esta colectividad que en tiempos pasados había sido “motivo de orgullo patrio” se había transformado en “agentes del terror” cometiendo crímenes atroces: “ellos también seducían mujeres, violaban doncellas, estupraban niñas, asesinaban chiquillos, robaban cosechas y semovientes, quemaban gente viva, incendiaban casas, devastaban zonas, se ensañaban contra inmuebles y gentes con furia apocalíptica y hasta jugaban con cabezas humanas” (1: 267). Para ejemplificar los desafueros perpetrados por las fuerzas armadas, en *El Basilisco en acción*, Testis Fidelis transcribe los testimonios de Carlos Torres Poveda, gobernador del departamento de Boyacá en aquel entonces, quien refiere que el campesino Agapito Gaitán, residente de Vega del Pauto, “fue crucificado sobre un tablón expuesto al sol y luego rematado por dos puntillones que le clavaron por los ojos”. Con la misma crueldad los militares se ensañaron contra Ramón Cachaí, campesino a quien “después de quebrarle los dientes con unas tenazas, le rebanaron con un cuchillo la planta de los pies y lo obligaron a caminar por sobre el piso regado de sal hasta que expiró de dolor (61). Usualmente los escenarios de estos atropellos y crímenes eran zonas rurales del país, lo cual originó que el campesinado identificara a los militares como un enemigo común; así se produjo el enfrentamiento entre “un Ejército Nacional y un Ejército Campesino” (Guzmán 1: 267).

Asimismo, el narrador de *Viento seco* comenta que en el ámbito de la Casa Liberal, los refugiados provenientes de diferentes poblaciones interactuaban refiriendo sus experiencias. Roberto Gómez, un desplazado del municipio de Andinápolis, le

comentaba a Antonio Gallardo la persecución que en su pueblo habían desatado “los agentes del terror” contra los ciudadanos liberales, a tal extremo, que “no quedaron con vida más de diez” (110). En relación a este asunto, Roberto pronunció sus opiniones:

El presidente actual quiere perdurar su partido en el poder, y, aconsejado por los jesuitas, se ha convertido en el jefe espiritual de las matanzas. Lo respaldan el Ministro de Gobierno, los Alcaldes, los Inspectores y los cuerpos de la policía y el detectivismo. Una maquinaria de horror que cuenta con la pasividad del ejército, que indiferente ve vaciar las cárceles de toda la república para engrosar con criminales comunes las brigadas de choque. (117)

Por lo anterior se deduce que las autoridades civiles y eclesiásticas, en complicidad con el gobierno conservador, no eran imparciales ni hacían respetar los derechos civiles de los liberales, proceder que desencadenó una situación de “gravedad máxima”, según palabras de Guzmán Campos. Del mismo modo, Carlos Pareja en *El Monstruo* afirma que la “maquinaria de horror” estaba integrada por “los peores elementos de las cárceles ... a los que se les ofrecían la libertad ‘y uñas libres’ para que le sirvieran al gobierno. Así, al lado del ejército regular, había un ejército de delincuentes uniformados, especialmente encargados de aplicar la consigna de sangre y fuego” (163). Ciertamente, sobre este asunto Guzmán Campos asevera que los individuos procedentes de las cárceles se uniformaban con respaldo de “los politiqueros de turno” a cambio de brindar “plena garantía al gobierno”. Estos uniformados también se convertían en “agentes del sectarismo”, en “agentes del terror” y actuaban según las órdenes de quienes los habían

recomendado, que por lo general eran individuos colmados de odio y de venganza (1: 257).

Pero el hecho que reafirma la suprema connivencia de “los agentes del terror” con el gobierno conservador fue el suceso ocurrido el 22 de octubre de 1949, cuando “gentes extrañas concurrían a la ‘Casa Liberal’ con motivo de la conferencia política anunciada”. El recinto se llenó y a las “siete y media de la noche empezó la conferencia”. Comenta el narrador que por la calle, una patrulla del ejército pasó, se detuvo brevemente, observó y siguió “hacia el Cuartel del Paseo Bolívar”. A sólo dos cuadras de la “Casa Liberal” estaba ubicado “el Detectivismo”, en donde se notaba una “gran actividad”. Allí “un grupo de detectives recibía las últimas instrucciones. Todos mostraban ese nerviosismo que precede a las grandes aventuras” (119). Por fin recibieron la llamada del “señor Gobernador” e inmediatamente salieron equipados con “sombrosos calados hasta las cejas y pañuelos anudados al cuello, listos para cubrir las caras, como antifaces” (119). En breve tiempo llegaron a la “Casa Liberal” y la confusión “fue espantosa”: “Los gritos y las carreras se mezclaban. Las mujeres lloraban y rezaban. Los hombres todos inermes, no opusieron resistencia.... El abaleo era incesante. Los agentes vaciaban sus armas y volvían a cargarlas serenamente. Hubo quien repitió la maniobra de recarga cinco y seis veces.... Los heridos y muertos se apiñuscaban” (120). Antonio y Marcela, en compañía de muchos otros, se tiraron al suelo boca abajo; algunos escaparon. “Cuando los criminales vieron agotadas sus balas, salieron precipitadamente, sin que nadie intentara oponerse.... El director de la matanza fue a informar a sus superiores” (120). Se hicieron muchas llamadas telefónicas desde una clínica situada en frente, solicitando la presencia

de “la Guardia del Batallón y del Comando”, pero éstos llegaron cuando ya había terminado el asalto.

La Policía igualmente ignoró las llamadas que clamaban por auxilio. Todos “protegían la retirada de los detectives, y mientras tanto los heridos se desangraban”. En el interior de la “Casa” reinaba el espanto; “la sangre empapaba el suelo polvoriento” (121). Marcela murió en el ataque y “de su sien derecha salía por un agujero pequeñín una trenza de sangre”. Finalmente, llegó una patrulla del ejército e iniciaron la recogida de muertos y heridos. Los heridos fueron trasladados al “Hospital San Juan de Dios”. La confusión seguía en la Casa Liberal; los soldados trataban de imponer el orden “a culatazos” y decidieron formar dos grupos: uno pasó “a manos del detectivismo y otro fue puesto en las de la policía. Antonio Gallardo quedó en este último” (122). Cuando Antonio llegó al recinto de la policía, ya estaban “hacinados como carga de leña en desorden, veintiocho cuerpos”. Casi todos “estaban desfigurados por los golpes”. La mayoría “presentaban la repugnancia de las mutilaciones. Los dedos sin uñas, arrancados con alicates y atravesados por agujas. Las bocas sangrosas con los dientes rotos y las encías abiertas (128). Comenta el narrador, que en el recinto la situación era “tenebrosa”; además de los “veintiocho cuerpos” hacinados, también había sobrevivientes “agonizantes” que emitían “quejidos” por el dolor que les provocaba la tortura.

Llegó el momento en que a Antonio “le tocó el turno” para el suplicio. Fue llevado a rastras al “segundo patio” que estaba cubierto por una “enramada”. Allí pudo contemplar que al lado derecho había “un paredón sembrado de impactos en el que se distinguía una silueta humana. Era la tapia en donde los agentes de la Seguridad tomaban puntería sobre los prisioneros”. En las sesiones de entrenamiento trataban de apuntar “a

partes vitales del organismo previamente discutidas: a la tetilla derecha o a la izquierda para terminar pronto, a un ojo o al agujero de la boca, al ombligo o a los genitales para demorar un poco más”. En el piso de cemento, al pie de la silueta, “la sangre rojiza fue dejando una mancha indeleble de color ocre”. Antonio fue torturado y flagelado con “alambres eléctricos”; los agentes terminaron dándole más de cien latigazos y “la sangre corría de la espalda lacerada, y del pecho, y de las piernas, y de la cabeza y de la cara” (129). También le dispararon “sobre los genitales”, y los guardias de la Seguridad “se sentaron complacidos por no haber errado tiro” (131). Por las noches, la carga de los muertos y sobrevivientes era arrojada al río en el empeño por deshacerse del cuerpo del adversario.

El análisis anterior refleja la manera cómo operaban los “agentes del terror” en las confrontaciones con los contrarios. En referencia a este asunto, Carlos Lleras Restrepo en *De la república a la dictadura*,⁹³ afirma que “todos los nombrados son elementos incondicionales del señor Gómez y conocidos por su espíritu violento y sectario”. Agrega que “fueron sus hombres de confianza los agentes de la violencia; él, quien inventó las teorías para justificarla. . . . La verdad es que Ospina y Gómez son solidarios en la atroz empresa que condujo al derrumbe de las instituciones y a la desolación de la república” (279). Las citas analizadas en este aparte evidencian la enorme descomposición de las instituciones policiacas y del ejército, como también demuestran el rol que desempeñaron conjuntamente en el desarrollo de la violencia política.

3.3.2 Organizaciones del terror

Una de estas organizaciones era conocida como “Los Pájaros”, los cuales “ejecutaban la muerte por encargo” y actuaban “a sueldo de políticos, terratenientes y comerciantes, o por cuenta propia, pero en todo caso con la tolerancia o complicidad de las autoridades” (Sánchez, *Guerra* 34). Este grupo organizado se originó en el departamento de Caldas y se fortaleció posteriormente en el departamento del Valle. Según Guzmán Campos, los afiliados al grupo contaban “con la anuencia de las autoridades, policía, detectivismo y la venalidad de los jueces”. Muchos ostentaban posiciones notables en gobernaciones y alcaldías que les permitía montar “la mecánica política” contra “comités y directorios municipales”, exterminando con sus manos a “los miembros liberales de estos organismos con precisión cronométrica” (1: 165). En otras palabras, “la organización era muy vasta, abarcaba desde el simple ejecutor material del delito, magníficamente adiestrado, hasta el profesional y el alto empleado de gobierno o de partido” (1: 169). Las asignaciones para eliminar a alguien constituían un “trabajo” por el cual se convenía pagar una tarifa. Por arredo, los crímenes no se denunciaban quedando todos en la impunidad y en el olvido.

Los datos recopilados por Guzmán Campos afirman que los “Pájaros” poseían una logística altamente estructurada que les garantizaba la protección por parte de personas influyentes, disponían de servicios de ambulancia en casos necesarios, tenían casas habilitadas para el reposo y sabían de guaridas donde recluirse después de ejecutar sus fechorías. En términos de Guzmán, esta organización era “un Ku Klux Klan criollo de fichas intercambiables que van siempre ‘volando’ de un lugar a otro” (1: 166). Todos los integrantes de la banda poseían un record delictivo interminable, y con su adiestramiento

criminal, lograron eliminar a muchos jefes liberales bajo la consigna de realizar la violencia “por lo alto”. Los sujetos más célebres y reconocidos eran León María Lozano, apodado el “Cóndor”, “Pájaro Azul”, “Pájaro Verde”, “Pájaro Negro”, “Lamparilla”, “Turpial” y “Bola de Nieve” (Guzmán 1: 165). Gustavo Álvarez Gardeazábal inmortalizó las maniobras de León María Lozano en el relato *Cóndores no entierran todos los días*, donde anota que León María era “el jefe de la banda asesina” (81), y éste logró implantar “un poder y una gloria tan extraños” que para medirlo era necesario contar “las hileras de cruces en el cementerio” (116). Gardeazábal asegura que el poderío de las autoridades gubernamentales se equiparaba a la potestad que poseían los miembros de la “pajarería”, como se le llamaba a la banda. De este modo, las ocupaciones de ambos grupos llegaron a fusionarse, y el resultado fue que “el gobierno era igual a los pájaros y los pájaros eran algo igual al gobierno” (121).

Viento seco reseña los pormenores de la participación de los “pájaros” en el asalto al pueblo de Ceylán. En esa maniobra la cuadrilla logró aglomerar a un grupo de campesinos que “habían sido enlazados y traídos a rastras por las calles, que con sus piedras cortaron las ropas y desgarraron las carnes. En la manada humana habían fallecido más de diez y otros agonizaban sin saber aun lo que pasaba” (64). Los labriegos, horrorizados e impotentes, pedían clemencia a gritos, pero “Lamparilla”, el jefe de esa pajarería, ejerció sus funciones de líder y prosiguió con lo siguiente:

... les ordenó a unos detectives y policías que hicieran subir a los detenidos en los camiones. Y los hombres con la obediencia que da el miedo, subieron. En tres camiones apiñaron a golpes ciento cincuenta prisioneros, que se asfixiaban por el apiñuscamiento.... Los moribundos y

los cadáveres fueron hacinados a pocos pasos, rociados con gasolina e incendiados. (64)

Algunos detenidos lograron escapar del infortunio, pero “Lamparilla”, con el adiestramiento y la precisión que poseía para manejar el arma, disparó una sola ráfaga y dio muerte a los fugitivos. En el lugar de los hechos, otro integrante de la banda llamado “Pájaro Azul” quiso desafiar la puntería de “Lamparilla”, haciéndole una apuesta de “quinientos pesos a que también los bajaba a todos sin apuntar” en una próxima ocasión. La banda, manteniéndose cerca del hacinamiento, contemplaba la fogata humana y podían distinguir que “todavía se movían algunos cuerpos”. Tales proezas eran motivo de festejos en los que “reían a carcajadas y empinaban el codo. Bebían licores robados en las tiendas de los caminos que habían transitado” (65). En relación a las labores de pillaje, Guzmán Campos relata que esta faena era muy común en los parajes rurales, y consecuentemente los gamonales de las regiones del Valle y Caldas se enriquecían “comprando café robado por ‘pájaros’”. A manera de trueque por la mercancía les daban “alpiste”, lo cual significaba “facilitarles armas, drogas, dinero...” (1: 166).

Por lo general, al término de una operación, usualmente se programaba el inicio de otra a la que se sumaban “otros camiones, automóviles y ‘jeeps’ repletos de ‘pájaros’”. Así, desplazándose en caravanas, hacían un recorrido por diferentes pueblos a los que incendiaban, dejando devastados “las huertas, cafetales, potreros y maizales” (67). En una de estas jornadas y en un trecho cercano al río Bugalagrande, “los pájaros” hicieron una redada de campesinos que suscitó “verdadera ansia, porque los cautivos eran pocos – sólo ciento cincuenta-, y era necesario repartírselos en forma que ninguno quedara sin actuar” (69). Las misiones requerían la intervención de todos los integrantes del grupo

porque “¿cómo aguantar las cuchufletas si no intervenían?”. Era preciso demostrar sus habilidades para ganarse el respeto y la admiración de sus camaradas; entonces colmados de entusiasmo se lanzaban al desafío con el deseo de conseguir el estrellato: “era menester encarnizarse para tener fama de macho. El más cruel era el más hombre. Y todos querían rivalizar. ‘Pájaro Azul’, ratero y asesino de profesión, impuso la tónica”. De esta manera, mostrando las dotes de un titán, “cayó con saña infernal sobre un hombro de acero y le pinchó hasta que sus gritos tuvieron modalidad espectral”. El llanto y los chillidos desgarradores de la víctima “le satisficieron plenamente”, y terminó su hazaña exclamando que “así sí valía la pena” (70).

Los “pájaros” igualmente operaban en el perímetro urbano infundiendo el terror en todos los medios. En los días en que Antonio Gallardo vivía como refugiado en la Casa Liberal, “solicitaba empleo por todos los rincones de Cali”. Por el contrario, su esposa Marcela, “enquistada en su dolor”, permanecía en el lugar de refugio con el resto de “desheredados”, pero ella “acentuaba su congoja hacia las siete de la noche porque tenía el temor de que los ‘carros fantasmas’ mataran a su Antonio.... Bien sabía por las narraciones diarias, que los ‘carros fantasmas’ eran automóviles del gobierno” que salían por las noches a patrullar las calles con el objetivo de “cazar rojos”. La misión terrorista de la banda “se cumplía a diario disparando sobre los transeúntes” (116). La actividad de “cazar rojos” presumía eliminar a los ciudadanos de afiliación liberal. Esta tarea ciudadana igualmente la realizaban los “pájaros” en coalición con los detectives y civiles armados. El grupo contaba, según las aserciones de Guzmán, “con automóviles y ‘flotas’ de carros comprometidos en la depredación, con choferes cómplices en el crimen, particioneros del despojo” (1: 165). Es oportuno recalcar que en sus inicios las operaciones de los

“pájaros” estaban circunscritas a los departamentos de Caldas y del Valle, pero con el progreso de la violencia sus acciones se desplegaron a otras latitudes como fueron los territorios del Tolima, Huila, Boyacá y los Llanos orientales.

Los “Chulavitas” era la otra banda armada que logró alcanzar reconocimiento en el proceso de eliminación de los contrarios. Su nombre provenía del Chulavo, sección del municipio de La Uvita, en el departamento de Boyacá. En palabras de Paul Oquist, “este sitio simbolizaba los reclutamientos masivos de policías de áreas de minifundio archiconservadoras... donde la absoluta lealtad y obediencia al partido y a la Iglesia, eran valores fuertemente respetados”. Según la opinión de Oquist, los liberales abominaban y temían a la “policía chulavita” porque mostraba una índole “implacable en su empeño por alcanzar lo que ella consideraba la santa cruzada contra el paganismo liberal”. La naturaleza altamente sectaria de este organismo determinó que se convirtiera “casi por completo en un cuerpo conservador armado” (258).

Viento seco también ofrece pormenores de las acometidas de “los chulavitas” en diferentes poblados, acciones que algunas veces sucedían simultáneamente con la de “los pájaros”. En el pueblo de Ceylán, mientras la “pajarería” encendía fuego y la “aldea estaba llena de candelazos y ruido de disparos, los chulavitas también atacaban” (50). Muchos de los integrantes de la banda usaban seudónimos y apelativos que revelaban la crueldad de su carácter. Uno de ellos era “‘El Chamón’, chulavita negro amoratado como el ave que le había dado su nombre, defecaba en la boca de un agonizante. ‘El Descuartizador’ se encargaba de torturar y despedazar a sus víctimas haciendo uso de un ‘cuchillo de matarife’” (60). Otro de ellos era conocido con el apodo de “El Vampiro”. El narrador refiere que en un anochecer, en el pueblo de Bolívar, localizado al norte del

departamento del Valle, este sujeto entró a un cafetín donde un “parroquiano solitario bebía una taza de tinto”; se acercó a él y le dijo que se tomara una cerveza porque en diez minutos iba a morir.

La sentencia de muerte hizo que el condenado se petrificara de sorpresa y de temor; quiso pronunciar una palabra, pero en respuesta “un disparo salió del revolver” del acosador. La víctima “empezó a doblarse sobre el asiento y un hilo de sangre bajó a mojar la camisa. El asesino tuvo un fulgor destellante en su mirada, se abalanzó sobre el moribundo, succionó con fuerza la herida y deglutió la sangre. Ese día se llamó ‘El Vampiro’” (66). Otro miembro apodado “La Hiena”, también cometía crímenes atroces acompañados por “sus ritos de magia negra” (70). Este individuo participó en las matanzas de “Betania, de Fenicia, de Salónica, del Dovio, de La Primavera, de Andinópolis, de Restrepo, de la Tulia y del Aguila”, y logró adquirir gran destreza en la extracción de las vísceras de sus víctimas (71).

La novela *El Monstruo*, de Carlos Pareja, igualmente describe las imágenes del sectarismo radical practicado por esta banda organizada. Muchas de las páginas testifican que “los asaltos del chulavitismo eran innumerables y sangrientos en los poblados de la región, en donde se sabía que las gentes no estaban con el gobierno”. Con frecuencia “invadían las aldeas del llano, expulsando a los campesinos de sus ranchos, si no los asesinaban, y reteniendo sus haberes, sus mujeres y sus hijas, a las que violaban primero y, si no consentían en seguirlos, mataban después” (158). El narrador de *El Monstruo* comenta que en una de las invasiones al poblado de Cunday, departamento del Tolima, los chulavitas se aseguraron de formar “dos filas, una a la izquierda, para los enemigos del gobierno y otra a la derecha” para los simpatizantes conservadores. En estos

momentos los líderes de la maniobra les dictaminaron a los opositores del gobierno dar “la espalda a los policías”, para luego dispararles vertiginosamente con ametralladoras. En breve tiempo, “ciento veintisiete quedaron muertos a la segunda descarga”. Tres de ellos sobrevivieron y fueron finalizados con un machete (162). Este acontecimiento lo corrobora Guzmán Campos, quien expone el suceso de esta manera:

El 15 de febrero de 1953, entre las ocho y nueve de la mañana, la banda ... ordena que todos los habitantes se congreguen en la plaza sin exceptuar mujeres y niños. Allá acuden hasta las parturientas y los enfermos. En una fila forman a los varones liberales, en otra a los conservadores. Registran minuciosamente las casas forzando cerraduras de alcobas y baúles. Es un saqueo de vándalos. A don Luis Vieda, hombre principal, le roban joyas, ahorros, víveres y mercancías. En seguida mandan a las mujeres, los niños y los conservadores que se retiren a sus casas y permanezcan encerrados. A los hombres maduros y a los adolescentes liberales los obligan a marchar en fila india por la vía que conduce a Villarrica; son como ciento cuarenta. A un anciano ciego que caminaba con dificultad lo ultimaron primero. A otros los masacraron durante la marcha y al resto los mataron a orillas del río Cuiñe. (1: 236)

Según Guzmán Campos, el hecho adquirió relevancia “porque lo testimonia un conservador honesto que fue testigo y que con airada voz condenó el genocidio” (1: 236). Los pormenores comentados revelan que las bandas organizadas de los “pájaros” y los “chulavitas”, que integraban la nombrada “policía política”, infundieron el terror en las zonas urbanas y rurales del país cometiendo asesinatos, apropiándose de los “haberes” de

las víctimas, violando a “sus mujeres y sus hijas”. Además, se demuestra que estas “organizaciones del terror” fueron cómplices incondicionales en la implementación de la consigna “sangre y fuego” establecida por el presidente conservador Laureano Gómez con el fin de aniquilar a los ciudadanos de orientación liberal.

3.3.3 Rituales del terror

En el período “clásico” de violencia política (1946-1953), cuando “las fuerzas públicas” de los Gobiernos conservadores “arrasaron las tierras pobladas por campesinos liberales”, las acciones bélicas comprendían una “enorme carga simbólica” (Meertens 238). Gonzalo Sánchez asevera que en los actos de eliminación de los contrarios había “una liturgia y una solemnización de la muerte, que implicaban un aprendizaje de las artes de hacer sufrir”. El objetivo no se limitaba sólo a causar la muerte, sino que el procedimiento tenía que obedecer “también a una lógica siniestra, a un cálculo del dolor y del terror”. En estos casos, “el despojo, la mutilación y la profanación de los cuerpos eran una prolongación de la empresa de conquista, pillaje y devastación del territorio enemigo” (*Guerra* 34). Las aseveraciones de Sánchez cuentan con el respaldo de Donny Meertens en su artículo titulado “Víctimas y sobrevivientes de la guerra: tres miradas de género”, en el que cita las declaraciones de una mujer del departamento del Tolima, quien explica que “a todos los mataron, los trozaron, poco a poco, los cortaron en pedacitos y los pedacitos brincaban. Cuando amaneció había muertos por todas partes” (239). La novela *Viento seco* ofrece una réplica de este suceso.

El narrador describe cómo los chulavitas efectuaban sus ataques en diferentes municipalidades estando poseídos por una excesiva crueldad. Mientras experimentaban

este estado psíquico, a los prisioneros “les cortaban la piel en largas tiras, les amputaban dedos, brazos y piernas, les pinchaban los ojos, les mutilaban la nariz, les arrancaban la lengua, les hendían el vientre con yataganes y machetes y les emasculaban” (70). Este corte “en pedacitos” respondía a la consigna “*picar para tamal*”, nombre que se relaciona con la técnica de cortar la carne menudamente para conformar el “conocido plato popular”. A las víctimas que se les aplicaba esta táctica tenían que ser recogidas “con garlancha” (Guzmán 1: 227). El método de tajar la piel en “largas tiras” se expresaba con el verbo “*bocachiquiar*”, término que deriva del nombre de un pez llamado “bocachico”, que por poseer número ilimitado de espinas, es necesario sajarlo finamente para facilitar la ingestión.

En la trama de *Viento seco* tienen resonancia otro sinfín de hechos criminales, que en términos de Guzmán Campos, “marcan una parábola progresiva hacia la atrocidad y el sadismo” (1: 225). Uno de esos acontecimientos lo describe Roberto Gómez mientras sostenía una conversación con Antonio Gallardo en la Casa Liberal. Estos son los detalles que ofrece sobre el suceso:

Los chulavitas cayeron sobre esos poblados convertidos a la fe evangélica y los arrasaron. Fue horrible. Yo me guarecí en el zarzo de un gallinero desde donde vi los asesinatos del pastor Davison y de la familia a su servicio. Con ellos se cebaron más que con el resto de los moradores.... Como la madre estaba embarazada, le dieron una cuchillada en el vientre por la cual salió el feto de seis meses, que pataleaba. Uno se acercó y lo ensartó en el machete... y luego se lo puso en la cara a la agonizante.... El pastor Davison veía maniatado, de rodillas, perpetrar el crimen. (111)

En este “cataclismo purificador”, como lo denomina Daniel Pécaut en sus “Reflexiones sobre la violencia en Colombia” (37), las madres eran exterminadas por albergar en su vientre el germen de la reproducción, y por consiguiente se les consideraba “como actuales o potenciales procreadoras del enemigo odiado” (Meertens 239). En relación a la “cuchillada en el vientre” de la madre embarazada, los opresores daban muerte a los fetos con la intención de “*no dejar ni la semilla*” de aquellos que simpatizaban con el bando opuesto. A muchas mujeres las despojaban de sus hijos “despedazándolos en su presencia; o les desprendían el feto de la entraña palpitante, presentándolo luego al padre, antes de ultimarlos” (Guzmán 1: 228). Asimismo, a las niñas y a las jóvenes solteras se les perforaba el útero para anularles el don de la procreación, tal como le sucedió “a la hija de Juan Velásquez” en el asalto a Ceylán, quien “estaba clavada, con un machete que le atravesaba el vientre, al entablado del corredor de su vivienda” (60). El proyecto de erradicar a los contrarios y “*no dejar ni la semilla*”, igualmente conllevaba la castración de los hombres.

Uno de los episodios de *Viento seco* comenta, que cuando “los pájaros” incendiaron el caserío de Ceylán, “los peones habían sido castrados y de sus bocas arrancadas las lenguas” (58). En otro pasaje que detalla la irrupción de los chulavitas en el poblado de Andinópolis, el narrador describe que un socio de la banda se acercó a uno de los moradores “y le desgarró las ropas, lo emasculó de un golpe y le puso los genitales en la boca, al tiempo que le decía: ‘Máscalos, protestante asqueroso’” (111). Con la práctica de la emasculación igualmente se le negaba “al hombre del bando opuesto el derecho a la procreación”. Los hombres adultos no eran las únicas víctimas de este procedimiento; era también un método que se perpetraba en los niños. Según los datos

suministrados por Guzmán Campos, en los incidentes ocurridos en los municipios de El Cocuy y Palchacual, localizados en el departamento de Boyacá, “fueron emasculados 26 párvulos” por los agentes del gobierno (1: 228).

Del mismo modo, el chulavita apodado “El Descuartizador”, que como su nombre indica, era perverso y feroz, se satisfacía escuchando los gritos de sus víctimas. A uno de ellos, que era el “jefecillo liberal” de la vereda, “le torturó largo rato, con destreza inigualable. Le cortó los dedos de las manos y de los pies, le mutiló la nariz y las orejas, le extrajo la lengua, le enucleó los ojos y a tiras, en lonchas de grasa, músculos y nervios, le quitó la piel” (60). El narrador describe las escenas de violencia con un lenguaje sin atenuantes; se despoja de todo eufemismo que pueda mitigar el dolor y el sufrimiento de la víctima. Esta cita merece desglosarse para descifrar la simbología de los elementos que la integran. Para comenzar, y poniendo el enfoque en el cercenamiento de “los dedos de las manos”, esta supresión priva al hombre de múltiples funciones, entre ellas, de las facultades de “palpar” y “agarrar”. Las consideraciones de Elías Canetti aseguran que el palpar “quizá sea lo que más se teme”, y ejemplifica su teoría diciendo que “basta sentir sobre el hombro la mano del que tiene potestad para el arresto: por lo común uno se rinde, aún antes de llegar a ser propiamente asido. Uno se doblé, se deja llevar; uno se comporta controladamente” (214). De igual forma confirma que la mano es “el símbolo propiamente dicho del poder”, ya que los dedos pueden ejercer presión y contraerse en torno a lo asido, y esa presión “puede acrecentarse hasta aplastar” cualquier objeto aprehendido. El poder atribuido a la mano da origen a muchas expresiones pronunciadas frecuentemente en todas las lenguas: “Lo puso en sus manos”; “Estaba en sus manos”; “Está en la mano de Dios” (215).⁹⁴ Adaptando los postulados de Canetti a la rivalidad

bipartidista, el ciudadano liberal, desprovisto de “los dedos de la mano”, era un ser carente de poder, destinado a la dependencia y a la subordinación; por consiguiente, el liberal que quisiera evitar esta condición, tenía que “rendirse”, “doblegarse”, “dejarse llevar” por los designios del conservador; tenía que “ponerse en sus manos”. Si rehusaba adaptarse al sometimiento, sería “aplastado” en las manos de los “agentes” y de “las organizaciones del terror”.

Prosiguiendo con la mutilación de las orejas, conocido en la tanatomanía como “*corte de oreja*”, se ejercía con el fin de certificar el número de asesinatos cometidos por quienes las presentaban. Cuenta el narrador que “los chulavitas coleccionaban orejas e imitaban a aquel sargento que exhibía, como mérito para un cargo público, cuarenta orejas de adversarios conservadas en un frasco con alcohol” (128). En efecto, Guzmán Campos ofrece testimonios que aseveran el uso de este método en el poblado de El Líbano, departamento del Tolima, donde un polizone “exhibió dentro de un tarro los trofeos abominables por calles y tiendas” como muestra de su efectividad en la campaña para suprimir a los contrarios. Además, comenta que un alto oficial del ejército exhortaba a sus “pupilos” a efectuar este tipo de maniobra pronunciando reiteradamente el lema “A mí no me traigan cuentos. Traíganme orejas” (1: 229). Continuando con la extracción de “la lengua”, la acción tenía como finalidad anular “la palabra del otro”; sin duda la supresión del órgano despojaba al hombre de la habilidad de articular sus pensamientos y emociones. En algunos casos la lengua servía para la ejecución del “*corte de corbata*”, que consistía en hacer “una incisión por debajo del maxilar inferior por donde se hacía pasar la lengua de la víctima” quedando izada sobre el cuello.

Del mismo modo, las heridas provocadas en los “músculos y nervios” de la región del cuello tenían la finalidad de facilitar el “*corte de franela*”, el cual desplazaba la cabeza hacía atrás mostrando un profundo orificio en la zona del cuello. En ciertas ocasiones la total decapitación de la víctima permitía colocar otro miembro del cuerpo en la apertura de la garganta; en otros casos, se acomodaba la cabeza entre las manos, sobre el pecho o sobre la región del pubis. Esta última técnica se conocía como “*corte de mica*”, nombre que provenía de las aventuras de “un cacharrero” que se apareció con “una mica (simia)” en el poblado de Ríoblanco, departamento del Tolima, y desde su llegada infundió sospechas que contribuyeron a darle el calificativo de “espía”. Al día siguiente el individuo “amaneció asesinado y con la cabeza del animalito sobre el pecho” (Guzmán 1: 229).

Al acto de quitar “la piel” se le asignó el nombre de “empalamiento”, y el fundamento era “desollar viva a la persona desde la espalda hacía delante hasta nivel de pecho y rostro”, quedando la víctima con una imagen espectral y aterradora (Guzmán 1: 232). Los rituales mencionados marcaban y transformaban los cuerpos de las innumerables víctimas, y a su vez contribuían al montaje de lo que Gonzalo Sánchez llama el “escenario del terror”, el cual debía “ser visible” para lograr “transmitir el mensaje de intimidación”. Así se manifestaban “ciertas preferencias espaciales”, como eran “el cruce de caminos, el paso de los ríos, los montículos reconocidos en la región o el vecindario” ((*Guerra* 35). Sobre esta temática, Ileana Diéguez prestando el término “necropoder” de Achulle Mbembe,⁹⁵ crea un nuevo giro lingüístico llamado “*necroteatro*” con el que aborda el tema de las “escenificaciones, performatividades o teatralidades” de esa violencia que se despliega “entre distintos grupos por el control de

los territorios”. En su artículo “Los cuerpos de la violencia y su representación en el arte”, Diéguez enlaza el “*necroteatro*” con las escenas donde “los fragmentos corporales” son lanzados “al espacio público y dispuestos de manera que comuniquen un relato, una idea, un mensaje”.⁹⁶ El desmembramiento de los cuerpos tenía como finalidad anular la identidad de las víctimas y asimismo degradarlas ante los ojos de los demás. El mensaje que se pretendía propalar era el del terror.

Similar a las sugerencias de Gonzalo Sánchez, para Diéguez el “*necroteatro*” tiene la intención de “poner ante los ojos la evidencia espectacular del sufrimiento, la escena aterradora de un discurso de poder que aniquila el cuerpo humano en vida y *post mortem* con propósitos aleccionadores”. Según Diéguez, los cuerpos de la violencia son “cuerpos irreversiblemente dislocados”, lo cual produce imágenes que “constituyen el emblema más poderoso para el ejercicio del miedo”.⁹⁷ Es obvio que “la evidencia espectacular del sufrimiento” tiene que exhibirse en el “escenario del terror” para lograr intimidar y coaccionar a los adversarios políticos. En el entramado de la violencia, el dolor de las víctimas no puede ser ni individual ni íntimo; todo lo contrario, tiene que emitir un mensaje ilustrativo que debe ser interpretado por el enemigo; por la colectividad del bando opuesto; en este caso, por el ciudadano de orientación liberal.

Los crímenes sexuales igualmente se registraban con frecuencia en los poblados donde intervenía la “policía política”. Estos actos por lo general se consumaban aplicando una alta dosis de morbosidad y de sadismo. El narrador de *Viento seco* reseña que después del asalto efectuado por “los pájaros” en Ceylán, “a través de las ventanas de las casas no incendiadas todavía se observaba el macabro espectáculo de los maridos castrados, obligados a presenciar la violación de sus esposas e hijas” (60). La residencia

de Antonio Gallardo también fue escenario de los abusos contra la servidumbre. Dos de las mujeres “presentaban en vez de pechos dos heridas que manaban trenzas de sangre. Ambas habían sido violadas y hendidas con bayonetas” (58). Asimismo, “El Descuartizador”, después de la tortura que sufrió una de sus víctimas, se apresuró “para alcanzar a una mujer que corría y se contentó con cercenarle los pechos y hendirle el sexo. Y entre las contracciones de la muerte, la poseyó” (61). La morbosidad no tenía límites, ni siquiera “entre las contracciones de la muerte”. El ritual recalcaba el grado máximo de posesividad y supremacía que el malhechor ejercía sobre sus víctimas.

Por otro lado, en los instantes en que el ataque a la población se “concentraba en la plaza”, por las callejuelas del poblado “docenas de niñas violadas eran asesinadas” (63). En la irrupción ejecutada por los chulavitas en la casa del pastor Davison, “a la criada y a dos niñas las violaron unos veinte policías. Después les enterraron las bayonetas por el sexo y les cortaron los pechos” (111). Efectivamente, los testimonios recopilados por Guzmán Campos revelan que “impúberes de 12 y 13 años aparecían violadas infamemente por cinco, diez y hasta quince forajidos y cobardes” (1: 234). Por lo general, los actos de violación los realizaban siguiendo una rutina: primeramente maniataban a los hombres forzándolos a servir de espectadores, y después proseguían con la violación de las mujeres. También se registraron innumerables sucesos en donde después de las violaciones, las mujeres soportaban “en silencio el asesinato a sangre fría” de sus padres, esposos, hermanos e hijos (Uribe, *Antropología* 82). En estos casos la tortura se impartía por cuota doble; ningún miembro de la familia lograba escapar de la calamidad.

En la trama de la novela, Cristal, quien era otra refugiada en la Casa Liberal, tampoco pudo escapar de estos abusos sexuales. En un momento de interacción con Antonio Gallardo, ésta le comentó que “vivía de maestra en una vereda de Armero”, departamento del Tolima, y un viernes “llegó una comisión oficial que recorría los campos. Interrumpieron la clase y me llevaron aparte. Eran diecisiete hombres, un piquete de policía. Cuando les mostré la escuela me obligaron a que les abriera la puerta de mi cuarto, dentro del cual me metieron y abusaron de mí uno después de otro...” (154). Cristal quedó “confundida, deshonrada”, “llena de vergüenza”, y prefirió mantenerse distanciada de sus padres. Fue entonces cuando se dirigió a la ciudad de Cali para refugiarse en la “Casa Liberal”, lugar donde podía ocultar y compartir su desdicha con el resto de “los desheredados y de los perseguidos” (104).

Conforme al parecer de Donny Meertens, los actos de violación expresaban “no sólo el deseo de máxima dominación masculina sobre el género opuesto, sino también, como en muchas otras guerras, la máxima humillación y la expresión del más absoluto desprecio hacia el enemigo y toda su colectividad” (240). Eric Hobsbawm complementa las observaciones de Meertens en su estudio titulado *Bandidos*, en donde menciona los comentarios de una joven colombiana intimidada por unos malhechores: “Decían que nos hacían todo esto para que no habláramos de tanta vergüenza y para mostrar de lo que eran capaces” (157). Hobsbawm infiere que la violación en estos casos, además de ser un mecanismo para infundir miedo y horror, cumple con las funciones de silenciar y aleccionar a las víctimas.

Como indican algunos pasajes ya citados, los cortes y descuartizamientos practicados en las víctimas facilitaban la reubicación de los órganos corporales en un

nuevo orden. Así, a los hombres después del proceso de la castración, se les colocaban “los genitales en la boca” ordenándoles que los masticaran. Los fetos recién sacados del vientre de la madre se emplazaban “en la cara a las agonizantes”. La realización del “*corte de corbata*” permitía situar la lengua “sobre el cuello”. Los “brazos y piernas” amputadas eran colocadas dentro del tronco después de extraerle las entrañas, logrando confeccionar el llamado “*corte de florero*” (Guzmán 1: 228).

En relación a estas alteraciones orgánicas, María Victoria Uribe en su estudio antropológico *Matar, rematar y contramatar*, analiza la multiplicidad de estos sucesos sádicos y declara que en estas masacres el cuerpo “sufría una profunda transformación” que afectaba la cabeza, el tronco y las extremidades. La mencionada transfiguración planteaba un nuevo orden “que a nuestros ojos es la imagen misma del desorden” (187). Los mecanismos de ese nuevo orden colocaban “afuera lo que es de adentro” y ponía “arriba lo que es de abajo y viceversa”; es decir, exhibían lo más íntimo del ser, a la vez que subvertían la disposición natural de todo orden corpóreo. Según Uribe, del grado de manipulación que ejercieran los opresores sobre la vida de los otros, incluyendo su intervención directa sobre “el sistema de clasificación corporal”, de allí emanaban su poder y su omnipotencia (191). Era obvio que esta intromisión anatómica potenciaba el pánico que los opresores querían infundir, mayormente en el campesinado, grupo que por lo general era de orientación liberal.

Si se tiene en cuenta la secuencia que sugiere el título del texto *Matar, rematar y contramatar*, en estos “rituales del terror” el cuerpo pasaba por tres etapas: en la primera se le privaba del derecho a vivir, en la segunda se le infligían huellas codificadas, y en la última se le reordenaban los órganos de una manera particular. Uribe relaciona de manera

directa “los rituales” efectuados en las masacres con el ejercicio de “extremo poder”. Fue así que ejerciendo ese “extremo poder”, la policía, el ejército y las bandas organizadas al servicio del gobierno conservador lucharon por establecer su predominio político, particularmente en zonas rurales donde había “paridad bipartidista” y donde, en términos de la lógica campesina, “era imposible una regulación no violenta de los conflictos” (187).

Las premisas de María Victoria Uribe pueden asociarse con las reflexiones de la socióloga Elsa Blair en “La política punitiva del cuerpo: economía del castigo o mecánica del sufrimiento en Colombia”. Blair, basándose en el señalamiento que hace Foucault, de que “las relaciones de poder penetran en los cuerpos”, afirma que existe una relación “entre el cuerpo y la violencia producida en las guerras”. Según Blair, este planteamiento se aproxima al tema del “poder y la soberanía”, sin embargo, aclara que no se trata “de una soberanía sobre los territorios, sino sobre las poblaciones”, lo cual permite considerar el cuerpo como un espacio específico donde “se vive y se transmite el poder”. Esto confirma la relación que hay entre “cuerpo y violencia” a la vez que expresa el nexo entre “la vida, la muerte y el poder” (42). En el caso de la violencia en Colombia, los conservadores declaraban y afianzaban el “poder y la soberanía” ejerciendo una violencia brutal sobre los cuerpos de aquellos que no se adaptaban a sus ordenamientos políticos. Bajo esta norma, los contrarios, es decir, los seguidores liberales tenían que ser castigados, torturados, mutilados, descuartizados haciendo uso de “una política punitiva del cuerpo”, según la denominación de Foucault en *Vigilar y castigar* (98-107).⁹⁸ Para Blair, esta perspectiva confirma “el carácter político del cuerpo”, que modifica, sustancialmente, “el problema de la soberanía, y con ella, el problema del poder”, ya que

pone al descubierto los “lugares no territoriales y, sobre todo, no estatales” donde éste se instala y reproduce “las lógicas del entramado político” (44).

De otro modo, las percepciones del antropólogo Pierre Clastres expuestas en *La sociedad contra el Estado*, y basadas en los rituales iniciáticos de los indios guayaquí, declaran “que las cicatrices dibujadas en el cuerpo es el texto inscrito de la ley” e incesantemente les recordará el dictamen de la misma, razón que lo indujo a confirmar que el cuerpo “es una memoria”. Según Clastres, los rituales llevan implícito una “pedagogía de afirmación” que les recuerda la pertenencia a un grupo. Todos están “irreversiblemente marcados” y no podrán olvidarlo (160). En el caso de la violencia colombiana, las marcas indelebles que “la policía política” grababa en los cuerpos de los liberales, les recordaba que eran “masones”; “gente de mala índole”; que eran parte de “una masa amorfa, informe y contradictoria” que se comparaba con ese monstruo de épocas pretéritas llamado “el Basilisco” (Tirado, “Siglo y medio” 176); que eran como bestias míticas que mataban con solo la mirada. Les rememoraba a los contrarios que debían abjurar de las ideas liberales y someterse al régimen conservador, que se proclamaba como asiduo defensor del honor, del tesoro y de los ideales aristócratas y tradicionales de la patria.

Por último, Anthony Sampson en sus “Reflexiones sobre la violencia, la guerra y la paz” hace un análisis sobre “la agresividad humana” fundamentándose en “la tricotomía lacaniana de lo imaginario, lo simbólico y lo real”. Allí asocia “esta violencia propiamente dicha” con “el goce de matar”, dimensión que “pertenece a lo real”, ya que “está representada por el goce infame del desmembramiento del cuerpo humano, el empeño por hacer retornar el cuerpo del otro al tiempo antes de la unificación especular,

que resulta tan repugnante –y tan fascinante- a todos los seres humanos. La fragmentación del cadáver, con el horror y asco que suscita, es, pues, la expresión máxima del goce de matar” (95). Este “gocce de matar” implica actos de “crueldad, sevicia y horror”, tales como los efectuados por los “agentes” y las “organizaciones” del “terror” durante este periodo de violencia política. Aquí se efectúa la destrucción total del cuerpo, por lo tanto, en este caso lo real destruye la relación con lo imaginario y lo simbólico.

3.3.4 Instrumentos del terror

Cuando se pretende ocasionar una dosis de dolor, “el arma de fuego puede resultar demasiado expedita”. No causan igual impacto los muertos a balazos, que los que han sido ultimados a machete, a cuchillo o a garrote. Los instrumentos mencionados, que tienen familiaridad con el mundo de la carnicería, fueron utilizados por los “agentes” y las “organizaciones” del “terror” para practicar los desmembramientos y las mutilaciones en las innumerables víctimas del conflicto político. En adición a los mecanismos nombrados, de igual manera “el incendio, de reiterada ocurrencia, constituía la máxima expresión de la teatralidad del terror” (Sánchez, *Guerra* 35). El narrador de *Viento seco* sugiere de manera tácita el uso de estos implementos. Sin embargo, se presentan episodios donde se nombran explícitamente.

En el asalto al poblado de Ceylán, el chulavita apodado “El Descuartizador” logró torturar al “jefecillo liberal de la vereda” pinchándolo “con un afilado cuchillo de matarife”. Mientras este hecho se efectuaba, otros “pájaros” circulaban en camiones para atrapar a los campesinos que se daban a la fuga, y luego trasladarlos a “las oficinas del gobierno” localizadas en la plaza principal. Con el pasar de las horas, el número de

prisioneros ascendió a “ciento cincuenta”, y el cupo de los vehículos se agotó. En este caso, todos aquellos “que no pudieron subir fueron macheteados delante de los otros” (64). Comenta el narrador que ante estas atrocidades, los espectadores se sentían impotentes; algunos “se volvían al cielo en oración” y otros sólo emitían “gritos, gritos, gritos”.

Del mismo modo, el miembro de la banda conocido como “La Hiena” disfrutaba con la celebración de sus ritos de magia negra. En una de esas sesiones de ocultismo, “había preparado con chamizas una pequeña hoguera y se dirigía con su cuchillo de doble filo hacia un muchacho de quince años que tenían cogido sus dos discípulos y ayudantes”. Sin contemplaciones y “sin tomar en cuenta la expresión de horror, los gritos de súplica ni los santos nombres invocados, con mano firme y destreza inaudita le clavó la hoja, que revolvió certeramente hasta sacar las vísceras palpitantes” (71). Cuando las víctimas atrapadas para realizar estas ceremonias pretendían huir, eran perseguidas hasta capturarlas, y se traían de regreso al sitio de los sucesos. Allí se protagonizaban actos “en un escenario de espanto” donde se “alcanzaban a distinguir los golpes crujientes de los machetes sobre los huesos” (71). El comportamiento de los policías era implacable; se mostraban sordos e inflexibles ante las imploraciones de “los desdichados”, quienes “temblaban como azogados” en espera de la muerte.

Por otro lado, en el ataque que perpetraron los chulavitas en la casa del pastor Davison, éste fue emasculado y le exigieron masticar sus testículos. En respuesta, el pastor “ajustó las mandíbulas”, por lo cual un forajido “le dio un tajo de machete que le abrió la cara de oreja a oreja. La mandíbula inferior cayó suelta sobre el pecho”. La víctima quedó paralizada y el policía le gritó “¡Viva el partido conservador!” (111).

Además de la emasculación y del “tajo de machete” proporcionado en la cara al pastor Davison, otros policías intervinieron y “lo flagelaron con sus cinturones de hebilla. La carne se quedaba prendida a las chapas de las correas”. Para concluir la ceremonia de suplicio, “los agentes del gobierno orinaron sobre él y algunos defecaron en su cara...” (112). La mención de los “cinturones de hebilla” y las “chapas de las correas” revelan que los “instrumentos del terror” incluían todos aquellos mecanismos que ocasionaban daño y dolor. Fueron muchos los casos en que los chulavitas “les desfiguraban el rostro” a sus víctimas “con las cachas de los revólveres”. De igual manera, “las culatas de las carabinas rompían huesos con sonido hueco, que prolongaba un eco de gritos (63). Al mismo tiempo, los policías utilizaban “alambres eléctricos” para llevar a cabo las flagelaciones, que también era otro método de suplicio impuesto a los contrarios políticos.

En complemento a los casos comentados, el narrador describe un episodio donde presenta la técnica del “arrastre como tortura”. Esto acontece cuando Antonio y Marcela decidieron buscar refugio en la Casa Liberal por sugerencias de Don Andrés; con ellos también viajaba un muchacho llamado Pedro, originario de Ceylán. Como ya se mencionó anteriormente, en el retén localizado a la entrada de la ciudad de Cali, los viajeros fueron interrogados y detenidos por un agente que recibía órdenes de “otros individuos”. Estos individuos permanecían en las inmediaciones del lugar, sentados en un “jeep” que pertenecía al departamento de Seguridad. Como los viajeros objetaron “la arbitrariedad” del interrogatorio, el agente “se volvió a sus secuaces” para escuchar la disposición del caso, y de manera inmediata ocurrió esta acción:

Antonio y Pedro fueron llevados hasta el “jeep” e imposibilitados para toda acción. Pasaron el brazo izquierdo de Pedro a través de una anilla de hierro que estaba agarrada en la barra posterior de la carrocería del vehículo y a su muñeca unieron la de Antonio. La anilla quedó entre ambos. Era el sistema que utilizaban los detectives con los prisioneros que hacían en las veredas y carreteras. Luego de uncidos, echaban a andar el carro lentamente y los hombres iban al paso. Después más de prisa y los hombres iban corriendo. Luego a toda marcha y los hombres iban a rastras... Antes de entrar a la ciudad los soltaban y metían dentro con los brazos rotos y luxados, inconscientes, sangrantes y la mayoría de las veces en estado agónico por la hemorragia. Según la gravedad, los llevaban hasta torturarlos en la cárcel o directamente los arrojaban al río Cauca, en donde morían ahogados. (95)

Como sugiere la cita, en esta maniobra “los detectives” hicieron uso de “una anilla de hierro” como “instrumento de terror”. Era un sistema que usaban para infligir en las víctimas una ilimitada dosis de angustia y de sufrimiento, ya fuera con la programación de movimientos lentos o veloces. A manera de resumen, y teniendo como fundamento el análisis de la obra y la investigación de Guzmán Campos, se puede afirmar que “las fuerzas oficiales empleaban el proyectil o el yatagán”; las bandas organizadas de “los pájaros y chulavitas” hicieron uso “del machete, el revólver y el cuchillo”. Los del ejército, la seguridad y la policía “torturaron con golpes, hambre, calabozo, posiciones forzadas sobre pedruscos o bloques de hielo, descargas eléctricas en los genitales y en la lengua por el sistema del ‘teléfono’, utilizando aparatos técnicos de suplicio”. De igual

manera, el policía “‘aplanchaba’, descuartizaba, decapitaba, colgaba las víctimas para hacerlas ‘cantar’”. Se presentaron casos en que las “organizaciones del terror” obligaban a los reclutas jóvenes “a ensañarse con el machete contra un prisionero o un cadáver hasta lograr cierta especie de orgasmo sádico o locura momentánea”. Después de que el novato alcanzaba “el clímax” y mostraba sus dotes para el combate, entonces era enviado “al frente de lucha o a los asaltos veredales” (1: 226).

Aún queda por mencionar un instrumento aparentemente inofensivo, pero que representaba una gran amenaza para la población liberal. Se trataba del río, ya que muchas víctimas fallecían “ahogados o golpeados contra las piedras” (71), y a otros “la corriente los desmembraba treinta días después de haber sido arrojados” (134). En el contexto de la violencia política, el río aparecía como un instrumento que también golpeaba y disgregaba. La acción de arrojar los cuerpos “al río” después de la tortura o de la muerte, sucede de manera recurrente en el desarrollo de la trama. Las observaciones de Elías Canetti en *Masa y poder* designan “al río como símbolo de masa... Es símbolo de un estado aún bajo dominio, *antes* del estallido y *antes* de la descarga; representa su amenaza más que su realidad: es el símbolo de la masa *lenta*” (84). De hecho, el narrador de *Viento seco* comenta que el río recorría “la inmensa llanura sembrada de ciudades y cultivada”; el río se arrastraba “silencioso y lleno de caudal”. Pero en los años de la violencia, “el río, que pasaba crecido, casi fuera de cauce, recibía la ofrenda de sangre y de muerte y de agonía. Algunos alcanzaban a fallecer ahogados o golpeados contra las piedras del río” (71). Esta narrativa en conexión con las ideas de Canetti, revelan que el río constituía “un estado aún bajo dominio” de los “agentes y de las organizaciones del terror”; era un “símbolo de masa” que en tiempos anteriores a la violencia política existía

como un agente fertilizador de las tierras aledañas, pero se había convertido en un “instrumento del terror” para todos aquellos que profesaban ideas contrarias a las del gobierno conservador. El río en ese entonces se presentaba como un ente natural muy análogo a la violencia política; acarreaba en sus aguas “sangre, muerte y agonía”.

Antonio Gallardo también fue lanzado al río después del incendio de la Casa Liberal. Cuenta el narrador que luego del incidente “nadie podía marcharse porque la calle estaba acordonada por el ejército”. Antonio fue puesto en manos de la policía, y trasladado al “Detectivismo”, lugar donde “los detectives lo despojaron de sus ropas y le ataron las manos” para someterlo a “la flagelación”. Más tarde, en el carro de la prisión llamado “la jaula”, los chulavitas lo transportaron al río en compañía de otros moribundos. Allí “abrieron las portezuelas posteriores y fueron sacando cuerpos”. Antonio fue “lanzado por los aires y proyectado contra el río”. Terminada la labor, rutinariamente los chulavitas se aseguraban de observar el panorama “hasta convencerse de que nadie se salvaría”; después se embarcaban en “la jaula” y emprendían “el regreso a Cali para volver con otra camionada” (135).

En el caso particular de Antonio, éste fue puesto a salvo por “el negro que se llamaba Martín Galindo”, quien era “un finquero que tenía su casa en la ribera del río”. Según el narrador, desde que comenzó la violencia, Martín y su familia “veían desde el corredor de su casa los muertos que llevaba el río. Algunas veces los cadáveres se detenían en su vega. Él con un palo largo los empujaba para que se fueran corriente abajo”. Cuando Martín se dedicaba a estas faenas, podía observar el paso de los cuerpos “inmóviles, rígidos en el agua, la cabeza descoyuntada y medio hundida” (148). En otro pasaje similar, el narrador comenta que “muchas veces los cuerpos cogían el cauce

central y recorrían la llanada inflados, boca arriba o boca abajo, cabeza adelante con algunos gallinazos encima hasta llegar a los rápidos de La Virginia, en donde la corriente los desmembraba treinta días después de haber sido arrojados” (134). En alusión al rasgo de los cuerpos “inflados”, Guzmán Campos explica que “a la orilla de aguas remansadas se abría el vientre a las víctimas para que se hundieran hasta el fondo de los charcones” (1: 232). Es evidente que los ríos eran receptores de despojos humanos; se habían trastocado en camposantos flotantes donde nadaban y reposaban un gran número de ciudadanos, víctimas del odio político. En esa época, y en términos metafóricos, los ríos dejaron de ser “azules” y se revistieron de “rojo”. La metamorfosis que sufrió el sistema fluvial no solo fue provocada por verter la sangre en sus aguas, sino porque las corrientes incesantemente arrastraban los restos mortales de los liberales “rojos”, que estaban siendo exterminados bajo la consigna “sangre y fuego” decretada por el gobierno conservador.

Para consolidar la idea anterior, Guzmán Campos afirma que “entre el hombre y el río existe un nexo de secular emoción”. En la historia de la humanidad, los ríos han sido sinónimo de “progreso”, “cultura” y “civilización”, pero en “Colombia los ríos fueron sangre”. Según Guzmán, por los ríos “bajaron miles de cadáveres mutilados, maniatados, vestidos, desnudos, confundidos víctimas y victimarios. Meta, Casanare, Guatiquía, Magdalena, Cauca, Saldaña, Amoyá, Cañasgordas, Barroso, Baché, San Juan... La lista es interminable”. Además, agrega, que no solo eran los ríos los que acarreaban “sangre y muerte”, sino también los innumerables puentes que se habían erigido sobre ellos. De manera exclamativa Guzmán comenta, “¡Si los puentes hablaran!” (1: 232).

Ciertamente, el narrador de *Viento seco* comenta que en una ocasión varias personas estaban haciendo la travesía del puente de Anacaro, construido sobre el río Cauca. Una de ellas “quiso evocar los crímenes que allí se cometían, pero ese era un cuento que ya no tenía interés. Era el cuento de todos los puentes del Cauca” (163). Guzmán Campos confirma que las torturas y los crímenes cometidos en las pasarelas eran numerosas: “Yolombó, Anacaro, La Pintada, Riorrecio, Bolombolo, Juanchito y cien más desde donde eran arrojados miles de ciudadanos, llevados al suplicio con el silencio cómplice de muchas noches” (1: 232). Aquí se registra claramente una subversión del orden preestablecido. En esa época las funciones de los puentes ya no eran las de conectar orillas, disminuir distancias, posibilitar comunicaciones, sino que devinieron en tribunas donde reiteradamente se presentaba el drama del martirio y de la muerte.

3.3.5 Cronología del terror

Este aspecto depende “en parte de los instrumentos utilizados” y también obedece a “la relación entre unidad de tiempo y unidad de dolor”. El razonamiento de Gonzalo Sánchez indica que “no tiene igual impacto el asesinato escalonado de cuarenta personas que una masacre del mismo número de víctimas en una sola operación fulminante” (*Guerra* 35). *Viento seco* ofrece detalles de estos asesinatos colectivos. Uno de ellos tuvo lugar en el poblado de Andinápolis. Roberto Gómez pormenorizó este suceso mientras conversaba con Antonio Gallardo en la Casa Liberal:

Si usted hubiera presenciado el fervor con que morían todos los que fueron quemados vivos, atados a los árboles con alambres y rociados con combustible.... Por todas las calles había una doble hilera de mártires amarrados a los pilares de las casas y a los árboles ornamentales. En

algunos postes había dos y tres quemándose.... Todas las casas fueron quemadas con gente dentro.... No puedo apartar de mi mente la visión macabra de las mujeres enloquecidas con sus cabellos en llamas y sus gritos de terror. No puedo apartar la visión de las ventanas rojas de fuego con niños y mujeres que se asomaban para saltar y huir por las calles.

(112)

El espectáculo de esa “doble hilera de mártires” creaba imágenes “macabras” que carcomían y atormentaban a los sobrevivientes. La perspectiva “de las mujeres enloquecidas”, así como la “visión de las ventanas rojas de fuego” eran estampas que no podían “apartarse de la mente”; quedaban tan impresas en la memoria como figuras “realizadas con un hierro al rojo vivo” (Canetti 75). Roberto logró librarse del ataque escondiéndose en el gallinero localizado en el traspatio de su casa, pero después huyó rápidamente “como una liebre por entre el monte”. Alcanzó a ponerse a salvo; sin embargo, no pudo liberarse de “ese olor a carne chamuscada” por los incendios. Casos similares al de la cita, ocurridos en diferentes regiones del país, son transcritos por Guzmán Campos. Así narra la masacre perpetrada por el Batallón Tolima en la población de Armero:

Un sargento primero de apellido Mira ordenó encerrar más de sesenta personas. Nadie podía escapar. La policía estableció en contorno un círculo de muerte. Ya por la noche dio la orden de fuego sobre la habitación y enseguida mandó que la rociaran de petróleo y la incendiaran. Entre los gritos más espantables, todo ardía. El maderamen del techo se

desplomó al fin; nada se oía. El caserón era una inmensa pira fétida a carne humana calcinada. (1: 235)

La piromanía contribuía al exterminio colectivo no solo de personas, sino también de “viviendas, establecimientos, potreros, estancias de cacao, cafetales y villorrios”. No debe omitirse el episodio de Ceylán, en el que los pájaros y chulavitas “apiñaron a golpe ciento cincuenta prisioneros” que fueron “hacinados... rociados con gasolina e incendiados” (64). Suceso similar describe el narrador de *El Monstruo*, quien comenta que en la región de San Pablo, Tolima, los chulavitas congregaron a más de cien personas, y “Duque Gómez ordenó al cabo Sachica que preparara todo; era el encargado de la ametralladora”. Cuando todo estaba listo, “dio la voz de mando: --¡Fuego! ¡Fuego! Todos quedaron muertos a la segunda descarga” (162). James Henderson provee detalles de un caso que ocurrió en 1951, cuando un grupo “de 80 pájaros asaltó una hacienda en el municipio de Chaparral y mató a una familia de 13 personas, dejando las cabezas de sus víctimas clavadas en los postes de las cercas” (185).

La ola de violencia penetraba en todos los medios sin discriminación. Ramón Manrique, en su obra titulada *Los días del terror*, describe una escena en donde “nadie se preocupaba ya por las vidas segadas por carros fantasmas que caían en los cafés concurridos, en los corrillos, en las puertas de las residencias, en las calles transitadas por muchas vidas. El carro fantasma aparecía en la puerta de un café. De él se bajaban dos o tres Hombres-Lobo y rociaban de metralla la concurrencia. O pasaban por la puerta de las residencias a gran velocidad disparando sus metralletas” (126). Los Hombres-Lobo eran integrantes de las bandas organizadas de pájaros y chulavitas, que operaban en el ámbito ciudadano. Como colofón a su análisis de los “Elementos estructurales del conflicto”,

Guzmán Campos expresa: “Una quiebra moral sin precedentes, que no puede valorarse en pesos, es el mayor desastre de la violencia. Así ardida en odio, bañada en sangre, agonizó Colombia bajo una racha de Apocalipsis” (1: 237).

3.4 La violencia como resistencia armada

La represión estructurada que desencadenó el gobierno conservador contra los liberales logró infundir un terror que se sufrió pasivamente en muchas zonas del país. Sin embargo, el terror no logró monopolizar toda la escena política. Con los actos de violencia ya descritos, la población vivía aterrorizada, y llegó a sentir la necesidad “del mito de la época, el mito guerrillero”. El narrador de *El Monstruo*, de Carlos Pareja, reseña la situación de esta manera:

Mientras tanto, se inició una era de terror que cubrió el país con un manto de sangre y de tinieblas. El pueblo, perseguido y desalojado de sus hogares, se enroló en las guerrillas, que hostigaban y enfurecían a las fuerzas del Gobierno, desde los Llanos orientales hasta Antioquia. En todas partes la lucha se hizo más tremenda al aplicar el régimen en todo su rigor la consigna de *sangre y fuego*.... Cali, Riofrío, Darién, Ceylán, Restrepo, Tuluá, Palmira, Buga, Playarrica, Las Delicias, Líbano, Andalucía, Cunday, Rovira, Icononzo, Colombia, Algeciras, Neiva, El Cocuy, Muzo, Yacopí, Cáceres, Villavicencio, Moreno, Tauramena, Yopal ... y muchas otras, todo un conglomerado de ciudades y pueblos, conocieron la sangre y el fuego que un genio diabólico repartía desde el

Gobierno. El Monstruo necesitaba de la violencia para saciar su sadismo.

(174)

En efecto, para contrarrestar ese cataclismo que estaba consumiéndose a la población, hubo regiones donde se organizó la resistencia armada. Así se formaron núcleos armados de defensa que iban “desde el nivel veredal hasta la conformación de verdaderos ejércitos campesinos regionales”, como fue el caso de las guerrillas de los Llanos orientales. En consecuencia, se debe tener presente que en Colombia “las guerrillas de los años cincuenta surgen al principio como una forma de organización forzada para confrontar el terror y no como parte de un proyecto político-insurreccional para la toma del poder, del Estado o del gobierno” (Sánchez, *Guerra* 37). En este contexto de persecución y de pánico, “la violencia aparece como mecanismo de autodefensa”. La violencia brota ante todo, “de la necesidad de seguir viviendo”, que es un acto “casi connatural, como respirar o comer” (Dorfman 12). Las zonas donde se establecieron las guerrillas eran imaginadas o representadas como áreas “de dominio de la libertad, independientemente de los conflictos reales” (Sánchez, *Guerra* 37). Por esos tiempos y en este entorno, asomaron elementos simbólicos como el fusil, el machete, la bandera y el caballo, que se dignifican en panfletos, coplas y en la poesía popular.

El surgimiento de los grupos guerrilleros se dio mayormente en zonas de tradición agraria, pero contaban con un gran apoyo de sectores urbanos. Una de esas regiones fue el área del Sumapaz, fortín gaitanista de los años 30 y en donde sobresalió el líder Juan de la Cruz Varela. Otra zona fue el sur del Tolima, en donde se dio el surgimiento de las guerrillas liberales lideradas por comerciantes y hacendados cafeteros. Una tercera comprendía la vertiente hidrográfica del Magdalena Medio, en el departamento de

Santander, que conducía Rafael Rangel, región que tenía una trayectoria política secular por haber sido principal escenario de la Guerra de los Mil Días. Por último, la región de los Llanos Orientales al mando de Guadalupe Salcedo, núcleo que se fortificó por determinadas circunstancias, como fueron: “homogeneidad política; fronteras de colonización abierta capaces de absorber productivamente un número ilimitado de fugitivos del interior del país; distancias considerables del poder central que dificultaban la represión, y vecindad de Venezuela, cuyo gobierno se suponía amigo de la resistencia” (Sánchez, *Bandoleros* 39). Este grupo divulgó su proyecto de Estado en el texto titulado “Leyes de las Guerrillas de los Llanos”, el cual se convirtió en “columna vertebral de la resistencia”. Gonzalo Sánchez confiesa que el tratado induce a compararlo con dos textos pilares de la Revolución mexicana: el “Plan de San Luis Potosí”, de Madero, y el “Plan de Ayala”, de Zapata (*Guerra* 43).⁹⁹ Según las cifras suministradas por Sánchez y Meertens en *Bandoleros, gamonales y campesinos*, el número de combatientes en esta zona a finales de 1952 ascendía a 20.000, lo cual permitió que esta guerrilla se desarrollara con una amplia perspectiva nacional (39).

En el artículo “Historiografía de la violencia en Colombia”, Jesús Antonio Bejarano señala que en el período de 1949 a 1953 esta resistencia armada tuvo tres fases. En la primera, la oposición “tomó la forma de una lucha interpartidista por la hegemonía del poder político” (309), lo cual se asemejaba a las guerras civiles del siglo XIX. En esta fase los campesinos lucharon por sus jefes políticos, ya fueran locales, regionales o nacionales. En la segunda etapa, los elementos partidistas prosiguieron, pero el partido Comunista irrumpió en el escenario político con las llamadas “auto-defensas”,¹⁰⁰ táctica opuesta a “la resistencia” abogada por sectores liberales. Además, se produjo una escisión

en el “bloque llanero” integrado mayormente por terratenientes liberales.¹⁰¹ A partir de aquí “los movimientos guerrilleros empezaron a expresar la lucha de los campesinos contra los terratenientes” bien fueran liberales o conservadores. “Ya no era la guerra civil, era la lucha de clases” (310). En la tercera fase que se dio desde 1953, con la toma del poder por el general Gustavo Rojas Pinilla, se “restauró parcialmente el equilibrio entre los partidos, la clase dominante y la mayor parte de los sectores populares”. Igualmente se inició una ola represiva por parte de los militares contra los campesinos organizados en los focos guerrilleros del Tolima, Sumapaz y los Llanos Orientales (310). El desmoronamiento de la lucha campesina se tradujo más tarde en formas de violencia como el bandolerismo, el bandidaje y la simple delincuencia.

Gonzalo Sánchez también emite algunos comentarios sobre el nivel de articulación de los núcleos de resistencia, y advierte que en estos dispositivos había intereses heterogéneos como eran los siguientes: “criterios encontrados en el manejo de las relaciones entre la guerrilla y los jefes políticos, entre los jefes guerrilleros y sus súbditos o entre los jefes guerrilleros y los bienes de la guerrilla”. Igualmente tenían divergentes concepciones “de las relaciones entre guerrilla y bases campesinas, sobre todo en zonas como el sur del Tolima y Sumapaz, de presencia simultánea de guerrillas liberales y comunistas”. En resumen, afirma, que “la pluralidad allí no era índice de democracia sino síntoma de anarquía” (*Guerra* 40).

Sánchez de igual forma explica que estos desencuentros fundamentaron la doble trayectoria que mostró la resistencia en los años subsiguientes: se proyectó una “línea evolutiva”, que progresó considerablemente hasta convertirse en las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC), la cual tiene sus cimientos en los núcleos de

autodefensa de los años cincuenta y se fundó formalmente en 1965. A raíz de algunas escisiones que sufrieron la FARC y el Partido Comunista, brotaron otros grupos como el Ejército Popular de Liberación (EPL), el Ejército de Liberación Nacional (ELN) y el Movimiento 19 de abril (M-19). La otra variante de la resistencia llamada “*línea involutiva*”, padeció ramificaciones, generando diversas variantes de bandolerismo político¹⁰² que tenían su arraigo en las colectividades campesinas, y seguían influenciadas por el bipartidismo, cuestión que provocaba “tensión y arreglos con las estructuras locales de poder” (*Guerra* 44).¹⁰³

En *Viento seco* asoma el vínculo de las guerrillas liberales de Ansermanuevo y de los Llanos orientales con la historia de la violencia colombiana. En la trama, “los Llanos llegan a convertirse no sólo en la alternativa más eficaz para la autodefensa, sino en un bello leitmotiv a través de la novela” (Bedoya 71). Antonio Gallardo, después de reponerse de los todos sus infortunios --la muerte de sus padres, de su hija, de su esposa, las torturas a las que fue sometido-- decidió marcharse inicialmente hacia el norte del Valle para unirse a la lucha armada. Así confiesa Antonio sus planes: “en Ansermanuevo hay guerrillas y quiero unirme a ellas mientras encuentro el modo de marchar a los Llanos Orientales a combatir en forma organizada. El sol de Casanare, del Meta, del Arauca, del Vaupés y del Putumayo es distinto para los colombianos, vivifica la esperanza. La libertad de este pueblo humillado vendrá de allá” (156). El día de su partida, tomó el tren que lo llevaría a su destino. En una estación intermedia, en la ciudad de Buga, “Antonio alcanzó a ver a Pedro”, con quien también había huido del pueblo de Ceylán. Allí cruzaron palabras y Antonio le confesó “el plan que tenía para juntarse con

los guerrilleros”. Finalmente el tren llegó a Cartago, desde donde Antonio hizo diligencias para contactar a “Emilio Arenas, jefe de los guerrilleros” (161).

En la búsqueda de Emilio, Antonio logró encontrarse con Pablo, “otro de los hombres salvados por Martín Galindo”, quien sabía de las hazañas que efectuaba la resistencia en ese área. Pablo hizo comentarios de que Emilio tenía armas y se defendía “como un macho”; que debido a su valentía, tenía “a raya a toda la policía chulavita con sólo treinta hombres y les había causado más de cien bajas” (162). Los dos decidieron presentarse a “la Honduras”, hacienda donde Emilio había establecido un cuartel general. Allí manifestaron los deseos de integrarse al grupo armado, como también narraron los sufrimientos que habían padecido en manos de los agentes del gobierno. Emilio, desconfiado, les pidió evidencia de las desdichas, pruebas que pudieron proveer de inmediato: “Antonio se quitó la camisa y le mostró el tronco lacerado. Lo mismo hizo Pablo. El jefe se quedó satisfecho y aceptó los dos nuevos reclutas” (164). A ambos les proveyó carabinas, revólveres y cien tiros surtidos. Antonio y Pablo se mostraban impacientes por actuar, y mientras permanecían alertas, escuchaban las conversaciones que “trataban de las atrocidades cometidas por las autoridades” (165).

Por fin, en la noche del cuarto día, uno de los vigías advirtió la proximidad de un grupo de agentes del gobierno que se dirigían hacia la hacienda de los guerrilleros. Emilio organizó a sus hombres en tres grupos y los colocó en puntos estratégicos. Cuando los veintitrés chulavitas penetraron en la hacienda, atacaron con disparos y con “mechas empapadas de gasolina a fin de sacar a los que estuvieran dentro”. Emilio y sus hombres contraatacaron y los policías no pudieron defenderse. En esta operación, Antonio Gallardo tenía la seguridad de haber “quebrado cuatro”. En la mañana siguiente,

“el sol frío de la montaña iluminó los cadáveres y los buitres empezaron un gran festín. Su festín diario”. Antonio se sentía satisfecho por su heroísmo y pensaba que esa era “la compensación de sus muertos”. Con el pasar de los días, llegó a distinguirse entre los guerrilleros, pero la sed de venganza no se evaporaba de su mente. La personalidad sosegada de aquel campesino se había desvanecido; “todos sus buenos instintos se habían perdido. La educación recibida se había borrado. El quinto mandamiento estaba olvidado. Tenía un solo pensamiento y una sola satisfacción: Matar, matar, matar” (170). Es evidente que el dolor y la ira ciegan a Antonio, y la acción heroica de afiliarse a la guerrilla “se disuelve en el vacío y en la inconsistencia”, porque se limita “a cobrar uno a uno sus muertos” (Restrepo 131). A pesar de su desempeño estelar en la guerrilla de Ansermanuevo, Antonio no desistía del sueño de integrarse a la lucha armada de los Llanos Orientales.

Un día inesperado, Emilio Arenas cayó acribillado a balazos. La guerrilla siguió operando bajo el liderazgo de su hermano Luis. La dinámica de la contienda no cambió “porque todos los guerrilleros tenían el mismo pensamiento y los mismos motivos para continuar la lucha. Todos podían caer, pero por ello no se apagaría la llama vengativa” (173). Una mañana, mientras los guerrilleros estaban reunidos, se presentó Pedro Machado en busca de Antonio Gallardo, quienes juntos habían huido de Ceylán. Pedro manifestó su interés de incorporarse a la guerrilla, pero Luis, el jefe del grupo, empezó a sospechar del por qué el muchacho llevaba “uno de los revólveres nuevos, que recién estaban portando los detectives”. En el transcurso de las indagaciones, Pedro explicó satisfactoriamente que “una noche de juerga lo había robado en Tuluá, a donde se había dirigido después de la matanza de la Casa Liberal” (174). En los días sucesivos, Pedro

mostró sus habilidades excepcionales para manejar el arma, pericia que le abrió las sendas para participar en varias comisiones que se realizaron en diferentes poblados de la región.

A su regreso de una de estas misiones, Pedro, quien actuaba en complicidad con agentes de la policía, le comunicó a Luis el mensaje que le enviaba un político, de que quería hablar con él personalmente. Luis accedió al encuentro “con miras a reforzar otras guerrillas” (174), y dispuso el viaje al lugar previsto en compañía de Pedro. La reunión se efectuó en una casa donde aguardaban varios policías, quienes golpearon a Luis, y lo esposaron “con hierros que le herían las muñecas”. Más tarde fue trasladado al cuartel de Ansermanuevo, donde un teniente le “desenfundó su revólver y, sin más fórmula de juicio, le vació en el cuerpo los seis tiros treinta y ocho. Luis quedó muerto instantáneamente” (175). A partir de este momento, Pedro ostentó el título de “sargento de la Policía Secreta”. Para darle conclusión a la farsa que había planeado en complicidad con los agentes de la policía, Pedro se dirigió a sus compañeros de guerrilla con el propósito de informarles “sobre una supuesta celada” de la que habían sido víctimas él y Luis.

Pedro estaba colmado de gozo porque realizó exitosamente la misión que le habían asignado los agentes de la policía. “No sentía remordimiento ninguno. Al fin, sus compañeros eran los de la Seguridad, no los guerrilleros. Aquellos le habían dado el medio cómodo de vivir” (175). Esporádicamente, Pedro recordaba su desventura en los días subsiguientes a los sucesos de la Casa Liberal, cuando se encontraba “desolado y perplejo”, merodeando por “los cafetines de la calle veinticinco”, sin saber qué derrotero tomar. Fue allí donde conoció a un jefe político, “reconocido homosexual”, que le

ofreció “dormida en su oficina mientras conseguía colocación”. En breve tiempo este político le concedió cartas de recomendación “con las cuales fue admitido en el Detectivismo”. En sus inicios, “le costó trabajo acostumbrarse a matar, pero con los días desapareció su repugnancia por la muerte” (176). La dedicación de Pedro a su empresa lo dotó de malicia y puntería, y con frecuencia se le asignaban complejas tareas de espionaje y de salvaguardia a las que respondía con esmero y puntualidad.

Con la muerte de Luis, la guerrilla quedó sin adalid, y por unanimidad decidieron nombrar a Antonio como sucesor. Por esa época, a diario ocurrían bombardeos en los campamentos, veredas y poblados. Los chulavitas perpetraban fusilamientos en masa “sin distinguir sexos ni edades. Antorchas humanas alumbraban permanentemente los caminos. Violaciones y estupros como venganza por el amparo que los campesinos brindaban a los guerrilleros” (179). Antonio comprendía que era injusto el exterminio de los pueblos “inermes y aterrorizados” a manos de los agentes del gobierno, por culpa de las acciones guerrilleras. Esta situación también la pormenoriza el narrador de *El Monstruo*, quien resalta que “los chulavitas arrasaban campos y aldeas, apresando a los campesinos sospechosos” de brindarle amparo a las guerrillas, “pero no lograban que nadie dijera ni el nombre ni la localización de un solo guerrillero”. El hermetismo y la complicidad del campesinado con los combatientes generaba desconcierto entre los integrantes de la policía política, quienes exclamaban, --“Estos rojos se dejan matar, pero no hablan”-, por lo cual las autoridades superiores les aconsejaban: “repartan plata, y si no culata, y ya verán que ceden” (174).

Además del arrasamiento de los pueblos inermes, Antonio igualmente admitía que el grupo armado carecía de recursos médicos y del sustento diario; igualmente pensaba

que existía una desproporción de personal; era “uno contra cien”. El análisis de la situación hizo que Antonio concibiera otros planes como eran los de “marcharse a reforzar otros focos de rebelión, o, su máxima aspiración, dirigirse a los Llanos”. En esos días solo “quedaban veintiuno, equivalentes a un batallón, pero que de nada servían ante un enemigo cruel, despiadado, felón y asesino de mujeres, niños y campesinos desarmados” (180). Antonio convocó una reunión para exponerles a sus compañeros las posibilidades contempladas. Todos aceptaron las explicaciones y decidieron tomar rutas dispares; de todos modos “ya habían cumplido con su deber y cobrado sus muertos”. En algunos todavía persistía la obsesión de recuperar “el patrio hogar perdido” (181).

Antonio quiso tomar la ruta hacia los Llanos, pero para lograrlo, dispuso que Pedro alquilara un automóvil en Cartago, y regresara a recogerlo al amanecer, cerca de la carretera “entre Mandeval y La Diamantina”. De allí manejarían hasta Armenia, lugar desde donde tomarían un vuelo a Bogotá, luego a Villavicencio y por último a los Llanos. Por fin, Antonio llegó al lugar indicado, donde ya estaba el automóvil esperándolo, y mientras se aproximaba, Pedro descendió de éste y “dos disparos salidos del portachuelo se escucharon”. Antonio intentó defenderse y no pudo. Quiso alcanzar su revólver, “pero la mano no obedeció” (183). Con el rostro “pegado al suelo balastado de la carretera” logró distinguir el sol; era el sol de los Llanos –pensó-. “Los llanos de Casanare y del Meta, del Arauca y del Vaupés, los Llanos de la libertad” (184). Allí dio su último suspiro.

Es perceptible que en el panorama violento que proyecta *Viento seco* la perversidad reina en todos los ámbitos. Igualmente la inmoralidad política trasciende a niveles inauditos. Pedro, a cambio de un “medio cómodo vivir”, renunció a sus ideas

liberales y prácticamente se vendió a los conservadores. Asimismo, en la búsqueda de ese “oficio” que tenía “una retribución superior a la de cualquier trabajo”, se volvió homosexual. Tampoco tuvo contemplaciones con su coterráneo, Antonio, y terminó traicionándolo. Según el narrador, Pedro cumplió satisfactoriamente con las misiones de “espionaje y traición” que le habían sido asignadas por la policía política, y en remuneración, con seguridad “lo mandarían a Bogotá, de guardaespaldas de uno de los Ministros y quien sabía si del Presidente. Eso era vivir y ambicionar, lo demás, tontería”. En cambio Antonio, “el gamonal del pueblo”, honrado, fiel y trabajador, “allí estaba en sus manos, engañado como un niño chiquito”. En estas faenas se necesitaba ser cruel, tal como Pedro, que “con sus dieciocho años si era un hombre” (176). No cabe duda que en los entornos donde maniobraban “los agentes y las organizaciones del terror”, la ideología dominante era la crueldad y la vileza.

3.5 La violencia como conmoción social

La violencia política, y en menor grado, la resistencia armada, generaron un terror impactante en toda la población, más que todo en el conjunto del campesinado. Las secuelas del fenómeno se sintieron en el ámbito de la propiedad privada, en los espacios productivos y en las relaciones sociales. En *Guerra y política en la sociedad colombiana*, Gonzalo Sánchez aduce que se registraron no solo “enormes pérdidas en vidas humanas, sino también pérdidas incalculables en bienes, cosechas y lucro cesante”. Teniendo en cuenta estos motivos, la Violencia no se percibía “como un escenario de lucha en donde las víctimas de hoy podían recobrar la iniciativa política o social mañana”, sino que predominó la tendencia a considerarla “como una fuerza todopoderosa” causante del

“hundimiento de símbolos y poderes del viejo orden” (45). Según Sánchez, el intento de suprimir a los adversarios usando la “lógica del terror” se tradujo en una “*guerra invisible*” librada en un escenario aún más complejo en el que podían observarse la siguiente problemática:

Desplazamientos de ejes industriales; crecimiento inusitado de algunas ciudades intermedias como Armenia en el Quindío, y el declive o estancamiento de otras, como Líbano, en el Tolima, y Sevilla, en el Valle; rutinización de irregulares mecanismos de movilidad de la propiedad raíz, por doquier; alteración de los canales de comercialización, principalmente de café y ganado; desordenadas y abruptas migraciones internas; procesos de diverso orden que afectaban la organización de las haciendas, las correlaciones de fuerza entre terratenientes-autoridades locales y bandas armadas, cualquiera fuera su denominación, etc.. (46)

La cita hace referencia particular a la movilización poblacional de los departamentos del Tolima y del Valle hacía otras latitudes. La causa del desplazamiento inusitado en estos territorios se debió a “la ferocidad insospechada” con la que se desarrolló la Violencia desde sus comienzos. En la *Etiología y conquista del Tolima y la hoya del Quindío*, Víctor Bedoya argumenta que en materia política, para el tolimense “el amigo de ayer” era el enemigo de hoy “si no pensaba como él”, por consiguiente, las disparidades ideológicas provocaban que toda cualidad benévola se esfumara en “la vorágine de la guerra”. En el marco de la violencia política, el tolimense fue “el primero en tomar las armas” y también “el último en soltarlas” (156). Para complementar lo anterior, en su estudio minucioso sobre la violencia en metrópoli y provincia, James Henderson afirma

que entre los años 1950 a 1953, el fenómeno se propagó por toda la superficie del Tolima, causando un despoblamiento casi total en las zonas del centro y del sur del departamento. Por esos días, las autoridades locales cometían “horribles crímenes” contra los trabajadores liberales de las haciendas, muchos de los cuales eran incinerados. A consecuencia de la ola de terror, “los campesinos huían en manadas” y los refugiados “ahogaban a Ibagué y a otros centros urbanos” del país (181).

Algunos episodios de *Viento seco* ilustran las “desordenadas y abruptas migraciones internas” que se dieron por esa época. Cuando Antonio y Marcela decidieron huir de Ceylán a causa del incendio provocado por los pájaros y chulavitas, en camino hacia la Casa Liberal pasaron por el municipio de Andalucía. Allí pudieron observar que “el pueblo tenía muchas casas vacías porque sus moradores habían emigrado a las ciudades en guarda de sus vidas. Era el éxodo de los pueblos a las ciudades. Las ciudades los protegían por su tamaño. Un éxodo de millares de gente que preferían pasar hambre a exponer sus vidas y sus honras, amedrentadas por las autoridades y la policía” (80). Como ya se ha mencionado, eran muchos los que buscaban amparo en la Casa Liberal de Cali, lugar donde llegaban “emigrados de todos los confines del Departamento que no tenían hogar, ni medios para conseguir una mayor comodidad” (101). En este recinto cada quien se apropiaba de un espacio limitado, “si acaso dos metros de tierra por persona”, amplitud suficiente para extenderse a dormir. Había quienes estaban solos; otros con familias enteras que cocinaban en una olla común. Todos estaban unidos por la desdicha y por “el cielo, el aire y la tierra oscura y olorosa” (102), es decir, por lo que no costaba nada.

De estos desplazamientos forzosos se derivaban una multiplicidad de sentimientos. Las víctimas experimentaban abandono, desarraigo, confusión, angustia, resentimiento, impotencia. Después de la masacre de Ceylán, en medio de la desolación, “todos miraban la vida con horror y el valor desapareció tronchado por la impotencia” (64). Antonio se vio forzado a abandonar el hogar en el que se sentía rodeado de la seguridad que proporcionan “las leyes y las autoridades”. Sin embargo, observaba que los oficiales “encargados de velar por el cumplimiento de las leyes estaban envilecidos y habían hecho desaparecer los conceptos de justicia” (84). Antonio padecía una gran confusión; tenía el dilema de continuar con su vida de acorde a sus principios de honestidad o “desviarse por la senda de la injusticia”. No dejaba de tener presente que había experimentado “treinta años de vida honesta” (84). El sentimiento de desarraigo estaba todo el tiempo latente en él. Sentía que lo habían expulsado de su tierra, le habían destruido su hogar, le habían eliminado la simiente de su continuidad y también lo habían despojado de sus principios; “se sentía extranjero en el país de sus mayores, como si hubiera sido arrojado por la avalancha de una guerra cruel a un país extraño... Y en su idea de reposo, no encontraba el reposo. Y se sentía náufrago y quería la venganza que no es cosa buena” (85). Con frecuencia, sumergido en los recuerdos, Antonio sufría involuntarias desviaciones en las que vislumbraba a sus seres queridos “como si estuvieran vivos”, como si estuvieran cerca de él. En la evocación que hacía de los padres, conseguía encuadrar solo las remembranzas de los momentos felices desprovistos de tortura y de dolor; no obstante, prevalecía “el recuerdo amargo de la hija ... lívida y exangüe en el amanecer” (87); en su memoria subyacía el resentimiento de haberla perdido y de no haberle podido dar una digna sepultura. No olvidaba que las

circunstancias lo limitaron a soterrarla bajo las sombras de un guayacán florecido, en un lugar completamente ajeno y desconocido, donde nunca más podría visitarla.

Desde otro ángulo, el “verdadero reino de terror” que se impuso en el campo propició los “irregulares mecanismos de movilidad de la propiedad raíz”, como también la “alteración de los canales de comercialización, principalmente de café y ganado”. El estudio de Salomón Kalmanovitz sobre “El desarrollo histórico del campo colombiano”, indica que a partir de 1949, en la región cafetera, donde se asentaba una gran población conservadora, “las fuerzas políticas se polarizan aún más que en otras regiones, lo cual da lugar a un verdadero baño de sangre”. Como consecuencia, las propiedades de los terratenientes liberales “son asoladas, haciendo fugar a sus arrendatarios y aparceros o a los campesinos parcelarios no definidos como conservadores, por medio de la funesta ‘boleto’, que es un ultimátum de asesinato para los que no abandonen rápidamente la región” (314). El método del “boleto” se utilizó inicialmente en los departamentos del Valle y de Caldas, pero luego se propagó por todas las zonas de violencia. Guzmán Campos advierte que estas boletas eran redactadas “con vocabulario soez y forma pésima, rezuman ignorancia, crueldad, odio, envidia, crimen” (1: 201). A continuación se transcribe una de ellas:

Señor Carlos Morales:

Le encarecemos rotundamente por el bien de su vida y de sus hijos que abandone este pueblo en el término de 24 horas o a más tardar, pasado mañana; pues no queremos mansanillos, hijueputas, malparidos, necesitamos limpiar el pueblo.

(Firmado) El pueblo.

Guzmán Campos comenta que el señor Carlos Morales ignoró el mensaje de intimidación y fue acribillado cuando expiró el plazo. En los casos en que la “boleta” no surgía efecto, la familia campesina “era atacada en altas horas de la noche por enmascarados que gritaban, insultaban y disparaban”. En definitiva, la “boleta” era el documento que garantizaba “el éxodo del conglomerado campesino”. La consigna que se trasmitía desde el pueblo y desde el comando era “¡Que no quede uno!” (1: 202). El número de campesinos expulsados de sus propiedades es incalculable. No obstante, Eric Hobsbawm considera que el fenómeno “constituye probablemente la mayor movilización armada de campesinos (ya sea como guerrilleros, bandoleros o grupos de autodefensa) en la historia reciente del hemisferio occidental, con la posible excepción de determinados períodos de la Revolución mexicana” (“La anatomía” 15). Este proceso engendró el enriquecimiento que tuvo como base la expropiación de las propiedades de los muertos y de los desplazados.

Las circunstancias violentas de esos años propiciaron innumerables transacciones de tierra, las cuales registraron tres tendencias: “la inversión en tierras por parte de quienes se iban enriqueciendo a través de los negocios de la violencia; la compra de tierras por debajo del precio promedio a oferentes necesitados; la desposesión de pequeños propietarios” (Ortiz 285). Sobre esta última modalidad, Carlos Ortiz señala que usualmente esos “pequeños propietarios” abandonaban “el predio para refugiarse en el pequeño núcleo ‘urbano’ de sus amistades y compadres” (287), pero lo hacían con una intención temporal.¹⁰⁴ Con este proyecto en mente, y tal como lo narra *Viento seco*, “el éxodo de los labriegos y finqueros” se daba acarreado sus “gallinas, cerdos, perros y caballos” (179). Como por lo general la situación se prolongaba, los desplazados trataban

“de obtener un medio alternativo de subsistencia”. Así, conseguían trabajos de jornaleros en zonas menos adversas (Ortiz 287). *Viento seco* también presenta estampas donde el abandono de las casas y labranzas a causa de “los bombardeos y fusilamientos” eran proseguidos por “el consabido robo de animales y cosechas” (179). El narrador agrega que los integrantes de las bandas de pájaros y chulavitas “no sólo estaban bien pagados, sino que en los asaltos algo bueno se podían coger: radios, bicicletas, armas, joyas, y vestidos”. Todos los malhechores consideraban que “aquello era una gran vida”, y les parecía muy fácil sostenerla “porque nadie se defendía” (176) con tal de que se fueran pronto de sus casas y les permitieran seguir con vida. Caso similar se reproduce en *Siervo sin tierra* de Eduardo Caballero Calderón, donde “los Parras y todos los vecinos a lo largo de la carretera huyeron a Bogotá cuando arreció la violencia, abandonando sus casas y sus labranzas” (227). Con frecuencia, ocurría el despojo de las pertenencias por parte de los facinerosos.

El caso del “boleteo” y la compra de tierras por debajo del precio promedio se encuentra esbozado en el cuento titulado “La viuda de Montiel”, incluido en el volumen *Los funerales de la Mamá Grande*, en donde las autoridades intimidaban a los propietarios de bienes raíces, y “después de que el alcalde les perforaba las puertas a tiros y les ponía el plazo para abandonar el pueblo, José Montiel les compraba sus tierras y ganados por un precio que él mismo se encargaba de fijar” (82). El fragmento citado revela cómo la intimidación ejercida por las fuerzas policiales provoca las persecuciones que sirven para adquirir a precios ínfimos los bienes de los muertos o desplazados; sirven para coaccionar a las viudas y obligarlas a malvender enormes extensiones de tierra. Sobre la coerción de las viudas, Carlos Ortiz subraya que estas eran “la presa más fácil de

los negociantes; son ellas quienes venden sin espera”. El inesperado asesinato del esposo las tomaba por sorpresa y se sentían incompetentes “para afrontar la responsabilidad de la subsistencia familiar” (287). En esta época, la mujer del área del Quindío y de Antioquia se consagraba a los quehaceres domésticos y se mantenía marginada de las actividades productivas y administrativas de la hacienda.

En referencia a la alteración de los canales de comercialización, principalmente de café, se puede decir que “el negocio de comprar café robado o café colectado en las numerosas fincas y parcelas” resultó ser bastante fructífero. Según Ortiz, durante el período de violencia aún se tornó “más remunerativo el oficio de ‘agregado’ en las propiedades con dueños fugitivos” (270). En estas circunstancias, el lucro se derivaba de comprar el café a precios inferiores del promedio, por la razón de que se vendía en “anticipo” o porque procedía del robo. Como en los inicios del conflicto “los expelidos de las tierras son liberales, es obvio que los beneficiarios serán los conservadores”. Más tarde, con el afianzamiento de las cuadrillas de ambos bandos y la consecuente homogenización partidista de las veredas, “quienes habían abandonado temporalmente sus terrenos son progresivamente llevados a vender, no importa a qué precio” (271). Ortiz agrega que en este sector se producían las llamadas “gangas”, que son las adquisiciones que hacen los comerciantes a precios minúsculos por la necesidad que muestran los oferentes de vender los productos. En este entorno también se hacía uso del método del “boleto”, con el cual se intimidaban a ciertas “víctimas con haberes apetecibles” (271).

Además del robo de café, igualmente se daba el hurto de ganado. De forma contraria a lo que sucedía con el pillaje de café, que fue característico sobre todo en los conservadores, el despojo de ganado se generalizó en el ámbito de las cuadrillas liberales.

La preferencia por esta actividad se debió a que la “guerrilla” liberal ocupaba zonas predominantemente ganaderas, próximas a las cordilleras. Aunque cabe anotar, que debido a la proximidad geográfica que tenían a zonas cafeteras, hubo cuadrillas liberales que también negociaban con “café pillado”, pero en menor escala (Ortiz 271). En referencia a otros intereses mercantiles, y según Ortiz, a pesar de que el control de las veredas estaba distribuido entre las cuadrillas de ambos partidos, las autoridades conservadoras en alianza con los “pájaros”, ejercían supremacía en algunos núcleos urbanos, cuestión que los beneficiaba para realizar ciertas transacciones comerciales; de esta manera, los conservadores consiguieron el traspaso de almacenes “bien a través de venta o bien a título de administradores”. En las manipulaciones para obtener el predominio en las ventas, se registraron casos en los que se perpetraba “la eliminación física del competidor liberal, para asegurarse el pequeño monopolio local de las carnes, de los discos musicales, de los espectáculos de cine, etc.” (272). No estuvieron ausentes los casos donde “pese a la autoridad sectaria conservadora, la ‘reliberalización’ utilizó también ‘pájaros’ urbanos y las dos fuerzas se hicieron igualmente temibles, resultando dos calles comerciales de partido contrario en el centro del poblado; almacenes para conservadores y almacenes para liberales, sin que pudiera traspasarse el umbral del contrario a riesgo de perder la vida” (272).

El espectro de la comercialización bipartidista lo delinea concisamente la novela *El Monstruo* de Carlos Pareja. Afirma el narrador, que “los caciques godos” en confabulación con el capitán Aldana y el subteniente de la Policía Nacional, Duque Gómez, “buscaban, ante todo, apoderarse de los negocios de los competidores del bando opuesto, matándolos o poniéndolos en el trance de salirse del pueblo, circunstancias que

aprovechaban los chulavitas para entrar a saco en las propiedades del fugitivo” (159). De igual manera confirma el narrador, que Duque Gómez fue el dirigente de “la patrulla de facinerosos uniformados que, en connivencia con los agentes de El Monstruo, asoló la región de San Pablo, en Cunday.... Era necesario despojar de sus campos y negocios a Zenón Ávila, Campo Elías Castillo y otros ciento y tantos campesinos gaitanistas” (159). Estas tácticas de comercialización fomentaron el ascenso económico de miembros de ambos partidos, produciéndose lo que Paul Oquist denomina “la redistribución violenta de la riqueza sin cambios estructurales” (28). En su estudio *Sociología política de Colombia*, Eduardo Santa explica las irregularidades que afloraron en el sector económico en los años de la violencia:

Los motivos políticos comenzaron a desaparecer gradualmente entre los autores de la violencia oficial, puesto que muchos descubrieron que la violencia dirigida contra personas indefensas cosechaba dividendos económicos considerables. La policía, los detectives y los pájaros, al servicio de los comités políticos partidistas o de los caciques sectarios, encontraron lucrativo robar las haciendas, las fincas de las indefensas víctimas amenazadas de muerte, llevarse la cosecha de café o comprar propiedades rurales y urbanas a precios bajos.... Así se crearon los beneficios de la violencia y fue frecuente que los jefes políticos regionales la propiciaran, dadas las ventajas económicas que de ella derivaban. (65)

Las reflexiones expuestas por Santa son convalidadas por Guzmán Campos, quien presenta un resumen esquemático de las “causas coadyuvantes” de la violencia política, y señala la “ambición económica desorbitada” como el germen de todas ellas. En esta

época se registró un ascenso económico para tenderos, comerciantes, policías y políticos, ya que éstos utilizaron medios lucrativos inescrupulosos, como fueron la “usurpación de inmuebles con título legal registrado, obtenido por persecución, coacción y miedo; usurpación de inmuebles sin título alguno, mediante simple ocupación; retención y usufructo del predio ajeno” (2: 415). La visión de Gonzalo Sánchez indica que la Violencia favoreció “el ensanche de capitalistas agrarios que estaban bien ubicados antes de agudizarse el conflicto y que lo aprovecharon para sostener y ampliar sus ventajas iniciales”; sin embargo, el fenómeno contribuyó “al derrumbe definitivo del poder hacendatario en zonas en donde la hacienda ya había sido debilitada en luchas anteriores y en donde el conflicto no había tomado por sorpresa a los campesino”, como aconteció en las regiones del Tequendama y Sumapaz (*Guerra* 46).

Habiendo expuesto varias facetas de la violencia política en Colombia, sería conveniente finalizar el análisis ofreciendo una mirada a cierto detalle que complementarí­a el estudio. Se trata de la demarcación temporal del fenómeno. En esta investigación se ha delimitado el período de violencia política o “violencia clásica” de 1946 a 1953, siguiendo los estudios de historiadores y otros ideólogos, entre ellos, Gonzalo Sánchez, Malcolm Deas, Jesús Antonio Bejarano, Darío Fajardo y Pierre Gilhodés; sin embargo, para otros es un período ambiguo en el que es difícil precisar su comienzo y su conclusión. Hay quienes estiman que la violencia política tuvo sus inicios en 1930-34, en el contexto del gobierno liberal de Enrique Olaya Herrera; otros insinúan el año 1946, con la elección del presidente Mariano Ospina Pérez, conservador minoritario; también se señala como fecha inaugural el asesinato de Jorge Eliécer Gaitán, en 1948. Asimismo surge la pregunta: ¿Cuándo termina? ¿En 1953 con el golpe militar

del general Gustavo Rojas Pinilla? ¿En 1957 con la firma del Frente Nacional? ¿Aún continúa?

La pluralidad de opiniones sobre la delimitación del fenómeno emana del hecho que a diferencia de las guerras que se declaran formalmente, la violencia no tiene un comienzo identificable. Es una epidemia que cuando se toma conciencia de ella, ya está instalada en todos los contornos de la sociedad, en formas diversas y en todos los sentidos posibles. A partir de lo anterior, se puede postular que la problemática de la violencia en Colombia tiene un tejido “rizomático”. Un “rizoma no empieza ni acaba, siempre está en el medio, entre las cosas, inter-ser, *intermezzo*.... Tiene como tejido la conjunción ‘y...y...y...’. La conjunción “y” tiene “fuerza suficiente para sacudir y desenraizar el verbo ser”; de aquí que todas las preguntas sean inútiles (Deleuze 29). De forma precisa, en el ensayo “Un novelista de la violencia americana”, Ángel Rama apuntala a la temática, expresándola de la siguiente manera:

En un primer momento los escritores y los ideólogos pudieron dedicarse a la investigación de las causas: ¿Cuándo empezó? ¿Quién fue el primero? ¿Por qué se originó? ¿Cuáles fueron sus episodios más llamativos? Pero a medida en que los años pasaron, esa violencia, al continuar invariable, se transformó en estado natural; la distorsión de realidad y vida se hizo norma, costumbre cotidiana.... La violencia no se expresa con la fuerza desmesurada de su irrupción primera, sino que se ha revestido de un carácter –diríamos- institucional, hasta componer el tejido diario de las vidas humanas.... No es exactamente que se olvide, porque la violencia y la opresión están siempre pesando, sino que se han integrado a la vida

como una condición natural, y desde allí operan una sutil transformación en la vida de los hombres. (114-115)

Es obvio, que la violencia política colombiana se ha instaurado entre los seres, se ha desplegado entre las cosas y ha anulado todo comienzo y todo final. Las novelas analizadas reproducen esa condición multiforme del fenómeno, y a su vez materializan los argumentos de Ariel Dorfman en *Imaginación y violencia en América*, quien señala que la agresión ocurre de tres modos: “la violencia vertical y social; la violencia horizontal e individual; la inespacial e interior”. Además, Dorfman agrega por último “la violencia estética, narrativa”, o sea “la novela misma como un acto de agresión al lector” (18). En síntesis, ese “rizoma”, que se extendió subterráneamente, adquirió una estructura imprevisible; se bifurcó, se multiplicó y brotó, creando un caos de proporciones descomunales sobre gran parte del suelo colombiano.

Por otro lado, como ya se mostró, durante el período de crisis permanente, el predominio de la violencia eliminó y suplantó al poder estatal en algunas regiones del país, permitiendo el establecimiento de una forma de dominio “basada en el terror”. Aquí se concretan los postulados de Hannah Arendt, quien advierten que “el poder y la violencia son opuestos”; donde reina uno, desaparece el otro. Igualmente se dieron casos en donde el “Estado policial” devoró “a sus propios hijos” y el ejecutor de ayer “se convirtió en la víctima de hoy” (Arendt 76). A manera de resumen se puede decir, que en el transcurso del gobierno de Ospina Pérez (1946-1950) hubo una ofensiva sistemática de las clases dominantes contra los sectores populares urbanos, incluyendo los sindicatos y los nuevos partidos de clase. Durante el mandato de Laureano Gómez (1950-1953), el conservatismo, apropiándose de “la máquina de guerra” bajo las formas de bandas

organizadas (Pájaros y Chulavitas), militares, policías y agentes secretos, se enfrenta a la oposición. Más tarde, bajo la dictadura militar del general Gustavo Rojas Pinilla (1953-1957) se dio una ola represiva a través de operaciones militares contra los campesinos organizados en el Tolima, Sumapaz y los Llanos Orientales. Para concluir, en el período del Frente Nacional, la violencia política se reduce a su punto más bajo. La resistencia armada que ha actuado bajo control de los dos partidos políticos se desmoviliza, y las menos politizadas degeneran en bandolerismo social. Finalmente el ejército elimina los principales focos de violencia.

Con la firma del Frente Nacional se tiende a revivir el drama de “los hermanos enemigos”: Caín y Abel, Jacob y Esaú, Eteocles y Polinice, Rómulo y Remo, Ricardo Corazón de León y Juan sin Tierra (Girad 69). A través del Frente Nacional¹⁰⁵, los dos partidos políticos realizaron una alianza inaudita: de la confrontación a muerte (en sentido literal), pasaron a una fase donde se daba un reparto equitativo del poder. Aquí se reproduce ese “movimiento pendular” del que habla Fernando Guillén Martínez en *El poder político en Colombia*, el cual era una estrategia que les permitía a los partidos políticos ir de la lucha armada a la reconciliación y de la violencia a la coalición (363). Este hecho reanimó la creencia colectiva de que la historia nacional colombiana está sentenciada a una repetición eterna. La máxima representación de la historia reiterativa se encuentra en *Cien años de soledad*, cuya genealogía paradigmática encierra la esencia del drama nacional: “La historia de la familia era un engranaje de repeticiones irreparables, una rueda giratoria que hubiera seguido dando vueltas hasta la eternidad de no haber sido por el desgaste progresivo e irremediable del eje” (336).

Posterior a la ratificación del acuerdo, el Frente Nacional es enaltecido “como una ‘reconciliación entre hermanos’, entre miembros de la gran familia colombiana, a la sombra de la Santa Madre Iglesia” (Sanchez, Guerra 36). Muchos ideólogos contraponen el fenómeno de la Violencia colombiana con el mito de la Revolución mexicana, y la han considerado como “una gran vergüenza nacional”; fue una guerra “sin comienzo y casi sin fin”, que “no tuvo ni caudillos, ni batallas, ni ideas, ni glorias” (Braun, Mataron 373). Gonzalo Sánchez, pensando en el “carácter desestructurador de lo social y lo político”, toma prestado un término de Michel Wieviorka, y la considera como un “antimovimiento social” (Guerra 37). Por último, Eric Hobsbawm analiza el panorama de la Violencia y concluye que la confrontación no creó “estructuras sociales nuevas y revolucionarias, por lo cual considera el fenómeno como “una revolución social frustrada” (“La anatomía” 23).

Conclusiones

La dinámica de la Violencia política en Colombia conlleva a muchos cuestionamientos. A diferencia de las guerras civiles del siglo XIX, que se libraban en combates entre ejércitos de ambos bandos, y sus víctimas eran registradas como “bajas” en las filas de los contendientes, las confrontaciones armadas en el período de violencia política sorteaban las tácticas sistematizadas. El antagonismo se manifestaba a través de estrategias de homogenización programadas por el gobierno conservador de Laureano Gómez. El exterminio se realizaba de manera indirecta e indistinta contra la población de estirpe liberal, mayormente campesina. En esta Violencia política no hubo campos de batalla ni “bajas” en el bando enemigo. En reemplazo, el término utilizado era el de masacres o genocidios. Se ha mostrado que la finalidad de esta “guerra” no era la de derrotar “a un real o supuesto enemigo, sino la de producir el terror y la intimidación en regiones y comunidades enteras de una determinada composición partidista” (Sánchez, *Guerra* 213).

Teniendo en consideración la magnitud del fenómeno, algunos expertos han realizado estudios comparativos contraponiendo la Violencia en Colombia con el mito de la Revolución mexicana. Uno de estos análisis fue esbozado por el escritor Gustavo Álvarez Gardeazábal, quien en su artículo “México y Colombia: Violencia y revolución en la novela”, presenta a grandes rasgos algunos puntos de contraste, los cuales, desglosándolos, podrían servir de cimiento para la conclusión de esta investigación. Sin duda, Álvarez Gardeazábal reconoce que el fenómeno de la Revolución mexicana “fue, ha sido y será para los mexicanos una parte de su historia, de la que se enorgullecen”. Los

sucesos cruentos que ocurrieron “no fueron minimizados, sino por el contrario engrandecidos y puestos como acciones de héroes nacionales”. Caso opuesto aconteció en Colombia, en donde la violencia “fue, ha sido y tiene todas las probabilidades de ser más aún un fenómeno catalogado como vergüenza nacional. A él se llegó no como consecuencia ni como medio para lograr un propósito nacional de engrandecimiento, sino por una división caprichosa de partidos que querían repartirse solos la fonda burocrática” (78). El calificativo de “división caprichosa” atribuido por Gardeazábal se deriva del hecho que la pertenencia a los partidos políticos en la época de la violencia no estaba fundamentada claramente en factores económicos, sociales o políticos. Estas tres estructuras no coincidían con la división partidista, ya que todos los sectores “encontraban en cada uno de ellos un lugar –al menos formalmente- para expresar y hacerse representar” (Valencia 104). En síntesis, los partidos políticos eran policlasistas en su composición.

En relación a lo anterior, Jorge Orlando Melo en su ensayo “La Republica Conservadora”, indica que la “pertenencia a un partido u a otro era sobre todo cuestión de origen familiar, de nacimiento en una determinada localidad, reforzada por el problema religioso” (48). El pensamiento de Melo es avalado por Gonzalo Sánchez, quien señala que el meollo de esta cuestión residía en que los partidos políticos tradicionales en Colombia “son formas de identificación primaria, se ‘nace liberal o conservador’. Tienen, pues, más el carácter de *subculturas* profundamente arraigadas, que de diferenciados programas de manejo del Estado o del desarrollo económico” (“Estudios” 18). Dada la fragilidad estatal en este período de violencia, el Estado no pudo constituirse como un lugar de “unidad virtual del conflicto” (Valencia 105), que permitiera fundamentar la

lucha política. Igualmente, el pensamiento de Daniel Pécaut expuesto en *Guerra contra la sociedad*, señala que en el tejido social de la época de la violencia política circulaban libremente factores conflictivos que mostraban “la carencia de una simbología de la unidad nacional, la ausencia de mecanismos constantes de regulación social y un fraccionamiento espacial de los poderes” (36). Esta precariedad del Estado nacional permitió que germinara la violencia política multiforme de mediados del siglo XX.

Retomando el contraste de Álvarez Gardeazábal, éste también señala que la Revolución mexicana fue un fenómeno nacional. Igualmente la sufrieron “las ciudades y los campos con todas sus consecuencias”, y en las regiones que estuvieron exentas del conflicto, “sus ondas de destrucción y renovación entraron de una u otra manera” (80). De forma diferente se desplegó la violencia colombiana, ya que el único acontecer que tuvo resonancia nacional fue el del 9 de abril de 1948. En gran parte, el murmullo de las persecuciones y masacres se desvanecía antes de que arribara a las grandes ciudades. La imposición de la censura de prensa impedía propagar los acontecimientos que se daban en los campos y veredas, y la escasa información que se filtraba, provenía oralmente de los desplazados. Era así que gran parte de la población permanecía ajena al acontecer violento que evolucionaba en las zonas recónditas del país.

Por otro lado, Gardeazábal agrega que en México todos tienen conocimientos de la Revolución mexicana; por lo menos, saben lo necesario: “sus detalles, sus fracasos, sus crímenes, sus personajes”. Los sucesos relacionados con la Revolución se proyectan como una gesta heroica y han sido “prodigiosamente elevados a la categoría mítica”, razón por la cual “es historia patria y forma parte funcional de la educación de todo joven mexicano”. No obstante, sobre la violencia en Colombia, “ni los hijos de las víctimas

conocen el fenómeno. Apenas si recuerdan que a su padre o a su hermano los mataron por cuestión política; lo demás no interesa o al menos no se refleja exteriormente” (79). Debe recalcar, que en Colombia, con la llamada Nueva Historia, que surge a finales de los años setenta, los datos revelados por las investigaciones históricas empiezan a asomarse en los textos escolares. En los años más recientes, los manuales escolares de historia presentan el conflicto como un fenómeno multidimensional, aunque no revelan explícitamente los responsables de la contienda.

Gardeazábal insiste en que el olvido impuesto por el sistema “ha sido casi mágico”. Parece que “todos han olvidado todo”. Nadie recuerda “los huérfanos de la violencia”; nadie piensa en todos aquellos “desterrados de sus tierras”; nadie menciona las innumerables “viudas desamparadas”. La memoria “es mínima o no existe” (79). Los líderes políticos no se han encargado de cultivarla. Augusto Escobar Mesa aduce que el olvido “ha sido el mecanismo de defensa utilizado por la clase dominante para negar una historia de explotación y atropellos. El olvido, la desmemoria, hacen parte de la filosofía con la que se monta el Frente Nacional (1958) para relegar al silencio el funesto pasado” (111). Sin embargo, ese tratado pacifista apenas desarticuló transitoriamente esa violencia, ya que permaneció latente, y resurgió de manera imprevisible desencadenando de nuevo “toda la tragedia inicial” (Fals 2:10). Así lo prevé y lo expresa Orlando Fals Borda en el segundo tomo de *La violencia en Colombia. Estudio de un proceso social*, publicado en 1964:

Desgraciadamente, una vez amainada la tormenta político-literaria, luego de haber proclamado otra vez lo demoniaco de la violencia, el país pareció volver a su nerviosa indiferencia respecto al más grave problema. Aunque

en aparente retirada, la violencia sigue siendo cosa común, a la que los colombianos habremos de acostumbrarnos, creando personas abúlicas y muertas en vida en las regiones donde reina; y gentes egoístas, apáticas y miopes en las ciudades donde se creen lejos del flagelo. (14)

Vinculando el fenómeno político del Frente Nacional con el pensamiento del psiquiatra y escritor colombiano José Gutiérrez, expresado en *Idiosincrasia colombiana y nacionalidad*, publicado en 1966, éste recalca que el convenio fue un recurso con el que se “aplicó una asepsia, más no se extrajo el tumor” (13). El pensamiento de Fals Borda y de Gutiérrez se venía concretando desde 1964, cuando reaparece la insurgencia revolucionaria comunista bajo los nombres de Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC), el Ejército de Liberación Nacional (ELN) y el Ejército Popular de Liberación (EPL). Este último cesó sus acciones, perdurando en el escenario de la lucha armada las FARC y el ELN, cuyas operaciones se prolongan hasta el presente. De acuerdo a Gustavo Rosales Ariza, a partir de 1993, las FARC se envalentonaron con la reorganización de un proyecto político denominado “Plataforma para un gobierno de reestructuración nacional”; además, vigorizaron la lucha con “su fortalecimiento económico, producto de prácticas delincuenciales”. En contradicción a los fines expuestos en su plan político, “la subversión se criminalizó convirtiéndose en el primer enemigo de la sociedad”.¹⁰⁶ Actualmente, el Gobierno de Colombia, las FARC y el ELN adelantan un proceso de paz, que tiene como sede el Palacio de Convenciones de La Habana.

Con el fin de subrayar la ausencia de la memoria sobre la época de la Violencia, en el artículo “Paz, reconciliación y olvido. La época de La Violencia en el discurso

político de las élites en Colombia”, Sven Schuster, teniendo como premisas el parecer de algunos expertos, de que el Frente Nacional fue un “pacto de olvido”, analiza cómo las élites decidieron hacer caso omiso del pasado sangriento. El análisis tiene como eje interpretativo ciertas preguntas con respecto a la “(no) representación de la violencia en el imaginario colectivo”. Los cuestionamientos que formula sin que se pueda elaborar una respuesta, son los siguientes: “¿Dónde está la Violencia en la memoria histórica? ¿Dónde se encuentran los monumentos que recuerdan a las víctimas, los soldados y los guerrilleros? ¿Cuál es el museo en que se proyecta de forma crítica el conflicto armado actual y sus raíces en la Violencia?” (112). Schuster piensa que a pesar del “alto nivel académico de los estudios sobre La Violencia –que, en su mayoría, están lejos de omitir la responsabilidad histórica de las clases dirigentes- es aún más incomprensible que la conexión entre la investigación y la esfera pública sea tan débil” (112).

Schuster resalta al mismo tiempo lo sucedido en algunos países europeos y latinoamericanos, lugares donde el pasado violento “ha contribuido no solo a una vasta literatura científica, sino a la formación de un discurso histórico” (112). Cita como ejemplo el carácter autoritario e inhumano de las dictaduras del Cono Sur, el racismo del antiguo régimen de Suráfrica y el discurso “cuasi oficial” sobre el Holocausto en Alemania. Cosa contraria ha sucedido en Colombia, dado que “la Violencia se presta a cualquier interpretación, sin importar la solidez de los argumentos”. Schuster afirma que la memoria histórica de La Violencia en Colombia “es aún muy fragmentaria y está lejos de representar un discurso coherente” (113). Añade, que esta anomalía resulta del hecho que en Colombia, el conflicto no ha tenido comienzo ni fin y se “ha perdido todo sentido de su temporalidad”. En base a estas circunstancias, “se ha impuesto un relato totalizante

y ahistórico del pasado” en el cual los episodios de la Violencia se presentan como un suceso “indefinido dentro de una serie de catástrofes”; en otras palabras, “se trata de un pasado que no pasa” (113). Hasta el presente, el intento realizado por algunas comisiones no ha sido fructífero, así que la recuperación del pasado violento sigue sin institucionalizarse en el discurso histórico nacional, lo cual conduce a pensar en esa “memoria prohibida” de la cual habla Gonzalo Sánchez en su estudio *Guerras, memoria e historia* (83). Schuster concluye que ese “pacto de olvido” impuesto por las élites no ha podido anularse debido al estado perenne de violencia y amenazas; es así que la “contra memoria” está limitada a expresarse en las esferas “del arte, la literatura, el cine, el teatro, el mundo académico y las organizaciones de base” (114). La “contra-memoria” está lejos de manifestarse por canales institucionales.

Pero en el municipio donde ocurre la trama de *La mala hora*, de García Márquez, el síndrome de la desmemoria no germinó. En la siguiente escena, una de las mujeres es capaz de afrontar con valentía al “teniente-alcalde”, que ha implantado el terror en el pueblo:

Después de ayudar a colocar los muebles, trabajando hombro a hombro con los propietarios, el alcalde entró asfixiándose a la cocina más próxima. La sopa hervía en un fogón de piedras improvisado en el suelo. Destapó la olla de barro y aspiró por un instante la humareda...

-Se almuerza –dijo el alcalde.

La mujer no respondió. Sin ser invitado, el alcalde se sirvió un plato de sopa... De un modo ostensible, puso en aquel acto de generosidad toda la indiferencia de que era capaz....

-Quiera Dios que se le indigeste –dijo la mujer sin mirarlo....

-¿Hasta cuándo van a seguir así? –preguntó el alcalde. La mujer habló sin que se alterara su expresión apacible.

-Hasta que nos resuciten los muertos que nos mataron. (76-77)

En términos de Augusto Escobar Mesa, el pueblo no pudo olvidar lo ocurrido “cuando el tiempo de la muerte no dejó avanzar el tiempo de la vida” (112). La cita de *La mala hora* patentiza que no todos han sido partícipes de ese “pacto de olvido” impuesto por el Frente Nacional.

Como punto de cierre a estas conclusiones, se retoma el análisis de Álvarez Gardeazábal, para enfocar el tema relacionado con la producción novelística que surgió a raíz de ambos sucesos. La señalización inicial revela que los primeros escritores de la Revolución mexicana fueron combatientes, por lo tanto, sus obras tenían “sabor de memoria”, o cuando se trataba de novelas, “respondían en algo a la verosimilitud pedida a su categoría de combatiente”. En otras palabras, “cada cual había vivido su pedazo de Revolución y orgulloso de él quería darle categoría literaria”. En el caso de Colombia, con la excepción de Tulio Bayer, Alfonso Hilarión y Eduardo Franco Isaza, que escribieron memorias noveladas, ninguno de los escritores “puede tildarse de combatiente ni de víctima en el lato sentido de la palabra”. Los escritores colombianos no fueron protagonistas de la tragedia; vivieron el fenómeno “desde la barrera”. Muchos escribieron desde Bogotá, lugar a donde no llegaba “sino el asomo de la muerte”. La mayoría eran intelectuales puros que se veían precisados a incluir en sus producciones ese fenómeno que “sabían que existía, pero que no habían vivido” (80).

Por otro lado, en México, buena parte de los escritores de la Revolución produjeron más de tres obras, como es el caso de Mariano Azuela, Gregorio López y Fuentes, Jorge Ferretis, Martín Luis Guzmán y José Rubén Romero. En Colombia, solo el escritor Eduardo Caballero Calderón escribió tres novelas. Los demás se aproximaron una sola vez al tema de la violencia, y en algunos casos, se asomaron una sola vez a la literatura. En este contraste de la novela, también aflora el detalle de la estilística. Según Gardeazábal, en la novela mexicana “existió un rompimiento con los moldes tradicionales de la prosa”. Las formas de novelar fueron evolucionando “hasta llegar a un Pedro Paramo”. En Colombia, los escritores se inclinaron por las formas decimonónicas. Casi toda la producción novelística sobre el fenómeno de la violencia “tuvo una tendencia marcada a seguir los moldes que los novelistas Isaacs y Rivera marcaron en sus obras *María* y *La Vorágine*” (81). En complemento, en México las editoriales de renombre continental acogieron la producción novelística, y ellas hicieron eco de las novelas de la Revolución. En Colombia, en cambio, las novelas fueron publicadas por “editoriales segundonas”. La escasez de apoyo publicitario se debió a la censura de prensa, que limitaba a que se hiciera una mención exigua de la publicación de un libro.

Por último, y de forma somera, después de la producción de “La novela de violencia en Colombia”, se observa a partir de los años setenta, una tendencia a “representar la situación que se vive en la creciente urbe colombiana”. Se enfoca el ambiente de la metrópoli “moderna” acechada por el crimen, la droga, el desempleo y la desesperanza. De esta inclinación pueden citarse las novelas *Aire de tango* (1973) de Manuel Mejía Vallejo, *¡Que viva la música!* (1977) de Andrés Caicedo y *Los parientes de Esther* (1978) de Luis Fayad. Según Lucía Ortiz, en las últimas décadas del siglo XX

se han integrado las voces femeninas en el diálogo literario. También se ha dado el surgimiento de una literatura que “denuncia el abuso, la violencia doméstica y la represión espiritual que ha sufrido la mujer durante años” (2). Las novelas sobresalientes sobre esta temática son *Misiá Señora* (1982) de Alba Lucía Ángel, *Los amores de afrodita* (1983) de Fanny Buitrago y *En diciembre llegan las brisas* (1987) de Marvel Moreno. Del mismo modo, se ha dado una propensión a reevaluar el pasado histórico colonial con obras como *Changó el gran putas* (1983) de Manuel Zapata Olivella, *Pepe Botellas* (1984) de Gustavo Álvarez Gardeazábal y *Los pecados de Inés de Hinojosa* (1986) de Prospero Morales Padilla.

Con la irrupción del narcotráfico, el paramilitarismo y el surgimiento de la figura del sicario, la violencia penetra en todas las instancias de la vida. No existe solo la violencia política, sino “violencias” que se superponen: “violencia del crimen organizado contra personas privadas, violencia de las guerrillas dirigida contra el Estado, violencia de los grupos alzados en armas contra particulares, violencia de organismos del Estado en ejercicio de la guardia del orden público cuando pasan los marcos legales, violencia de particulares no organizados” (Suarez 290). Los temas de la descomposición política y la corrupción de los grupos armados, ocupan páginas de varias novelas como *La virgen de los sicarios* (1994) de Fernando Vallejo, *La bruja: coca, política y demonio* (1994) de Germán Castro Caicedo, *Rosario Tijeras* (1999) de Jorge Franco y *Mi hermano Pablo* (2000) de Roberto Escobar. Asimismo, por la recurrente ola de violencia, los desplazamientos forzados han generado una transformación en la estructura social de las ciudades. La literatura también ha estado marcada por este fenómeno de los seres desplazados, los cuales experimentan una “ruptura con un proyecto de vida” a la vez que

tienen una “pérdida sociocultural” (Giraldo 424). Esta temática ha tenido una producción prolífera, de la cual merecen mencionarse *Sangre ajena* (2000) de Arturo Alape, *La multitud errante* (2001) de Laura Restrepo, *Desplazados del futuro* (2003) de Óscar Collazos y *Desterrados* (2005) de Alfredo Molano.

Para concluir, es evidente la afirmación que hace Luz Mary Giraldo en su artículo “Narradores colombianos y escrituras del desplazamiento. Indicios y pertinencias en una historia social de la literatura”, que los “últimos cincuenta años de Colombia pueden leerse a través de la literatura” (423). El acontecer histórico ha marchado de la mano con la evolución de la narrativa colombiana, razón por la cual el predominio temático ha sido el de la violencia. Colombia “vive un conflicto armado de más de 50 años, en el que han participado guerrillas de izquierda, paramilitares de derecha y fuerzas militares, que ha dejado oficialmente al menos 220.000 muertos y más de cinco millones de desplazados”.¹⁰⁷ Esto nos permite formular una pregunta: ¿cuál será la tendencia literaria colombiana en los años venideros?

Notas

¹ Cit. *Cuando Colombia se desangró* de James Henderson, p. 12.

² El investigador norteamericano Vernon Lee Fluharty, en su estudio *La danza de los millones; régimen militar y revolución social en Colombia*, hace reiteradas referencias al ensayo de Germán Arciniegas. Igualmente, John D. Martz alude al parecer de Arciniegas en su publicación *Colombia, A Contemporary Political Survey*.

³ En su artículo “Los estudios sobre la violencia: balance y perspectiva”, Gonzalo Sánchez afirma que *La Violencia en Colombia. Estudio de un proceso social*, es “el primer intento de globalización descriptiva del fenómeno, elaborada con base en informaciones de primera mano, puesto que los autores tuvieron la oportunidad de recorrer las zonas más afectadas en misión oficial” (18). Esa “misión oficial” se inició en 1958 por Decreto presidencial, y tomó por nombre Comisión Nacional Investigadora de las Causas Actuales de la Violencia. La comisión estaba integrada por dos representantes del partido liberal: Otto Morales Benítez y Absalón Fernández de Soto; uno del partido conservador: Augusto Ramírez Moreno; dos representantes de las Fuerzas Armadas: generales Ernesto Caicedo López y Hernando Mora Angueira; y dos sacerdotes: Fabio Martínez y Germán Guzmán Campos. Por otro lado, en la reseña a *La Violencia en Colombia. Estudio de un proceso social*, escrita por Gonzalo Sánchez y publicada en la revista *Análisis político*, éste manifiesta que la importancia del estudio radica “en las múltiples funciones que cumplió en el momento”, parecer que lo induce a clasificarlo como “libro denuncia”, “libro testimonio”, “libro memoria”, “libro intuición”, “libro premonición”, “libro imagen” y, finalmente, “libro revelación”; esto último obedece al pensamiento de que el texto “va más allá de sus propias cualidades y limitaciones” (199). La obra consta de dos tomos: el primero, de 430 páginas, publicado en junio de 1962 y el segundo, de 460 páginas, publicado en 1964.

⁴ Reseña de Gonzalo Sánchez a *La violencia en Colombia. Estudio de un proceso social*. *Análisis político* 46 (2002). 198-199.

⁵ *Ibid.*

⁶ Cit. en “Literatura y violencia en la línea de fuego”. *Ensayos y aproximaciones a la otra literatura colombiana*, p. 132.

⁷ *Ibid.*, p. 136.

⁸ En el transcurso de su historia, Colombia ha tenido diferentes nombres: Gran Colombia (1819-1831); Nueva Granada (1832-1858); Confederación Granadina (1858-1863); Estados Unidos de Colombia (1863-1886); República de Colombia (1886 hasta el presente).

⁹ A partir de su independencia, Colombia ha estado regida por diferentes Constituciones: En el lapso de 1809 a 1811, varias provincias declararon sus propias constituciones, entre ellas, Socorro, Tunja, Cartagena, Cundinamarca, Mariquita, Neiva y Antioquia. En 1821 se proclamó la Constitución de Cúcuta, de corte centralista, que regía a Venezuela, Nueva Granada y Quito bajo el nombre de la Gran Colombia. La Constitución de 1832, medianamente centralista, se firmó después de la desintegración de la Gran Colombia. La Constitución de 1843, fue una carta rígidamente autoritaria. La Constitución de 1853, con la cual se implantó un gobierno de orientación federal. La Constitución 1858, propició completamente el federalismo. La Constitución de 1863, descentralizó la administración y le dio soberanía absoluta a los estados, afianzando así la forma de gobierno federal. La Constitución de 1886, totalmente centralista, dio paso al período de La Regeneración. La Constitución de 1991, de corte centralista, aún rige en la actualidad.

¹⁰La Guerra de los Supremos, también denominada Guerra de los Conventos, sucedió de 1839 a 1842. Los “supremos” eran caudillos militares que habían participado en las guerras de Independencia, y se oponían a una disposición legal que ordenaba el cierre de los conventos que albergaban menos de ocho religiosos con el fin de destinarlos al beneficio de la educación. Los “ministeriales” eran los partidarios del gobierno, grupo que a partir de 1849 tomó el nombre de “conservadores”.

¹¹ Dentro de los partidos liberal y conservador se dieron ciertos fraccionamientos, siendo el primero de ellos, el que ocurrió durante el gobierno de José Ignacio de Márquez (1837-1841). El liberalismo se dividió en tolerantes o liberales conservadores, liderados por Francisco de Paula Santander, y exclusivistas o liberales rojos, encabezados por Vicente Azuero. En 1853, nuevamente el liberalismo se fraccionó en dos bandos por intereses económicos concretos: los gólgotas, defensores del librecambismo, y los draconianos, seguidores del proteccionismo. En 1876, el partido liberal sufre otra división en dos facciones: radicales e independientes. En 1888, el partido conservador se divide en nacionalistas e históricos. En la Convención Liberal de 1897, los liberales se fraccionan en belicistas y pacifistas.

¹² La mención que Frank Safford hace sobre “la revolución del 40”, se refiere a la Guerra de los Supremos, que se dio de 1839 a 1842.

¹³ El liberalismo radical se conoció con el calificativo de “Gólgotas”, nombre que provenía por la inclinación de sus integrantes hacía un cristianismo igualitario, y habían tomado como arquetipo la figura de Jesucristo sacrificado en el Gólgota. El liberalismo “Draconiano”, con quienes se alinearon los artesanos, tomó el nombre del legislador griego Dracón de Tesalia.

¹⁴ La guerra civil de 1854 se produjo en contra de la dictadura del general José María Melo, quien contaba con el respaldo de los artesanos. Este acontecimiento sucedió en una época en la que se estaban dando muchas reformas socio-económicas en el país. Los artesanos, asociados al liberalismo draconiano y defensores del proteccionismo se enfrentaron a los comerciantes que estaban alineados al liberalismo Gólgota y defendían

el librecambismo. En otras palabras, fue una lucha del proteccionismo contra el librecambismo.

¹⁵ En el transcurso de la historia bipartidista, se dieron varias alianzas, siendo la primera de ellas la Unión Pro Legitimidad, la cual sucedió en 1854. En 1886 se dio la alianza de los liberales independientes con un grupo de conservadores que tomó por nombre Unión Nacional. En 1909 se concretó la alianza entre liberales y conservadores históricos, que tomó por nombre Unión Republicana. Más tarde, en 1930, se consolidó la Concentración Nacional Patriótica. En 1946 surgió nuevamente la Unión Nacional y, por último, en 1958 se constituyó el Frente Nacional.

¹⁶ Esta guerra civil se extendió de 1860 a 1862. Como causas de la guerra pueden considerarse la implantación del federalismo, la inflexibilidad de las políticas del presidente Mariano Ospina Rodríguez, y la imposición de algunas leyes que le permitían al gobierno central injerencia en los Estados. En esta guerra por primera vez las fuerzas revolucionarias, conformadas por liberales federalistas y comandadas por el general Tomás Cipriano de Mosquera, derrotaron las fuerzas de la legitimidad asociadas con el conservatismo. Durante este período el país estuvo regido simultáneamente por varias constituciones: una Constitucional nacional de corte centralista, las constituciones de los Estados Federales y constituciones provinciales.

¹⁷ Los jesuitas fueron expulsados por primera vez en 1851 bajo el gobierno de José Hilario López (1849-1853). Luego regresaron al país durante la presidencia de Mariano Ospina Rodríguez (1857-1861). El general Tomás Cipriano de Mosquera (1861-1863), durante su mandato y bajo el decreto de tuición de cultos, los expulsó por segunda vez el 26 de julio de 1861.

¹⁸ Cit. en Frank Safford, *Colombia: país fragmentado, sociedad dividida*, p. 456.

¹⁹ Como es de notarse, en las dos décadas del Olimpo Radical, los períodos presidenciales sólo fueron de dos años. De aquí deriva el hecho de que la nación se mantuviera en constante agitación debido a las frecuentes campañas políticas.

²⁰ En Colombia, durante el siglo XIX, estos hechos se conocieron popularmente con el nombre genérico de “revoluciones”, pero no presentaban las características verdaderas de una revolución. También se designaron comúnmente con los nombres de revueltas, cuartelazos, pronunciamientos, levantamientos, sublevaciones y motines. Otra manifestación de inestabilidad política en esos tiempos, fueron los golpes de Estado, con los cuales se derrocaron varios gobiernos por medios no previstos en la Constitución, entre ellos: El golpe de Estado de Simón Bolívar, en 1828; el golpe de Estado del general Rafael Urdaneta, en 1830; el golpe del general José María Melo, en 1854; el golpe de Estado del general Tomás Cipriano de Mosquera, en 1867; el golpe de Estado de Rafael Núñez, en 1885; y por último, el golpe de Estado del presidente José Manuel Marroquín, en 1900.

²¹ La denominación de esta guerra civil como un conflicto político-religioso, proviene del desacuerdo que mostraron los conservadores ante la implantación del laicismo en la educación de la juventud. Los conservadores condenaban severamente el espíritu antirreligioso de los gobiernos radicales. La contienda se inició en julio de 1876 en los estados de Cauca, Antioquia y Tolima, gobernados por conservadores, y luego se libraron varias batallas, de las cuales las más importantes fueron la de los Chancos, Garrapata, La Donjuana y Manizales. Como consecuencia de esta guerra, el liberalismo se dividió en dos bandos: liberales radicales y liberales independientes. En las filas del liberalismo independiente estaba el ideólogo Rafael Núñez, quien más tarde inició el Movimiento de la Regeneración.

²² Las oligarquías regionales se apropiaron de gran cantidad de tierras de los indígenas, de algunas propiedades de la Iglesia, de minas y de grandes extensiones de tierras baldías.

²³ Cit. en “Siglo y medio de bipartidismo” de Álvaro Tirado Mejía, p. 122.

²⁴ La guerra civil de 1885 la inició el liberalismo radical con la intención de derrocar el gobierno del presidente Rafael Núñez, quien para ese entonces había dado comienzo al movimiento de la Regeneración. En el transcurso de este conflicto se libraron varios combates importantes, entre ellos, Río Sonso, Santa Bárbara de Cartago, Cartagena y la Humareda. El gobierno de Núñez salió triunfante en la batalla de la Humareda, el 17 de junio de 1885, y sancionó la Constitución de 1886, con la cual se reestructuró el país con una forma de gobierno centralista.

²⁵ En el período de 1887 a 1897 se sembraron 30 millones de árboles de café, los cuales, cuatro o cinco años después, empezaron a producir sus cosechas, dándole un impulso favorable a las exportaciones del país.

²⁶ En esta época, ya se había dado en Alemania el llamado *Kulturkampf* bismarckiano, el cual fue un conflicto que sostuvo el canciller alemán, Otto von Bismark, contra el partido Zentrum, al que estaban afiliados los católicos alemanes. Por otra parte, en ciertos lugares de Europa se había pronunciado el anticlericalismo desencadenado por la reunificación italiana y por el republicanismo francés. De manera simultánea sucedió el conflicto religioso ecuatoriano a mediados del siglo XIX, liderado por Eloy Alfaro, quien fue jefe de la revolución liberal ecuatoriana emprendida en contra de los conservadores católicos, y más tarde fue presidente de Ecuador en los períodos de 1897-1901 y 1906-1911.

²⁷ José Manuel Marroquín, antes de su ascenso a la presidencia (1900-1904), tenía más renombre por sus labores como escritor y gramático, que como político. Fue fundador de la Academia Colombiana de la Lengua. Publicó, entre otros escritos, algunos tratados de Ortología y Ortografía de la Lengua castellana. Sus obras literarias de mayor renombre son: *Blas Gil* (1896), *Entre Primos* (1897), *El Moro* (1897) y *Amores y leyes* (1898).

²⁸ En esta fase de oposición al gobierno de Sanclemente, los liberales se vieron precisados a definir su postura con respecto al gobierno y a sus opositores conservadores.

Según su actitud, se dividieron en dos bandos: los liberales belicistas y los liberales pacifistas. Como sus nombres lo indican, los belicistas, encabezados por el expresidente Aquileo Parra, planearon rebelarse contra el gobierno por medios guerreros, mientras que los pacifistas, dirigidos por el general Rafael Uribe Uribe, deseaban el logro de sus intereses a través de una reforma pacífica que incluyera la aprobación de una ley electoral satisfactoria para ellos, como también la modificación de ciertas medidas económicas adversas a sus intereses.

²⁹ En el transcurso de la guerra civil de los Mil Días se libraron más de 200 combates y murieron acerca de 100.000 personas.

³⁰ Cit. en David McCullough, *The Path Between The Seas. The Creation Of The Panama Canal: 1870-1914*, p. 101.

³¹ El número de personas que perecieron en este proyecto a causa de las enfermedades tropicales sobrepasó las 20.000. La mayoría de ellos procedían de las islas del Caribe. Para este entonces, todavía no se conocían los orígenes de la malaria y la fiebre amarilla.

³² En *Café y conflicto en Colombia*, Charles Bergquist señala que el comité elegido por el Senado para que delineara la posición de Colombia ante las negociaciones, reclamaba términos financieros mejores. Es así que “la declaración del comité insistía en un pago inicial de US\$20 millones y en cuotas anuales de US\$400.000, más el pago a Colombia por la Compañía del Canal de US\$10 millones”, p. 326.

³³ Phillippe Buneau-Varilla era de origen francés, pero estaba de parte de los panameños separatistas. Se hizo nombrar embajador de Panamá ante Washington para defender sus intereses financieros. Como funcionario de la Nueva Compañía del Canal, su propósito esencial era venderle a los norteamericanos los equipos de construcción que había usado la compañía y la parte que ya se había construido del canal, por la suma de \$40 millones de dólares.

³⁴ Cit. en Charles Bergquist, *Café y conflicto en Colombia*, p. 327. Bergquist aclara que la cita se encuentra en la primera comunicación que tuvo Phillippe Buneau-Varilla con el secretario de Estado norteamericano, John Hay, en noviembre 7 de 1903.

³⁵ Cit. en David McCullough, *The Path Between The Seas. The Creation Of The Panama Canal: 1870-1914*, p. 387.

³⁶ Bergquist subraya que “los comisionados planeaban originalmente ir a Panamá y consideraban la idea de fomentar en el Istmo una rebelión en favor de Colombia. Cuando vieron que el plan no se podía llevar a cabo, fueron a Washington, donde, después de semanas de desaires diplomáticos y de silencio en la prensa de Washington con respecto a su misión, escribieron una encendida denuncia de las acciones de los Estados Unidos en la que documentaban los reclamos legales de Colombia y demandaban retribución”. *Café y conflicto en Colombia*, p. 328.

³⁷ La comisión estuvo integrada por Rafael Reyes y Jorge Holguín, ambos conservadores nacionalistas; Pedro Nel Ospina, conservador histórico, y Lucas Caballero, del partido liberal.

³⁸ A raíz de los disturbios que se desencadenaron el 13 de marzo de 1909 provocados por el inconformismo de la dictadura, Reyes se sintió presionado y convocó elecciones para elegir un nuevo congreso. El organismo, que tuvo la participación de ambos partidos, más tarde se convirtió en la facción política denominada Unión Republicana.

³⁹ Publicado en el periódico *El Colombiano*, octubre 16 de 1914.

⁴⁰ Otras misiones muy destacadas fueron las procedentes de Alemania, que se encargaron de la reforma educativa y la canalización del río Magdalena. La misión proveniente de Suiza efectuó las reformas arancelarias y del ejército. La misión que procedía de Italia se hizo cargo de la reforma del Código Penal. Grupos de procedencia mixta contribuyeron en el desarrollo de la salud pública, en el plan vial y en la legislación de petróleos.

⁴¹ La Costa Atlántica fue escenario de las primeras huelgas en Colombia, que por su situación geográfica, estaba expuesta al influjo de inmigrantes que traían consigo las ideas socialista y anarquistas. Fue así que en 1910 se dio la primera huelga en Barranquilla, protagonizada por los trabajadores del Puerto, en demanda de mejoras salariales. En 1918 ocurrió un movimiento huelguístico generalizado en las ciudades portuarias de Cartagena, Barranquilla y Santa Marta, y brotó la primera huelga de la United Fruit Company en la zona bananera de Santa Marta. Luego se dieron otras huelgas en el ferrocarril de Girardot y en la zona petrolera de Barrancabermeja. En 1928 sucedió la segunda huelga en la zona bananera, en la que se perpetró la gran masacre.

⁴² La “Generación de los Nuevos” comenzó a gestarse en 1925 y perduró hasta 1999, cuando falleció Germán Arciniegas, quien fue el último sobreviviente del movimiento. Algunos de sus militantes fueron escritores de renombre, entre otros, Jorge Zalamea, León de Greiff y José Antonio Osorio Lizarazo. Otros ocuparon altos cargos políticos, como fue el caso de Gabriel Turbay, Carlos Lleras Restrepo y Jorge Eliécer Gaitán.

⁴³ El partido conservador lanzó su consigna “Acción intrépida” después que en enero de 1939, los agentes del resguardo de aduana de Cundinamarca, que eran liberales, masacraron a un grupo de campesinos que asistían a una reunión del partido conservador en el pueblo de Gacheta. La consigna significaba la “legítima defensa” de los conservadores o godos, como solían llamársele.

⁴⁴ Hernando Valencia Villa argumenta en su artículo que “Tanto las quince constituciones nacionales del siglo XIX, cuanto las sesenta y siete enmiendas constitucionales del siglo XX deben ser vistas entonces como formando un conflicto civil interminable, la guerra del país contra sí mismo. A partir de la ruptura del vínculo colonial con la metrópoli española, que se resuelve en la fundación del Estado, [...] las constituciones decimonónicas batallan unas contra otras y a través suyo Colombia batalla contra su

pueblo en la búsqueda quimérica de la ley fundamental perfecta”. “De las guerras constitucionales en Colombia”, *Análisis Político*, p. 97.

⁴⁵ Cit. en Gloria Gaitán, “Orígenes de la violencia en los años 40”, p. 342.

⁴⁶ Debe aclararse que, en los inicios del surgimiento de Gaitán, el ala derecha del Partido Liberal trató de silenciarlo e ignorarlo. Más tarde le declaró una fuerte oposición, y, por último, cuando su victoria era evidente, decidió brindarle su respaldo.

⁴⁷ Cit. en Gozalo Sánchez, “El gaitanismo y la insurrección del 9 de abril en provincia”, p. 208.

⁴⁸ Cit. en Arturo Alape, “El 9 de abril: muerte y desesperanza”, p. 92.

⁴⁹ En su artículo “El 9 de abril de 1948 y su contexto internacional”, Pierre Gilhodes analiza desde otro ángulo la exclusión de Gaitán, y señala que “en el contexto de los preparativos de la Conferencia y vistas las presiones que existieron sobre otros países cabe la pregunta de que sí en vez de la influencia de Laureano Gómez no fue una presión norteamericana lo que impidió el nombramiento del dirigente liberal. En sus conversaciones con Darío Echandía publicadas en *El Tiempo* del 8 de abril de 1973, Mariano Ospina Pérez alude, sin mayor precisión a los consejos recibidos de los detectives de Marshall. Hay que pensar siempre, cuando nos referimos al 9 de abril, en la presencia de numerosos agentes norteamericanos y otros (en particular británicos) en Bogotá en los meses anteriores a la Reunión y durante la misma”, p. 244.

⁵⁰ Cit. en Germán Guzmán, *La violencia en Colombia. Estudio de un proceso social*, p. 36.

⁵¹ El general George Marshall era una figura prominente en la política internacional por haber liderado bajo el “Plan Marshall” la reconstrucción de Europa después de la Segunda Guerra Mundial. A raíz de esta iniciativa, Arturo Alape señala que “La Novena Conferencia Panamericana había creado grandes ilusiones en los gobiernos de América Latina, al pensar éstos, que de ella saldría una especie de ‘Plan Marshall’ para reconstruir sus quebrantadas economías”. En *El Bogotazo. Memorias del olvido*, p. 195.

⁵² Cit. en Arturo Alape, *El Bogotazo. Memorias del olvido*, p. 179.

⁵³ *Ibid.*, p. 185.

⁵⁴ Cit. en Cordell Robinson, *El movimiento gaitanista en Colombia*, p. 163.

⁵⁵ Gaitán, después de obtener su título de abogado, se trasladó a Roma, donde prosiguió estudios bajo la dirección de Enrico Ferri, considerado “el padre de la escuela positivista del derecho penal”. Regresó a Colombia en 1928, y casi de inmediato consiguió un escaño en la Cámara de Representantes.

⁵⁶ Gaitán investigó personalmente los pormenores de la masacre de las bananeras, ocurrida el 6 de diciembre de 1928. En las sesiones de la Cámara de Representantes que se efectuaron del 3 al 6 de septiembre de 1929, Gaitán denunció con el respaldo de abundante documentación, las atrocidades cometidas por el gobierno, las cuales dejaron centenares de personas muertas. Se cree que el debate de Gaitán ante la Cámara contribuyó a la derrota del conservatismo en las elecciones de 1930.

⁵⁷ Augusto Escobar Mesa cita las características que Gérard Genette señala sobre la “novela de la violencia”, las cuales resume de la siguiente manera: “la trama se estructura en un sentido lineal, en secuencias encadenadas por continuidad, que conducen ordenadamente de la situación inicial a las peripecias y de estas al desenlace sin alteraciones. En consecuencia coinciden artificialmente la extensión del relato con la extensión temporal de los hechos, es decir, el tiempo de la historia es igual al tiempo de la enunciación”. *Ensayos y aproximaciones a la otra literatura colombiana*, p. 326.

⁵⁸ Las 74 novelas pertenecientes a este grupo fueron escritas entre 1949 a 1972, y abarcan el período de violencia política que se desencadenó entre 1946 a 1965. Por observaciones de Manuel Antonio Arango, la cifra de las novelas sobre la violencia en Colombia supera la cantidad de novelas escritas sobre la Revolución Mexicana. *Gabriel García Márquez y la novela de la violencia en Colombia*, p. 16.

⁵⁹ Gaitán empezó a revelar explícitamente sus sentimientos anti-imperialistas desde 1928. En uno de sus escritos políticos titulado “La masacre de las bananeras”, Gaitán censura la amistad incondicional de Colombia con Estados Unidos, y allí promulgaba que el gobierno colombiano “tiene ametralladora para los hijos de la patria y la rodilla en el suelo para el oro yanqui”. *Escritos políticos*, p. 41.

⁶⁰ Hay una tendencia a escribir el término “Violencia” con mayúscula para referirse al período histórico comprendido entre 1946 a 1965. La “violencia” en minúscula hace referencia al fenómeno.

⁶¹ En relación a su ideología, Gaitán expresó en 1947: “Yo he invitado al pueblo a intervenir en la política, y creo precisamente que la salvación de este país reside en que todos los hombres intervengan en la política”. Cit. en Antonio Caballero, p. 71.

⁶² En *Masa y poder*, Elías Canetti define la masa abierta como “la masa propiamente dicha que se abandona libremente a su natural impulso de crecimiento. Una masa abierta no tienen una sensación o visión clara de la magnitud que puede llegar a alcanzar. No se atiene a ningún edificio que le sea conocido y que haya que llenar. Su medida fija no está establecida, quiere crecer hasta el infinito, y lo que para ello necesita son más y más hombres”. Sobre la masa cerrada, Canetti explica que en el pasado “se habían convertido todas en instituciones familiares. El peculiar estado en el que solían caer sus participantes parecía algo natural; siempre se reunían con un fin determinado, fuese de tipo religioso,

festivo o bélico, y el fin parecía justificar tal estado. [...] Todas las ceremonias y reglas características de tales instituciones buscan en el fondo interceptar a la masa”, p. 16.

⁶³ Margarita Zuleta en “El bogotazo y la Novena Conferencia Internacional Americana”, narra que la población de Armero pertenecía a la Jurisdicción Eclesiástica de Ibagué, y cuando el Obispo de esa ciudad, Monseñor Pedro María Rodríguez Andrade, se enteró del asesinato del párroco Ramírez Ramos, pronunció unas palabras proféticas: “Armero quedará borrada de la faz de la tierra. Por el río Lagunilla le ha venido su riqueza, por el río Lagunilla le vendrá su destrucción” (94). Efectivamente, la profecía se cumplió el 13 de noviembre de 1985, cuando el nevado del Ruiz hizo una erupción y colmó al río Lagunilla de lodo y residuos volcánicos, formando olas de más de treinta metros de altura que arrasaron con la población. En la tragedia murieron más de 22.000 personas.

⁶⁴ Cabe decir que las élites, más que todos los conservadores, criticaban abiertamente la falta de cultura y la posición social de los gaitanistas. El escritor José Antonio Osorio Lizarazo, autor de una de las biografías de Gaitán, anota que los periódicos difundían con mucha frecuencia “fotografías de rateros y de ebrios, de pequeños delincuentes y ‘prostitutas’, aplicándoles el calificativo de gaitanistas”, p. 269.

⁶⁵ *New York Times* Editorials. “The Rioting in Bogota”. *NYTimes.com* 11 de abril de 1948.

⁶⁶ Cit. en Herbert Braun, *Mataron a Gaitán*, p. 296.

⁶⁷ Osorio Granados, Marcela. “¿Y los restos de Gaitán?” *Elespectador.com* 31 de octubre de 2010.

⁶⁸ En su artículo “El 9 de abril visto por los vencidos: testimonio de la hija del caudillo popular”, Gloria Gaitán declara que el líder liberal Darío Echandía fue quien le sugirió a Ospina Pérez la solución a la controversia, diciéndole: “Presidente, si la viuda de Gaitán no quiere sacar a su marido de la casa, que no lo saque. Declare monumento nacional esa casa y ordene que se le entierre en la misma sala donde lo están velando”, *Credencial historia*, 96.

⁶⁹ Cit. en Herbert Braun, *Mataron a Gaitán*, p. 348.

⁷⁰ Egan, Leo. “Keep Reds in Open, Dewey Demands”. *NYTimes.com* 11 de abril de 1948.

⁷¹ Bracker, Milton. “Identity of Gaitan Assassin Key to Communists’ Part”. *NYTimes.com* 12 de abril de 1948.

⁷² Este estudio de Ricardo Jordán Jiménez titulado *Dos viernes trágicos* enfoca dos asesinatos trascendentales ocurridos en dos viernes: el magnicidio de Jorge Eliecer Gaitán, ocurrido el 9 de abril de 1948, y el homicidio del Presidente John F. Kennedy, acaecido el 22 de noviembre de 1963.

⁷³ Sobre este asunto, Herbert Braun indica en *Mataron a Gaitán*, que “la investigación oficial de su muerte duró treinta años enteros. Fue esporádica, repetitiva en extremo y lejos de ser esclarecedora. Finalmente sus conclusiones se dieron a la luz pública en una ceremonia encabezada por el entonces presidente Alfonso López Michelsen, el 9 de abril de 1978, en la Casa Museo Jorge Eliécer Gaitán, donde reposan ahora empastados los treinta y nueve volúmenes de testimonios”, p. 382.

⁷⁴ Carlos H. Pareja tenía un título en Derecho, y era profesor de economía política en la Universidad Nacional de Colombia, siendo uno de sus alumnos, Gabriel García Márquez. Entre sus publicaciones más notables pueden citarse *Curso de derecho administrativo y Código del trabajo*. También publicó varios libros de versos con el seudónimo de Simón Latino. Fue encarcelado por su participación en los incidentes del 9 de abril, en donde lideró la constitución de la Junta Revolucionaria de Gobierno integrada por notables liberales de izquierda. Debido a la situación política que se daba en el país, Pareja se trasladó a Argentina, donde publicó la novela *El Monstruo* en 1954.

⁷⁵ Manuel Zapata Olivella es autor de la novela *La calle diez* y del artículo “El nueve de abril: interpretación comunista”; José Antonio Lizarazo, autor de *El día del odio* y la biografía *Gaitán: vida, muerte y permanente presencia*.

⁷⁶ William Ospina recalca que “es posible que otro error de Gaitán estuviera en el tono permanentemente desafiante de su discurso. No eran falsas sus afirmaciones con respecto al carácter apátrida de las élites colombianas, a su triste falta de carácter y de amor por el país, pero Colombia necesitaba, y sigue necesitando, un proceso de educación de unas élites asombrosamente rudimentarias, que con su avidez y su insensibilidad no sólo han maltratado el país sino que han arruinado su propia posibilidad de vivir en un país decente”, p. 9.

⁷⁷ Los chulavitas eran bandas organizadas adscritas a la policía y al ejército que tenían la tarea de eliminar a los adversarios políticos.

⁷⁸ Cit. en Darío Acevedo Carmona, *La mentalidad de las élites sobre la violencia en Colombia, (1936-1949)*, p. 55.

⁷⁹ Los estudios de Jesús Antonio Bejarano, Darío Fajardo y Pierre Gilhodés coinciden en que la Violencia en Colombia abarca el período de 1946 a 1964, pero que en ese lapso se pueden distinguir cuatro fases: 1946-1949, la violencia la ejerce el gobierno conservador contra las bases populares del liberalismo, la cual se agrava con el asesinato de Jorge Eliécer Gaitán. 1949-1953: los liberales, organizados en guerrillas, responden a la violencia conservadora. En esta fase, el conservatismo “homogeniza políticamente el aparato represivo para enfrentarse a la oposición”. 1953-1958: ocurre una ola de violencia militar represiva bajo la dictadura del General Gustavo Rojas Pinilla. 1958-1964: la violencia de este período se ejerció bajo el Frente Nacional, y se registró una declinación de los conflictos partidistas.

⁸⁰ Cit. en Paul Oquist, *Violencia, conflicto y política en Colombia*, p. 237.

⁸¹ Cit. en James Henderson, *Cuando Colombia se desangró*, p. 174.

⁸² *Ibid.*

⁸³ Ayala Diago, César Augusto. “El cierre del congreso de 1949”. *Credencial historia* 162 (2003).

⁸⁴ James Henderson cita algunos elementos locales que “respaldan claramente la creencia convencional de que la Violencia llegó primero a los Santanderes y Boyacá. Allí los conservadores nunca pudieron olvidar la persecución que tuvieron que sufrir de parte de los liberales en 1930, y después de 1946 devolvieron el golpe con un vigor que hizo que la lucha adquiriera las proporciones de una verdadera guerra civil en 1947”. *Cuando Colombia se desangró*, p. 177.

⁸⁵ Cit. en Álvaro Tirado Mejía, “Siglo y medio de bipartidismo”, *Colombia hoy*, p. 180.

⁸⁶ Álvaro Tirado Mejía comenta en “Siglo y medio de bipartidismo” que “esta intervención militar que borró culpas anteriores del gobernante, marcó profundamente las tendencias del ejército colombiano, ya que en dichas jornadas participaron no menos de 150 oficiales y 800 suboficiales, muchos de los cuales alcanzaron luego altos rangos militares: por lo menos 17 de ellos han llegado a ser comandantes de brigada y uno Ministro de Defensa; 29 por lo menos llegaron o pasaron del grado de Coronel antes de su retiro”, p. 177.

⁸⁷ Daniel Caicedo cursó la carrera de medicina en Madrid, España. Además del ejercicio de su profesión, también escribió algunas obras de naturaleza literaria y científica. Entre sus escritos más reconocidos se pueden mencionar *Esquizofrenia y dolencias de Simón Bolívar*, *Biografía y explicación de la teoría de la relatividad de Einstein*, y la novela *Salto al vacío*.

⁸⁸ Según Augusto Escobar Mesa, “a pesar de las censuras de la literatura sobre la violencia, la novela de Caicedo fue reeditada siete veces en Colombia. ... Fue traducida inmediatamente al inglés con el título ‘Scorching wind’”. Agrega que “en menos de tres años se imprimieron cincuenta mil ejemplares de la novela”. “Literatura y violencia en la línea del fuego”, p. 119.

⁸⁹ En su artículo “Los estudios sobre la violencia: balance y perspectiva”, Gonzalo Sánchez afirma que *La Violencia en Colombia. Estudio de un proceso social*, de Germán Guzmán, Orlando Fals Borda y Eduardo Umaña Luna “es el primer intento de globalización descriptiva del fenómeno, elaborada con base en informaciones de primera mano, puesto que los autores tuvieron la oportunidad de recorrer las zonas más afectadas en misión oficial” (18). Esa “misión oficial” se inició en 1957 por Decreto presidencial, y

tomó por nombre Comisión Nacional Investigadora de las Causas Actuales de la Violencia. La comisión estaba integrada por dos representantes del partido liberal: Otto Morales Benítez y Absalón Fernández de Soto; uno del partido conservador: Augusto Ramírez Moreno; dos representantes de las Fuerzas Armadas: generales Ernesto Caicedo López y Hernando Mora Angueira; y dos sacerdotes: Fabio Martínez y Germán Guzmán Campos. Por otro lado, en la reseña a *La Violencia en Colombia. Estudio de un proceso social*, escrita por Gonzalo Sánchez y publicada en la revista *Análisis político*, éste manifiesta que la importancia del estudio radica “en las múltiples funciones que cumplió en el momento”, parecer que lo induce a clasificarlo como “libro denuncia”, “libro testimonio”, “libro memoria”, “libro intuición”, “libro premonición”, “libro imagen” y, finalmente, “libro revelación”; esto último obedece al pensamiento de que el texto “va más allá de sus propias cualidades y limitaciones”, p. 199.

⁹⁰ Germán Guzmán presenta un listado de algunos genocidios que se produjeron en sitios y fechas diversas: Palestina (Arauca), 30 muertos; El Carmen (Norte de Santander), 33 muertos; Belalcázar (Cauca) con 112 muertos; Mundo Nuevo (Cundinamarca), 95 muertos; Platanillal (Tolima), 65 muertos; La Palmita (Tolima), 42 muertos. *La violencia en Colombia. Estudio de un proceso social*, p. 237.

⁹¹ En *De la república a la dictadura*, Carlos Lleras Restrepo narra que en esa época la táctica de “arrebatar a los liberales su cédula” se generalizó en todo el país. “La policía y cuadrillas armadas recorren los campos atropellando a los labriegos liberales para obligarlos a entregar su instrumento de identificación electoral”. El hecho se denuncia en vano ante el gobierno y el senado para que promulguen leyes que prohíban a las autoridades efectuar estas actividades. “En innumerables municipios, la policía y los conservadores obligan a los campesinos a abjurar de las ideas liberales bajo amenazas de muerte, les imponen la condición de dejar su cédula en poder del directorio conservador, como garantía de que serán fieles a su nueva fe, y se empiezan a extender salvoconductos para los que se han sometido, en los cuales se indica que al portador se le deberá respetar en su vida y bienes porque ya ingresó al conservatismo”, p. 280.

⁹² Javier Ocampo López comenta que “en los años de la Guerra de Independencia también se dio el nombre de godos a los españoles peninsulares, defensores de la Madre España y considerados tradicionalistas”. *Colombia en sus ideas*, p. 718.

⁹³ Carlos Lleras Restrepo tuvo una larga trayectoria política. Entre los cargos que desempeñó se pueden mencionar los siguientes: presidente de la Cámara de Representantes, controlador general de la República, ministro de Hacienda durante los gobiernos de Eduardo Santos (1938-1942) y Alfonso López Pumarejo (1942-1946), presidente del partido liberal, senador de la República, y finalmente, presidente de Colombia de 1966 a 1970.

⁹⁴ En su artículo “Los cuerpos de la violencia y su representación en el arte”, Ileana Diéguez cita el parecer del criminólogo Daniel Cunjama, quien explica las diferentes connotaciones que tienen estos cortes en el ámbito de los cárteles de la droga en México:

“a los soplones se les corta o se les saca la lengua. A quien roba le cortan los dedos. A los testigos incómodos les sacan los ojos o les cortan las orejas. Detrás de cada tortura hay un mensaje”. *Cena 14* (2013).

⁹⁵ Ileana Diéguez anota que el término “necropoder” lo introdujo Achille Mbembe partiendo “de las nociones de soberanía y biopoder desarrolladas por Michael Foucault para representar el actual despliegue de los poderes de la muerte”, como también “para indicar la manifestación específica del terror actual”. En “Los cuerpos de la violencia y su representación en el arte”. *Cena 14* (2013).

⁹⁶ *Ibid.*

⁹⁷ *Ibid.*

⁹⁸ Esta política punitiva incluía seis reglas mayores: “regla de la cantidad mínima; regla de la idealidad suficiente; regla de los efectos laterales; regla de la seriedad absoluta; regla de la verdad común y, por último, regla de la especificación óptima”. *Vigilar y castigar*, pp. 98-107.

⁹⁹ Gonzalo Sánchez aclara que “los campesinos de Morelos iban más allá de la letra”, mientras que “el conjunto del movimiento armado colombiano y los hechos mismos estaban muy a la zaga de una normatividad revolucionaria”. Además, manifiesta que en los casos de Colombia y México hay una diferencia sustancial: “en la revolución mexicana, el terror estaba claramente demarcado de la lucha revolucionaria, estaba políticamente controlado; es más, el terror aparecía casi que exclusivamente como la forma de actuar del poder (de los porfiristas, de los huertistas, etc.) y no de la rebelión. La resistencia colombiana, en cambio, no escapaba (o sólo muy marginalmente) a la lógica del terror”. *Guerra y política en la sociedad colombiana*, p. 43.

¹⁰⁰ En “La violencia y sus efectos en el sistema político colombiano”, Gonzalo Sánchez advierte que “el Partido comunista operaba, muchas veces, no como un promotor sino más bien como freno a la lucha campesina. Su táctica de auto-defensa tendía simplemente a la conservación de posiciones ya adquiridas en luchas anteriores (las célebres “repúblicas rojas)”, p. 229.

¹⁰¹ La “escisión del bloque llanero” ocurrió en 1951. Guzmán Campos explica que la causa fue la fijación de impuestos al ganado como también la imposición de contribuciones forzosas a los propietarios para sostener la lucha guerrillera. Estas acciones se formalizaron a través del decreto No. 101 del Estado Mayor General del Ejército Revolucionario Liberal en los Llanos Orientales liderado por Eliseo Velázquez. La adopción de la nueva norma ocasionó una ruptura en las relaciones que mantenían los hacendados con los grupos guerrilleros. Las desavenencias motivaron la formación de otros grupos patrocinados por los hacendados y también por el gobierno, que se denominaron “anti-guerrillas” o “guerrillas de paz”. *La violencia en Colombia. Estudio de un proceso social*, pp. 71-73.

¹⁰² En *Bandoleros, gamonales y campesinos. El caso de la violencia en Colombia*, Gonzalo Sánchez y Donny Meertens caracterizan *el bandolerismo político*, el cual es “una nueva modalidad del bandolerismo, *analíticamente* distinta a la del clásico Robin Hood, y no especificada como tal por Hobsbawn, ni por sus críticos”. Sánchez y Meertens argumentan que “se trata de una categoría de bandoleros cuya aparición misma está determinada por su relación de dependencia respecto a uno o varios componentes de la estructura dominante de poder, como los gamonales, los partidos políticos que cumplen una función legitimadora del orden establecido o de una de las fracciones de la clase gobernante”. También agregan que la subordinación política en la carrera del bandolero “no es un mero accidente”, sino “el elemento que motiva y define, en primera instancia, sus actuaciones y sus blancos”. Por último concluyen, que esta es la modalidad de bandolerismo que se da en Colombia durante la época de la Violencia; aunque no dejan de aclarar que un bandolero político puede transformarse en un bandolero social. Aquí citan el caso de ‘Pedro Brincos’, quien “habiéndose iniciado como guerrillero liberal y estigmatizado luego como “bandolero” a fines de los años 50, pasa a ser en los años 60 un adalid de la revolución social, abanderado de la alianza obrero-campesina-estudiantil y soldado de la lucha antiimperialista”, pp. 25-27.

¹⁰³ Sánchez admite que sobre esta temática puede surgir el interrogante “si realmente esas fronteras inestables entre las guerrillas y el bandolerismo se clarificaron definitivamente algún día. Además, agrega que “uno podría preguntarse igualmente con razón si la *mercantilización de la política* vía el narcotráfico... no ha tenido también como contrapartida, vía el secuestro, una *bandolerización contagiosa* de la llamada *oposición armada en Colombia*. Ninguna guerrilla en el mundo ha practicado el secuestro en dimensiones tan aberrantes como la colombiana”. *Guerra y política en la sociedad colombiana*, p. 44.

¹⁰⁴ En referencia a este tema, Donny Meertens en “Víctimas y sobrevivientes de la guerra: tres miradas de género” expone que uno de los grandes dilemas del desplazamiento forzoso “es precisamente la perspectiva al futuro en una condición que todos los involucrados (desplazados, Estado, comunidad receptora) definen como *transitoria*.... Ante la disyuntiva de *retorno* al sitio de salida o *permanencia* en la ciudad de llegada, las propensiones expresadas se inclinan claramente a la permanencia (el 60% de los hombres y el 70% de las mujeres)”. En definitiva, “el miedo y la continuación de los conflictos en las zonas de expulsión hacen que, para muchos, el retorno no sea una opción realista”, p. 260.

¹⁰⁵ El Frente Nacional fue constituido de acuerdo con los pactos que se firmaron en Benidorm, España, el 20 de julio de 1956, y Sitges, España, el 20 de julio de 1957. Este convenio entre los dos partidos políticos estableció que durante 16 años, el poder se alternaría en períodos de cuatro años. En cumplimiento al pacto, comenzó gobernando Alberto Lleras Camargo (1958-1962), jefe del liberalismo. Siguió Guillermo León Valencia (1962-1966), conservador; Carlos Lleras Restrepo (1966-1970), liberal, y por

último, Misael Pastrana Borrero (1970-1974), conservador.

¹⁰⁶ En “El ejército y los grupos rebeldes” de Gustavo Rosales Ariza. *Credencial Historia* 152. 2002.

¹⁰⁷ “ELN lamenta muerte de militares por ataque de las FARC y pide tregua bilateral”. *Elespectador.com* 20 de abril de 2015. Web

Bibliografía

- Abella, Arturo. *Así fue el 9 de abril*. Bogotá: Ediciones Internacional de publicaciones, 1973. Print.
- Acevedo Carmona, Darío. *La mentalidad de las élites sobre la violencia en Colombia, (1939-1949)*. Bogotá: El Áncora, 1995. Print.
- Ainsa, Fernando. “Invención literaria y ‘reconstrucción’ histórica en la nueva narrativa latinoamericana”. *La invención del pasado. La novela histórica en el marco de la posmodernidad*. Frankfurt: Centro de Estudios Latinoamericanos de la Universidad Católica de Eichstätt, 1997. 111-121. Print.
- Alape, Arturo. *El Bogotazo. Memorias del olvido*. Bogotá: Planeta, 1987. Print.
- . “El 9 de abril: muerte y desesperanza”. *El saqueo de una ilusión. El 9 de abril: 50 años después*. Bogotá: Revista Número Ediciones, 2007. 91-112. Print.
- Álvarez Gardezabal, Gustavo. *Cóndores no entierran todos los días*. Barcelona: Ediciones Destino, 1972. Print.
- . *La novela colombiana, entre la verdad y la mentira*. Bogotá: Plaza y Janes, 2000. Print.
- . “México y Colombia: Violencia y revolución en la novela”. *Mundo Nuevo*, 57-58. 1971. 77-82. Print.
- Aprile-Gnisset, Jacques. *El impacto del 9 de abril sobre el centro de Bogotá*. Bogotá: Centro Cultural Jorge Eliécer Gaitán, 1983. Print.
- Arango, Manuel Antonio. *Gabriel García Márquez y la novela de la violencia en Colombia*. México: Fondo de Cultura Económica, 1985. Print
- Arciniegas, Germán. *The State of Latin America*. New York: Alfred A. Knopf, 1952.

Print.

Arendt, Hannah. *Sobre la violencia*. Madrid: Alianza, 2005. Print.

Arrubla Yepes, Mario. "Síntesis de historia política contemporánea". *Colombia hoy*.

Comp. Jorge Orlando Melo. Bogotá: Biblioteca Familiar Colombiana, 1996.

191-226. Print.

Ayala Diago, César Augusto. "El cierre del congreso de 1949". *Credencial historia*

162, (2003). Web.

Azula Barrera, Rafael. *De la revolución al orden nuevo: proceso y drama de un*

pueblo. Bogotá: Editorial Kelly, 1956. Print.

Bedoya, Luis Iván y Augusto Escobar. *La novela de la violencia en Colombia: Viento*

seco de Daniel Caicedo. Lectura crítica. Medellín: Ediciones Hombre Nuevo,

1980. Print.

Bedoya, Víctor. *Etnología y conquista del Tolima y la hoya del Quindío*. Ibagué:

Impresora del Departamento del Tolima, 1952. Print.

Bejarano, Jesús Antonio. "Historiografía de la violencia en Colombia". *Once ensayos*

sobre la violencia. Bogotá: CEREC, 1985. 297-324. Print.

Benjamin, Walter. "Para una crítica de la violencia". *Iluminaciones IV*. Madrid:

Taurus Humanidades, 1991. 23-45. Print.

Bergquist, Charles. *Café y conflicto en Colombia (1886-1910). La Guerra de los Mil*

Días, sus antecedentes y consecuencias. Bogotá: El Áncora, 1999. Print.

Blair, Elsa. "La política punitiva del cuerpo: economía del castigo o mecánica del

sufrimiento en Colombia". *Estudios Políticos* 36, 2010. 39-66. Print.

Bracker, Milton. "Identity of Gaitan Assassin Key to Communists' Part". *New York*

- Times* 12 Apr. 1948, A1. Web.
- Braun, Herbert. *Mataron a Gaitán. Vida pública y violencia urbana en Colombia*. Bogotá: Norma, 1998. Print.
- . "Los mundos del 9 de abril, o la historia vista desde la culata". *Pasado y presente de la violencia en Colombia*. Comp. Gonzalo Sánchez y Ricardo Peñaranda. Bogotá: CEREC, 1986. 195-231. Print.
- Bushnell, David. "Política y partidos en el siglo XIX. Algunos antecedentes históricos". *Pasado y presente de la violencia en Colombia*. Comp. Gonzalo Sánchez y Ricardo Peñaranda. Bogotá: CEREC, 1986. 31-39. Print.
- . *Eduardo Santos y la política del buen vecino*. Bogotá: El Áncora, 1984. Print.
- Caballero, Antonio. "El hombre que inventó un pueblo". *El saqueo de una ilusión. El 9 de abril: 50 años después*. Bogotá: Revista Número Ediciones, 2007. 71-80. Print.
- Caballero Calderon, Eduardo. *Siervo sin Tierra*. Santiago de Chile: Editorial Zig-Zag, 1968. Print.
- Caicedo, Daniel. *Viento seco*. Buenos Aires: Editorial Nuestra América, 1954. Print.
- Canal Ramírez, Gonzalo. *Nueve de abril de 1948*. Bogotá: Editorial Cahur, 1948. Print.
- Canetti, Elías. *Masa y poder*. Barcelona: Muchnik Editores, 2000. Print.
- Clastres, Pierre. *La sociedad contra el Estado*. Caracas: Monte Ávila Editores, 1978. Print.
- Cobo Borda, Juan Gustavo. "Los desmanes de la historia. Reflexiones sobre tres novelistas: Sarmiento, García Márquez, Poniatowska". *La invención del*

- pasado. La novela histórica en el marco de la posmodernidad*. Frankfurt:
Centro de Estudios Latinoamericanos de la Universidad Católica de Eichstätt,
1997. 153-166. Print.
- Cordero Villamizar, Luz Helena. “La ficción en la historia y la historia en la ficción:
Análisis de dos relatos históricos y dos novelas del bogotazo”. *JALLA*.
Bogotá: VII Jornadas Andinas de Literatura Latinoamericana, 2006. 1-15.
Web.
- Curcio Altamar, Antonio. *Evolución de la novela en Colombia*. Bogotá: Instituto
Caro y Cuervo, 1957. Print.
- Deas, Malcolm. *Intercambios violentos*. Bogotá: Aguilar, 1999. Print.
- . “Algunos interrogantes sobre la relación guerras civiles y violencia”. *Pasado y
presente de la violencia en Colombia*. Comp. Gonzalo Sánchez y Ricardo
Peñaranda. Bogotá: CEREC, 1986. 41-46. Print.
- Deleuze, Gilles y Félix Guattari. *Mil mesetas. Capitalismo y esquizofrenia*. Valencia:
Pre-Textos, 2002. Print.
- Delpar, Helen. *Red Against Blue. The Liberal Party in Colombian Politics: 1863-
1899*. Alabama: The University of Alabama Press, 1981. Print.
- Diéguez, Ileana. “Los cuerpos de la violencia y su representación en el arte”. *Cena* 14
(2013). Web.
- Egan, Leo. “Keep Reds in Open, Dewey Demands”. *NYTimes.com* 11 de abril de
1948.
- “ELN lamenta muerte de militares por ataque de las FARC y pide tregua bilateral”.
Elespectador.com 20 de abril de 2015. Web

- Escobar Mesa, Augusto. "Literatura y violencia en la línea de fuego". *Ensayos y aproximaciones a la otra literatura colombiana*. Bogotá: Fundación Universidad Central, 1997. 97-153. Print.
- Estrada Monsalve, Joaquín. "El 9 de abril en palacio o la historia heroica de Joaquín Estrada Monsalve". *Agua y fuego: 9 de abril, 1948*. (Cincuentenario). Bogotá: Grafimpresos Editores, 1998. 5-68. Print.
- Fajardo, Darío. "La violencia 1946-1964: su desarrollo y su impacto". *Once ensayos sobre la violencia*. Bogotá: CEREC, 1985. 259-295. Print.
- Fals Borda, Orlando. "El conflicto, la violencia y la estructura social colombiana". *La violencia en Colombia. Estudio de un proceso social*. Bogotá: Tercer Mundo, 1962. 399- 422. Print.
- Fidelis, Testis. *El basilisco en acción o los crímenes del bandolerismo*. Medellín: Tipografía Olympia, 1953. Print.
- Fluharty, Vernoon Lee. *La danza de los millones: régimen militar y revolución social en Colombia*. Bogotá: El Áncora, 1981. Print.
- Forero Benavides, Abelardo. *Grandes fechas*. Bogotá: DANE, 1979. Print.
- Foucault, Michel. *Vigilar y castigar. El nacimiento de la prisión*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores, 2002. Print.
- Franco Isaza, Eduardo. *Las guerrillas del Llano*. Bogotá: Editorial Printer, 1986. Print.
- Franco, Saúl. *El quinto: no matar. Contextos explicativos de la violencia en Colombia*. Bogotá: Tercer Mundo, 1999. Print.

- Franqui, Carlos. *Diario de la revolución cubana*. París: Ediciones Ruedo Ibérico, 1976. Print.
- Gaitán, Gloria. “Orígenes de la violencia de los años 40”. *Once ensayos sobre la violencia*. Bogotá: CEREC, 1985. 325-360. Print.
- . “El 9 de abril visto por los vencidos: testimonio de la hija del caudillo popular”. *Credencial Historia* 96 (1996). Web.
- Gaitán, Jorge Eliécer. *Escritos políticos*. Bogotá: El Áncora, 1985. Print.
- García, Antonio. Prólogo. “La novela realista frente al drama colombiano”. *Viento seco* Por Caicedo, Daniel. Buenos Aires: Editorial Nuestra América, 1954. Print.
- . *Gaitán y el problema de la revolución colombiana*. Bogotá: MSC, 1955. Print.
- García Márquez, Gabriel. *Cien años de soledad*. Madrid: Espasa Calpe, 1985. Print.
- . *El coronel no tiene quien le escriba*. Barcelona: Plaza & Janes, 1974. Print.
- . *La mala hora*. Buenos Aires: Editorial Suramericana, 1969. Print.
- . *Los funerales de la Mamá Grande*. Buenos Aires: Editorial Suramericana, 1968. Print.
- . *Vivir para contarla*. Bogotá: Editorial Norma, 2002. Print.
- Gilhodes, Pierre. “El 9 de abril de 1948 y su contexto internacional”. *Anuario colombiano de historia social y de la cultura*, 13-14 (1985-1986). 239-260. Print.
- . “La violencia en Colombia; bandolerismo y guerra social”. *Once ensayos sobre la violencia*. Bogotá: CEREC, 1985. 189-207. Print.

- Giraldo, Luz Mary. "Narradores colombianos y escrituras del desplazamiento. Indicios y Pertinencias en una historia social de la literatura". *Revista Iberoamericana*, 223 (2008). 423-439. Print.
- Girard, René. *La violencia y lo sagrado*. Barcelona: Editorial Anagrama, 1995. Print.
- Guillén Martínez, Fernando. *El poder político en Colombia*. Bogotá: Planeta, 1996. Print.
- Gómez Corena, Pedro. *El 9 de abril; novela*. Bogotá: Editorial Iqueima, 1951. Print.
- Gómez Valderrama, Pedro. Prólogo. *El Bogotazo. Memorias del olvido* Por Alape, Arturo. Bogotá: Planeta, 1995. Print.
- Guillén Martínez, Fernando. *El poder político en Colombia*. Bogotá: Planeta, 1996. Print.
- Guzmán Campos, Germán, Orlando Fals Borda y Eduardo Umaña Luna. *La violencia en Colombia. Estudio de un proceso social*. 2 Vols. Bogotá: Tercer Mundo, 1962. Print.
- Henderson, James. *Cuando Colombia se desangró: una historia de la Violencia en metrópoli y provincia*. Bogotá: El Áncora, 1984. Print.
- Hobsbawm, Eric. *Bandidos*. Barcelona: Editorial Crítica, 2001. Print.
- . "La anatomía de 'La violencia' en Colombia". *Once ensayos sobre la violencia*. Bogotá: CEREC, 1985. 11-23. Print.
- Jaramillo Uribe, Jaime. "Etapas y sentido de la historia de Colombia". *Colombia hoy*. Comp. Jorge Orlando Melo. Bogotá: Biblioteca Familiar Colombiana, 1996. 3-40. Print.
- . *El pensamiento colombiano en el siglo XIX*. Bogotá: Temis, 1964. Print.

- Jiménez, Ricardo Jordán. *Dos viernes trágicos*. Bogotá: Editorial Horizontes, 1968. Print.
- Kalmanovitz, Salomón. "El desarrollo histórico del campo colombiano". *Colombia hoy*. Comp. Jorge Orlando Melo. Bogotá: Biblioteca Familiar Colombiana, 1996. 283-344. Print.
- Knowlton, Robert J. "Expropriation of Church Property in Nineteenth-Century Mexico and Colombia: A Comparason". *The Americas* 25.4. (1969). 387-404. Print.
- Kooreman, Thomas. "Two Novelistic Views of the "Bogotazo"". *Latin America Literary Review*, 3:5 (1974). 131-135. Print.
- Lleras Restrepo, Carlos. *De la república a la dictadura*. Bogotá: Argra, 1955. Print.
- Madiedo, José María y José María Samper. *Orígenes de los partidos políticos en Colombia*. Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura, 1978. Print.
- Martz, John. *Colombia, a Contemporary Political Survey*. Chapel Hill: University of North Carolina Press, 1962. Print.
- McCullough, David. *The Path Between The Seas. The Creation Of The Panama Canal:1870-1914*. New York: Thouchstone, 1977. Print.
- Meertens, Donny. "Víctimas y sobrevivientes de la guerra: tres miradas de género". *Las violencias: inclusión creciente*. Comp. Jaime Arocha, Fernando Cubides y Myriam Jimeno. Bogotá: Colección CES, Universidad Nacional de Colombia, 1998. 236-265. Print.
- Melo, Jorge Orlando. "La República Conservadora". *Colombia hoy*. Comp. Jorge Orlando Melo. Bogotá: Biblioteca Familiar Colombiana, 1996. 43-96. Print.

- Mena, Lucila Inés. "Bibliografía anotada sobre el ciclo de la violencia en la literatura colombiana". *Latin American Research Review*, 13:3 (1978). 95-107. Print.
- Mendoza Ramos, César. *Colombia, inercias y cambios: 1780-1850*. Barranquilla: Editorial Antillas, 1992. Print.
- Molina, Gerardo. *Las ideas liberales en Colombia: 1849-1914*. Bogotá: Tercer Mundo, 1975. Print.
- New York Times Editorials. "The Rioting in Bogota". *NYTimes.com* 11 de abril de 1948. Web.
- Nieto Rojas, José María. *La batalla contra el comunismo en Colombia*. Bogotá: Empresa Nacional de Publicaciones, 1956. Print.
- Nordlinger, Eric. *Conflict Regulation in Divided Societies*. Cambridge: Harvard University, Center for International Affairs, 1972. Print.
- Núñez, Rafael. *Escritos políticos*. Bogotá: El Áncora, 1986. Print.
- Ocampo López, Javier. *Colombia en sus ideas*. 3 vols. Bogotá: Fundación Universidad Central, 1999. Print.
- Oquist, Paul. *Violencia, conflicto y política en Colombia*. Bogotá: IEC, 1978. Print.
- Ortega, Francisco. "Sin orden ni final. Escritura y desastre. Representación de *La Violencia* en Colombia". *Revista Iberoamericana*, 223 (2008). 361-378. Print.
- Ortiz Sarmiento, Carlos Miguel. "La Violencia y los negocios. Quindío años 50 y 60". *Pasado y presente de la violencia en Colombia*. Comp. Gonzalo Sánchez y Ricardo Peñaranda. Bogotá: CEREC, 1986. 267-303. Print.
- Ortiz Lucía. *La novela colombiana hacia finales del siglo veinte*. New York: Peter Lang Publishing, 1997. Print.

- Osorio Granados, Marcela. “¿Y los restos de Gaitán?”. *Elespectador.com* 31 de octubre de 2010. Web.
- Osorio Lizarazo, José Antonio. *Gaitán: vida, muerte y permanente presencia*. Buenos Aires: Ediciones López Negri, 1952. Print.
- Ospina Rodríguez, Mariano. *Escritos sobre economía y política*. Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 1969. Print.
- Ospina, William. “La persistencia de un día tremendo”. *El saqueo de una ilusión. El 9 de abril: 50 años después*. Bogotá: Revista Número Ediciones, 2007. 7-11. Print.
- Palacios, Marco. “La violencia política en la segunda mitad del siglo XX”. *Colombia: país fragmentado, sociedad dividida*. Bogotá: Editorial Norma, 2002. 627-676. Print.
- Pareja, Carlos H. *El Monstruo*. Buenos Aires: Editorial Nuestra América, 1955. Print.
- Payne, James. *Patterns of Conflict in Colombia*. New Haven: Yale University Press, 1968. Print.
- Pécaut, Daniel. *Guerra contra la sociedad*. Bogotá: Espasa Hoy, 2001. Print.
- . “Reflexiones sobre la violencia en Colombia”. *Violencia, guerra y paz; una mirada desde las ciencias humanas*. Cali: Universidad del Valle, 2000. 25-70. Print.
- Perry, Santiago. Prólogo. *Escritos políticos* Por Jorge Eliécer Gaitán. Bogotá: El Áncora, 1985. Print.
- Pineda Botero, Álvaro. *Juicios de residencia. La novela colombiana: 1934-1985*. Medellín: Fondo Editorial Universidad EAFIT, 2001. Print.

- Rama, Ángel. “Un novelista de la violencia americana”. *Asedios a García Márquez*. Santiago de Chile: Editorial Universitaria, 1969. 106-125. Print.
- Ramón, Justo. *Historia de Colombia*. Bogotá: La Salle, 1962. Print.
- Restrepo, Laura. “Niveles de realidad en la literatura de la ‘violencia’ colombiana”. *Once ensayos sobre la violencia*. Bogotá: CEREC, 1985. 117-169. Print.
- Restrepo, Roberto. *Nueve de abril: quiebra cultural y política*. Bogotá: Tipografía Bremen, 1948. Print.
- Ricoeur, Paul. *Historia y narratividad*. Barcelona, Paidós, 1999. Print.
- Rincón, Carlos. “El orden de los vivos y los muertos y la modernización cultural (1947-1957)”. *Entre el olvido y el recuerdo*. Bogotá: Editorial Pontificia Universidad Javeriana, 2010. 507-552. Print.
- Robinson, J. Cordell. *El movimiento gaitanista en Colombia*. Bogotá: Ediciones Tercer Mundo, 1976. Print.
- Rosales Ariza, Gustavo. “El ejército y los grupos rebeldes”. *Credencial Historia* 152 (2002). Web.
- Safford, Frank. *Aspectos del siglo XIX en Colombia*. Medellín: Hombre Nuevo, 1977. Print.
- Safford, Frank y Marco Palacios. *Colombia: país fragmentado, sociedad dividida*. New York: Oxford University Press, 2002. Print.
- Sampson, Anthony. “Reflexiones sobre la violencia, la guerra y la paz”. *Violencia, guerra y paz; una mirada desde las ciencias humanas*. Cali: Universidad del Valle, 2000. 71-99. Print.
- Sánchez, Gonzalo y Donny Meertens. *Bandoleros, gamonales y campesinos. El caso*

- de la violencia en Colombia*. Bogotá: El Áncora Editores, 1992. Print.
- Sánchez, Gonzalo. *Guerra, memoria e historia*. Medellín: Carreta Editores, 2006. Print.
- . *Guerra y política en la sociedad colombiana*. Bogotá: El Áncora, 1991. Print.
- . "El gaitanismo y la insurrección del 9 de abril en provincia". *Anuario colombiano de historia social y de la cultura*. 10 (1985). 191-229. Print.
- . "La violencia y sus efectos en el sistema político colombiano". *Once ensayos sobre la Violencia*. Bogotá: CEREC, 1985. 209-257. Print.
- . "Los estudios sobre la violencia: balance y perspectivas". *Pasado y presente de la violencia en Colombia*. Comp. Gonzalo Sánchez y Ricardo Peñaranda. Bogotá: CEREC, 1986. 11-30. Print.
- . Rev. of *La violencia en Colombia. Estudio de un proceso social*, por Germán Guzmán Campos, Orlando Fals Borda, Eduardo Umaña Luna. *Análisis político* 46 (2002). 198-199. Print.
- Sánchez, Ricardo. "Gaitanismo y nueve de abril". *Papel Político* 1 (2008). 13-49. Print.
- Santa, Eduardo. *¿Qué pasó el 9 de abril? Itinerario de una revolución frustrada*. Bogotá: Ediciones Tercer Mundo, 1982. Print.
- . *Sociología política de Colombia*. Bogotá: Ediciones Tercer Mundo, 1964. Print.
- Suarez Gómez, Jorge Eduardo. "La literatura testimonial de las guerras en Colombia: entre la memoria, la cultura, las violencias y la literatura". *Universitas*

- humanísticas*, 72 (2011). 275-296. Print.
- Sven, Schuster. "Paz reconciliación y olvido. La época de La Violencia (1946-1963) en el discurso político de las élites en Colombia". *Independencia, independencias y espacios culturales. Diálogos de historia y literatura*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 2009. 109-124. Print.
- Tirado Mejía, Álvaro. "El Estado y la política en el siglo XIX". *Manual de historia de Colombia*. 3 vols. Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura, 1982. 325-384. Print.
- . "Colombia: Siglo y medio de bipartidismo". *Colombia hoy*. Comp. Jorge Orlando Melo. Bogotá: Biblioteca Familiar Colombiana, 1996. 97-187. Print.
- Urdaneta Arbeláez, Roberto. *El materialismo contra la dignidad del hombre*. Bogotá: Editorial Lucros, 1960. Print.
- Uribe, María Victoria. *Matar, rematar, contramatar. Las masacres de la violencia en el Tolima: 1948-1964*. Bogotá: CINEP, 1990. Print.
- . *Antropología de la inhumanidad: un ensayo interpretativo del terror en Colombia*. Bogotá: Editorial Norma, 2004. Print.
- Valencia Orlando. "La novela familiar de 'La Violencia' en Colombia". *Violencia, guerra y paz; una mirada desde las ciencias humanas*. Cali: Universidad del Valle, 2000. 101-130. Print.
- Valencia Villa, Hernando. "De las guerras constitucionales en Colombia". *Análisis Político*, 6 (1989): 96-119. Print.
- Vargas Vila, José María. *Ante los bárbaros. El Yanki, he ahí el enemigo*. Barcelona: Maucci, 1930. Print.

White, Hayden. *El texto histórico como artefacto literario*. Barcelona: Ediciones Paidós, 2003. Print.

Williams, Raymond. "Manuela: la primera novela de "La Violencia"". *Violencia y literatura en Colombia*. Ed. Jonathan Tittler. Madrid: Orígenes, 1989. 19-29. Print.

---. *Novela y poder en Colombia*. Bogotá: Tercer Mundo, 1991. Print.

Zuleta, Margarita. "El Bogotazo y la Novena Conferencia Internacional Americana". *Agua y fuego: 9 de abril, 1948*. (Cincuentenario). Bogotá: Grafimpresos Editores, 1998. 69-148. Print.